CARLA TRAVER

Una última oportunidad



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Playlist de Alex y Blake

Prólogo

1. Último primer día

2. «Last call, last ball»

3. Un entrenamiento más

4. Todo lo que pierdes es un paso que das

5. En dirección contraria

6. Un corazón dividido en dos

7. El final alternativo de Los Vengadores (parte 1)

8. El final alternativo de Los Vengadores (parte 2)

9. La vida es un musical

10. Un corazón lleno de dudas

11. El club de los corazones heridos

12. Manual (fallido) de cómo pedir perdón

13. Por los nuevos comienzos

14. Pequeñas mentiras con consecuencias

15. Enviado de madrugada

16. Ramé

17. Peter Kavinsky... Perdón, Blake King

18. Mujercitas

19. Nuestra canción

20. «P.S. I love you, Alex»

21. Interceptados

22. Y tú... ¿qué prefieres?

23. Intentos de reconquista

24. Los amigos no se miran de esa manera

25. Justo antes de caer

26. Detén el río por un momento

27. Bienvenidos a casa

28. Visitas inesperadas

29. Cómo no perder a un chico en diez días

30. Confesiones

31. Entre rumores y helado

32. Llévame al lago donde fueron todos los poetas

33. Érase una vez un diciembre

34. Ginger

35. No es un gato, es un hijo

36. Disfruta, solo tienes diecisiete

37. Todavía quedan más sorpresas

38. Lo único que importa

39. Mantén la cabeza en el juego

40. El arte de interrumpir

41. Sombra y reflejo

42. La grieta

43. El peso de los errores

44. El club de los rechazados

45. A un susurro de ti. Alexandra

46. No estás sola

47. Su apellido es King

48. La promesa rota

49. Río que vuelve, luna que guía

50. El mismo error una y otra vez

51. Alex y Blake

52. Aceptada… o no

53. Un final necesario

54. Ahora o nunca

55. Una última oportunidad de ganar

56. El baile de máscaras

Epílogo

Manual de los mejores amigos

Agradecimientos

Banda sonora

Créditos

Una última oportunidad

CARLA TRAVER



Matchstories

Playlist de Alex y Blake

«Hold Back the River» – James Bay
«Lovers» – Anna of the North
«If You Love Her» – Forest Blakk
«Paper Rings» – Taylor Swift
«What Have I Done» – Dermot Kennedy
«Fearless» – Taylor Swift
«You’re So Vain» – Carly Simon
«Personal» – HRVY
«Moon River» – Frank Ocean
«You Are in Love» – Taylor Swift
«Play It Again» – Luke Bryan
«Back to Friends» – Sombr
«Our Song» – Taylor Swift
«Rude» – MAGIC!

Prólogo

—¿Estás segura de que todo está bien?

Aparto la vista del paisaje. Las palmeras y el azul del mar se desdibujan por la ventanilla, dando paso a vecindarios y carreteras desconocidas. Suspiro antes de mirar a mi mejor amiga.

—Te prometo que estoy bien. Y también lo estaba las últimas cinco veces que me lo has preguntado.

Emma suelta una risa suave mientras se retira el pelo rojo, todavía húmedo y enredado por el viento, de la cara.

—Lo sé. Pero es normal estar algo nerviosa. Después de todo lo que pasó...

—Este curso va a ser distinto —la interrumpo—. Solo necesito centrarme en lo que de verdad importa. Eso es todo.

—¿Lo que significa...?

—Centrarme en mí y en los estudios.

Ella me observa unos segundos, como si intentara leerme. Luego asiente despacio.

—Suena genial.

Subo el volumen del equipo para dar por zanjada la conversación. Las siguientes dos horas las pasamos cantando todas y cada una de las canciones de la radio. Como si eso pudiese silenciar el peso de mañana.

Mañana empiezan las clases y, aunque no quiero admitirlo en voz alta, me asusta un poco. No le he mentido a Emma; estoy bien. Pero hay una parte de mí que no puede evitar angustiarse por el futuro.

Los padres de mi amiga nos han dejado pasar el fin de semana en su casa de la playa. Han sido días de sol, agua salada y mucha tranquilidad. Pero todo eso termina en cuanto diviso mi casa al final de la calle.

La claridad comienza a esconderse tras el horizonte. El atardecer se tiñe de un naranja cálido y, aunque me encantaría quedarme así, contemplando el cielo toda la noche, el coche para justo en la entrada de mi jardín.

—Va a ir bien, Lexi —dice Emma, revolviéndome el pelo con ternura. Le suelto un manotazo de broma.

—Te veo mañana. Te quiero.

Le doy un beso rápido en la mejilla, salgo y saco mi mochila del maletero. Luego me quedo ahí de pie, viendo cómo se aleja. Una ráfaga de aire me hace estremecer. La sal en mi piel no ayuda, pero la incomodidad no es solo física.

Subo las escaleras del porche con lentitud, sacando las llaves del bolsillo trasero de mis vaqueros cortos. Al entrar, la casa se encuentra en silencio. Apenas hay una luz encendida en la cocina.

—¿Dónde están? —pregunto al verlo, sin alzar mucho la voz.

Mi padre está sentado en uno de los taburetes altos que rodean la isla, con un vaso de zumo en la mano. Me mira sin prisa.

—Maisie ya duerme. Tu madre ha subido con ella. Está viendo esa serie que ponen todos los domingos.

Dejo la mochila en el suelo y avanzo despacio. Sé que me está observando. Conozco a mi padre a la perfección y tengo claro lo que va a ocurrir a continuación.

Y, cuando pregunte, le diré lo que espera oír. Que estoy bien. Que este curso será diferente. Que esta vez no voy a dejar que nadie me desvíe del camino.

Mi padre me ofrece una sonrisa tranquila antes de dar un sorbo.

—¿Qué tal lo habéis pasado?

Esbozo una sonrisa, dejando caer todo el peso de mi cuerpo en uno de los taburetes frente a él.

—Ha sido... justo lo que necesitaba.

Se queda callado unos segundos, como si estuviera calibrando por dónde empezar. Al final deja el vaso sobre la encimera con suavidad.

—Tu madre y yo hablamos anoche —dice, sin rodeos pero con voz dulce—. Sobre... todo en general.

—Ah, ¿sí? —pregunto, aunque sé exactamente a qué se refiere.

—Tú lo disimulas bien, pero yo te conozco —responde, apoyando los codos en la isla—. Te haces la fuerte. Y lo eres. Pero también eres buena y sensible, y se te olvida protegerte. Este año no, Lexi. Este año cuídate.

Trago saliva. Él sigue sin levantar la voz. No hace falta. Las palabras de mi padre siempre han tenido mucho efecto en mí.

—No quiero verte sufrir de nuevo, Lexi. Ya has tenido suficiente. —Hace una breve pausa, casi imperceptible, antes de continuar—. Y no quiero verte con ninguno de los jugadores. De hecho, con ningún chico, sin excepciones.

Alzo una ceja con una media sonrisa, pero no me atrevo a bromear.

—Dedícate a ti. A tus estudios, a tus amigas, a estar en paz. Lo demás puede esperar. Ya tendrás tiempo para enredos... y para complicarte la vida. Ahora no. Ahora toca reconstruirte.

—Vale —murmuro, bajando la mirada.

—¿Me prometes que te mantendrás alejada de los problemas? Porque, por muy monos que sean, siguen siendo problemas, Lex.

—Te lo prometo —respondo con una risita al ver la seriedad con la que habla de sus propios jugadores.

Él asiente, satisfecho.

—Y ya los he advertido: si alguno del equipo se te acerca, un paso en falso y correrán hasta que les sangren los pies.

Suelto una carcajada. Mi padre, Charles Baxter, es el entrenador del equipo de baloncesto del Floramont High, y también un poco exagerado. Sacudo la cabeza antes de ponerme en pie.

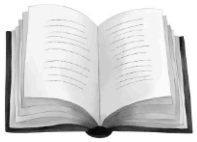
—Buenas noches, papá.

—Buenas noches, Lexi.

Subo las escaleras en silencio, sintiendo todavía la calidez de la cocina en la piel. Me doy una ducha rápida para quitarme de encima los restos del viaje: la arena, el cansancio, los últimos rayos del verano. Con el pelo aún húmedo y los párpados pesados, me meto bajo la sábana sin encender la luz y cierro los ojos. He prometido que me centraré en mí; que estaré bien; que nada va a desviarme de lo que importa. Y eso es justo lo que pienso hacer.

1

Último primer día



Alexandra

Es hoy.

Hoy es mi último primer día de instituto. Y no sé si me alegra o me aterra. Puede que ambas cosas a la vez. Lo que sí sé con certeza es que no tengo ni una pizca de ganas de ir.

Cuando el despertador suena a las siete en punto, mi primer impulso es estamparlo contra la pared, como hacen las protagonistas de las películas. Pero me contengo. No porque no quiera hacerlo, sino porque ahora mismo no tengo fuerzas ni para eso.

Casi como si supiera que estoy despierta, mi móvil parpadea justo después del pitido irritante del despertador. Bufo y me quito la sábana de encima antes de tirar media mesita de noche tratando de dar con él. Lo encuentro entre un libro y un envoltorio de chocolate vacío. Es un mensaje de mi mejor amiga.

> Hoy os llevo yo a clase, a ti
> y a Maisie. Prepárate,
> dormilona.

Y justo después, otro.

Pero no te acostumbres.
Mañana me llevas tú. Ve
poniendo gasolina, vaga.

Se me escapa una pequeña risa somnolienta, y por un momento siento normalidad. Un sentimiento reconfortante que no sé describir me calienta el pecho.

Me levanto de la cama a duras penas y consigo encender la luz. El destello me deslumbra. Decido afrontar los problemas de uno en uno y salgo de mi habitación sin mirarme en el espejo. Arrastro los pies mientras cruzo el pasillo en dirección al cuarto de mi hermana. Suspiro con cansancio antes de abrir la puerta, nunca he sido muy fan de las mañanas.

—Maisie... —La zarandeo un poco y justo después me siento en el borde de su cama y me masajeo las sienes.

—Vete, Lexi —me contesta con algo parecido a un gruñido sin siquiera abrir los ojos.

—Maisie, por favor... —insisto, un poco más firme esta vez. La miro de reojo y noto cómo trata de esconder todo su cuerpo bajo la fina sábana, como si eso fuese a hacerla desaparecer. Al ver que no responde, continúo—: ¡Maisie, ya tienes trece años! No debería seguir viniendo todos los días a despertarte.

—¡Cinco minutos más! —Me lanza una patada antes de darse la vuelta y seguir ignorándome por completo.

Abro la boca con la intención de replicar, pero es entonces cuando recuerdo algo que un sabio dijo una vez: «Si no puedes con el enemigo, únete a él», y eso es justo lo que hago. Empujo un poco a mi hermana y me recuesto contra el cabecero de la cama.

—¿Habéis hecho fiesta de pijamas y no me habéis dicho nada? —Mi madre aparece en el umbral de la puerta y nos observa divertida.

—Tu hija no quiere levantarse. —Señalo a Maisie, un acto un poco infantil para tener casi diecisiete años, pero qué puedo decir, no suelo pensar con claridad a estas horas.

Mi madre se ríe.

—Maisie, cariño, ¿no tienes ganas de empezar octavo grado?

Ella ni se inmuta, y ese es el momento justo en el que yo pierdo la paciencia, de modo que le arranco la sábana de entre las manos y la destapo del todo. Eso hace que suelte un suspiro mucho más forzado de lo que le saldría de forma natural, dejándome ver que la estoy irritando. Una pena.

Después de cinco minutos más de intentos fallidos de motivación e incluso sobornos, Maisie sale de la cama, supongo que está harta de tener a tanta gente merodeando por su habitación. Mi hermana, la cual, repito, tiene trece años y muy mal genio, me empuja fuera del dormitorio para poder vestirse, así que yo me dirijo a hacer lo mismo.

Por ser el primer día, decido arreglarme un poco más de lo normal. Me pongo mis pantalones favoritos y los conjunto con el nuevo top rosa que me compré la semana pasada. Mamá dice que el tono rubio de mi pelo queda perfecto con el rosa pastel.

Dudo un poco antes de coger uno de los cárdigan que cuelgan en mi perchero. Es 1 de septiembre, pero en Floramont suele refrescar por las mañanas.

Sé que mi padre ya se ha ido al trabajo por la nota que encuentro en la encimera cuando bajo a la cocina.

He tenido que salir un poco antes, tengo una reunión con el director a primera hora para organizar la nueva temporada. Avísame si necesitas

cualquier cosa, y decidme si necesitáis que os recoja al salir de clase a ti y a tu hermana. Nos vemos luego.

Maisie aparece poco después, vestida con unos vaqueros muy parecidos a los míos y la sudadera que le regalé este verano por su cumpleaños. Una prenda muy acertada para el mes de julio, claro que sí...

—¿Vas a llevarme en coche al insti? —pregunta dejándose caer en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

—Viene Emma a por nosotras —respondo mientras echo un puñado de Froot Loops en un tazón. Su cara se ilumina al instante.

Emma y yo somos mejores amigas desde que empezamos el colegio. Eso, por supuesto, no significa que nunca nos relacionáramos con más gente. De hecho, tengo más amigas en el instituto, como Cher y Abigail, y me llevo bien con todos mis compañeros, pero la conexión que tengo con ella es superior a todo eso.

El móvil vuelve a iluminarse, pero esta vez sí sé de quién es el mensaje antes de abrirlo. Emma.

Estoy fuera.

Presiono un poco a Maisie para que se termine rápido el desayuno y salimos al porche. Mi amiga nos espera con todas las ventanillas bajadas y un entusiasmo criminal para la hora que es.

—¡¿Listas para comernos el mundo este año?! —grita desde el asiento del conductor.

Maisie corre lo más rápido que puede con su mochila a cuestas y se lanza dentro del coche. Emma le pregunta por su verano —aunque ya se lo sabe de memoria— y yo me acomodo en el asiento del copiloto.

Siento una punzada de nervios cuando arranca el motor. ¿Cómo será el primer día? ¿Y si nada ha cambiado? No, eso es imposible...

—¿A qué le estás dando tantas vueltas? —La pregunta de Emma interrumpe mis pensamientos. Me mira de reojo y yo me encojo de hombros.

—Solo espero que el verano haya sido lo suficientemente largo como para que las cosas se hayan calmado un poco —murmuro apoyando la cabeza en la ventanilla, distraída.

La pelirroja resopla.

—No te preocupes por el inútil ese, Lexi. No permitas que te arruine el curso. Es nuestro último año, nuestra última oportunidad de disfrutar la etapa del instituto. Ya sufriste suficiente el año pasado.

—Nah, Alexandra tiene que hacerle pagar por lo que hizo —interviene mi hermana desde el asiento trasero—. No dejes que te pisotee ni un minuto más. ¿Has olvidado lo de las fotos? ¿Y los mensajes? ¿Y cuando...?

—Tienes demasiadas opiniones para tu edad —la corto, sin necesidad de repasar cada uno de los recuerdos que llevo meses intentando enterrar.

Cuando vuelvo a mirar por la ventanilla, ya estamos entrando en el aparcamiento del Floramont High. Las mismas caras de siempre, alumnos que pasean tranquilamente con sus mochilas colgadas al hombro mientras se dirigen a la entrada principal.

Maisie es la primera en salir del coche en cuanto Emma consigue aparcar.

—¡Nos vemos a la salida! —grita, desapareciendo entre la multitud sin ni siquiera despedirse.

—¡No me lo puedo creer! —El tono de Emma es tan elevado que hace que varios grupos nos miren con curiosidad.

Me giro hacia ella, con el ceño fruncido, para descubrir qué le sorprende tanto. Su mirada está fija en algún punto entre los estudiantes que charlan apoyados en sus coches, riendo con sus amigos. Pero, por más que miro, no veo nada fuera de lo común.

—¿El qué? —pregunto intrigada.

—¡Allí! ¡Lincoln Foster! Está... muy alto. —Hace énfasis en el «muy», como si fuera la mayor revelación de la historia.

Pongo los ojos en blanco.

—Emma, es un jugador de baloncesto. Siempre ha sido alto.

—Ya, pero ahora lo parece mucho más, incluso más que Blake. Yo diría que...

La dejo hablar, desvariando sobre la altura de todos nuestros amigos, mientras la arrastro hacia la entrada del instituto. Me aferro al parloteo alegre como si pudiera calmar el nudo que siento en el estómago. Sé que quiero disfrutar este año. Sé que debería. Pero también sé que no puedo permitirme otro error.

Así que repito mentalmente las reglas que me impuse este verano, una a una, como un mantra:

Nada de distracciones.

Nada de sentimientos.

Y, sobre todo, nada de chicos.

Y mucho menos chicos del equipo. Porque ya sé lo que pasa cuando te pillas por uno de ellos y eso nunca termina bien.

Esquivamos como podemos a los estudiantes que recorren los pasillos con prisa, buscando su aula entre empujones y saludos rápidos. Hemos llegado un poco justas de tiempo y el timbre no tardará en sonar. Acelero el paso hasta que alcanzamos la secretaría, donde la señora Kelly —que lleva aquí desde que se fundó el centro — reparte los horarios como cada inicio de curso.

—Alexandra Baxter, de último curso. —Le dedico la mejor de mis sonrisas a la encantadora mujer.

Si hay una palabra que describa a la señora Kelly, esa es *eficaz*. Después de tantos años aquí, conoce a todos los alumnos a la perfección y sé que, aunque ya está mayor, nadie podría hacer mejor su trabajo.

—La veo distinta este curso, Baxter —comenta mientras rebusca entre los horarios detrás del mostrador.

—Muchas cosas han cambiado, señora Kelly. Pero presiento que este va a ser un muy buen año. —Al menos, eso espero.

—Pues a ver si tiene razón y consigo jubilarme —bromea pasándome todos los papeles por el hueco de la ventanilla.

Le dedico otra sonrisa y me aparto para dejar paso al siguiente alumno. Como era previsible, Emma es la siguiente en la cola... y también en dar un espectáculo. Empieza a contarle a la señora Kelly todos los detalles de su verano como si no hubiera una fila detrás esperando. Niego con la cabeza. Vamos a llegar tarde.

—Nombre y curso, señorita —la interrumpe la secretaria con su tono habitual.

—Veo que usted tampoco es muy fan de las mañanas. No se preocupe, mi mejor amiga, Lexi, tampoco lo es. De hecho, suele despertarse con un humor de perros...

—Nombre. Y curso —repite con más énfasis, sin levantar la voz, pero dejando claro que no está para bromas.

Yo no aparto la mirada del gran reloj de la pared. El timbre sonará enseguida.

—Emma Preston, último curso.

—Perfecto. Aquí tiene. Y ahora quiero verlas a las dos corriendo hacia clase, ¿queda claro?

Asentimos al unísono y echamos a andar por el pasillo, apretando el paso. Nadie quiere llegar tarde el primer día.

Las primeras impresiones lo son todo.

Y, esta vez, pienso asegurarme de que la mía no tenga nada que ver con chicos, con errores, ni con el pasado.

2

Last call, last ball



Blake

El entrenador Baxter nos fulmina con la mirada desde la distancia. Siempre está con el ceño fruncido, como si estuviera buscando alguna excusa para gritar a alguien. Por suerte, después de tantos años, Lincoln y yo sabemos cómo manejarnos con él. Más o menos. No es la primera vez que nos echará la bronca y puedo asegurar que tampoco será la última.

—¡King, Foster! —Su voz resuena por todo el pasillo—. ¿¡Se puede saber qué coño hacéis todavía aquí?!

Los dos intercambiamos una mirada rápida. Ambos sabemos que el entrenador tiene una increíble habilidad para aparecer en el momento exacto en el que la cagamos.

El pasillo se encuentra completamente vacío, excepto por un par de estudiantes que ni siquiera parecen haberse dado cuenta de que estamos solos. Como siempre, llegamos tarde. Pero si hay algo que he aprendido con el tiempo es a mantener la calma cuando el entrenador está en modo «Como sigáis así, vais a chupar banquillo durante tres meses».

—Entrenador... —empieza a decir Lincoln, y en cuanto abre la boca sé que no va a ir bien, aunque por suerte Baxter lo corta al instante.

—Guárdate las tonterías, Foster. ¿Cuándo pensáis centraros? Necesito que uno de mis mejores jugadores y el capitán del equipo se concentren. Este es el curso definitivo, ¿lo entendéis? Tenéis que esforzaros al máximo este año, y no solo en la cancha. De nada sirve ser un buen jugador sin buenas notas. ¡Empezad a comportaros como adultos!

Me apoyo en la pared tratando de aguantarme la risa mientras el entrenador nos suelta el mismo discurso de siempre. Puede parecer todo lo contrario, pero en el fondo sé que Baxter nos aprecia y que cuando nos llama la atención es porque quiere que lleguemos lejos.

Lincoln da un paso adelante y le lanza una sonrisa que solo provoca que Baxter se enfade más. Porque eso es lo que Lincoln siempre hace, enfadar al entrenador con sus tonterías.

—Sí, entrenador. Prometemos solemnemente no volver a llegar tarde de nuevo. —Su tono de voz es neutro, pero conozco perfectamente a este chico y sé que está tratando de tomarle el pelo.

Baxter nos lanza una mirada asesina, pero su mandíbula se relaja un poco antes de continuar.

—Está bien, pero no quiero oír más excusas, ¿entendido? Vuestra cabeza debe estar en el juego y en los estudios, joder. El equipo depende de vosotros, no le falléis.

—Lo tenemos controlado —contesto en un intento de tranquilizarlo.

Él parece estar a punto de decir algo más, pero al final solo niega con la cabeza y se da media vuelta.

—Id a clase. El único momento en el que quiero veros en los pasillos es para ir al entrenamiento.

—Sí, jefe. —Antes de apoyarse conmigo en la pared, Lincoln alza el pulgar al aire a pesar de que Baxter ya no puede vernos.

—¿Sabes? Si no conseguimos ninguna beca universitaria, te echaré toda la culpa a ti y tus magníficos planes.

—Si no conseguimos las becas, ya podemos aprender a escondernos, porque no habrá nada que nos salve de la furia de Baxter —responde Lincoln de forma sarcástica.

Como si acabara de pensar en algo, Lincoln suelta una carcajada y comienza a avanzar por el mismo pasillo por el que el entrenador se está alejando.

—¡Eh, Baxter! Que sepas que siempre voy a recordar el momento en el que por fin admitiste que soy uno de tus mejores jugadores.

Le lanzo una mirada de advertencia a Lincoln justo cuando el entrenador se gira hacia nosotros. Revisa ambos lados del pasillo, asegurándose de que no hay nadie cerca —como si estuviésemos tramando algo ilegal—, y nos dedica una peineta rápida antes de marcharse sin decir ni una palabra.

Lincoln estalla en carcajadas y yo no puedo evitar soltar un suspiro parecido a una risa. Así son las cosas con el equipo.

De camino hacia nuestra primera clase, no puedo evitar pensar en las palabras del entrenador. Sé que ahora toca demostrarle que podemos hacerlo, que podemos centrarnos y, sobre todo, que podemos ganar.

Porque, al final, eso es lo importante. Que estemos todos. Que seamos eso, un equipo. Y mientras yo sea el capitán, es mi trabajo mantenernos unidos.

No puedo fallarle al entrenador este año, no después del error del anterior. Se suponía que yo debía tenerlo todo bajo control... y fallé.

Le fallé al entrenador, me fallé a mí, al equipo.

A ella.

Voy caminando distraído detrás de Lincoln hasta que me choco con su espalda. Levanto la mirada y veo que se ha quedado parado frente a la puerta de la clase de Matemáticas.

—Entra.

—Entra tú primero —dice cambiándome el sitio mientras me empuja ligeramente hacia la puerta.

—¿Qué te pasa? ¿Ahora resulta que le tienes miedo a la señora Jacobs? —pregunto burlón.

—Miedo no, es estrategia. Si entras tú primero, yo quedo como el chico educado que te ha dejado pasar —contesta con una seriedad muy fingida.

—Tu estrategia no tiene ningún sentido...

—Claro que lo tiene.

—El hecho de que yo entre primero no va a hacer que se olvide de que ambos llegamos tarde.

—Bueno, entonces entra ya.

Niego con la cabeza antes de tirar de la puerta para entrar. Doy el primer paso en el aula, consciente de las miradas de varios compañeros. Siento a Lincoln pisándome los talones, pero, antes de sentarse en una de las sillas de la última fila, se inclina hacia mí y murmura:

—¿Has visto? Tú entras primero, todos se fijan en ti y yo me escabullo sin que nadie se dé cuenta. Trabajo en equipo, King.

Pongo los ojos en blanco mientras me dejo caer en mi asiento, pero no puedo evitar sonreír. La señora Jacobs nos echa una mirada de advertencia y sé que está a punto de reprendernos.

—Cierra la boca y saca un bolígrafo al menos, Foster —le digo, tratando de sonar serio mientras organizo mis cosas sobre la mesa.

—Claro, capitán. Lo que tú digas —responde él con una exagerada reverencia antes de sentarse.

Una vez que la profesora ha desviado la atención de nosotros y ha vuelto a explicar cómo va a funcionar el curso, sin poder evitarlo, la busco. Mis ojos revisan el aula en pos de esa melena rubia que siempre me quita el aire.

No puedo evitar notar cómo la decepción crece en mi interior cuando no la encuentro por ninguna parte.

—No está aquí —me susurra Lincoln, que sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—No me digas —le contesto de forma irónica.

—No uses ese tonito conmigo, King. Ponte como quieras, pero en vez de babear por una chica deberías empezar a hacer caso a la pobre señora Jacobs, que intenta que nos enteremos de cómo serán sus clases —comenta con inocencia antes de simular que toma apuntes en una libreta.

Va a ser una clase muy larga.



Cuarenta y cinco minutos después, no puedo evitar mirar desconcertado a Lincoln, que sigue durmiendo a pesar de que el timbre acaba de sonar por todo el instituto y él ni siquiera se ha inmutado. Al parecer, ni el fuerte ruido de los altavoces consigue sacarlo de su trance.

Al final nuestra profesora de Matemáticas pierde la paciencia y nos echa a gritos del aula. No me queda más remedio que arrastrar a mi compañero por los pasillos para poder llegar a la siguiente clase.

Es ahí cuando lo noto: el aroma a vainilla. Es su olor. Un perfume tan sutil que parece escaparse de todo menos de mí. Se cuela en

mis pulmones y me nubla la mente en cuestión de segundos. Es ella.

Levanto la vista justo a tiempo para verla cruzar el umbral de la puerta. Alexandra Baxter. Lleva el pelo completamente liso hoy, tanto que casi le roza las caderas. Parece contenta, y eso me gusta. No sonríe mucho últimamente, pero, joder, cuando lo hace es como si el mundo entero se detuviera solo para admirarla. Y el mundo no sé, pero puedo asegurar que yo sí lo hago.

Entra a clase riéndose de algo que le dice Emma Preston, su mejor amiga, y está tan absorta en lo que ella le cuenta que parece no notar nada más a su alrededor. Ni siquiera a mí.

—Muévete, King, o vas a causar retenciones. —La voz de Lincoln me saca de mi ensueño.

No me doy cuenta de que vamos a la misma clase hasta que este me empuja para que entre.

Resoplo mientras me adentro en el aula, intentando no parecer más despistado de lo normal, pero no puedo evitar que mis ojos vuelvan a buscarla, y ahí está, en una de las filas centrales, inclinada hacia la pelirroja, que sigue contándole algo muy animada.

—La vida te sonríe este año, King. Tu novia va con nosotros a clase. —El volumen de su voz es lo bastante alto como para que los alumnos más cercanos se giren, aunque por suerte no lo suficiente como para que le llegue a Alexandra.

—No es mi novia.

—Pero te gustaría, ¿verdad? —Lincoln arquea una ceja y me da un par de codazos en el abdomen.

—Cállate antes de que alguien te oiga.

Levanta las manos en señal de rendición, pero, justo cuando parece que va a cambiar de tema, susurra:

—Igual deberías agradecérmelo más tarde. Podría haberlo dicho más alto.

Le lanzo una mirada que espero que sea lo bastante amenazadora para que me deje en paz, aunque Lincoln no parece ni un poco intimidado. En vez de eso, se recuesta en su silla y se pone a observar el aula, claramente aburrido.

—Voy a hablar con ellas —dice de repente, poniéndose en pie.

—¿Con quiénes?

Él me mira con incredulidad y acto seguido señala hacia la mesa de Alexandra y Emma.

—Escúchame bien, King. Es el último año, ¡el último año!

—Lo he entendido la primera vez que lo has dicho.

—Eso significa que esta es tu última oportunidad para intentarlo. No te prometo que funcione, pero lo que no pienso permitir es que pases otro año más parado sin hacer nada. Porque, cuando este curso termine, tus opciones desaparecerán. Y no voy a quedarme de brazos cruzados viendo cómo mi amigo se rinde sin luchar.

—Te has vuelto loco, ¿verdad? ¿Has olvidado la charla que nos dio el entrenador antes de terminar el curso pasado?

Lincoln frunce el ceño.

—El entrenador no tiene por qué enterarse...

—Deja de decir tonterías. Te recuerdo —y cito—: «Os juro que, como me entere de que alguno de vosotros se pasa de listo con mi hija, lo expulso. No quiero veros respirar cerca de ella, porque solo por eso os haré correr más que en toda vuestra vida. Si mi hija llega llorando, me encargaré de que no volváis a tocar un balón. ¿Lo habéis entendido?».

—Te lo estoy diciendo en serio. Lo llamaremos «operación...».

—No vamos a llamarlo nada. Ni se te ocurra ponerle uno de tus nombres a esto.

—Entonces, ¿aceptas?

—No.

—Perfecto. Lo llamaré «operación Phantom Ball». Vas a conquistar a esa chica, Blake. —Lo dice con tal seguridad que me dan ganas de reír... o llorar.

—¿Por qué Phantom Ball?

—Obviamente por *El fantasma de la ópera*. Qué poca cultura tienes. Es un juego de palabras. Como ya sabes, el baile de fin de curso siempre es de máscaras. ¿Entiendes la referencia?

—Definitivamente te estás volviendo loco. —Me paso las manos por el pelo, agobiado.

—La conclusión es que voy a invitarlas al entrenamiento de mañana por la tarde. Ya sabes, algo especial por ser el primero del año —dice encogiéndose de hombros, como si supiera de qué está hablando.

—¿Especial? ¿Desde cuándo el primer entrenamiento es algo especial?

—Desde que nos lo hemos inventado tú y yo hoy. Espabila, King, hay que poner en marcha el plan...

—No hay ningún plan...

Lincoln pasa olímpicamente de mí y se levanta tan tranquilo, con intención de acercarse a ellas. Yo me quedo donde estoy, pasándome las manos por la cara e intentando que no se me note el agobio que tengo, que cada vez va a más. Cuando llega a su mesa, Emma lo mira enseguida, siempre atenta. Alexandra tarda un poco en imitarla. Al principio parece confundida, probablemente no se esperaba que Lincoln se acercara, pero al final le sonríe, como si todo estuviera bien.

La verdad es que Alexandra y yo siempre hemos sido amigos. Desde que empezó el instituto, siempre ha estado con nosotros, con el equipo. Se llevaba bien con todos. Era parte del grupo.

Pero el año pasado... las cosas cambiaron. Se torció todo de golpe y, desde entonces, ya no es lo mismo. Ella se alejó un poco. No solo de mí, de todos. Y lo entiendo. Supongo que necesitaba espacio. O no quería más líos.

Así que, aunque quiera acercarme, aunque me muera de ganas de hacerlo, hoy vuelvo a quedarme quieto. Sentado. Mirando desde lejos cómo Lincoln se las ingenia para venderles la idea de un entrenamiento «especial», como si fuera el evento del año.

—Enhorabuena, capitán —dice cuando vuelve, revolviéndome el pelo como si de su perra se tratase.

—¿Por qué?

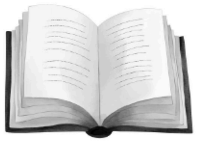
—Porque tu novia va a venir a verte entrenar mañana. Lo único que necesitamos ahora es difundir el rumor lo suficiente para que se entere más gente. Si no, vamos a quedar como unos idiotas.

Levanto la vista hacia el techo, resoplando.

Esto va a salir mal. Pero, por alguna razón, no me importa tanto como debería.

3

Un entrenamiento más



Alexandra

Estoy organizando los libros en la taquilla mientras Emma me cuenta con entusiasmo los detalles de una pelea que ha estallado a mediodía en la cafetería. Al parecer dos chicos del curso de mi hermana se han liado a gritos —y algo más— por una estupidez.

—Lexi, ¿me estás escuchando o solo asientes por educación?

Suelto una carcajada mientras intento que el cuaderno de Literatura no se me caiga encima del pie.

—No te preocupes. Si me pierdo algo, seguro que Maisie me lo contará después con pelos y señales.

Justo al mencionarla, la veo aparecer al fondo del pasillo, corriendo como si la persiguiera una banda de criminales. Muy discreto por su parte.

—Ahí viene el terremoto —murmura Emma, señalando con la barbilla a la pequeña rubia que se abre paso entre estudiantes mucho más altos que ella.

—¡No os vais a creer lo que ha pasado hoy! —exclama mi hermana sin perder ni un segundo, con la cara iluminada por la

emoción.

Un par de alumnos cercanos giran la cabeza, curiosos al ver a una niña que apenas supera el metro y medio merodeando por la zona de los mayores como si fuera una más.

—Maisie, baja la voz. Sabes que no puedes estar en este sector.

—¡Pero es que necesito contaros lo de...!

Le cubro la boca con una mano antes de que algún profesor le llame la atención.

—En casa me lo cuentas con calma, ¿vale? Solo dame cinco minutos para acabar de recoger esto y nos vamos.

Termino justo cuando suena la campana y el pasillo empieza a vaciarse. Maisie y Emma me esperan apoyadas en las taquillas, resoplando. Siempre se han quejado de que soy demasiado lenta. Y yo siempre he disfrutado haciéndolas esperar.

—¿Nos vamos? —pregunta Maisie mientras mi amiga consulta el móvil.

—Me quedo un rato en tu casa contigo —dice Emma, dirigiéndose a mí—. Mis padres cenan fuera, así que podemos aprovechar para repasar lo de Historia con tranquilidad.

Asiento sin pensarlo. Me viene bien. Además, Maisie parece encantada de tener compañía. El trayecto a casa se pasa rápido y, cuando nos damos cuenta, estamos las tres tiradas en el sofá con la televisión puesta a un volumen casi inaudible.

—Entonces, ¿vas a ir mañana al entrenamiento? —pregunta mi hermana de repente, como quien no quiere la cosa.

Me quedo quieta un segundo.

—¿Cómo sabes tú lo del entrenamiento?

—Me lo han dicho por ahí... —responde con una sonrisa demasiado inocente para ser creíble.

—No hace falta que me lo cuentes. Da igual. No voy a ir. Tengo cosas que hacer. El club de lectura, por ejemplo.

Tanto Emma como Maisie me dedican la misma mirada: cejas levantadas, ojos entrecerrados. Sospecha nivel experto.

Antes de que Maisie suelte cualquier tontería, la freno con un gesto.

—No insistas, Mai. No puedo saltarme la primera reunión del club del año. Cassidy me mataría.

No es mentira, pero tampoco es toda la verdad. Cassidy, la directora del club, se molestaría un poco, aunque seguro que lo entendería si le dijera que no me sentía con ganas..., además de que en realidad no coinciden en horario, pero eso es algo que no voy a admitir para no quedarme sin coartada.

—¡Emma, dile algo a tu mejor amiga! —se queja Maisie.

Emma ríe, negando con la cabeza.

—Lexi, no seas mentirosa. La reunión del club es a primera hora de la tarde. Y tanto tu hermana como yo coincidimos en que no podemos perdernos ese entrenamiento.

Me remuevo en el sofá, incómoda. La verdad es que la idea de ir me pone nerviosa. Sería el primer entrenamiento al que asistiría desde que Mason ya no está.

No sé cómo van a reaccionar los chicos. Si será raro. Si me mirarán de forma diferente.

Intento buscar una excusa más sólida.

—Además, si voy, Emma también lo hará. Y no voy a dejar que Maisie vuelva sola a casa.

—¡No volveré sola! —salta mi hermana, exasperada—. Los padres de Charlotte pueden traerme perfectamente.

Charlotte, nuestra vecina de enfrente, es su mejor amiga desde que nacieron. Cuando cumplí catorce, mis padres decidieron que ya

era lo bastante mayor para cuidar de las dos si ella quería quedarse en casa. Por eso, desde entonces, si mamá tenía que trabajar o había partido, Charlotte pasaba el día con nosotras.

—No me fío nada de ti...

—¡Lexi, por favor! —Maisie pone su mejor cara de súplica, manos juntas y todo, como si rezara.

—Venga, no seas aguafiestas —dice Emma, empujándome con el hombro—. Es solo un entrenamiento. Y si te sientes rara, nos vamos. Prometido.

Resoplo, observando a Maisie, que ahora tiene los ojos bien abiertos, como si estuviera dispuesta a llorar si hiciera falta. Me doy cuenta de que las dos saben manipularme a la perfección y de que he perdido esta batalla. Suspiro.

—¿De verdad los padres de Charlotte pueden traerte?

—¡Te lo juro! —responde mi hermana, ofreciendo su dedo meñique como garantía sagrada.

—Está bien... —murmuro, enlazando mi dedo con el suyo.

La sonrisa que se le escapa es tan grande que me hace gracia. No sé si estoy haciendo bien. No sé si estoy preparada. Pero mañana iré. Aunque me tiemblen las piernas. Quiero recuperar mi normalidad. O al menos intentarlo.



Al día siguiente soy yo quien lleva a las chicas al instituto. Por suerte, todo va con más calma que el día anterior: sin prisas, sin carreras, desayunando con tiempo. Incluso el tráfico parece haberse puesto de acuerdo en darnos una tregua.

La mañana transcurre sin incidentes. Alguna que otra mirada curiosa en los pasillos, algún murmullo al pasar, pero nada que no

pueda manejar. Nada que me haga dar media vuelta.

Al empezar la tarde, llego la primera a la sala donde se reúne el club de lectura. Cassidy ya está aquí, colocando las sillas, y me uno sin decir gran cosa. No somos precisamente amigas, pero compartimos algo importante: los libros. Desde que entré en el club, nuestra relación se ha mantenido en esa línea tranquila y neutral. Sé que ella quiere estudiar Escritura Creativa, igual que yo, y eso de algún modo hace que me sienta más cómoda con su presencia.

La sesión, al ser la primera del curso, se alarga más de lo habitual. Entre las presentaciones, las sugerencias de lectura y los debates improvisados sobre adaptaciones de Jane Austen, el tiempo se nos pasa volando.

Cuando salgo de la sala, me doy cuenta de que ya llego tarde a la charla de presentación del curso.

Maldigo en silencio y acelero el paso por el pasillo. Al entrar en el aula, la primera imagen que me encuentro es la de Cher, Abigail y Lily sentadas en la primera fila. Muy juntas. Muy cómplices.

No me han guardado sitio.

Levanto la mano a modo de saludo cuando noto que Abigail me mira, pero, al no recibir ninguna reacción, la bajo enseguida. Quizá no me ha visto. O tal vez sí. No lo sé. Han estado muy raras conmigo este verano.

Respiro hondo mientras busco con la mirada algún sitio libre. Solo queda uno.

Al fondo del todo.

Al lado de Blake King.

Él alza ligeramente las cejas al ver cómo me acerco. Yo también me sorprendo al verlo solo. Aunque, bueno, «solo» es un decir, porque Blake nunca lo está. Es de los que caminan rodeados de saludos, palmadas en la espalda y elogios constantes. El tipo de

persona que siempre parece estar en el centro, incluso sin pretenderlo. Supongo que ser el capitán del equipo de baloncesto tiene mucho que ver.

Esta vez, sin embargo, el asiento que normalmente ocupa Lincoln a su lado se encuentra vacío. Y Blake, sin decir palabra, inclina la cabeza hacia el sitio como si me lo ofreciera.

Me siento con cuidado, intentando que no se note lo incómoda que estoy.

En ese preciso momento, Malcolm y Jake —que están sentados justo delante— se giran casi a la vez. Malcolm me lanza una mirada inquisitiva, una ceja levantada. Jake, en cambio, me dedica una sonrisa, mezcla de diversión y asombro, como si se preguntara qué demonios hago aquí.

Yo también me lo pregunto.

De repente, sin poder evitarlo, una imagen me golpea la mente: las risas, las fotos, los gritos... y él. Mason.

Aunque sé perfectamente que ya no está, que fue expulsado hace meses, hay algo en este lugar que todavía me provoca cierta incomodidad. Como si en cualquier momento pudiera aparecer entre los jugadores, sonriendo como si nada.

Mi cuerpo se tensa sin querer.

—Relájate, Baxter —oigo una voz a mi derecha, arrastrando las palabras con ese tono tranquilo que tan bien domina—. Pareces estar viendo un fantasma.

Giro la cabeza. Blake está ahí, contemplándome curioso con una postura muy relajada; tiene las piernas estiradas por debajo de la mesa y las manos guardadas cuidadosamente en los bolsillos de su sudadera negra.

—¿Qué? No —respondo enseguida, quizá demasiado rápido. Me obligo a soltar una pequeña risa que suena más forzada de lo que

me gustaría—. Solo estaba... observando el ambiente.

—Claro —asiente, divertido—. Solo te has quedado mirando fijamente a mis jugadores como si alguno fuera a lanzarte un balón a la cara.

Resoplo, cruzándome de brazos para disimular el leve temblor en mis manos.

—Es el entrenamiento de esta tarde —murmuro, bajando la mirada—. Me pone nerviosa. No sé por qué he accedido a ir.

Blake no dice nada durante unos segundos. Me limito a mirar mis propias manos y, por un instante, siento que todo el ruido de la clase se desvanece un poco.

Nunca me ha costado sincerarme con él. Tiene esa extraña habilidad de escuchar sin juzgar, de estar sin invadir. Aunque podría parecer el típico cliché de chico guapo y popular —capitán del equipo, sonrisa fácil, el tipo al que todo el mundo quiere agradar—, Blake no es así.

—Bueno —habla por fin, en voz baja, pero sin perder ese tono despreocupado—, podría decirte que no hay nada de lo que preocuparse..., pero no te mentiré. Vas a tener que aguantar a varios idiotas corriendo con un balón, sudando y gritando como si les fuera la vida en ello.

Lo miro de reojo, conteniendo una sonrisa.

—Gracias por el apoyo moral.

—Para eso estoy. Un rayo de sol en tu día gris.

Suelto una pequeña carcajada y, por un momento, el peso sobre mis hombros se aligera. Me inclino sobre la mesa, apoyando los codos, mientras él saca las manos de los bolsillos y comienza a juguetear con los cordones de su sudadera sin apartar los ojos de mí.

—¿Y si me da un ataque de pánico en mitad del entrenamiento? —pregunto en un murmullo, medio en broma, medio en serio.

—Entonces fingiré una lesión para distraerlos. Me tiraré al suelo y empezaré a gritar que no siento las piernas.

—Muy considerado.

—Lo sé. Deberías darme las gracias ahora, por anticipado.

Lo observo unos segundos, y me doy cuenta de que su sonrisa no es tan burlona como parece. Está aquí. Está atento. Y, aunque no lo diga, sé que está preocupado.

—Gracias... Por intentar distraerme —aclaro.

Blake abre la boca, probablemente a punto de soltar algún comentario sarcástico para destensar el ambiente, pero en ese instante los tutores entran en el aula, imponiendo su presencia con un silencio absoluto.

Enderezo la espalda de golpe, como si me hubieran pillado haciendo algo que no debía, e intento centrarme en la explicación. Lo último que quiero es empezar el año con una amonestación.

A mi lado, Blake ya está escribiendo en su libreta con la tranquilidad de quien lo tiene todo bajo control. Decido hacer lo mismo, aunque mi atención no tarda en flaquear.

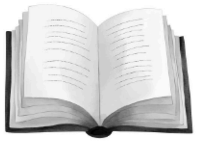
Cuando levanto la mirada de las notas para seguir lo que el señor Wyman está escribiendo en la pizarra, mis ojos se cruzan con los de Cher. No me sonríe. Solo me observa.

Antes de que pueda reaccionar, el móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco con disimulo y bajo la vista hacia la pantalla. Un mensaje nuevo. Cher.

> Espérame fuera cuando el señor Wyman termine la charla.

4

Todo lo que pierdes es un paso que das



Alexandra

Vuelvo a guardar el móvil después de teclear un rápido «Vale» en su chat. No quiero enfadar al señor Wyman. La verdad es que me alegra que Cher me haya escrito para hablar. Lleva un tiempo bastante distante y espero que esta situación termine, porque no me gusta estar así con ella.

Me quedo mirando durante unos instantes el sitio donde Cher, Abigail y Lily están sentadas. Me hubiera encantado poder sentarme con ellas.

—¿Todo bien? —oigo una voz a mi lado.

Levanto la vista. Blake me observa de reojo, con el ceño ligeramente fruncido.

—Sí —respondo enseguida, sacudiendo la cabeza como para despejarla—. Solo me he distraído un poco.

Él asiente y se gira de nuevo, y yo me obligo a prestar atención, aunque ya he perdido el hilo por completo.



Cuando salgo al pasillo, la primera figura que llama mi atención es Cher Larsen. Está esperándome en la puerta con su melena rubia perfectamente peinada, los brazos cruzados y esa expresión serena, casi despreocupada.

Sin quererlo, los recuerdos se arremolinan. Me arrastran.

Fue durante una clase de gimnasia, en noveno grado. Estábamos jugando al voleibol cuando Zachary, con uno de sus saques imposibles, le dio un balonazo directo a Emma. El impacto fue tan fuerte que terminó mordiéndose la lengua. Aún puedo ver la sangre empapando su camiseta blanca y la cara de horror de la profesora antes de llevarla corriendo a la enfermería.

Recuerdo caminar por la cafetería como si flotara, con la bandeja temblándome en las manos, buscando el rincón de siempre. Una mesa junto al ventanal del fondo, lejos del ruido. Emma y yo solíamos sentarnos allí todos los días. Nuestro refugio. Nuestro espacio.

Pero, esa tarde, me senté sola. Me sentía ridícula, expuesta. Como si todo el mundo pudiera ver que me faltaba una mitad.

Y entonces apareció Cher.

Con su sonrisa lista, los ojos brillantes, el pelo perfecto. Atravesó la cafetería como si nada, como si no le importara lo que pensaran los demás. Ni siquiera preguntó si podía sentarse. Simplemente lo hizo. Dejó su bandeja a mi lado y compartimos el silencio.

No hablamos mucho, pero no hizo falta. Ese gesto me bastó.

Con el tiempo, nos hicimos amigas. Ella me presentó a Lily y a Abigail, y, poco a poco, mi mundo comenzó a expandirse.

Sin embargo, esa fue la única vez que Cher se sentó en nuestro rincón. A partir de ahí, ella siempre ocupó una mesa más céntrica, donde estaban las miradas, las conversaciones, las risas que parecían más importantes. Yo volví a sentarme con Emma, en nuestro refugio. Desde allí, podíamos ver el lago de la ciudad, rodeado de árboles, y cómo las hojas caían lentamente cuando llegaba el otoño. Nadie miraba hacia allí. Y por eso lo adoraba.

Vuelvo al presente y me encuentro con su silueta delante de mí.

—¿Qué pasa? —pregunto en voz baja, con los nervios a flor de piel.

Ella no responde al instante. Me observa con la mandíbula apretada, como si intentara contenerse, pero, en cuestión de segundos, explota.

—¿En serio, Alexandra? ¿Blake?

Parpadeo, confundida. No esperaba que empezara así. Ni que su tono fuera tan agresivo.

—No entiendo...

—¿No entiendes? ¡Claro que no! Porque para ti todo es siempre perfecto. ¡Todo gira a tu alrededor! —me espeta, subiendo el tono sin preocuparse por quién pueda oír la conversación—. Sabes que me gusta. ¡Y, aun así, te acercas a él como si nada!

—Cher, yo no...

—No me vengas con excusas. No eres tan inocente como te haces ver. Lo de hoy, en clase... ¿Qué hacías sentada a su lado?

Siento que el pecho se me encoge. Miro hacia los lados, pero no hay escapatoria. No hay nadie que me salve de esto.

—Solo estábamos hablando —murmuro.

—¿Hablando? Por favor, Lexi. ¿Te crees que soy estúpida? Primero fue Mason. ¿Te acuerdas? Porque yo sí. Yo estaba ahí cuando lo

expulsaron. Y tú, con tu carita de buena, saliste de todo eso sin un rasguño. Y ahora vas a por Blake. ¿Qué te pasa?

La miro sin saber qué contestar. ¿Qué me pasa? ¿Estoy haciendo algo mal?

—Lo de Mason no fue culpa mía —digo, apenas audible.

—Ah, ¿no? Recuerdo perfectamente que fuiste tú la que le echó la culpa de todo. Era mi mejor amigo, Alexandra. Lo expulsaron por tu culpa.

Trago saliva. La garganta me arde. ¿De verdad cree eso? ¿Que yo quería que las cosas terminaran así?

—No es verdad...

—No te atrevas a negarlo. —Me lanza una mirada de furia que me encoge entera—. Estás intentando algo con Blake sabiendo lo que siento. ¡Me lo estás quitando todo!

¿Y si realmente fue culpa mía? ¿Y si pudiera haber hecho las cosas de otra manera?

—Cher, yo... no estoy con él. No hay nada entre nosotros, de verdad.

Ella me mira como si no creyera ni una palabra.

Y, de repente, se quiebra.

Su expresión se derrumba, los ojos se le llenan de lágrimas y su voz baja hasta hacerse casi un susurro.

—Perdón..., no quería gritarte —musita, temblando—. Es que... estoy muy sola, Lexi. Muy sola. Y no sé qué hacer. Siento que te estoy perdiendo.

Y como si esas palabras activaran algo dentro de mí, mi cuerpo reacciona sin pensarlo. Me acerco, con el corazón abatido, sintiéndome la peor persona del mundo.

—No digas eso. Claro que me importas... Yo solo... no sabía que estabas así.

Ella se tapa la cara con una mano y se le escapa un sollozo.

—Desde que Mason no está..., no tengo a nadie —murmura encogida sobre sí misma, triste—. Lo siento. No quería decirte todo esto así. No quiero que pienses que soy una loca. Solo... quiero que me entiendas.

—No pienso eso —respondo enseguida.

Aunque no estoy segura de qué pienso sobre lo otro, sobre mí.

Porque, por mucho que una parte de mí grite que no, que no soy culpable, que en toda la situación con Mason yo solo fui una víctima..., otra parte me come por dentro.

¿Y si de verdad fui egoísta?

—Está bien... Lo siento, Cher, perdona... —susurro, sin fuerza.

Ella me abraza. Y yo la dejo.

Y aunque debería sentirme aliviada, solo noto un nudo. Uno que no se va. Uno que me aprieta el pecho mientras me repito que Cher simplemente está dolida...

Pero ni siquiera eso consigue borrar la duda que ahora me ronda, afilada y punzante.

¿Y si toda esta situación es culpa mía?

5

En dirección contraria



Blake

Faltan menos de quince minutos para que empiece el entrenamiento. Baxter está terminando de colocar las últimas cosas, y el gimnasio está a rebosar de estudiantes de todos los cursos. Pero Alexandra sigue sin aparecer.

Hace ya un buen rato que he distinguido la melena pelirroja de Emma entre la multitud. No ha parado de moverse por la entrada, inquieta, con el móvil en la mano. Cuando nuestras miradas se han cruzado, le he lanzado una pregunta muda. Ella ha negado con la cabeza. No sabe nada.

Y entonces me invade un sentimiento que empieza a ser demasiado habitual cuando pienso en Alexandra: la culpa.

He notado cómo su cuerpo se tensaba en clase. Lo he visto. Me he atrevido a preguntarle, pero ella se ha cerrado en banda. Y yo, en vez de insistir, lo he dejado pasar.

Y ahora ella no está aquí.

Una mano se apoya en mi hombro y me arranca de golpe de mis pensamientos.

—¡¿Has visto qué pasada?! ¡Lo hemos conseguido! —exclama Lincoln, con una sonrisa enorme, mientras observa el bullicio a nuestro alrededor—. Nunca había visto tanta gente aquí. Te dije que lo de organizar fiestas era lo nuestro.

—Te he dicho mil veces que emborracharnos en tu casa con el equipo cuando tus padres no están no cuenta como fiesta —murmuro, girándome hacia él. Luego, con un hilo de voz, dejo escapar lo único que de verdad me importa ahora—: ¿Sabes algo de Alexandra?

Dejo entrever la última pizca de esperanza que me queda y puedo notar cómo mi voz tiembla ligeramente al final.

Lincoln niega con la cabeza. Por primera vez en el día, su sonrisa se apaga un poco.

—Nada aún, tío. Emma está intentando contactar con ella, pero por lo que sé no le coge el teléfono.

Suelto un suspiro largo y me paso las manos por el pelo. Estoy más alterado de lo que debería.

Estoy a punto de volver a recorrer todo el gimnasio en su busca, cuando por fin la veo aparecer. El recogido perfecto que lucía esta mañana ha empezado a deshacerse; el lazo que le sujetaba el pelo ahora está torcido, y algunos mechones se han escapado y caen sobre sus mejillas enrojecidas.

Los ojos hinchados delatan lo mucho que ha estado llorando. Incluso desde esta distancia puedo ver las ojeras marcadas bajo sus ojos.

Y, aun así, cuando nuestras miradas se cruzan, levanto la mano para saludarla. Un gesto tímido. Torpe. Sin saber muy bien qué tengo que hacer. Ella me devuelve el saludo, con una sonrisa fugaz que no le llega a los ojos.

Algo dentro de mí se encoge.

—¡Foster, King! ¡¿Se puede saber qué hacéis ahí parados?!

El grito de Baxter se oye en todo el gimnasio, cortando el momento de golpe. Tardo unos segundos en darme cuenta de que el resto del equipo ya ha empezado a calentar. Nosotros somos los únicos que no estamos haciendo nada.

Sé que debería obedecer. Sé que debería comenzar a correr como los demás, dejar de pensar en ella al menos por un rato.

Pero no puedo.

No después de verla así.

E incluso antes de decirlo en voz alta, ya sé lo que voy a hacer.

—Necesito que distraigas a Baxter por mí, Foster.

Lincoln me lanza una mirada confusa. Pero, sin darme tiempo a replicar nada, abre mucho los ojos al verme echar a correr... en dirección contraria al resto del equipo.

—¡¿A dónde coño vas, King?! ¡Como Baxter te vea te va a matar!

No le contesto. Ni siquiera me giro.

Solo tengo un objetivo. La atravieso con la mirada, temiendo que si parpadeo llegue a desaparecer. La multitud se abre a mi paso, pero solo tengo ojos para ella.

Alexandra está de pie junto a una de las columnas del pabellón, como si necesitara sujetarse para no venirse abajo. Sostiene el móvil en la mano, aunque no lo mira. Parece ausente. Demasiado quieta para todo el ruido que hay a su alrededor.

Veo cómo Emma se acerca, preocupada, y Alexandra le dice algo bajito. Un gesto suave con la mano basta para que su amiga se aparte, cabizbaja, y se siente en las gradas, sin dejar de mirarla.

Y me duele. Joder, me duele en lo más hondo verla así.

Sin pensar mucho lo que hago, avanzo hasta ella y le agarro la mano con cuidado, con miedo incluso, como si estuviera hecha de

cristal. Ella no se resiste. Ni siquiera pregunta. Simplemente empieza a caminar a mi lado, sin hablar, sin soltarme.

No sé si me sigue porque confía en mí o porque no tiene fuerzas para hacer otra cosa.

Cuando al fin nos alejamos del bullicio y alcanzamos un rincón apartado del pasillo, lejos del pabellón, me detengo. Solo nuestras respiraciones entrecortadas llenan el silencio.

Ella también se para, pero no dice nada. No me mira. Se queda quieta, con la vista perdida en algún punto entre el suelo y el vacío, intentando controlar su respiración como si eso fuera suficiente para mantenerlo todo en su interior.

—Alex —la llamo, sintiendo que me arden las palabras por dentro.

Su nombre me sale más bajo de lo que esperaba.

Ella levanta la cabeza lentamente. Y, por un segundo, todo encaja. Porque, aunque sus ojos estén hinchados, aunque se la vea derrotada, siguen siendo los suyos. Marrones, grandes, honestos.

Y están mirándome.

—¿Qué pasa?

No le pregunto si le pasa algo. Sé lo que va a decir. Que no es nada. Que está bien.

Y no me lo voy a creer.

—Nada... Yo... —empieza a balbucear, pero no acaba la frase.

Yo tampoco la dejo.

Niego despacio, tragándome todas las preguntas que se agolpan en mi garganta. Me acerco un poco más y siento cómo el corazón me golpea con fuerza, ignorando por completo lo que le he repetido una y otra vez: que solo somos amigos.

Y que eso es lo único que vamos a ser.

Ella necesita un amigo. No un idiota enamorado que no sepa controlarse.

Sin pensar demasiado, la rodeo con los brazos. Lentamente, con cuidado, dándole la oportunidad de apartarse si quiere.

Pero no lo hace. Aunque tampoco me mira. Solo se deja sostener. La diferencia de altura hace que pueda apoyar la barbilla en su cabeza sin dificultad, y lo hago, sintiendo su pelo revuelto acariciarme el mentón.

Y entonces la oigo. Un primer sollozo. Apenas un temblor.

No le digo nada. No la miro. Solo la abrazo más fuerte.

Porque, si no quiere hablar, no la voy a forzar.

Porque, a veces, simplemente necesitas que alguien esté ahí.

El temblor de su cuerpo se intensifica. El llanto llega en oleadas suaves, contenidas, como si todavía intentara callárselo. Y cada vez que lo hace, siento que se me parte algo dentro.

Sigo abrazándola con fuerza, intentando hacerle entender, sin palabras, que no está sola. Que me tiene. Aunque no sea como a mí me gustaría.

Y mientras la abrazo, mientras noto su llanto apagarse poco a poco contra mi camiseta, lo único que hago es rezar en silencio para que, algún día, pueda mirarme con algo más que tristeza.

Para que este abrazo no sea lo más cerca que estaré de tenerla.

No sé cuánto tiempo pasamos así, quietos. Ella ya ha dejado de llorar, pero tampoco parece lista para separarse. Y yo... yo tampoco tengo intención de soltarla. Todavía no.

Pero una voz a nuestra espalda rompe el momento.

—¡Joder, King! El entrenador se está volviendo loco sin ti.

Alexandra se separa en cuanto oye a Zachary. Da un paso atrás y baja ligeramente la mirada, recomponiéndose al instante.

Zachary aparece por el pasillo, con la camiseta medio arrugada y el ceño fruncido, aunque al vernos esboza una media sonrisa.

—¡Ey, Lexi! —dice con tono despreocupado—. Hacía tiempo que no te veía.

Ella le devuelve una sonrisa rápida, sin ganas. Aunque Zach no parece notarlo.

—¿Qué hay, Zachary?

—Tío, más te vale volver ya. A Baxter está a punto de explotarle la vena de la frente.

Asiento despacio, pero, antes de dar un paso, me giro en su dirección una última vez.

Ella sigue en el mismo sitio, los brazos cruzados como si aún necesitara protegerse de algo. Me observa con atención, pero ahora hay un atisbo de luz en su mirada. Un poco de la Alexandra de siempre.

—¿Qué? —me suelta—. ¿No tienes un entrenamiento al que llegar?

Me quedo mirándola, un segundo más, como si necesitara comprobar que de verdad está bien. No del todo, pero al menos ya no parece a punto de romperse.

—¿Estás segura? —le pregunto, sin ocultar la preocupación.

Ella se encoge de hombros, forzando una sonrisa ladeada.

—Si te echan del equipo por mi culpa, me voy a sentir fatal. Anda, vuelve antes de que mi padre te haga correr hasta el fin del mundo.

Me saca la lengua con suavidad, en ese intento de ser ella otra vez. No sé si lo hace por mí o por ella misma, pero funciona.

Le devuelvo una sonrisa sincera y echo a correr hacia el gimnasio, justo cuando Zachary reaparece en la puerta con cara de pocos amigos.

—Tío, no es por meter presión, pero Baxter ha dicho literalmente que, si no estabas en la pista en treinta segundos, ibas a calentar el banquillo hasta Navidad.

—Pues ya me dirás cómo va a ganar la temporada sin mí —bromeo sin dejar de correr.

—Creído —resopla Zach, siguiéndome el ritmo.

—¡Eh, tú, King! —La voz del entrenador me hace detenerme en seco—. ¡Sabes que el primer entrenamiento es decisivo para ver quién juega el primer partido y quién chupa banquillo, así que mueve el culo ya!

No me lo tiene que repetir. No tardo en alcanzar al resto. Trato de concentrarme, de verdad que lo intento, pero mis ojos la buscan casi sin querer. Ahora ya está con Emma, las dos haciendo cola en el improvisado puesto de refrescos que Lincoln ha conseguido, aunque prefiero no saber cómo lo ha hecho.

Sacudo la cabeza. Tengo que aprender a distinguir cuándo puedo permitirme dejar que todo lo que siento por Alexandra tome el control... y cuándo no. Y en estos momentos es un «no». No cuando el equipo necesita a su capitán centrado y Baxter no me va a pasar ni una.

La amenaza vuelve a colarse en mi mente. Aunque Alex y yo solo seamos amigos, lo que siento por ella va mucho más allá. No puedo arriesgarme. Porque si el entrenador piensa, aunque sea solo por un instante, que puedo hacerle daño a su hija..., no dudará ni un segundo en echarme del equipo. Y no puedo fallarles de esa manera a los chicos.

Gruño y acelero el paso, buscando una distracción. Me centro en Zachary Palmer, el alero que corre a mi lado.

—¿Qué tal, capitán?

No me da tiempo a contestarle antes de que Lincoln se nos una, como si se activara en cuanto detecta una conversación que no lo incluye. Tres segundos y ya corre a nuestro lado. Como en los viejos

tiempos, acabamos los tres corriendo en grupo, igual que en el patio del colegio.

—Escuchad, tíos —nos dice Lincoln, claramente entusiasmado—. Tengo la idea perfecta para la fiesta de este viernes. Los Minions. Podemos sortear quién hace de Gru y los demás vamos de muñecos amarillos con gafas.

—Ya... Ni de coña —responde el número cinco, Zach, negando con la cabeza—. Lo siento, tío, pero, por muy graciosa que sea la idea, paso de hacer el ridículo a ese nivel. Creo que Cassy irá a la fiesta.

Pero ¿qué cojones?

—¿Se puede saber de qué estáis hablando?

Zachary se lleva una mano al pecho como si le hubiese traicionado personalmente.

—¡¿Cómo has podido olvidarlo?! —exclama, dolido—. ¡Llevamos semanas planeando esto, King! Me ofende que flipes porque no te acuerdes.

—Tío, en serio. Esto lo hablamos hasta en tu casa. ¡Que lo dijimos el día de las pizzas! —añade Lincoln.

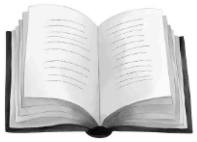
Entonces caigo. La estúpida fiesta de disfraces. Supongo que el «llevamos» es más bien un «llevan». Porque yo, hace semanas, dejé claro que me parecía una tontería disfrazarse y que no contaran conmigo.

—El caso —insiste Zach— es que estamos a lunes y solo tenemos tres días para encontrar los disfraces perfectos.

Yo solo rezo para que, con un poco de suerte, en esos tres días se les olvide la idea.

6

Un corazón dividido en dos



Alexandra

El entrenamiento ha terminado y los alumnos de todos los cursos se levantan de forma caótica para marcharse. Creo que he oído a varios compañeros hablar sobre ir a tomar algo después, pero hoy no tengo ganas.

Emma y yo bajamos por las gradas despacio hasta llegar a la cancha, donde mi padre y los chicos beben agua y recogen sus cosas. El aire huele a ese característico sudor que siempre se queda flotando tras una práctica intensa.

Mi padre está cerca del banquillo, con su inseparable libreta en las manos, revisando anotaciones mientras Zachary le comenta algo desde el otro lado, probablemente sobre un desajuste en la defensa.

—Nos vamos ya, papá —le digo al llegar junto a él.

Levanta la vista apenas un segundo, el bolígrafo todavía en la mano.

—¿Te encuentras mejor? King me ha dicho que te dolía el estómago. Podemos ir al médico si lo necesitas.

—Estoy bien, de verdad —respondo, agradeciendo en silencio que Blake me haya cubierto—. Emma se queda en casa esta noche.

Asiente sin dejar de observarme de reojo. No se traga la mentira, aunque tampoco insiste.

—Está bien. Pero descansad. Mañana hay clase y no quiero excusas de que estáis muy cansadas para ir.

Antes de contestarle, desvío la mirada hacia Blake. Está al otro lado de la pista, recogiendo los balones y metiéndolos en la red. Me está mirando. Le doy las gracias en silencio, solo con los labios. Él se encoge de hombros y sonríe un poco, sin quitarse de encima esa expresión tranquila que siempre lo acompaña. Luego aparta la vista y sigue a lo suyo.

—¡Adiós, Baxter! —grita Lincoln, cruzando delante de nosotras con la bolsa al hombro—. Gracias por otro entrenamiento inolvidable que me va a dejar sin rodillas antes de los veinticinco.

—No seas dramático, Foster —responde mi padre sin mirarlo siquiera.

—Lo intento, pero es difícil cuando naciste para sufrir. Y para brillar —añade, girándose en dirección a Blake—. ¿Verdad, colega?

—Y para hablar sin parar —resopla Blake, sentándose en un banco mientras se seca el cuello con la toalla.

—Exactamente. Soy el alma sensible de este equipo. Os hago terapia gratis y así me lo agradecéis.

Emma suelta una risa ahogada, y yo no puedo evitar sonreír, aunque sea apenas un gesto. Me resulta reconfortante ver que, pese a todo, hay cosas que no cambian. El grupo sigue siendo el mismo.

—Sal ya de mi gimnasio antes de que pierda la paciencia —gruñe mi padre, cerrando al fin la libreta.

—Siempre un placer, Baxter —responde Lincoln con una reverencia burlona antes de alejarse.

Emma y yo salimos del pabellón sin decir nada. La suave brisa de la tarde me golpea la cara al cruzar la puerta, y agradezco el silencio en el que estamos sumidas. Mi coche está aparcado justo en la entrada del gimnasio, por lo que no tardamos mucho en llegar hasta él.

Saco las llaves del bolsillo y abro deprisa. El sonido metálico del pestillo es lo único que nos acompaña.

Una vez dentro, arranco el motor. Emma enciende la radio y, como si el universo supiera lo que necesito, comienza a sonar «Lovers», de Anna of the North. La reconozco enseguida. Aún recuerdo la primera vez que vi con Emma *A todos los chicos de los que me enamoré.* A ella no le entusiasmó demasiado, pero a mí... A mí me fascinó, terminé completamente obsesionada con Peter Kavinsky. Tanto que mamá acabó comprándome el devedé solo para que dejara de hablar de él en cada cena.

Desde entonces, tengo este sueño medio cursi de encontrar algún día un amor que suene como esa canción, que se sienta como esa película. Y, por suerte, todavía no he perdido la esperanza. Después de todo, solo tengo dieciséis años.

Lo que pasó con Mason... sé que, con el tiempo, será solo una historia más. Una que dolió, sí, pero que no definirá lo que vendrá después.

No decimos nada, pero ambas sonreímos un poco. A veces, los recuerdos compartidos son suficientes para mejorar el ambiente.

El trayecto es corto. Cruzamos las calles conocidas de Floramont: los árboles perfectamente alineados, las casas con jardines cuidados, el supermercado donde siempre te cruzas con alguien.

El cielo está encapotado, gris, y empieza a llover. Gotas pequeñas, indecisas, que resbalan por el cristal sin prisa. Conducir bajo la lluvia

siempre me ha parecido un poco hipnótico. El mundo se mueve a cámara lenta, como si todo estuviera en pausa.

Y, aunque intento evitarlo, pienso.

En ellos.

En cómo todo cambió de golpe, y en lo fácil que parecía antes. Lo integrados que estaban en mi día a día, sin que yo lo notara. Y en lo raro que es sentirlos tan lejos ahora.

Sé que puede parecer exagerado. Solo llevamos dos días de clase. Dos intentos de volver a la rutina después de todo el desastre del curso anterior. Pero lo noto.

Los noto.

Lejos, pero también peligrosamente cerca.

Y yo me siento... fuera de lugar. Como si ya no encajara donde antes tenía un sitio.

Sé que alejarme fue lo correcto. Lo que debía hacer. No quiero líos. No quiero complicaciones. Ni para mí, ni tampoco para ellos.

Pero a veces —solo a veces— los echo de menos.

Después de todo, pasé demasiadas tardes con ellos.

Horas enteras viendo cómo Lincoln fastidiaba a mi padre con cualquier excusa. O Zachary, que siempre acababa a mi lado cuando lo expulsaban al banquillo. Jake, que me traía chucherías antes de cada entrenamiento, como si fuera un pacto silencioso. Incluso Caleb, durante aquella temporada en la que le gustaba Emma y vivía buscándonos por los pasillos.

Y entonces cometí el error de decirle que sí a Mason Dalton.

A esa edad, todas las chicas de mi curso vivían experiencias que yo solo podía leer en los libros o, con suerte, escuchar en las anécdotas de mis amigas. Porque a mí nadie me miraba dos veces, y definitivamente no era la primera opción de nadie para invitarme a salir.

Nunca estuve realmente enamorada de él. Aunque al principio... fue emocionante. Era guapo, popular, me prestaba atención, como si fuera la única en la sala. Durante unas semanas, todo parecía perfecto.

Pero lo perfecto nunca dura.

Vinieron los celos. Empecé a reírme menos con los chicos, a evitar a Lincoln o a cambiar de tema cuando Zachary se acercaba. No porque quisiera, sino porque sabía cómo reaccionaría Mason.

Pensaba que nuestra relación no alteraría nada. Pero lo cambió todo. El equipo se volvió un caos. Mi padre tenía que levantar más la voz. Blake, que siempre había sido el equilibrio, parecía agotado intentando mantener al grupo unido. Mason estaba más irascible. Y yo... yo sentía que lo había estropeado todo.

Así que dejé de ir a los entrenamientos, dejé de estar.

Todavía me acuerdo con rabia del día que se acercó a mi taquilla después de Física y me invitó a tomar un helado. Lo dijo con esa sonrisa torcida que tantos adoraban.

Yo acepté. Y, desde entonces, nada volvió a ser igual.

Me detengo frente a mi casa justo cuando la lluvia comienza a caer con más fuerza. Las luces del porche están encendidas, cálidas, familiares. A través de la ventana del salón, alcanzo a ver dos siluetas moviéndose al ritmo de una canción.

Maisie y Charlotte. Por supuesto.

Una lágrima me resbala por la mejilla sin previo aviso. No sabía cuánto necesitaba estar en casa hasta que por fin he llegado. Aquí. Donde aún me siento segura.

Mi refugio.

Mi hogar.

—¿Entramos? —pregunta Emma en voz baja.

Asiento, tragándome el nudo que tengo en la garganta.

Nada más entrar, lo primero que oímos es una versión chillona y entusiasta de «You Belong With Me». Pillamos a Maisie y Charlotte en pleno karaoke de Taylor Swift, riéndose a carcajadas mientras saltan por el salón con el mando a modo de micrófono.

—¡Hola! —grita mi hermana cuando nos ve, la voz ronca de tanto cantar y reír.

Charlotte salta del sofá, con una trenza mal hecha que le cuelga por un hombro, y agita la mano como si estuviéramos en medio de un concierto.

—¡Tenemos palomitas! —anuncia con demasiada emoción.

—¡Genial! —respondo con una sonrisa cansada—. Vamos un momento arriba a cambiarnos y bajamos para ver una peli, ¿vale?

Ambas asienten sin dejar de bailar, y Emma me sigue escaleras arriba sin decir nada.

Mi habitación huele a vainilla y a suavizante. La iluminación es tenue, con una guirnalda de luces blancas alrededor del cabecero, y sobre la cama hay una manta rosa claro, perfectamente doblada. Todo está ordenado. Limpio. Bonito.

Emma deja su mochila a los pies de la cama y comienza a observar los libros que tengo perfectamente colocados en la estantería. Es un hábito suyo. Siempre les echa un ojo a pesar de que sabe que son exactamente los mismos. Yo, mientras tanto, cierro la puerta de mi dormitorio.

—Tu cuarto siempre parece de catálogo —murmura Emma mientras saca una camiseta mía del cajón, como si ya supiera cuál es la más cómoda.

Yo río suavemente y niego con la cabeza. No es que siempre esté perfecto, solo que el suyo siempre es un desastre.

Mi amiga se sienta en la cama sobre una de sus piernas doblada y la otra colgando del borde. Juega con el filo de la camiseta que

acaba de ponerse, sin decir nada, pero mirándome de reojo.

Me acomodo en la cama, con las piernas cruzadas, y respiro hondo antes de hablar. Emma me observa en silencio, paciente, pero sé que está esperando que lo suelte.

—Lo que ha pasado hoy con Cher... —digo al fin—. Ha sido raro. Pensaba que solo quería hablar, como antes; que iba a explicarme por qué lleva tanto tiempo distante. Abigail me ignora, y Cher ni me saluda.

Emma frunce los labios, cruzada de brazos, aunque no dice nada.

—Me ha soltado que no entendía cómo podía estar cerca de otro jugador de baloncesto, que parecía que lo estaba haciendo a propósito. Y que era injusto..., porque yo sabía que a ella le gustaba Blake.

Emma parpadea, incrédula.

—¿Qué? —dice, como si no hubiese oído bien.

—Sí. Y también que por mi culpa expulsaron a Mason.

Puedo ver cómo la mandíbula de Emma se tensa. Está a punto de explotar.

—Y luego se ha puesto a llorar —añado bajito, como si eso justificara algo.

—Claro que sí. Su jugada estrella: te humilla, te culpa... y luego llora. —Emma bufa—. Para que tú te sientas mal por ella.

—Emma, no es tan simple —susurro—. Se siente sola. Mason era su mejor amigo. Y lo expulsaron. Y Blake... ni siquiera la mira. Está triste, dolida. Solo se ha desahogado conmigo. Me tiene confianza y...

—¿Eso te parece confianza? —me corta, con las cejas alzadas—. Te hace sentir culpable por hablar con alguien. Te trata como si fueras una amenaza. Lexi, eso no es amistad.

—Pero no lo hace con maldad... —murmuro, bajando la mirada.

Emma se incorpora un poco, hablando más despacio, como si buscara las palabras justas.

—Tú también estás herida. Y eso no te ha convertido en alguien cruel.

—No sé...

—¿Y tú qué has hecho? —me corta de nuevo—. Cuando esa bruja te ha dicho todo eso, ¿tú qué has hecho?

—Le he pedido perdón —confieso con un hilo de voz.

Emma se lleva una mano a la frente.

—No entiendo por qué le das explicaciones y le pides disculpas a una persona que te está culpando de cosas de las que no eres responsable...

—Solo quiero volver a estar bien con todo el mundo —digo, sintiéndome ridícula al expresarlo en voz alta.

—Y, a cambio, ¿qué? ¿Renunciar a ti misma?

Me quedo callada. No sé qué responder. En mi cabeza todo tenía sentido. No quería perder a Cher, ni a nadie. Y lo último que quiero son más problemas.

—Mira, no te estoy diciendo que cortes cualquier relación con ella —añade Emma, más tranquila—. Solo que abras un poco los ojos.

Sus palabras se quedan flotando en el aire, como una verdad incómoda que no quiero mirar demasiado de frente.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

Emma me dedica una sonrisa suave pero firme.

—Empieza por no dejar que nadie decida por ti. Hay una fiesta el viernes. Van a ir todos. Zachary, Lincoln, Malcolm... Blake. Tú y yo también vamos a ir.

—No sé si es buena idea —murmuro, sintiéndome pequeña de repente—. No quiero líos, Emma. No quiero volver a meterme en un bucle.

—No vas a meterte en nada. Solo vamos a pasarlo bien. A ver a tus amigos. ¿Desde cuándo tener amigos es un delito?

—Es que Cher cree que, si me acerco a ellos, voy a repetir los errores de antes...

—¿Y tú qué crees? —pregunta Emma con suavidad.

Me muerdo el labio. Lo pienso. Quiero creer que puedo con todo. Que puedo ser amiga de Cher... y de los chicos. Que no tengo que elegir.

—Yo creo que puedo hacerlo bien esta vez —susurro—. Solo quiero que nada se rompa; que nadie más salga herido.

Emma me coge la mano con ternura.

—Entonces empieza por ti. Tú también importas, Lexi. No vas a romper nada solo por volver a ser tú.

Asiento despacio. Todavía tengo mil dudas..., pero algo dentro de mí se enciende. Una chispa. Un recuerdo de lo que era antes..., cuando no tenía miedo de reír con ellos, de ser yo.

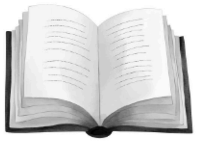
—Vale..., vayamos a esa fiesta.

Emma sonríe, satisfecha, y se levanta.

—Perfecto. Ahora vamos abajo antes de que Charlotte convierta el salón en un musical de Disney.

7

El final alternativo de Los Vengadores (parte 1)



Alexandra

La casa de Miles Harris está a rebosar cuando Emma y yo ponemos un pie en el jardín. Me abro paso entre los adolescentes hasta la cocina. No hace falta que nadie me indique el camino: Harris ya ha dejado su vivienda para fiestas antes, y esta vez no iba a ser la excepción.

Antes de salir de casa dudaba un poco sobre nuestros disfraces. Me daba miedo que fuésemos las únicas en tomárnoslo en serio, pero, al analizar a todos los que tenemos alrededor, creo que vamos perfectas para la ocasión. No desentonamos ni un poco.

Nos cruzamos con varios de los chicos del equipo, como Malcolm o Jake, que nos saludan con un gesto de cabeza y una sonrisa fugaz. Hay tanta gente que apenas se puede avanzar sin tropezar con alguien.

Vuelvo a revisar si Cher ha respondido a alguno de los cientos de mensajes que le he enviado hoy. Nada. No hay respuesta. No me preocupo mucho por ello. Después del pequeño incidente del

martes, solucionamos las cosas y Cher me aseguró que todo había quedado olvidado.

Guardo el móvil en el diminuto bolso que me cuelga del hombro con la intención de no volver a sacarlo. No quiero perderlo.

La cocina está mucho más tranquila que el resto de la casa. Dentro hay un par de chicos preparando copas y, al verla sentada sobre la encimera con una botella de agua en la mano, reconozco al instante a la propietaria de esa melena oscura. Me sorprende que esté aquí, Cassidy no suele apuntarse a reuniones sociales como esta, y mucho menos desde..., bueno, desde que ya no está con Zachary.

No es que seamos muy cercanas, pero todo el instituto se enteró de que aquello no acabó demasiado bien.

Ella también me ve y me dedica una leve mueca, que es lo más parecido a un saludo. No es borde, solo... distante. Reservada. Algo que, por alguna razón, siempre me ha parecido honesto.

Agarro la mano de Emma con suavidad y me acerco.

—Hola, Cassidy.

—Ey —exclama ella con un ligero asentimiento.

—Esta es mi amiga Emma. No sé si os conocéis.

Cassidy la mira un segundo, antes de esbozar una media sonrisa.

—De vista. Fuiste tú la que recibió aquel balonazo en noveno, ¿verdad?

Emma se echa a reír. Puede que en su momento le diese vergüenza, pero ahora es una anécdota que no falla si queremos pasar un buen rato. Cassidy no menciona al culpable, pero las tres sabemos que fue Zachary.

—La misma —responde ella, divertida—. Lexi me ha contado que tú eres quien mantiene vivo el club de lectura del Floramont.

Cassidy se encoge de hombros, algo tímida.

—Bueno, sí. Aunque intento no dar demasiado la lata.

—Tranquila —intervengo, sonriendo—. Con el escándalo que montan los chicos persiguiendo una pelota, no creo que a nadie le molesten nuestras discretas reuniones.

Ella se ríe por lo bajo, casi con pudor. No parece incómoda, pero tampoco sabe muy bien cómo encajar ahora mismo..., y eso me resulta familiar.

No sé cuándo fue la última vez que vi a Cassidy Adams en una fiesta. Pero aquí está. Y no sé por qué, pero me recuerda un poco a mí. Como si las dos estuviéramos intentando lo mismo sin haberlo dicho en voz alta: disfrutar de nuestro último año, volver a encajar en este mundo que en algún momento se volvió ajeno.

Ambas sabemos lo que es salir herida por uno de esos estúpidos jugadores de baloncesto. Y aunque nadie supo nunca qué pasó exactamente entre ella y Zachary, su silencio siempre me ha parecido más elocuente que cualquier rumor.

Miro a Emma y ella asiente antes de que diga nada. Sabe lo que estoy pensando. Estoy a punto de preguntarle a Cassidy si le molesta que nos quedemos con ella, pero no me da tiempo.

—Si queréis, podéis quedaros por aquí un rato —dice ella, apartándose un mechón de pelo del rostro—. Dentro se está más tranquilo. Es menos... agobiante.

—Nos encantaría —responde Emma al instante, con una sonrisa, mientras se inclina para empezar a preparar unas copas.

Y así, sin siquiera pretenderlo, la cocina se convierte en una pequeña isla en calma en medio del jaleo reinante. Una tregua improvisada. Y, por primera vez en mucho tiempo, no me siento tan fuera de lugar.

Las horas pasan sin que nos demos cuenta. Cassidy es la primera en marcharse. Se disculpa por no aguantar hasta el final, aunque yo

creo que ha sido bastante valiente solo por el hecho de presentarse, y encima sola. No todo el mundo se atrevería.

—¿Otra? —pregunta Emma, alzando una copa ya medio vacía.

—Paso —contesto sonriendo mientras me apoyo en la encimera—. Estoy comenzando a encariñarme con mi dignidad.

—¿Estás segura? Es gratis.

Me río, justo cuando la puerta se abre de golpe y los causantes oficiales del caos estudiantil hacen su entrada triunfal: Blake King, Lincoln Foster y Zachary Palmer.

Ellos aún no nos han visto. Diría que van bastante borrachos, aunque en su caso siempre es difícil saberlo con certeza. Lincoln arrastra a Blake como si estuviera sacando a pasear a un perro rabioso, y Zachary parece más concentrado en no tropezar con sus propios pies que en cualquier otra cosa.

—Mira cómo van vestidos —me susurra Emma al oído, con un tono que mezcla fascinación y horror a partes iguales.

Su pelo me hace cosquillas en la mejilla. Me giro un poco para verlos mejor... y no puedo evitarlo. Estallo en carcajadas. Emma me da un codazo, pero también está conteniendo la risa. Intentamos taparnos la boca, como si eso fuese a protegernos de ser descubiertas.

Están ridículos.

Blake lleva un traje de Spiderman tan apretado que parece que lo haya sacado del armario de un niño de diez años. Lincoln es un Batman de saldo, con la capa medio arrugada y la máscara torcida. Y Zachary..., bueno, digamos que alguien debería demandar a la tienda que vendió esa versión de Capitán América.

—Esto es oro —susurra Emma, llorando de la risa—. Necesito fotos.

Nos escondemos un poco más entre las sombras de la cocina mientras seguimos espiando. Lincoln le sirve una copa bien cargada a Blake, que se bebe sin pestañear.

—O me emborracho o no sobrevivo a esta noche vestido así —gruñe, mirando con odio el logo de su pecho.

—¡Ese es mi capi! ¡Inaugurando el inicio del curso a lo grande! —grita Lincoln mientras alza su copa.

Zachary no dice nada. Se agarra al mármol de la encimera como si le fuese la vida en ello. Emma se ríe tan fuerte que esta vez soy yo la que tiene que darle un codazo.

—¿Te preparo otra? —dice Lincoln, ya con la botella en la mano. Blake parece dudar—. No te vendría mal, King. Tienes muchas responsabilidades este año, no pasa nada por relajarte una noche.

—Tú lo que quieres es arrastrarme contigo —murmura Blake frotándose la cara con la mano.

—Palmer, ¿te apuntas?

Zachary levanta un dedo sin apenas energía.

—A mí déjame en paz, tío. Aún estoy sufriendo las consecuencias de la mierda que me acabas de dar.

Emma y yo no podemos evitar soltar otra carcajada. Entre las muecas de Zachary, las tonterías de Lincoln y la expresión de fastidio de Blake, parece una escena sacada de una comedia barata.

Y, por alguna razón, me siento capaz de formar parte de ella. Capaz de bromear. De acercarme, aunque sea solo un poco, a ese grupo al que antes pertenecía.

—Menudo espectáculo estáis montando —comento en voz alta, lo bastante fuerte como para que me oigan.

Las tres cabezas se giran. Blake es el primero en verme.

Y, entonces, se queda quieto.

Pero antes de que pueda decir nada, el resto del equipo entra en la cocina, en busca de su capitán, arrastrando consigo a más gente. Sin embargo, Blake no aparta la mirada de mí.

—¡Lexi! —grita Lincoln, eufórico, como si acabara de ver a su cantante favorito—. ¡Menos mal que has venido! ¿Qué llevas puesto?

Desvío la mirada del número veintiuno y sonrío al ver a mi amigo rubio.

—¿No es obvio? Yo soy Remy y Emma es Alfredo Linguini, de la película *Ratatouille*.

Emma me da un empujoncito disimulado con el codo.

—Te lo dije —susurra divertida—. Nuestros disfraces iban a petarlo.

Lincoln empieza a repartir abrazos, copas y empujones mientras habla a gritos con todo el mundo. Alguien propone jugar a la botella. Otro se burla. Y antes de que me dé cuenta, estamos saliendo al jardín como un grupo que sigue a su líder.

—¡Vamos a hacer algo decente! *¡Blind basket!* —anuncia Lincoln, subido en uno de los bancos del jardín.

No puedo evitar soltar una risa al recordar el estúpido juego.

—*Drunk* ¿qué? —pregunta Emma, frunciendo el ceño con una mezcla de duda y emoción.

—*Blind basket*, borracha —corrige Zachary desde el césped, señalando hacia la cancha con una mueca.

Reconozco al instante la cancha iluminada. Está justo al lado de la pista de tenis, una de esas cosas que los padres de Miles construyeron para él, como si quisieran regalarle su propio campus. Excentricidades de ricos.

Zachary se acerca a nosotras, algo más serio. Sus pasos son lentos y cansados. Cuando habla, apenas levanta la voz.

—Oye, chicas... Antes... Quiero decir... He visto...

No termina la frase, pero no hace falta.

—Ya se ha marchado —lo corto, sin necesidad de preguntar. Sé perfectamente a quién se refiere. Y también sé que, aunque no lo diga en voz alta, la ha estado buscando desde que entró.

Zachary asiente muy despacio, como si la confirmación le supiera a poco. Mira en dirección a la ventana que da a la cocina, donde antes estaba Cassidy, y durante unos segundos parece querer decir algo más, pero se lo guarda. El gesto es tan breve que casi se pierde en la oscuridad.

Emma y yo notamos cómo el ánimo se le apaga de golpe. Ahora no sonríe. Solo se queda ahí, jugueteando con las manos, como si el *blind basket* ya no le importara lo más mínimo.

Me doy cuenta de que, en medio de todo este caos, Blake se mantiene al margen; lo observa todo a su alrededor y sujeta la copa que Lincoln insiste en rellenarle cada cinco minutos. Creo que ya ha tenido suficiente.

Me acerco un poco, aprovechando que todos están discutiendo reglas.

—¿Jugamos? —me atrevo a preguntar mientras le quito la copa con suavidad.

—¿En serio? —contesta, alzando una ceja. Me observa como si intentara descifrar si hablo en broma o no.

—Si a ti te apetece, claro.

No me responde con palabras. En su lugar, me toma de la mano —por segunda vez en la semana— y empieza a abrirse paso entre la gente, torpemente.

Me río por lo bajo y lo ayudo a mantener el equilibrio hasta que llegamos a la cancha.

—Vale, como somos muchos —empieza a decir Lincoln, subiéndose otra vez al banco del que se había bajado, como si fuera

un presentador de televisión—, hacemos parejas mixtas. Así estará más equilibrado.

Emma grita algo sobre lo imparables que habríamos sido juntas. Yo no estoy tan convencida, pero alzo mi copa con una sonrisa, como si le diera la razón.

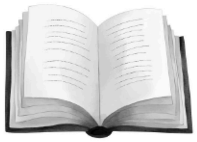
No tarda en emparejarse con Zachary, que sigue en silencio con la mirada clavada en algún punto invisible del césped.

Entonces me giro hacia Blake, que sigue a mi lado, quieto.

—Blake —pronuncio, esbozando una sonrisa ladeada—, ¿quieres ser mi pareja?

8

El final alternativo de Los Vengadores (parte 2)



Alexandra

Blake me mira como si no supiera si tomárselo en serio o no.

—Sí —responde al fin, sin dudar, aunque evita mirarme. Su atención parece centrada en la multitud y las parejas que ya se están formando a nuestro alrededor.

—Blake.

—Dime.

—Soy nefasta jugando al baloncesto.

Eso lo detiene. Esta vez sí se gira hacia mí. Sus labios se curvan ligeramente, y su risa se escapa antes de poder contenerla: fuerte, despreocupada y más genuina de lo que recordaba, resonando por encima del ruido de las conversaciones que nos rodean.

—Entonces estamos jodidos, Alex. Esperaba que tú pudieses hacernos ganar.

—Yo no soy la profesional del baloncesto aquí.

—Ya, pero el alcohol barato que Lincoln me ha dado me está nublando la vista. Creo que ahora mismo no sabría encestar ni en una piscina.

—Reza por que mi padre no te oiga.

Blake vuelve a reírse a carcajadas y eso me hace sonreír.

A pesar de no saber jugar al baloncesto, conozco perfectamente este juego. He estado en demasiadas fiestas con estos chicos como para no haberme aprendido las reglas de memoria y saber lo en serio que se lo toman.

Malcolm reparte una banda a cada pareja. El juego es sencillo: uno se tapa los ojos, el otro lo guía hasta el aro para encestar. La pareja con más puntos gana.

Blake intenta atarme la banda en la cabeza, pero está más torpe de lo habitual. Me enreda todo el pelo y me engancha una oreja.

—¡Ay! Cuidado con mis orejas de ratón. Trae, que terminaremos antes si me la pongo yo.

—¿Desde cuándo eres tan competitiva, Baxter?

—Desde que tú no estás en plenas facultades. Alguien tiene que llevar el control aquí.

—Sí, señora. —Asiente con una sonrisa inocente.

Por haber estado perdiendo el tiempo —según Lincoln—, nos toca el octavo turno. Como no tengo mucho más que hacer con la vista impedida, me dejo caer sobre el césped, cruzando las piernas con resignación.

Blake se deja caer a mi lado. Sé que es él por la risita que suelta al perder el equilibrio, porque no ha parado de reír en los últimos diez minutos.

—Oye, Alex.

—Dime, Blake.

—¿Por qué te has puesto la banda ya? Aún quedan muchas parejas por delante.

—Pues... no lo sé —respondo, quitándomela de un tirón.

Cuando vuelvo a enfocar la vista, me doy cuenta de lo cerca que lo tengo. A pesar del ridículo traje que lleva —y he de hacer un esfuerzo enorme por no soltar un comentario—, está increíblemente guapo. El pelo negro despeinado, con algunos mechones ondulados pegados a la frente. Los ojos, verdes, le brillan más de lo normal por el alcohol. Y esa media sonrisa tatuada en su rostro desde que ha llegado, como si la noche no pudiera afectarlo lo más mínimo.

—¿Spiderman? ¿En serio? —pregunto, sin poder evitarlo.

—¿Qué pasa? —Se mira a sí mismo antes de asentir con confianza —. Sé que está mal que lo diga, pero creo que me queda espectacular.

Niego con la cabeza, sin darle el gusto de una respuesta. Me limito a observar el juego mientras las parejas se turnan. La mayoría de ellas falla estrepitosamente, lo que debería tranquilizarme..., pero sé que nosotros no lo vamos a hacer mucho mejor.

—¡Spiderman y Mary Jane, a la cancha! —grita Lincoln desde algún punto del jardín.

—Será imbécil... Hay que estar ciego para no ver que vas de Remy —murmura Blake mientras se pone en pie.

—No lo dice por... Da igual, vamos.

Le tiendo la mano y lo ayudo a levantarse. Luego le lanzo una advertencia.

—Espabila, King. Contigo así de borracho nunca ganaremos.

Nos colocamos en la línea correspondiente y me vuelvo a poner la banda. Todo se vuelve negro al instante. Por suerte, no tardo en notar su pecho contra mi espalda, cálido y firme, y sus manos apoyadas con seguridad sobre mis hombros, como si su único objetivo fuese sostenerme. Bastante irónico, considerando que él es el que apenas se tiene en pie.

Al tenerlo tan cerca puedo notar su respiración y el ritmo acelerado de su corazón rozándome el hombro.

—King, relájate. Es solo un juego.

—¿Qué dices? —pregunta, genuinamente confundido.

—Pues que parece que está a punto de darte algo.

—Deja de decir tonterías, Baxter. Concéntrate, que no estás prestando atención a lo importante.

—Pero... —comienzo a reprochar.

—Da un paso a la derecha.

Obedezco, aunque al parecer no es suficiente, porque enseguida noto cómo su mano se desliza hasta mi codo para corregir mi posición con más precisión.

—Un poco más... Así. Perfecto. Ahora, tres pasos hacia delante.

Voy siguiendo sus instrucciones mientras él me guía con mucha paciencia.

—¡Sí! Da un paso a la izquierda... No, esa es tu derecha. ¿No es algo que te enseñan a distinguir a los cinco años?

—¡¿Te quieres callar y guiarme bien, idiota?! —respondo frustrada, aunque no puedo evitar reírme también.

Después de unas cuantas correcciones más y algún que otro tropiezo, finalmente Blake se queda conforme.

—De acuerdo, ahora sube el balón... Eso es. Un poco más, flexiona las rodillas... No, espera.

Me pongo tensa involuntariamente cuando sus manos bajan a mi espalda. Él también parece notarlo, porque deja de respirar antes de apartarlas de golpe.

—Perdón... Así está bien. Cuando yo te diga, lanzas, ¿vale?

Asiento tragando saliva. Respiro hondo, concentrándome en sus indicaciones.

—Tres..., dos..., uno... ¡Lanza!

Tiro el balón, confiando ciegamente en su guía.

—¡Joder, sí! ¡Lo has hecho, Baxter! —chilla Blake con tanta emoción que me contagia.

Suelto un gritito agudo, más por la adrenalina que por otra cosa.

—¡¿De verdad?! —pregunto emocionada mientras me quito la banda a toda prisa.

Pero cuando mis ojos se adaptan de nuevo a la luz, lo único que encuentro es su sonrisa... burlona.

—Pues no —admite, con la risa contenida—. La verdad es que ha sido un tiro nefasto. Casi te cargas aquella farola de allí.

Me quedo boquiabierta durante un segundo.

—¡Eres un imbécil! —grito dándole un empujón en el brazo.

—¡Ay! Oye, no le pegues a un borracho —se queja al tiempo que se lleva una mano dramáticamente al brazo y pone morritos.

—Tendrás cara...

Aun así, le tiendo la mano y lo ayudo a volver a sentarse. Se deja caer como si le pesara el cuerpo, aunque estoy bastante segura de que tiene más cuento que otra cosa. Le cuesta mantenerse erguido, así que se apoya con descaro en mi hombro, soltando un suspiro exagerado. Las siguientes parejas ya se están preparando, y el ambiente se va animando otra vez con aplausos y carcajadas.

—Déjame confesarte dos cosas —dice de pronto, girándose hacia mí con un brillo inusualmente serio en los ojos.

—Sorpréndeme —murmuro distraída.

—Lo primero es que siento ser yo quien te lo diga, pero no tienes futuro como jugadora de baloncesto.

Abro la boca, ofendida. No me lo puedo creer.

—¡Pero si ha sido culpa tuya! ¡Ahora mismo no sabes ni cuál es tu mano derecha!

Él se encoge de hombros, restándole importancia.

—¿Y la segunda? —Me cruzo de brazos, fingiendo estar más enfadada de lo que realmente estoy.

—La segunda es que me vuelve loco el disfraz que has elegido.

Antes de que pueda procesarlo, reaccionar o soltar alguno de mis comentarios, Blake ya se ha levantado. Se estira los pantalones del disfraz, tambaleándose un poco, y, sin decir nada más, se da la vuelta y camina hacia la casa, dejándome aquí, sentada en el césped, con las palabras todavía flotando entre nosotros.

9

La vida es un musical



Blake

Lanzo la última almohada que tengo a mano, frustrado, cuando Foster vuelve a hacer más ruido del que debería mientras recoge sus cosas. Se oye un golpe seco y abro un ojo para ver que le he dado en la espalda. Su grito no tarda en resonar por toda la habitación.

—¡Ay! ¡Es la tercera vez que me lanzas algo en menos de diez minutos! —se queja, dedicándome una mirada de reproche.

Gruño, enterrando la cara en el colchón, cada vez más molesto. La resaca late con fuerza en mis sienes, y todo lo que quiero es dormir, pero el jaleo que está armando no me deja en paz.

—¡Recoge en silencio! —mascullo, con la voz ronca, mientras Palmer amenaza con intervenir. Está claro que también está perdiendo la paciencia. Creo que ambos nos preguntamos qué está haciendo a estas horas de la mañana.

—¿Por qué estáis los dos en mi contra? —protesta Lincoln, cruzándose de brazos como si él fuera la víctima.

Levanto la cabeza con esfuerzo, consciente de que volver a conciliar el sueño va a ser imposible.

Con un suspiro de derrota, lo fulmino con la mirada.

—Porque eres tú el que se ha puesto a hacer ruido como un maníaco mientras buscaba su ropa. Ropa que, por cierto, dejaste tirada por toda la habitación anoche —le espeto mientras me dejo caer de nuevo sobre la cama, maldiciendo en voz baja.

—¿Así es como tratas a la persona que aguantó tu borrachera toda la noche y te arrastró hasta aquí? Esperaba más de ti, King.

Antes de que pueda responderle, Zachary se levanta de la cama, visiblemente ofendido por el comentario.

—Ni se te ocurra colgarte esa medalla —interviene, señalando a Lincoln con un dedo acusador—. El único que merece el mérito aquí soy yo. Yo fui quien os trajo hasta aquí anoche. Y ahora hay medio equipo de baloncesto inconsciente repartido por toda la casa y Miles me va a querer colgar en cuanto abra los ojos y lo vea, porque eso no es lo que acordé con él... Debíamos irnos todos al acabar la fiesta.

En ese mismo momento, Malcolm asoma la cabeza por el umbral de la puerta. De todo su elaborado disfraz solo tiene puestos los calzoncillos. Justo lo que necesitaba ver con esta resaca que parece dispuesta a matarme.

Intento ignorarlo, pero, cuando empiezan a discutir a gritos sobre quién tuvo más mérito anoche, decido que ya es suficiente. Salgo de la habitación antes de que mi paciencia termine de evaporarse.

Por suerte sigo llevando los pantalones puestos. En el pasillo, me encuentro con mi camiseta de Spiderman tirada en el suelo. No tengo ni idea de cómo ha llegado ahí, aunque es mejor eso que quedarme medio desnudo. No será el atuendo más digno para un sábado por la mañana, pero es lo único que tengo a mano.

Mientras me la pongo, intento prepararme mentalmente para lo que me espera al bajar.



El caos está por todas partes: Jake está dormido en el sofá, todavía con la máscara de Hulk puesta, y Bennet yace boca arriba sobre la mesa de billar, tapado con una manta de Hello Kitty. Miles tiene suerte de que no esté de humor para preguntarle de dónde demonios la ha sacado.

Reconstruyo poco a poco toda la noche mentalmente para averiguar cómo acabamos aquí, pero mis recuerdos son un desastre. La llegada, la música, el gentío, las luces, el *blind basket*... y Alex.

Siempre Alex.

Y luego yo, diciéndole que me volvía loco con ese maldito disfraz. Joder. ¿En qué estaba pensando?

—¡Capitán! ¿Qué me vas a hacer para desayunar?

¿Cómo puede tener tanta energía de buena mañana? Le lanzo a mi mejor amigo una mirada que debería bastar para apagarle el entusiasmo, pero no. Sonríe como si no notara el ambiente, como si de verdad esperara que me pusiera a prepararle unas tortitas.

—Nada. Te recuerdo que no estás en tu casa, así que sube ahora mismo y ponte algo de ropa, por Dios —gruño, arrastrando las palabras con la poca paciencia que me queda.

—Pero...

—Pero nada. Vístete, que nos vamos.

—Joder, qué humor tienes —murmura, ofendido—. Pensaba que, después de pasar tiempo ayer con Lexi, estarías más contento.

—¿Qué? —le pregunto distraído, sin prestarle mucha atención.

—Ya sabes: la operación Phantom Ball... está avanzando poco a poco.

Me detengo en seco y lo miro con incredulidad.

—Te dije que no le pusieras ningún nombre.

—Eres un aburrido, pero, bueno, ¿qué tal fue? Os vi muy pegaditos a los dos.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando vuelvo a recordar el ridículo de anoche.

Hay un motivo por el que en las fiestas siempre he preferido mantenerme lejos de ella. En esas noches ella siempre está jodidamente guapa, y yo, demasiado borracho para controlar mis actos.

Pero ayer no pude evitarlo. Cuando se acercó a mí para proponerme jugar y luego me preguntó si quería ser su pareja, ya no pude volver a apartarme de ella. Fue como volver a tener catorce años, cuando notaba cómo mi corazón se aceleraba cuando pasaba por delante de mí.

—Alexandra nunca se ha fijado en mí —murmuro, más para convencerme a mí mismo que a Lincoln—. Al menos no de esa manera. Y eso no va a cambiar ahora, así que te pido que dejes el tema de una vez.

—¿Que deje el tema? ¿Te has vuelto loco o qué, Blake? —responde con incredulidad—. ¡Es Alexandra Baxter de quien estamos hablando! Llevas años perdiendo la cabeza por esa chica.

—Eso mismo te estoy diciendo —contesto, firme, aunque el nudo en la garganta me traiciona.

—Eres un idiota, ¿lo sabes? —replica, cruzándose de brazos y fulminándome con la mirada.

—¿No te das cuenta de que soy lo último que Alexandra necesita ahora mismo? —Siento la presión acumulándose en mi pecho mientras las palabras se me escapan sin filtro—. ¿Has visto cómo está? Está intentando protegerse de todo lo que pueda hacerle daño. Y si en algún momento cree que yo puedo ser parte de eso...

se alejará. Y no lo soportaría, Lincoln. Prefiero quedarme callado y tragarme todo esto antes que perderla por completo.

Suelto un suspiro y me dejo caer en el sofá, frotándome la cara con ambas manos. Hablar de Alexandra siempre me deja hecho polvo. Más ahora, cuando sé que no hay solución.

Lincoln me observa en silencio, con la mandíbula apretada. Sin embargo, sus ojos no muestran lástima. Solo una mezcla de rabia y determinación.

—¿Y si ya estás perdiéndola por no hacer nada? —replica, en voz baja pero firme—. Porque, por si no te has dado cuenta, Alexandra también es mi amiga. Todo esto no lo hago solo por ti, King. Alexandra siempre te ha necesitado. Siempre has sido uno de sus pilares. No te digo que esto vaya a ser fácil, joder. Pero sé lo que veo. Y te digo que os necesitáis mutuamente. Se cerrará en banda y todo lo que quieras, pero tú a Alexandra le haces bien. Y me da igual si ella no quiere verlo o que su padre haya amenazado a toda la ciudad.

Sopeso sus palabras en silencio.

—Saldremos de esta, capi —continúa hablando con un tono más suave—. Te lo prometo. Yo saldré como un mejor amigo orgulloso... y tú vas a terminar con esa chica.

Levanto la mirada y, por primera vez en toda la conversación, sonrío. Es un gesto leve, casi imperceptible, pero está ahí.

—Eres un imbécil —murmuro.

—Y tú eres un cobarde enamorado. Pero, tranquilo, nos complementamos.



Dos horas más tarde, Lincoln está tumbado en el sofá de mi casa, comiéndose los brownies que mi madre ha horneado esta mañana, como si fuera un huésped habitual. Al parecer, volver a la suya no es una opción esta tarde.

Estoy muy cansado y se me cierran los ojos. Pero me mantengo despierto. Es una de nuestras reglas, más específicamente la quinta. A los nueve años comenzamos esa estúpida lista que fuimos completando a lo largo del tiempo. Una estúpida lista que llenamos de juramentos y reglas cuando aprendimos a escribir, pero que con diecisiete seguimos cumpliendo como si nos fuese la vida en ello.

Y aunque Lincoln nunca lo admitirá delante del resto, esa es la quinta regla.

5) Verás todos los musicales con tu mejor amigo.

La película avanza y empieza la escena favorita de Lincoln: Danny y Sandy reencontrándose en el partido de Rydell. Pero cuando giro la cabeza para hacerle un comentario, me doy cuenta de que no está prestando atención. Está absorto en su teléfono, con el ceño fruncido y la mandíbula tensa.

—¿Qué haces? —pregunto con curiosidad.

Él da un respingo, como si se hubiera olvidado de que yo estaba al lado.

—Absolutamente nada —responde, con tono teatral, y bloquea el móvil con rapidez.

—¿Qué estás viendo?

—A Danny Zuko.

—En el móvil —aclaro, más irritado de lo que pretendo.

—Nada, tío. Un mensaje de mi madre. No seas tan paranoico.

Entrecierro los ojos. Mi amigo miente fatal.

—Lincoln Foster, te voy a dar tres segundos para que me lo des.

—Tío, en serio..., estoy tratando de ver la película. ¿Podemos no hacer esto ahora?

—Tres...

—No vas a hacer nada, deja de hacerte el intenso —resopla, aunque lo esconde más entre los cojines.

—Dos...

Me lanza una mirada de advertencia. El típico «no te atreverás», pero llevamos demasiados años de amistad como para que crea que no voy a hacerlo.

—Tú lo has querido —murmuro, y me abalanzo sobre él sin pensarlo.

—¡Vale, vale! ¡Eres una bestia parda, tío! ¡Para! —grita entre risas mientras intento arrebatarle el móvil. No opone demasiada resistencia.

Me lo pasa, y la sonrisa se me borra al instante cuando veo lo que tiene en pantalla.

Es una publicación de la cuenta @high_floramont_cotilleos, esa maldita página de chismes que se creó pocos años después de que nosotros llegáramos al instituto. Nadie sabe quién está detrás, pero todo el mundo la sigue. Esta vez, los protagonistas somos Alexandra y yo.

La imagen es clara. Estamos en medio de nuestra participación en el *blind basket*. Yo la sostengo por la cintura, ayudándola a orientarse, mientras ella se ríe, despreocupada. La luz del flash resalta su pelo rubio, el brillo del disfraz, la manera en que parece no tener miedo de nada en ese momento.

El pie de foto es lo peor.

«¿Será esto un simple juego o es que a la hija del entrenador le van los jugadores de baloncesto? No sería Blake King el primero...».

—Mierda...

—Tío, te juro que vamos a solucionarlo —dice Lincoln, quitándome el móvil.

Pero no lo escucho. Porque lo único que puedo hacer es pensar en ella.

Me levanto de golpe y agarro las llaves del Jeep del cuenco del recibidor. Lincoln viene detrás de mí sin preguntar nada. Supongo que sabe a dónde vamos.

—He pedido que la borren —me informa mi amigo, una vez ha entrado al coche—. No sé por qué han accedido, pero lo han hecho. Te lo juro. Espero que no tarden en eliminarla.

Asiento, sin apartar la vista de la carretera. No importa. Alex ya la habrá visto.

Conduzco en dirección a su casa lo más rápido que puedo. Los nervios me juegan una mala pasada y me salto algunos semáforos.

—Oye, tío... Tal vez deberías replantearte lo de saltarte las normas de tráfico. Más que nada por seguridad.

Cuando aparco frente a su casa, me detengo unos segundos. Es la primera vez que vengo por ella. De verdad. No por una entrega del equipo, no por su padre... Por ella.

Apago el motor y bajo sin pensarlo demasiado. Sé que, si me detengo a dudar, me daré la vuelta.

Toco la puerta y, tras unos segundos, aparece Maisie, su hermana pequeña.

—¡No me lo creo! ¡Blake King está en mi casa! —grita con los ojos como platos, casi sin respirar de la emoción.

Le dedico una leve sonrisa, casi incómoda.

—Hola, Maisie... ¿Está tu hermana?

—¡Sí! Está arriba... ¡Lexi! ¡Blake King ha venido a verte!

Esto sí que es una entrada discreta.

Maisie desaparece a toda velocidad, y en su lugar aparece Alexandra. Va en pijama, con el pelo recogido a toda prisa y la cara marcada por el cansancio. Tiene ojeras. Y la mirada baja.

—Alex... —empiezo a hablar, pero me interrumpe antes de que pueda decir nada más.

—Tienes que irte, Blake.

Su voz no tiembla, pero sus ojos la traicionan. Y lo peor es que no me mira. Ni una sola vez.

—Lincoln ha conseguido que acepten borrar la foto. Nadie más la verá, te lo juro. Ni tu padre, ni el equipo, ni... nadie. Y si ya lo ha visto, hablaré con él. Lo arreglaré. Es solo un malentendido.

—No hace falta que lo arregles —responde con calma—. Él no ha visto nada.

Aprieta los labios con fuerza y cruza los brazos sobre el pecho. Está tan tensa que parece hecha de piedra.

La distancia entre nosotros me parece más grande que nunca.

—No quiero que esto siga complicándose, Blake. No quiero que la gente empiece a hablar.

Trago saliva y asiento con la cabeza, incapaz de decir nada. No quiero que se aleje de mí, quiero tenerla siempre cerca, pero ahora mismo hay un abismo entre nosotros.

—Es una tontería, todos somos amigos —añado, más bajo.

Ella cierra los ojos, como si le doliera oírlo.

—Blake, es lo mejor para todos. Vosotros tenéis que centraros en la temporada. No quiero ser un problema. Y si mi padre se enterase..., aunque solo fuera un malentendido..., ya sabes cómo se pondría. Yo necesito centrarme en los estudios. Necesito alejarme de habladurías, no quiero más problemas, este año no.

La puerta empieza a moverse. Despacio. Como si a ella también le costara. Como si no estuviera tan convencida como quiere aparentar.

La madera se cierra frente a mí. No hay portazo. No hay gritos. Solo ese sonido hueco... y el silencio después.

Pero duele igual.

Duele más, incluso.

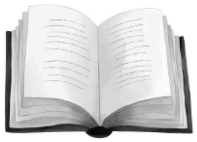
Porque, cuando alguien te cierra la puerta con rabia, todavía tienes la esperanza de que la abra mañana.

Pero cuando lo hace con tristeza...

Ahí sabes que de verdad está intentando dejarte fuera.

10

Un corazón lleno de dudas



Alexandra

Tengo una sensación agria cuando cierro la puerta. Sé que Blake sigue ahí unos segundos más, lo suficiente para que lo vea marcharse a través de la mirilla.

Me aparto y camino hasta la cocina arrastrando los pies y masajeándome las sienes. Las tardes de resaca son lo peor.

—Tómate esto, anda. —Mi madre me deja una aspirina junto al tazón de Froot Loops y me acaricia el hombro antes de volver al lavavajillas.

—Gracias —respondo con la voz áspera, todavía medio dormida—. Eres un ángel.

Le doy un beso en la mejilla y me dejo caer en el taburete de la isla. La resaca me está matando, y lo último que necesito ahora mismo es ruido, luz o cualquier tipo de interacción humana.

Estoy a punto de llevarme la primera cucharada de cereales a la boca cuando empieza a sonarme el móvil. Parpadeo. Veo el nombre en la pantalla, es Cher. Trago saliva y contesto. Sé perfectamente

por qué está llamando. Ya he visto la maldita foto esta mañana, mucho antes de que Blake apareciera en mi puerta.

—¿Hola?

—¡Alexandra Baxter! —Su voz suena tan fuerte que tengo que apartarme el teléfono de la oreja—. ¡En serio, ¿no tienes nada que decirme?! ¡¿Tú lo ves normal?!

—No sé de qué me hablas —murmuro, aunque ambas sabemos que es mentira. Lo sé. Ella lo sabe. Pero no tengo ganas de hablar de eso.

—¡No te hagas la tonta! ¡Hay una maldita foto tuya con Blake King circulando por ahí! ¡Y no es una foto cualquiera! Estáis muy cerca. ¡Demasiado! Todo el mundo la ha visto ya. ¿En qué estabas pensando? ¿Querías que todos creyeran que estáis juntos?

Justo cuando voy a responder entra su mensaje. Como si necesitara que me la reenviara. La foto. Blake y yo, en la fiesta.

—Yo... no sé qué ha pasado, no sé quién la hizo —balbuceo; el corazón comienza a latirme más rápido—. Solo fue un juego entre amigos. Ni siquiera...

—¡No me tomes por tonta, Alex! —me interrumpe—. No importa quién hiciera la foto. Ya te advertí lo que pasaría si seguías acercándote a él. Te dije que te ibas a meter en líos. Y mira. ¡Mira lo que has conseguido! ¿Te parece bien que ahora todos estén hablando de ti? ¿Otra vez?

La aspereza en su tono se mezcla con algo más sutil, más venenoso. Me está sermoneando, como si fuera una madre decepcionada. Y, al mismo tiempo, cada palabra está calculada para hacerme sentir como la peor persona sobre la faz de la tierra.

—No quiero discutir, Cher... —murmuro, bajando la cabeza.

—Pues entonces escúchame, por favor. Lo hago porque me importas, ¿vale? Porque te quiero y no quiero volver a verte hecha

polvo como el año pasado. Tú no eres de esas que van por ahí buscándose problemas. Tú eres distinta. Eres más inteligente.

Sus palabras me atraviesan con una mezcla de dolor y rabia. Pero, sobre todo, miedo. Ese miedo estúpido a decepcionarla, a perderla..., aunque una parte de mí empiece a preguntarse por qué.

—Yo... no quiero más problemas —susurro.

—Entonces aléjate de él. Hazme caso, ¿vale? No es bueno para ti. Ya has tenido suficiente drama para una vida entera. ¿De verdad quieres volver a pasar por lo mismo? ¿Solo por un capricho? Porque eso es lo que es, ¿no? Solo un capricho.

Aprieto los labios con fuerza. No tengo energía para explicarle que no es lo que ella cree, que Blake no me gusta, que somos amigos y ya está. Porque, aunque no tenga razón, ha logrado lo que quería: hacerme dudar de mí misma.

—Tengo que colgar —murmuro al fin—. Me está empezando a doler la cabeza.

—Claro. Haz lo que quieras. Pero acuérdate de quién ha estado siempre ahí para ti. Cuando todos te dieron la espalda, ¿quién se quedó? Yo. Así que piénsalo bien antes de arriesgarlo todo por alguien que ni siquiera va a quedarse. Esos chicos no van a hacerte ningún bien, Lexi, recuérdalo.

No digo nada. Cuelgo.

Con el día ya arruinado, marco el número de Emma.

—¿Has visto la foto? ¿Puedes venir a casa? —pregunto con la voz rota, incapaz de contener las lágrimas.



—No me puedo creer que hayas hecho eso —me reprocha Emma, con los brazos cruzados y los ojos llenos de decepción—. ¿En qué

estabas pensando?

Resoplo, sin atreverme a mirarla. Me cruzo de brazos yo también, clavando la vista en un punto fijo de mi habitación. Al menos ya no estoy llorando como antes.

Después de nuestra llamada, Emma ha salido corriendo de casa y ha venido directamente aquí, preocupada. Ni siquiera había visto la foto hasta que se la he enseñado.

—No tenía alternativa. —Mi voz suena áspera, rota después de tanto llorar.

La miro de reojo, esperando algo de comprensión. Sin embargo, su expresión se endurece.

—Mira, Lexi..., te lo digo porque eres de las personas más importantes que tengo en mi vida. No quiero hacerte daño, pero de verdad creo que te estás equivocando. Y que, además, estás apostando por la amistad equivocada.

Sus palabras me hacen estremecer. Me enderezo en la cama, reprimiendo las lágrimas que amenazan con volver. Me arrepiento de haberle contado que Cher me ha llamado en cuanto ha visto la foto.

—Tú no lo entiendes —respondo, más a la defensiva de lo que me gustaría.

—Créeme, lo entiendo perfectamente. El otro día me resistí a decirte lo que realmente pienso, pero, Lexi..., tienes que abrir los ojos. Llevo años viendo cómo te esfuerzas por encajar con ellas. ¿No ves el daño que te hacen? ¿No ves que Cher solo quiere controlarte? Tú tienes un corazón enorme, y sé que querías conservar la amistad con todos, pero ella nunca te va a dejar ser tú misma. Es demasiado egoísta. Te llena la cabeza de malas ideas, y tú se lo estás permitiendo. Si tienes que cortar alguna relación, es esa. No con los chicos.

Aprieto los labios y sacudo la cabeza. No quiero escucharla. Y no porque no tenga razón, sino porque duele ver que la tiene.

Emma no se detiene. Se sienta a mi lado, más suave ahora.

—Si Cher Larsen te ha llamado «preocupada» para decirte que ya te había advertido de que esto pasaría... no es protección, es envidia. Es manipulación. ¿De verdad crees que lo ha hecho por tu bien? El otro día te pasaste todo el entrenamiento llorando porque ella se enfadó contigo solo por ver que hablabas con Blake. Solo hablar, Lexi. ¡A la gente se le permite tener amigos! —Hace una pausa y luego pregunta, en voz baja—: No me equivoco, ¿verdad? ¿Ha sido ella la que te ha dicho que te alejes de ellos?

Asiento. Porque no puedo mentirle. Y porque, en el fondo, sé que tiene razón. Pero eso no lo hace más fácil.

—Sí. Entiende que... después de todo el escándalo del año pasado tengo que evitar cosas así...

—Lexi... —me corta con ternura—. Sé que esa amistad significa mucho para ti. Y entiendo que no pienses igual que yo. No puedo obligarte a tomar decisiones, solo quiero que recuerdes esto: nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Ni esto, ni lo del año pasado. No hiciste, ni has hecho, nada malo. Pero tampoco lo hicieron esos chicos a los que ahora estás dejando atrás.

Quiero creerla. En parte, lo hago. Pero mi mente es un campo de batalla. Una parte de mí grita que tiene razón, pero otra solo repite en bucle las palabras de Cher; su voz está metida en mi cabeza como un eco persistente.

Ahora, Emma me observa desde un pequeño sillón situado junto a mi estantería, con una expresión cautelosa. Yo sigo abrazada a mi almohada, con la mirada fija en el techo, como si eso pudiera impedir que el mundo siguiera girando.

—¿Cómo te lo ha dicho exactamente? —pregunta al fin—. Y no me engañes.

Saco fuerzas de donde no las tengo y le cuento con detalles todo lo que ha sucedido a mi mejor amiga. Cuando acabo, Emma deja escapar una risa seca, casi sarcástica.

—No me sorprende en absoluto.

—Pero ha sido... raro, Emma. No ha sido solo lo que ha dicho, sino cómo lo ha dicho. Ha empleado ese tono que hace que parezca un consejo, pero... he sabido que, si no le hacía caso, la cosa no iría bien.

—Eso no es amistad, Lexi —suelta tajante—. Eso es una amenaza.

Cierro los ojos con fuerza. El pánico me recorre de arriba abajo, como una corriente eléctrica que no puedo frenar.

—Lo sé —murmuro—. Empiezo a darme cuenta. Y también me pregunto por qué no lo vi antes. Sé que, si no le hago caso, es capaz de cualquier cosa... Aunque no es tan simple. Yo... yo la necesito.

—No —contesta Emma, firme, sin dudar ni un segundo—. Ella te ha hecho creer que la necesitas.



El momento que más temía finalmente llega. El lunes. El día en el que tengo que enfrentarme a la realidad. Emma y Maisie bajan del coche una vez está aparcado, pero yo no puedo. Mi cerebro me indica que tengo que moverme, pero mi cuerpo no responde.

No he dormido bien esta noche, los nervios me han tenido dando vueltas hasta altas horas de la madrugada. Tal vez esté exagerando, pero no puedo evitarlo. Toda esta situación me supera.

—Esto es ridículo, Lexi —me riñe Maisie abriendo mi puerta del coche—. Es solo una estúpida foto, que pienso que es increíble, por

cierto. Todas las chicas deben de estar muriéndose de envidia ahora mismo.

—No estás ayudando —le respondo entre dientes mientras me arrastra fuera del vehículo—. Y te dije que la borraras de tu móvil. Si alguna de tus amigas la ve... o, peor aún, papá...

Ella pone los ojos en blanco.

—Papá no la va a ver, relájate. Y no la voy a borrar. Pienso imprimirla y enseñársela a vuestros hijos algún día.

Estoy a punto de estrangularla. Pero, por suerte, Emma se interpone y le lanza una mirada asesina.

—Maisie, deja de molestarla.

Mi corazón late con fuerza mientras cruzamos el aparcamiento. A cada paso, me convenzo más de que todo el mundo me está mirando, aunque nadie lo haga realmente. Supongo que así debe de sentirse la paranoia.

Pero lo cierto es que... no pasa nada. Nadie se gira, nadie me señala. El instituto parece funcionar como siempre. La foto que a mí me tiene al borde del colapso, para el resto de los mortales no es más que otro cotilleo pasajero.

Como cada mañana, mi hermana se despide alegremente y se dirige al área de los primeros cursos. Emma me toma de la mano, justo antes de entrar a clase. Ese pequeño gesto, su calidez, consigue calmarme un poco.

Hasta que los veo.

Se me había olvidado por completo que compartimos clase con algunos de los chicos. Mi pulso se dispara, mis ojos recorren la sala a toda velocidad; por suerte, ninguno parece haber notado mi presencia todavía.

Distingo a Lincoln primero, con su cabello rubio desordenado, riéndose con su grupo de amigos. A su lado están Malcolm y

Zachary, atentos a lo que está diciendo.

Y luego está él. A pesar de que me está dando la espalda, su casi metro noventa de altura es inconfundible, al igual que la sudadera de jugador que lleva puesta, con el número veintiuno y su apellido bordado en ella.

Emma parece notar mis dudas, porque me dice:

—Decidas lo que decidas, y aunque probablemente no comparta tu opinión, estoy contigo, Lexi.

Y eso es lo peor. Que aún no he decidido qué voy a hacer. Aún no sé cuál es el camino correcto.

Por eso mantengo la mirada fija en el suelo, evitando a toda costa cruzarme con la de ellos, fingiendo que no siento cómo mi corazón martillea contra mis costillas.

Sin pensarlo demasiado, me dejo caer en una de las sillas de la primera fila. Así no tengo que verlos y puedo evitar que se giren a mirarme. Fingir que no están aquí me lo pone todo más fácil, al menos hasta que aclare un poco mis ideas.

Durante la clase, consigo desconectarme de todo. Puede que no esté en mi mejor momento, pero las admisiones a las universidades no van a esperar a que yo me recupere. La vida sigue, aunque me sienta estancada.

Mi sueño siempre ha sido ir a la Floramont University. Por fortuna, la universidad con el mejor programa de Escritura Creativa está en la misma ciudad en la que vivo. Sin embargo, el hecho de que esté tan cerca de casa no significa que tenga más oportunidades de ser aceptada. Es una de las instituciones más prestigiosas y competitivas del país.

Es conocida por formar a muchos de los talentos más prometedores de la actualidad. Además, tiene algunos de los mejores equipos deportivos: baloncesto, hockey y fútbol. Todo el

mundo quiere formar parte de su prestigioso alumnado, desde los estudiantes hasta los deportistas.

Sé que no soy la única que aspira a entrar. Todos los chicos del equipo de baloncesto del instituto tienen los mismos sueños. Para ellos, entrar a formar parte de esa universidad sería el siguiente paso en su camino hacia el éxito. Pero, para mí, entrar allí es mucho más que un sueño. Es la oportunidad de cambiar mi vida y avanzar hacia mi futuro como escritora.

Así que me obligo a centrarme, a tomar apuntes, a seguir la explicación del profesor como si no existiera nada más.

El problema es que, en cuanto suena el timbre, la burbuja en la que me había refugiado estalla.

Emma sale disparada del aula, gritándome algo sobre que tiene menos de dos minutos para llegar a la otra ala del instituto. Recojo mis cosas con rapidez, con la esperanza de salir antes de que alguien intente hablarme. Por un segundo, hago contacto visual con Lincoln. Me dedica un saludo suave con la mano que hace que mi corazón se caliente un poco. Yo le devuelvo una pequeña sonrisa antes de apartar la mirada y salir de clase.

Pero, una vez estoy deambulando por los pasillos, choco de frente con alguien. Ese alguien es Blake, que me sujeta con cuidado para que no me caiga.

—Lo siento —murmuro, avergonzada, antes de intentar seguir mi camino.

Él, por supuesto, se interpone para que no avance.

—No lo sientas. Ha sido a propósito. Quiero hablar contigo y pareces estar evitándome.

—No te estoy evitando, Blake. —Le sostengo la mirada, como si eso fuera prueba suficiente. Él suelta un bufido.

—Nunca te has sentado en primera fila. Jamás. Ni siquiera cuando tuviste aquella reacción alérgica y no veías bien.

—Tengo que irme, Blake.

—Joder, Alex, intento entenderte. El otro día en la puerta de tu casa ni siquiera me dejaste hablar. La foto...

Se pasa una mano por el pelo, alborotándolo aún más bajo la capucha que lleva puesta.

—No es por la foto —respondo enseguida—. Y, además, ya te lo dije. Tú no tienes la culpa de que nos la hicieran.

—Entonces, ¿qué es? —pregunta, desconcertado.

Me quedo callada. Porque ni siquiera yo tengo una respuesta clara. ¿Cómo explicarle que es miedo? Miedo a perder amistades. Miedo a decepcionar a otras. Miedo a entrar en otro bucle del que no sepa cómo salir. Miedo a sentir demasiado, otra vez.

La garganta se me cierra. La ansiedad me vuelve a subir por el pecho como una marea. Me siento perdida, sin saber qué hacer, ni a quién escuchar.

Los ojos se me llenan de lágrimas antes de que pueda evitarlo, y los nervios me invaden con tanta fuerza que apenas puedo sostenerme. Blake se acerca un poco cuando ve que estoy a punto de romper a llorar. Yo doy un paso atrás, como si eso pudiera frenar el colapso. Niego con la cabeza, una y otra vez.

—Lo siento... Yo... Por favor, déjalo. No quiero causar más problemas, Blake. Estoy intentando arreglar las cosas, y parece que solo consigo haceros daño a todos.

—¿Qué estás diciendo, Alex? Somos amigos. Y los amigos están para eso. Para apoyarse. No tienes que arreglar nada. No has pasado por una situación fácil. Lo único que te pido es que no nos apartes...

Quiero responderle. De verdad que quiero. Pero tengo un nudo tan fuerte en la garganta que me impide hablar.

Me limito a mirarlo, con los ojos empañados y el corazón latiendo tan rápido que me deja sin aire.

No sé cómo explicarle que todo me supera; que me estoy esforzando por mantenerme entera, por no estropear nada más.

Pero ya no sé si lo estoy consiguiendo.

—No voy a presionarte —dice entonces; su voz suena más baja, más suave—. Solo... solo quiero que sepas que estoy aquí. Que puedes contar conmigo. Siempre.

Trago saliva con dificultad, deseando poder decir algo, cualquier cosa, pero lo único que consigo es asentir.

Él me sostiene la mirada un par de segundos más, buscando quizá alguna señal, algo que le dé una mínima esperanza. Y luego, sin insistir, simplemente se aparta.

—Nos vemos luego, Alex —murmura antes de girarse y alejarse por el pasillo.

11

El club de los corazones heridos



Blake

—Ya te he dicho que no quiero hablar del tema —murmuro antes de darle un mordisco a mi hamburguesa, con la esperanza de que eso cierre la conversación.

—Pero ¿por qué no puedes contarme qué ha pasado? —insiste Lincoln.

—Porque no quiero hablar del tema —repito, esta vez más cortante.

—Si nos lo cuentas, podremos arreglarlo entre todos... Quizá puedo hablar con ella —interviene Zachary con aire despreocupado mientras mastica unas patatas fritas, como si estuviéramos discutiendo la jugada de un partido y no metiéndonos en mi vida personal.

Aprieto la mandíbula. Genial.

Por suerte, aparte de Lincoln, Malcolm y él, nadie más en la mesa parece estar prestando atención. El resto del equipo sigue concentrado en su propio debate sobre el partido del fin de semana,

completamente ajenos a la incomodidad que me está provocando esta conversación.

Nuestra mesa está en el centro de la cafetería, lo que significa que estamos a la vista de cualquiera. Varios chicos se acercan a saludarnos y a felicitarnos mientras comemos, como de costumbre. Pero hoy no estoy de humor para eso.

—Gracias por tu apunte, Zach.

Nuestro lado de la mesa cae en un repentino silencio incómodo en el que el único ruido presente es el que hace Lincoln al masticar. La situación se hace tan insoportable que suelto un suspiro antes de rendirme.

—Hoy he vuelto a intentar hablar con Alexandra, después de lo del sábado —empiezo a contar, sin mirar a nadie. Mi voz suena más cansada de lo que esperaba—. Pero es frustrante. No sé qué hacer. No sé cómo ayudarla. Solo quiero evitar que se aleje..., aunque no creo que esté funcionando. —Hago una pausa, tragándome el nudo que me aprieta la garganta—. ¿Y si eso es lo mejor? ¿Y si lo que necesita es que la dejemos en paz? Que dejemos de estar en su vida.

—Pero... —comienza a hablar Lincoln con el ceño fruncido, dispuesto a rebatirme.

—No hay peros, Lincoln —lo corto antes de que pueda continuar —. Ella ni siquiera tiene claro si quiere seguir siendo mi amiga. ¿Qué te hace pensar que podría llegar a... enamorarse de mí?

Las palabras saben amargas en mi boca.

—Yo creo que estamos exagerando, tío. Todos —interviene Malcolm, que siempre es el más sensato de todos. Observo cómo se reclina un poco en su silla y se cruza de brazos—. La situación no es tan grave. Lexi tiene miedo, y su forma de lidiar con eso es alejarse. Lo hace siempre. Pero eso no significa que quiera estar sola. Solo

que no sabe cómo manejarlo. Y alejarse de sus amigos no es la solución, nunca lo es.

Lincoln asiente, como si esas palabras lo empujaran a hablar también.

—Me da igual lo que pienses, Blake. También es nuestra amiga. Y no voy a dejar que, después de tantos años, se aparte de nosotros por esto. El problema siempre fue Dalton, no ella. Y nosotros no somos los que deberíamos pagar las consecuencias de todo lo que pasó.

Nadie dice nada más. El ambiente se relaja un poco cuando Zachary se une a la charla del resto, y yo me quedo en silencio, en mi propio rincón mental, con la mirada perdida en algún punto entre mis pensamientos y la voz de Malcolm comentando posibles jugadas.

Por suerte, el timbre no tarda en sonar y todos nos levantamos para volver a clase. Historia. Otra vez coincidimos. Genial.



Tal y como imaginaba, Alexandra se sienta lo más lejos posible. Sola, en una esquina, ignorando incluso a su grupo de amigas, que ocupan las filas centrales. La observo de reojo mientras me dejo caer en mi sitio. Jake me está hablando de algo —probablemente sobre cómo han reestructurado la línea ofensiva—, pero no escucho ni la mitad. Finjo que le sigo la conversación mientras, en realidad, no hago más que mirar hacia donde está ella.

Le escribo un mensaje rápido a Lincoln, pidiéndole que venga conmigo a la sala de descanso cuando acabe esta clase.

Para cuando ha pasado la hora, aún no tengo respuesta. Me resulta extraño, porque si hay algo que Lincoln nunca hace es prestar atención a las asignaturas. Que no haya leído el mensaje no

es buena señal. Solo espero que no esté castigado o Baxter lo va a matar.

Camino hasta la sala de descanso, donde ya hay algunos chicos sentados. Es un espacio enorme, lleno de sofás, mesas bajas, luces cálidas y unas cuantas máquinas recreativas que apenas usamos. Un lugar donde los alumnos pueden desconectar entre clase y clase.

Distingo a Archer, Malcolm, Caleb, Jake y Zachary charlando en un sofá del fondo, riéndose de algo que no llego a oír. Me acerco sin decir nada y me dejo caer en el único hueco libre, justo al lado de Zach, soltando un suspiro mientras me paso una mano por la nuca.

—¿Sabéis algo de Lincoln? —pregunto, sacando el móvil otra vez por inercia.

Nada. Ningún mensaje nuevo. Ninguna señal de vida.

—Ha desaparecido después de la última clase —contesta Malcolm encogiéndose de hombros—. ¿Por qué?

—Le he mandado un mensaje hace rato y no contesta.

—Yo sé dónde está —comenta Caleb, como si no fuera gran cosa, pero logra que todos nos giremos hacia él.

—Qué misterio —dice Zachary con una sonrisa burlona, aunque frunce el ceño al ver que Caleb no suelta prenda—. ¿Nos vas a contar dónde está o te vas a quedar ahí posando de forma dramática?

—Es que me ha pedido que no diga nada. Para que Blake no intentara detenerlo...

—¿Por qué iba a querer hacer tal cosa? —respondo, exasperado—. Ya acepté hace años que todas sus ideas son una mierda, pero también que son parte de su encanto.

—Entonces, si no nos lo vas a decir, ¿para qué lo sueltas? —interviene Zachary, con la paciencia al límite.

—Esto es ridículo —murmuro, apretando la mandíbula—. Dime dónde está.

Caleb traga saliva, incómodo, mirándonos a todos como si esperara que lo apoyáramos.

—Es que Lincoln me ha pedido...

—Me da igual lo que haya pedido —lo corto, mi paciencia está al límite—. O me dices dónde está o te juro que no juegas este fin de semana contra los del este. Y sabes lo que significa ese partido para el equipo.

Caleb suspira, derrotado.

—Ha salido a buscar a Lexi en cuanto ha terminado la clase. Ha dicho que no pensaba dejar las cosas así. Supongo que ahora estarán hablando.

Un golpe seco me estremece el pecho. Respiro hondo, pero el aire no entra del todo. Voy a matar a ese cabrón. Voy a arrancarle todo el pelo, mechón por mechón, hasta hacerme una maldita peluca rubia.

Me pongo en pie de un salto en cuanto Caleb me dice dónde cree que pueden estar. Salgo de la sala sin dar explicaciones, esquivando a los alumnos que caminan en dirección contraria por los pasillos.

Busco con la mirada algo familiar. Su melena rubia, la sudadera gris con el apellido Foster en la espalda. Pero no es hasta que oigo su voz —la de Alexandra, tensa y elevada— cuando me doy cuenta de dónde están: el aula de Química.

Me acerco con paso firme, listo para entrar y evitar que Lincoln diga algo que no pueda arreglarse. Entonces, justo cuando voy a girar el pomo, sus voces atraviesan la puerta como si no existiera, y me detengo en seco.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo —suelta Alexandra, enfadada. Es la primera vez que la oigo soltar un taco.

Nunca la había oído hablar así.

No sé qué esperaba, pero desde luego no era a ellos dos discutiendo. Eso no ha pasado desde... nunca. Lincoln y Alex nunca han discutido.

—A mí no vas a conseguir engañarme, Lexi.

—Déjame en paz, Lincoln. Métete en tus asuntos.

—Mira, todo esto lo hago porque me importas, y porque estás tratando a todo el mundo injustamente. Puede que a Blake lo hayas convencido con esa mierda que le has contado, porque es un tío demasiado bueno. Pero a mí no me engañas.

Desde donde estoy, no puedo ver sus caras, pero la tensión en sus voces es suficiente para imaginarme la escena.

—Que no entiendas que no quiero tener relación con vosotros es tu problema, Foster.

Lincoln suelta una carcajada seca, cargada de sarcasmo.

—Te estás pasando, Lexi. Y estás actuando como una cría. He venido para hacerte entrar en razón, para ayudarte a ver que estás cometiendo un error. Todos hemos estado ahí para ti. Son muchos años de amistad y no puedes desecharlos como si no significaran nada. ¿Has pensado en eso? Ten cuidado, Lexi. Porque, cuando te arrepientas, porque te vas a arrepentir, puede que ya sea demasiado tarde.

Me cuesta tragar. Juraría que a ella también. Sé que Lincoln no diría eso solo para herirla. Está buscando una reacción, algo que la haga despertar. Y, por cómo suena su respuesta..., parece que lo consigue.

—Lo siento... Yo... Joder, Lincoln, perdona.

Su voz se rompe. Y aunque parte de mí quiere entrar, aunque desearía poder estar ahí para ella, me alejo de la puerta.

No debería estar escuchando. Es su momento, no el mío. Alexandra está confiando en Lincoln y, aunque duela, ahora es él quien puede ayudarla.

Me alejo de aquí rápidamente; si él quiere que lo sepa, me lo contará. Vuelvo a la sala de descanso un poco sofocado y les digo a los chicos que no mencionen nada sobre el tema.



No sé cuánto tiempo pasa hasta que Lincoln aparece, con esa típica sonrisa suya, burlona y tranquila. Y, por alguna razón, eso me alivia. ¿Significa que ha ido bien?

Saluda a los chicos como si nada y, sin previo aviso, se deja caer encima de mí, estirado a lo largo del sofá como si fuera una maldita tumbona humana. Me saca todo el aire de los pulmones.

—Creo que a veces olvidas que mides casi dos metros, tío.

Foster me mira contento al ver que estoy bromeando con él, después de la mañana de perros que he pasado. Por supuesto, eso no hace que se quite de encima.

—¿Acaso alguno está escuchando algo de lo que digo? —salta Zachary, molesto. La verdad, ni me había dado cuenta de que estaba hablando.

—¿Eh? —Lincoln lo mira confundido.

—Joder, así da gusto tener amigos —murmura, estampando un papel sobre la mesa.

Todos nos inclinamos para ver qué es. Incluso Lincoln se incorpora como una persona civilizada. Es uno de esos carteles informativos sobre el baile de *homecoming*, que será dentro de tres semanas. Yo nunca he entendido del todo la emoción que crea entre los alumnos, ya que no es muy diferente a la graduación. Pero al parecer soy el

único; todos parecen bastante emocionados por la fiesta que da la bienvenida al nuevo curso escolar.

—Quiero invitar a Cassidy —repite Zach, con un tono más serio esta vez.

—¿¡A Cassidy!? ¿Te has vuelto loco!? —exclama Lincoln, mirándolo como si acabara de anunciar que se va a unir a una secta—. Eres el mejor base que ha tenido este equipo, no podemos arriesgarnos a perderte tan pronto.

—No digas gilipolleces, Lincoln. Solo está... un poco enfadada. Tengo tres semanas para arreglarlo y pedirle que venga conmigo.

—No sé, tío... —interviene Grayson, que acaba de llegar—. No creo que tres semanas sean suficientes para arreglar un problema que lleva dos años sin resolverse. Además, el único contacto que habéis tenido desde entonces fue una vez que te mandó a la mierda y otra en la que te tiró un batido de arándanos encima.

Yo no digo nada. La situación con Cassidy no es precisamente sencilla. Siempre ha sido una chica con carácter. Y, sí, eran muy diferentes, pero eso era parte de lo que los hacía funcionar. Su relación fue de las más populares del instituto, aunque éramos todos unos críos.

Pero como pasa con muchas historias adolescentes, no supieron cómo sostener lo que sentían y la relación les quedó grande.

—Pienso escribirle un libro si hace falta —suelta Zach desesperado —. Y no te rías, tío. Lo digo en serio. No pienso ir al *homecoming* con otra chica que no sea ella. Ese era nuestro baile. O voy con ella o no voy.

Su voz se quiebra un poco y, de pronto, se me borra la sonrisa. Siento una punzada en el pecho. Siempre he pensado que yo soy el que más entiende a Zach en esto... porque sé exactamente cómo se siente.

Llevo más tiempo del que me atrevo a admitir soñando con que cierta rubia sea mi pareja en ese estúpido baile anual.

Suelto una carcajada irónica. Quién iba a decir que algo tan simple se convertiría en algo tan complicado.

—Pues yo paso de ir con ninguna tía —comenta Caleb encogiéndose de hombros.

—Sí, yo también —asiente Lincoln y me pasa un brazo por los hombros—. ¿Quién quiere ir con una chica pudiendo ir con sus amigos?

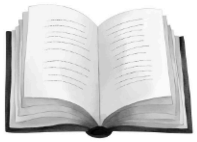
Tardo medio segundo en apartarle el brazo de encima.

—Estás loco si de verdad piensas que voy a ir a esa mierda. Y menos contigo de pareja.

—¡Por supuesto que vas a ir! ¡Todos vamos a ir! Juntos. Menos Zach, que si consigue un milagro irá con Cassy... En ese caso asistiremos todos menos Zach.

12

Manual (fallido) de cómo pedir perdón



Alexandra

Paso el resto de la tarde encerrada en mi habitación. Veo una película, leo un rato, escribo un par de páginas en mi diario..., pero ninguna de esas cosas logra calmarme. La ansiedad va en aumento, y empiezo a quedarme sin recursos. Estoy tan inquieta que por poco bajo a la cocina a hornear algo, y todos sabemos que eso sería un error. La última vez que intenté hacer un postre, mi madre me castigó durante dos semanas.

Por suerte, Maisie aparece justo a tiempo, entrando en mi cuarto como si pisara un campo de minas.

—¿Qué haces? —pregunta desde la puerta, con cautela.

—¿Pasa algo? ¿Desde cuándo entras así?

—Bueno..., sé que no has tenido un buen día y quería ver cómo estabas.

¿En qué momento mi hermana pequeña empezó a preocuparse por mí?

—Estoy mejor —le digo, forzando una sonrisa—. Todo va a ir a mejor.

—¿Quieres bajar conmigo a cenar y ver una película? Papá y mamá todavía tardarán en volver de casa de sus amigos.

No necesito que me lo repita. Cualquier excusa para salir de este cuarto es bienvenida. Bajamos a la cocina y sacamos una pizza del congelador para meterla en el horno. Si a mí me tienen prohibida la cocina, Maisie está aún más vetada. Cenamos en el salón y después nos tumbamos en el sofá y ponemos *El bar Coyote*, una de nuestras favoritas.

Por un rato, todo está bien. Comemos palomitas, nos reímos, nos olvidamos del mundo... hasta que suena el timbre. Las diez de la noche. Miro a Maisie, esperando a que se levante, pero ni se inmuta. Así que pauso la película y me encamino a la puerta.

Es Emma.

Lleva el pelo pelirrojo recogido en una coleta alta y va vestida con unos shorts y una sudadera enorme. Un conjunto insuficiente para una noche de septiembre, pero muy típico en ella.

—Se acabó, Lexi —dice sin saludar siquiera. Me aparta con una mano y entra como si viviera aquí—. He hablado con Lincoln y tiene razón. Todo esto es una estupidez. No pienso dejar que lo alargues más. Sube a cambiarte. Nos vamos.

—¿A dónde? —pregunta Maisie desde el sofá, con los ojos brillando de emoción.

—Tú, a la cama —le contesta Emma, firme.

—Espera, espera... —Me paso una mano por el pelo enredado, intentando entender algo—. ¿Cómo que has hablado con Lincoln? ¿Y qué te ha dicho? No me lo puedo creer... ¡será chivato! ¿Y cómo que nos vamos? ¿A dónde?

—A hablar con todos, empezando por Blake. Bueno, a hablar tú. Yo te voy a llevar y a asegurarme de que no te escapes. Vas a ser

como Santa Claus. Puerta por puerta hasta que no quede nadie a quien pedirle perdón.

—Por favor, ¿puedo ir yo también? —insiste Maisie mientras se incorpora.

—No —respondemos Emma y yo a la vez—. Volveré lo antes posible —añado—. Papá y mamá no pueden tardar mucho, así que tú métete en la cama y hazte la dormida si vienen a verte cuando lleguen.

A partir de ahí, todo es un caos. Emma me arrastra escaleras arriba como si no le importara despertar a medio vecindario. Abre mi armario y comienza a sacar ropa sin orden mientras yo intento recuperar el aliento.

Cuando por fin me siento en la cama, la ansiedad me golpea en el pecho como una ola.

—¿Qué se supone que voy a decirles? —pregunto en voz baja, mordiéndome el labio mientras me levanto y empiezo a dar vueltas por la habitación.

Emma suspira, sin dejar de revisar perchas.

—Eso ya es cosa tuya, Lexi. Yo solo sé que Lincoln está realmente preocupado. Me ha dicho que, después de hablar contigo, te entiende..., pero que le angustia hasta dónde puedes llegar si sigues alejándote de este modo. Y no voy a dejar que eso pase.

—Sé que tengo que hacerlo. Esta semana voy a hablar con Cher, de verdad. No puedo seguir así. Pero lo que no entiendo es... por qué a ellos les importa tanto.

En cuanto digo eso, el ambiente cambia por completo. Emma se queda inmóvil, dejando caer la prenda que tenía entre las manos. Se gira despacio, con una mezcla de incredulidad y decepción en la cara.

—¿Que no lo entiendes? —pregunta, con el ceño fruncido—. Lexi, conoces a esos chicos desde hace al menos cinco años. Tu padre es su entrenador, has pasado más tiempo en esa cancha que en cualquier otro sitio. Eres parte de su familia, aunque tú ahora lo ignores.

Hace una pausa. Yo no me muevo.

—Le hiciste una pulsera de la amistad a Zachary cuando se lesionó, para que no se sintiera fuera del equipo. Este chico se peleó con un compañero por ti, ¿te acuerdas? Y lo volvería a hacer sin pensarlo. Siempre has sido como una hermana pequeña para Lincoln... ¿Quieres que siga?

Niego con la cabeza. Porque cada palabra suya es un golpe directo. Uno que merezco.

—Lo siento —murmuro, con la voz apagada.

—Ya lo sé, Lexi —contesta más suave—. Sé que todo esto es complicado, pero no puedes seguir fingiendo que ellos no importan. Porque lo hacen. Y lo sabes.

Cierro los ojos. Trago saliva. Sí, lo sé. Siempre lo he sabido.

Emma no tarda en elegir una sudadera mía —la que solo uso para dormir porque parece un saco de patatas con mangas— y me la lanza a la cara.

—Anda, ponte esto y lávate bien la cara. No puedes ir a pedir perdón con pinta de haber llorado viendo *El bar Coyote.*

—¡No he llorado! —me defiendo, aunque sí se me ha escapado una lagrimita en la parte del bar.

Emma no responde. Se limita a lanzarme una mirada muy significativa. Me cambio sin discutir.

Cinco minutos después estamos en su coche, con el motor en marcha, yo medio dormida y Emma cantando a todo pulmón como si esto fuera un *road trip* y no una misión de emergencia a las diez y

media de la noche. Solo espero que mis padres no entren en mi cuarto a comprobar si estoy cuando regresen.

—¿Estás segura de esto? —pregunto, viendo las calles vacías desde la ventanilla. Todo está oscuro. Las farolas parpadean como si también quisieran dormirse.

—¡Absolutamente! —afirma ella con una sonrisa decidida—. Lo mejor es arrancar la tirita rápido. Además, seguro que Blake aún está despierto.

No lo está.

Cuando llegamos a su calle, la casa está completamente a oscuras. Ni una luz encendida, ni un ruido. Solo se oye el sonido de unos grillos.

—Emma..., creo que está dormido.

—No puede ser. Blake se acuesta tarde. ¿Y si está en el jardín? ¿Y si está duchándose?

—¿Y si está soñando tranquilo y nosotras parecemos dos acosadoras? Emma, está todo apagado. Incluso el porche. Ya está. Fin de la misión.

Emma mira la casa, luego el reloj del coche. Sus cejas se fruncen como si acabara de hacer cálculos de la NASA y hubiera descubierto que, efectivamente, son casi las once de la noche y no hemos pensado en ese pequeño detalle.

—Vale..., puede que me haya dejado llevar un poco por la emoción —admite.

—¿Un poco? Me has sacado de casa a estas horas, vestida con una sudadera que parece un saco de patatas y sin el permiso de mis padres.

—Es lo que hacen las mejores amigas. No me juzgues.

Suspira, se recuesta en el asiento y me lanza una sonrisa culpable.

—Volvamos. Me quedo a dormir en tu casa. Mañana empezamos de nuevo..., pero a la luz del sol.



El martes por la mañana, cuando suena mi alarma, me despierto con tantas ganas de vomitar que por un momento pienso que sería más fácil fingir gastroenteritis. Algo leve. Creíble. Lo justo para evitar ir al instituto, saltarme Literatura y, de paso, no enfrentar la montaña de cosas que tengo que arreglar hoy.

Pero antes de que pueda aferrarme del todo a esa excusa, Emma se remueve a mi lado y suelta un gruñido.

—Si te estás planteando simular una enfermedad, más te vale que sea contagiosa. —Se tapa la cabeza con la sábana—. Porque me despertaste a las cinco y media para decirme que no te dejara echarte atrás... y todavía no has salido de la cama.

—Estoy reuniendo valor.

—Más bien pareces a punto de hacer un pacto con el demonio de los edredones.

—Me está tentando, sí.

Emma se sienta, con el pelo revuelto y cara de dormida. Se frota el rostro como si eso fuera a despejarla de golpe.

—Vale. ¿Y cuál es el plan esta vez?

—Pillar a Blake a primera hora, cuando llegue, y disculparme antes de que me dé un infarto.

—Perfecto. Pero haznos un favor a las dos y no te quedes quince minutos debatiendo sobre tu ropa.

—Es que, si me disculpo con calcetines que no combinan, todo puede salir mal. Es una cuestión de energías.

Emma me lanza una mirada.

—Voy a fingir que eso tiene sentido. Date prisa.



Como era de esperar, llegaremos tarde. Entre buscar unos pantalones adecuados para la ocasión, recoger los restos de la cena y de palomitas que quedaron anoche en el salón y convencer a Maisie de que no se esconda debajo de la cama para evitar ir al instituto, salimos de casa como si participáramos en una carrera contrarreloj.

Y cuando finalmente aparcamos y corro al pasillo donde Blake tiene su taquilla... ya no hay nadie.

—Genial —murmuro, sin aliento.

—Hora oficial —dice Emma, mirando su teléfono—: siete cuarenta y seis. Asume tu derrota.

—Esto no puede estar pasando. ¿Y si ahora cree que todo lo que le dije lo pensaba de verdad? ¿Y si ya ha decidido que me odia para siempre?

—Entonces le mandas un mensaje. Ya. Antes de que tu ansiedad se me contagie por ósmosis.

Yo asiento y me preparo para ir a mi primera clase, pero antes Emma me vuelve a llamar.

—Y, Lexi...

—¿Sí?

—Es genial tener a mi mejor amiga de vuelta.

Sonrío y la abrazo fuerte, sintiendo que, aunque todo esté patas arriba, al menos eso sigue ahí.

Cinco minutos más tarde, estoy sentada en la parte trasera del aula de Literatura, con las manos temblorosas encima del escritorio. Intento regular mi respiración mientras saco los libros y busco el

móvil en la mochila, esperando que el profesor aún esté entretenido organizando sus papeles.

Abro la conversación con Blake. Tecleo.

Me gustaría hablar contigo hoy. ¿Tienes algún momento libre?

Mi estómago da un vuelco.

Apenas pasan unos segundos antes de que la pantalla se ilumine.

Tengo entrenamiento después de clase, pero podemos hablar antes de que llegue Baxter.

Me muerdo el interior de la mejilla, insegura, pero al final le respondo antes de que me arrepienta:

Allí estaré.

Bloqueo el teléfono y lo deslizo dentro de mi mochila justo cuando el profesor comienza la clase. Respiro hondo, tratando de convencerme de que todo saldrá bien.

Solo tengo que mantenerme concentrada. Una mañana. Unas horas. Y luego... arreglarlo.

Pero eso, al parecer, es pedir demasiado.

—Alexandra.

El sonido de mi nombre me hace levantar la cabeza de golpe. El profesor me mira con una ceja arqueada, expectante. Varios alumnos se giran en mi dirección, algunos con curiosidad, otros con diversión. Mi estómago se encoge.

—¿Podrías repetir lo que acabo de decir?

Mierda.

Abro la boca, aunque no tengo ni idea de qué responder. El silencio que se hace a mi alrededor se me antoja demasiado largo, demasiado pesado.

—Eh...

El profesor suspira, como si ya esperara mi respuesta inexistente.

—Presta atención, por favor —dice antes de volver a su explicación.

Suelto el aire lentamente y trato de ignorar el calor que me sube a las mejillas.

Definitivamente, necesito resolver esto cuanto antes.

Pero, como si no fuera suficiente con mi torpeza, el sonido de una notificación irrumpe en el aula.

Por un segundo, me quedo paralizada, esperando que alguien más revise su teléfono y me libere de la culpa. Pero el silencio incómodo, y las miradas que de inmediato se clavan en mí, dejan claro que la única culpable... soy yo.

Aprieto los labios y me remuevo en mi asiento, sintiendo el ardor de la vergüenza subir por mi cuello hasta mis mejillas.

El profesor deja de escribir en la pizarra y se da la vuelta despacio, fulminándome con la mirada.

Lo entiendo. No hago más que arruinar su clase. Primero mi distracción y ahora esto.

Por suerte, o tal vez por pura piedad, solo suspira con cansancio y continúa con su explicación sin decir nada más.

Yo asiento, como si realmente fuera a centrarme en la lección, pero, en cuanto me aseguro de que su atención está de nuevo en la pizarra, bajo la vista, abro la cremallera de la mochila y, sin sacarlo, miro disimuladamente la pantalla de mi teléfono.

El corazón me da un vuelco.
Es un mensaje de Cher.

¿Podemos hablar luego?

Suelto un resoplido. No sé qué esperarme de ella. La última vez que me dijo de hablar, pensé que quería solucionar las cosas... y todo fue un desastre.

13

Por los nuevos comienzos



Blake

Pasan cinco minutos, diez... Cada vez queda menos para que Baxter llegue. Y, como si la historia se repitiera, no veo a Alexandra por ninguna parte.

Me había prometido a mí mismo que no me importaría si finalmente no venía, pero aquí estoy, mirando la entrada del gimnasio cada dos segundos, deseando que aparezca.

Los chicos están haciendo pases, calentando un poco mientras se divierten. Yo no hago más que pasear por la cancha, inquieto.

—¿Estás esperando una señal divina o algo? —pregunta Lincoln a mi lado mientras se estira el cuello de la camiseta.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —respondo, aunque probablemente sí lo sabe.

Él se limita a levantar una ceja y lanza el balón a una canasta imaginaria. Yo vuelvo a caminar por la línea lateral, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones de chándal.

Tal vez se le haya hecho tarde. O se le ha olvidado. No sería tan raro. O simplemente... ha cambiado de idea.

—¡Capitán! —El grito de Grayson retumba en las gradas y yo lo miro sorprendido por su arrebato.

—¿Qué pasa, Gray? —le pregunto distraído, sin apartar la vista de la puerta, como si en cualquier momento fuera a aparecer esa figura de pelo rubio que llevo rato esperando.

—Me han dicho que..., bueno, Logan me ha llamado y... —empieza a decir, nervioso, jugando con el dobladillo de su camiseta de entrenamiento.

—Arranca, tío —le insta Lincoln con impaciencia.

—Logan me ha llamado. Dice que ha habido un problema en la cafetería. Una discusión fuerte...

—¿Y? ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Era Lexi. Con Cher. Se ve que ha sido tan intenso que todo el mundo se ha largado de ahí. Gritos y todo.

Mi cuerpo se tensa al instante. Lincoln también se endereza a mi lado. Dejo de mirar las gradas y clavo los ojos en Grayson.

—¿Sabes qué ha pasado exactamente?

—No, tío. Solo que se oían gritos desde el pasillo. Logan ha dicho que, cuando ha entrado, ya no estaban.

—Mierda... —mascullo.

Sin pensarlo, me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia la salida del gimnasio.

—¡King! ¡El entrenamiento está a punto de empezar! —grita alguien a mi espalda.

—Que le den al entrenamiento —respondo sin mirar atrás.

Lo único que importa ahora mismo es encontrarla.

—¡Blake, espera! —Oigo a Lincoln correr tras de mí.

El murmullo del gimnasio se apaga mientras me abro paso por los pasillos llenos de estudiantes, que se apartan al vernos avanzar a

toda velocidad. Voy directo a la cafetería. Aunque Grayson haya dicho que ya no hay nadie, necesito comprobarlo.

La puerta está cerrada. La empujo y... todas las mesas están vacías.

—¿Qué coño...?

Antes de que pueda pensar en mi siguiente paso, una voz familiar me llama desde atrás.

—¡King!

Me giro y veo a Emma Preston llegar corriendo, jadeando, con las mejillas rojas y el pelo alborotado. Se apoya en las rodillas, intentando recuperar el aliento.

—¿Sabes dónde están? —le pregunto sin rodeos.

—No tengo ni idea. Me he enterado por casualidad, porque me he cruzado con un grupo de chicas que iban hablando del tema en dirección a la salida del edificio. Al parecer todo el instituto está comentándolo. —Echa un vistazo dentro—. Pero aquí ya no queda nadie.

Permanecemos los tres en silencio por un segundo. Después, Lincoln me da un codazo leve.

—Vamos. Si no están aquí, hay que buscarlas.

Asiento, con el pulso disparado.

Recorremos la primera planta, mirando en cada rincón, pero no hay ni rastro de ellas. Estoy a punto de subir las escaleras que llevan al segundo piso, donde están las salas de descanso y algunas aulas, cuando Lincoln se detiene de golpe.

—Tío, creo que he oído algo.

—¿Qué dices? —murmuro, frunciendo el ceño—. Espera..., yo también lo oigo.

Emma, con la cara pálida, susurra:

—Viene del baño de chicas.

Nos acercamos sin hacer ruido, conteniendo la respiración. Las voces al otro lado de la puerta retumban con una claridad que eriza la piel.

—¿Crees que todavía te queda alguien? —escupe Abigail, con un tono cargado de odio—. ¿O será que tu única amiga también se ha dado cuenta de lo patética que eres?

—Deberías darnos las gracias por todo lo que hemos hecho por ti —añade Lily, con una risa burlona—. Porque nadie más querría juntarse contigo de no ser por nosotras. Sin nosotras no serías nadie, ¿sabes? Nadie quiere estar cerca de ti, Baxter.

—Te lo advertí, Lexi —suelta Cher, con esa voz calmada que es más cruel que cualquier grito—. Te dije que te alejaras de ellos. No me hiciste caso, y ahora mírate...

Pero yo ya no puedo seguir escuchando. El estómago me arde. La rabia me recorre como una descarga eléctrica.

La puerta del baño se abre de golpe. Lincoln le ha pegado un empujón.

Emma entra primero, seguida de Lincoln y de mí. Los tres nos detenemos en seco al ver la escena.

Alex tiene el pelo empapado. No sé de qué, pero chorrea por sus hombros como si acabaran de tirarle algo encima. Lleva manchas de comida en la camiseta y en los vaqueros. Su expresión es rígida, contenida. Los ojos, rojos. No está llorando. Aunque se nota que se está sujetando con alfileres. Y lo peor de todo... Cher la sostiene del brazo, como si tuviera derecho a tocarla.

Emma da un paso más. El rostro le cambia.

—Cher Larsen —dice ella, con una calma tan tensa que hiela la sangre—. Tienes tres segundos para soltar a mi mejor amiga.

—No tienes derecho a decirme qué hacer —replica Cher, alzando la barbilla. Pero su tono ya no suena tan seguro.

—Yo que tú le haría caso, Larsen. —No puedo evitar intervenir.

Cher aprieta los labios... y suelta a Alexandra con un movimiento brusco, frustrado.

—¡Os quiero fuera de aquí! ¡YA! —grita Emma, con una rabia contenida que retumba en el baño.

Lily y Abigail se dan la vuelta al instante. No protestan. Ni siquiera se atreven a cruzarnos la mirada. Solo salen. Pero Cher se queda en el sitio, inmóvil, como si aún tuviera algo más que decir.

—Esta era una conversación entre amigas. Estáis malinterpretando...

—¿En serio vas a seguir? —la corta Lincoln con incredulidad, dando un paso al frente—. Vete antes de que la cagues más.

Cher se queda unos segundos más, con el rostro tenso, y después se va, dejando tras de sí un silencio gélido.

Solo quedamos nosotros. En cuanto pierdo a Larsen de vista, me acerco un poco a Alex.

Me agacho despacio frente a ella, hasta quedar a su altura. Su cuerpo tiembla ligeramente, como si no supiera si desmoronarse o mantenerse erguida un instante más. No levanta la vista.

—Alexandra... —susurro con suavidad.

No contesta.

Le acaricio la barbilla con la yema de los dedos, tocándola apenas, y la guío con cuidado para que me mire.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, siento cómo algo dentro de mí se parte. Están enrojecidos, brillantes, llenos de algo que mezcla rabia, tristeza y vergüenza. Su piel está pálida. Sus labios, secos.

Mi pecho se encoge con fuerza.

Emma se adelanta y se lanza a abrazarla. La envuelve con una delicadeza desesperada. Alexandra al principio no se mueve. Solo

parpadea, rígida, como si no supiera cómo reaccionar. Y entonces, lentamente, deja caer la frente en el hombro de su amiga.

—Ya está, Lexi. Ya está. —Emma no deja de acariciarle el brazo, una y otra vez, mientras la consuela, como si pudiera limpiarle la humillación con cada movimiento.

Yo me limito a quitarme la sudadera que llevo puesta sin decir una palabra. El algodón está caliente por mi cuerpo, pero no dudo ni un segundo. Me acerco despacio, como si cualquier movimiento brusco pudiera romperla por completo, y se la paso por los hombros con suavidad.

Ella ni siquiera me mira.

Solo se deja cubrir, como si agradeciera la protección sin atreverse a admitirlo en voz alta.

No quiero que nadie más la vea así. No se lo merece. No tiene por qué caminar por todo el instituto con restos de comida pegados a la ropa. No después de lo que ha hecho. No después de haber enfrentado sola a tres personas que llevaban tanto tiempo fingiendo ser sus amigas.

Lincoln se queda en la esquina del baño, observando en silencio. Tiene el ceño fruncido, los puños apretados, pero no dice nada. Lo mismo que yo. Porque ahora no es el momento de decir demasiado. No quiero agobiarla. No quiero forzarla a hablar cuando sé que lo único que necesita es espacio para respirar.

Emma le acaricia el brazo con calma y le susurra algo al oído. Alexandra asiente. Solo una vez, apenas un gesto, pero suficiente. Emma le pregunta si quiere ir a casa. Y ella, de nuevo, asiente. Sin palabras.

Sé que debería quedarme. Que debería darles privacidad. Pero no puedo. No soy capaz de alejarme de ella.

Así que las sigo. En silencio. A un paso de distancia. Lincoln también lo hace, más atrás. Como si entre los dos quisiéramos escoltarla.

—La próxima vez que alguien le hable así... —dice él, con la mandíbula apretada, sin apartar la vista de las chicas que caminan delante de nosotros.

—No va a haber una próxima vez —respondo. Y lo digo en serio.

Alexandra camina con la mirada baja, los pasos cortos, inseguros. La sudadera le cubre toda la espalda y parte de los muslos; aun así, es imposible ocultar lo que ha pasado. Tiene restos de algo pegajoso en el bajo de los vaqueros, mechones de pelo que siguen húmedos, gotas que caen al suelo cada tanto. Es una imagen que no se me borrará nunca.

El aire fresco del exterior le da en la cara cuando salimos del edificio, pero ella no reacciona. Solo avanza, con Emma a un lado y nosotros detrás.

Una vez estamos en el aparcamiento, Emma se detiene junto a mi coche y se gira hacia mí.

—Blake —dice, en voz baja, como si no quisiera que Alexandra lo oyera—. ¿Puedes llevarla tú? Quiero buscar a Cher, no pienso dejar esto así.

Asiento enseguida. Me parece la mejor idea que ha tenido nunca.

Emma se gira hacia Alexandra y le acaricia el brazo con suavidad.

—Lexi, ¿te importa si te lleva Blake? Tengo que resolver un par de cosas y luego me paso por tu casa. No tardaré. Te lo prometo.

Alexandra la observa unos segundos antes de asentir.

—Sí, no te preocupes. —Su voz es apenas un susurro.

Emma le da un apretón suave en la mano, un beso en la mejilla y se aleja. Lincoln no tarda en seguirla. Alex y yo nos quedamos solos en medio del aparcamiento.

No digo nada al principio. La observo con cautela. Le abro la puerta del Jeep con cuidado, sin prisas. Ella sube despacio. Se acomoda en silencio.

Doy la vuelta y subo al asiento del conductor. La miro de reojo. Está sentada con las manos entrelazadas en el regazo, sin moverse. Sin mirarme.

Suspiro y arranco.

Durante los primeros minutos, el silencio llena el espacio. Pero, una vez dejamos atrás el instituto, me empieza a pesar. Me arde en la garganta. Y, al final, no puedo evitarlo.

—Alex... —digo.

—Blake... —dice ella al mismo tiempo.

Desvío la mirada de la carretera durante un segundo para mirarla. Y entonces, por fin, me encuentra. Me mira de verdad. Y en ese gesto hay algo nuevo. No es gratitud. No es dolor. Es algo más suave. Más sereno.

Sonríe.

Es casi imperceptible. Una curvatura leve en los labios, una chispa fugaz en los ojos. Pero es real. Alexandra Baxter sonríe. Después de todo eso, después de toda la mierda..., sonríe.

—Habla tú primero —le pido.

Ella suspira, sin apartar la mirada de mí.

—Conozco a mi mejor amiga. Sé lo que está haciendo. Sé que ha ido a hablar con Cher. —Hace una pausa, traga saliva—. Es que... no quiero que se entere nadie. Por favor. Ni mi padre, ni nadie de Dirección. No quiero más líos.

Su voz es suave pero firme.

—Está bien —contesto—. Nadie dirá nada. Solo queremos ayudarte.

Ella asiente despacio. Luego desvía la mirada hacia la ventanilla, observando el paisaje distraída.

—¿Y tú? —pregunta entonces—. ¿Qué ibas a decirme?

Le sonrío, aunque sé que no puede verlo del todo.

—Solo quería preguntarte cómo estás. Cómo te sientes.

Y, para mi sorpresa, responde con sinceridad.

—Mejor de lo que esperaba. Bastante mejor, en realidad. Estaba harta. De todo, de sus comentarios, de sentirme pequeña.

Hace una pausa y, cuando habla de nuevo, su voz suena más fuerte. Más clara.

—Ya cometí el error de creerlas una vez. Me alejé de todos mis amigos. Incluso de ti. Solo porque ellas me dijeron que sería lo mejor. Me tragué ese discursito de lealtad, de «nosotras contra el mundo». Traté mal a personas que simplemente querían cuidarme... por miedo.

La escucho en silencio, atento a sus palabras, a su tono de voz, a los gestos que hace para expresarse.

—Pero ya no. No pienso volver a caer. Estuve demasiado tiempo rodeada de personas que solo sabían aplastar lo que no entendían o lo que no podían controlar. Me equivoqué al confiar en ellas. Pero no volveré a hacerlo.

Trago saliva. No digo nada. No quiero romper este momento. Esa fuerza. Esa versión de Alexandra que, a pesar de todo, sigue de pie.

Cuando llegamos frente a su casa, detengo el coche con suavidad. Me giro un poco, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—¿Te importa si hablamos un poco más? Solo si quieres.

Ella niega despacio con la cabeza.

—Ahora no. Lo siento. Necesito... —respira hondo— descansar. Poner la mente en otra parte. Y tú tienes que volver al gimnasio. Aún puedes llegar al entrenamiento.

—No me importa el entrenamiento —contesto al instante, sin pensarlo.

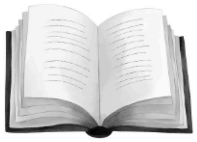
Y como si no me hubiera sorprendido lo suficiente hoy, ella me pega un pequeño puñetazo en el brazo de forma juguetona.

—Al entrenamiento, Blake. Sé que el partido del fin de semana es importante.

Se baja del Jeep sin decir nada más.

14

Pequeñas mentiras con consecuencias



Alexandra

Bajo del coche y cierro la puerta con cuidado, en silencio. Pero justo cuando empiezo a rodearlo para dirigirme a la entrada de casa, me detengo en seco.

Me doy la vuelta y, a través del cristal, veo a Blake observándome desde el asiento del conductor con una expresión confusa tatuada en el rostro.

Vuelvo sobre mis pasos sin pensarlo. Abro la puerta del copiloto y me meto otra vez en el coche.

—¿Pasa algo...? —pregunta él, sin moverse.

No respondo. Solo me inclino hacia él y lo abrazo.

Al principio se queda quieto, paralizado por la sorpresa. Pero solo tarda un segundo en corresponderme. Sus brazos se cierran a mi alrededor con la fuerza justa. El calor de su cuerpo y el olor familiar, ese toque avainillado que me recuerda bastante al mío, me envuelven como un refugio que no sabía que necesitaba hasta ahora.

—Gracias por todo —murmuro, sin soltarlo.

Él no contesta. Solo deja una mano en mi espalda, y la otra, enredada en mi pelo, acaricia lentamente algunos mechones sueltos.

Cuando me obligo a separarme, él me dedica una mirada tranquila. Yo le devuelvo una sonrisa antes de salir de nuevo y quedarme en el jardín, viendo cómo se aleja calle abajo hasta que su coche desaparece entre las casas de Floramont.

La brisa fresca de la tarde me golpea de frente cuando me giro y cruzo el jardín hasta llegar al porche. Me cubro con los brazos por instinto, y entonces me doy cuenta de que todavía llevo puesta por encima su sudadera.

Subo los escalones del porche con cuidado y me detengo delante de la puerta, quitándomela con delicadeza. Frunzo la nariz al verla de cerca. La tela gris, con su nombre y el del equipo bordados en rojo en la espalda, ahora está cubierta de suciedad. Hay restos de comida y manchas que ocultan parte del apellido.

Puede parecer una tontería, pero que me la haya dejado significa mucho para mí. Se la ha quitado sin dudar ni un segundo para cubrirme, para intentar protegerme. Lo mínimo que puedo hacer ahora es devolvérsela en condiciones. Y tal vez... intentar compensarlo por estos días.

Nada más entrar en casa, voy directa a la lavadora.

Por suerte, solo está Maisie. Está sentada en uno de los taburetes altos de la isla, con una revista abierta, aunque me doy cuenta enseguida de que no está leyendo: tiene la revista al revés y los ojos fijos en mí.

Intento ignorarla mientras enciendo la lavadora y selecciono el programa más complejo que encuentro, alargando el momento de enfrentarme a ella. Luego me quedo ahí de pie, observando cómo la sudadera comienza a girar en el tambor, perdiéndose en el remolino de agua y jabón.

—Sabes que en algún momento la lavadora terminará su ciclo, ¿verdad? —dice mi hermana de repente, rompiendo el silencio.

—¿Y eso lo dices por? —respondo, girándome para mirarla finalmente.

Ella se encoge de hombros, dejando caer la revista en la isla y apoyando la barbilla en una mano.

—Porque vas a tener que enfrentarte a la realidad tarde o temprano, Lexi.

Suelto un suspiro y rodeo la isla para sentarme a su lado.

—Ya lo sé. Es que... no sé ni por dónde empezar.

Maisie ladea la cabeza y me observa con una mirada astuta.

—Bueno, podrías empezar contándome qué ha pasado. Ya sé que Cher y sus secuaces han hecho algo...

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, alarmada—. ¿Lo sabe todo el instituto? ¿Papá...?

—No, tranquila. Aparte de las pintas que llevas, Emma me ha llamado. Estaba preocupada y me ha pedido que te cuidara hasta que ella pudiera venir. Me lo ha contado por encima. Ya sabes cómo es el instituto, esto es solo un cotilleo más que probablemente todos hayan olvidado mañana, no creo que se enteren los profesores.

Respiro aliviada y noto cómo mis hombros bajan un poco.

—Eres muy pequeña todavía como para preocuparte por esas cosas —le digo, negando con la cabeza.

—No hagas eso, Lexi. No me apartes.

Dudo por un momento, pero la manera en que me mira me hace sentir que no puedo ocultárselo. Así que le pido que me deje darme una ducha muy rápida, me pongo un pijama —una camiseta enorme y un pantalón corto— y luego se lo cuento de forma breve, omitiendo los detalles más humillantes. No necesito que Maisie se preocupe más de lo necesario.

Cuando termino, ella frunce el ceño y cruza los brazos, como si estuviera evaluando la situación.

—Son unas idiotas, todas ellas. Pero ¿sabes qué? Cher no va a ganar. Está acostumbrada a conseguir siempre lo que quiere. Pero esta vez será diferente. Porque tú ahora eres diferente.

—En ese momento me he sentido valiente —confieso, agachando la mirada—. Incluso me he defendido. Aunque... no sé cómo voy a enfrentarme a todo esto mañana.

Apoyo la frente en la palma de la mano, agotada. Maisie me observa en silencio durante unos segundos.

Ella se encoge de hombros. Como si lo que le acabo de decir fuese lo más obvio del mundo.

—Sé que tienes miedo. Pero eso no es malo, ¿sabes? Todos lo tenemos a veces. Sentir miedo no significa que no vayas a poder con esto.

—¿Tú también tienes miedo? —pregunto levantando la mirada hacia ella—. ¿Cuándo?

—Muchas veces. Cuando intentaste enseñarme a montar en bici. O cuando me ha tocado hablar frente a toda la clase esta mañana... O cuando...

—Vale, vale, lo pillo —la corto, sonriendo sin querer.

Como Maisie había predicho hace un rato, la lavadora pita, avisando de que la sudadera está limpia. Mi hermana se lanza de un salto antes de que pueda levantarme y va corriendo a sacarla y meterla en la secadora.

—¿Sabes si...? —empieza a decir, pero se calla de repente al oír el sonido de unas llaves abriendo la puerta principal.

Ambas giramos la cabeza hacia el recibidor al mismo tiempo.

No. No. No.

Mierda.

Mis padres. Los dos.

¿En serio? ¿Cuál era la probabilidad de que llegaran a casa juntos y justo ahora?

Papá entra primero, dejando caer las llaves en la cajita de madera del recibidor. Mamá lo sigue de cerca y frunce el ceño nada más oír el zumbido grave de la secadora en marcha. Su mirada se desplaza hacia el aparato... y luego hacia nosotras.

Maisie, que nunca ha sabido de disimulo, se interpone entre mi madre y la secadora para evitar que la vea, como si hubiese cometido un crimen. Yo me tapo la cara con las manos y dejo escapar un suspiro lento, sintiéndome morir.

Esto no va a terminar bien.

—¿Qué hacéis? —pregunta papá, arqueando una ceja, mientras yo me acerco a Maisie.

—¿Y qué hacéis con la secadora? —añade mamá, que entorna los ojos con sospecha. Mi padre gira la cabeza para mirarla.

—¿La secadora...? —repite, frunciendo el ceño—. Si ninguna de las dos ha tocado una en la vida. Dudaba incluso de que supierais encenderla.

—¡Eso no es verdad! ¡Hemos puesto muchas lavadoras y secadoras! —contesta mi hermana a la defensiva, y yo asiento de forma muy efusiva. Mi madre alza las cejas.

—¿Y qué habéis metido ahí? —pregunta mientras da un par de pasos hacia nosotras.

Y entonces ocurre. El desastre. El apocalipsis. La traición definitiva.

Maisie entra en pánico. Se le nota. Sus ojos se abren como platos y empieza a mover las manos con nerviosismo. Intuyo lo que está a punto de hacer, pero ya es demasiado tarde.

—¡La sudadera es del novio de Lexi! —suelta, alzando las manos como si quisiera pedir clemencia.

Mi cabeza gira tan rápido hacia ella que me cruje el cuello.

—¡¿QUÉ?! —exclamo, sin aire.

Papá se atraganta al instante, empieza a toser como si se le hubiera ido el alma por el camino. Mamá, por su parte, se queda completamente congelada, con los ojos desorbitados y la mandíbula a punto de desencajarse.

—¿Novio? —repite ella, escandalizada. El tono exacto entre alarma y amenaza.

Miro a Maisie, que intenta hacerse la inocente encogiéndose de hombros, y agarro el primer trapo húmedo que encuentro sobre la encimera. Se lo lanzo directo a la cara.

—¡Traidora mentirosa! —gruño mientras ella suelta un chillido teatral.

Maisie me devuelve el paño con un movimiento torpe, pero consigo esquivarlo justo a tiempo. Papá alza las manos, todavía rojo por la tos, pidiendo silencio.

—¡Un momento! —dice, sin aliento—. ¡¿Cómo que novio, Lexi?!

—¡No tengo novio! —grito, ya medio desesperada. Me giro hacia mi hermana con los ojos entrecerrados—. ¡Gracias por la ayuda, por cierto!

Mamá se lleva una mano a la sien, visiblemente agotada.

—Y, entonces, la sudadera, ¿de quién es? —pregunta con tono cortante.

Silencio. Me quedo paralizada. No puedo decir que es de Blake. Él no me va a creer cuando le diga que solo somos amigos. No puedo decírselo. Me va a enterrar viva. Y luego a él.

Y justo cuando creo que no puede ir a peor, Maisie decide arreglarlo. A su manera, claro.

—Vale... —empieza, levantando las manos otra vez—. No es del novio de Lexi. Es del mío.

Me congelo.

La habitación entera se congela.

—¿¡DEL TUYO!? —ruge papá. Su voz se eleva cada vez más, los ojos se le salen de las órbitas—. ¡Maisie Baxter! ¡Tienes trece años! ¡¿Cómo que novio?!

Mamá se apoya en la encimera, claramente al borde del colapso.

—No puedo creer que estemos teniendo esta conversación —masculla.

Yo solo cierro los ojos y suspiro hondo, buscando paciencia en un universo que claramente me odia.

—Voy a matarla —murmuro entre dientes.

—Yo también —masculla nuestro padre, sin quitarle los ojos de encima a Maisie—. ¿Novio? ¿Desde cuándo tienes novio? ¿Y quién te ha dado permiso? Porque ya te digo que el mío no lo tienes...

—No es un tema del que quiera hablar ahora —responde ella, cruzándose de brazos.

—¿Cómo que no quieres hablarlo? —insiste él mientras la escanea como si intentara leerle la mente—. ¿Quién es ese chico? ¿Lo conozco?

—No... no creo que lo conozcas —balbucea Maisie, seguramente maldiciéndose por no haberse inventado una mentira mejor.

—¿Cómo que no lo conozco? ¿Vive en esta ciudad? ¿Va al instituto contigo?

—Papá... —su voz suena casi suplicante—, ¿podemos no hacer esto ahora?

—Si estás saliendo con alguien, tengo derecho a saber quién es.

—¿Desde cuándo es un derecho?

—Desde siempre. ¿Cómo esperas que confíe en él si ni siquiera sé su nombre?

Decido intervenir para intentar salvar a mi hermana del interrogatorio.

—Si te sirve de consuelo... es muy guapo, papá.

Él se gira hacia mí, con el ceño aún más fruncido.

—¿Tú lo has visto?

Asiento. Maisie no tarda ni medio segundo en darme un pisotón en el pie.

—¡Ay! —chillo, apartándome—. Es verdad, Mai, deja de ser tan dramática.

—¡No lo ha visto! —salta ella enseguida—. Está inventándose cosas porque le encanta molestarme.

—Si tienes novio, lo mínimo que puedes hacer es decirnos cómo se llama —insiste nuestro padre.

—No tiene nombre...

Papá se gira hacia mamá, buscando refuerzos visuales para poder procesar la situación. Maisie aprovecha el instante para acercarse a mí y susurrar con rapidez:

—Corre. Saca disimuladamente la sudadera de la secadora y llévatela a tu cuarto. Yo lo distraigo un poco más.

Acto seguido, se aleja con pereza hacia el salón. Papá la sigue de cerca.

—¡Por supuesto que tiene nombre! Vamos, Maisie, ¿cómo se llama?

Mientras el debate se traslada al salón, mamá me lanza una mirada cargada de sospecha antes de ir tras ellos. Yo aprovecho el momento: paro el programa de la secadora, abro la puerta y saco la sudadera aunque sigue húmeda. No importa. La pondré al sol.

Agarro la prenda con fuerza mientras subo corriendo las escaleras, tratando de no caerme ni hacer ruido. Al fondo, las voces se siguen oyendo: la de mi padre subiendo en volumen, la de Maisie haciéndose la víctima profesional y la de mamá soltando un «no puedo más con esta familia».

Dejo la sudadera sobre el respaldo del sillón, junto a la ventana, con la esperanza de que el sol haga milagros. Me dejo caer sobre la cama y me cubro los ojos con el brazo.

Treinta segundos de paz. Solo pido eso.

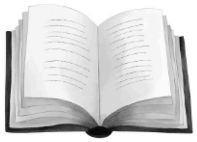
—¡Alexandra! —grita papá desde abajo—. ¡¡Tú no te libras!! ¡Baja ahora mismo!

Cierro los ojos más fuerte.

Y, bueno..., me conformo con diez.

15

Enviado de madrugada



Alexandra

La cena es una verdadera tortura, pero al menos consigue mantenerme entretenida y alejada de todo lo demás. A ratos incluso parece una obra de teatro mal dirigida: papá en modo interrogatorio, Maisie aguantando como una heroína y mamá perdiendo lentamente la paciencia con cada cucharada de la crema fría de maíz que ha preparado.

—¿Y desde cuándo estás saliendo con él? —pregunta mi padre con el ceño fruncido mientras remueve el contenido de su plato, como si buscara respuestas ahí dentro.

—Desde hace poco —responde Maisie, sin levantar la vista del suyo. Su tono es tan plano que incluso yo me lo habría creído... si no supiera que está mintiendo descaradamente.

Papá la observa con la mirada entrecerrada, como si pudiera detectarle el engaño con un escáner ocular.

—¿Y cómo se llama ese chico? —insiste por enésima vez.

—¡Ya basta con el tema del novio! —exclama al fin mamá, soltando la cuchara con un golpe seco contra el plato. No grita,

aunque el tono le sale tan firme que hace que todos nos quedemos quietos—. Déjala en paz de una vez, Charles.

Mi padre resopla, pero no dice nada más. Al menos por ahora.

Maisie me lanza una mirada suplicante por debajo de las pestañas, aunque no tan intensa como esperaba. Cuando papá se levanta a por más pan, me inclino hacia ella y susurro:

—Te debo una.

Ella no responde, pero me lanza un gesto casi imperceptible con la cabeza que dice más que mil palabras.

Cuando ya creíamos que habíamos sobrevivido y nos ponemos a recoger la mesa, papá vuelve a la carga mientras deja los cubiertos en el lavavajillas.

—Entonces..., ¿cómo has dicho que se llama?

Maisie se gira con la mano sujetando la pila de platos, pero, antes de que responda, mamá se da la vuelta lentamente desde el fregadero.

—A vuestras habitaciones. Las dos. Ahora —dice sin levantar la voz, con ese tono helado que solo usa cuando está a punto de perder los nervios de verdad.

Nadie se atreve a rechistar. Ni siquiera papá.

Yo agarro mi móvil y me dirijo a las escaleras. Emma me ha contestado al mensaje que le he mandado justo antes de sentarnos a cenar. Le he dicho que no hacía falta que viniera, que no quería meterla en medio del caos que tenía montado en casa. Le he prometido que mañana hablaremos..., aunque no sé si lo he hecho por no preocuparla o porque aún no tengo claro qué decir.

Subo despacio, intentando retrasar lo inevitable. Antes, cenando, no podía esperar a salir de ahí, pero ahora que estoy sola... no quiero que llegue la noche. No quiero dormir. No quiero que mañana se acerque. Quiero quedarme aquí, suspendida en este momento

intermedio en el que nada ocurre, donde aún no tengo que enfrentar nada.

Sin embargo, mamá no da su brazo a torcer y a los pocos minutos oigo cómo apaga las luces de la planta baja. El mensaje es claro: se acabó por hoy.

Me tumbo en la cama y miro la sudadera que descansa sobre el respaldo del sillón junto a la ventana, ya seca gracias al calor de la tarde. Mis ojos se mueven rápidos, miran el móvil, la puerta y, finalmente, se quedan fijos en el techo.

No puedo parar de pensar.

Doy vueltas en la cama, de un lado al otro, cambiando de posición cada tres minutos, esperando que el cansancio gane la batalla. Pero no llega. Solo pensamientos. Uno tras otro.

Después de la enésima vuelta, me harto. Me incorporo con un suspiro largo, me paso las manos por la cara e intento sacudirme toda esta inquietud dando cortos paseos por la habitación, descalza.

Al pasar junto a la estantería, dejo que mis dedos rocen el borde de uno de los estantes. Leer siempre ha sido mi pasatiempo favorito, me calma, y por eso vuelvo sobre mis pasos y cojo el libro del club de lectura que descansa en mi mesita de noche. La última vez que intenté leerlo no pude concentrarme, espero tener más suerte ahora.

Lo abro por donde lo dejé, aunque tengo que retroceder dos páginas para recordar en qué parte estaba. Mi vista recorre las líneas mecánicamente, pero las palabras no terminan de calar. Mi mente va por libre.

Pienso en todo lo que podría pasar mañana. En lo que dirá Emma cuando me mire a los ojos y estemos más tranquilas. En la reacción de las demás. En si Cher volverá a la carga o me dejará en paz de una vez por todas.

En si, de verdad, tengo derecho a sentirme tan tranquila cuando sé que la situación es bastante grave.

Intento dejar de imaginar lo que sucederá. Trato de concentrarme en la novela, en los diálogos, en los párrafos bien escritos. Me recuerdo que Cassy va a matarme si no llevo la lectura al día. Soy de las pocas que sigue el calendario al pie de la letra y me niego a fallar justo ahora.

Pero nada funciona. Paso una página sin haber entendido la anterior. Otra más. Y otra. Todas me parecen igual de vacías.

Resoplo, frustrada. Me dejo caer contra el respaldo de la cama y cierro el libro con más fuerza de la necesaria. Lo dejo sobre la mesita con desgana, como si fuera culpa suya que no pueda apagar la mente.

Entonces miro el móvil. Lo desenchufo del cargador y lo sostengo entre las manos, dudando.

Sé que es tarde. Sé que le he dicho que ya hablaríamos en otro momento. Sé que probablemente estará dormido.

Aunque también sé que este impulso no se me va a pasar. Y que no quiero guardármelo.

Así que abro el chat. Y empiezo a escribir.

¿Estás despierto?

Muy bien, Lexi. ¿Y ahora qué? ¿Qué hago si responde? ¿Y si no responde? Por suerte, no tengo tiempo de pensarlo demasiado, porque su mensaje llega enseguida.

Sí. ¿Todo bien?

Me muerdo suavemente el labio inferior, pensando con cuidado cómo expresarlo. No quiero sonar dramática. Pero tampoco quiero

ocultarme.

Siento escribir tan tarde,
pero no puedo dormir...
Necesito hablar sobre lo de
hoy con alguien. De todos
modos, sé que es tarde, así
que entenderé que prefieras
esperar
a hablarlo mañana en clase.

Apenas toco el icono de enviar, el teléfono vibra de nuevo en mis manos.

Voy de camino a tu casa.

—¿Qué? —susurro, y, sin darme cuenta, lo lanzo sobre la cama como si quemara.

Me quedo de pie, congelada. ¿He leído bien? ¿He leído «Voy de camino»?

Respiro hondo, o al menos lo intento, pero siento el corazón a mil por hora. Me paso una mano por el pelo y camino en círculos por la habitación. ¿Qué hago ahora? ¿Bajo? ¿Me cambio? ¿Por qué me lo ha dicho tan tranquilo? ¡¿Por qué está viniendo?!

Paso junto al sillón, y ahí está su sudadera gris, exactamente donde la dejé. Dudo por un segundo, pero termino cogiéndola. Me la acerco al pecho, como si la prenda fuera a darme una respuesta. No sé muy bien por qué lo hago, pero me la pongo. Me digo que solo va a ser un segundo, antes de que él llegue.

Me la paso por la cabeza en un gesto rápido y noto el tejido suave, cálido, envolvente.

Camino hasta el espejo colgado en la pared. Me queda mejor de lo que esperaba. El gris resalta el castaño de mis ojos y el rubio del pelo. Me miro un poco más de la cuenta. Me siento diferente. No sé bien por qué.

Y, entonces, mi móvil suena.

Doy un respingo y me lanzo sobre la cama como si me fuera la vida en ello. Desbloqueo la pantalla.

Un mensaje.

Sal, estoy fuera.

—Mierda... —susurro, con el corazón en la garganta.

Corriendo, me acerco a la ventana. La abro con cuidado y me asomo un poco, cautelosa, escondiéndome tras la cortina.

Ahí está.

Apoyado en el lateral de su Jeep, cruzado de brazos. Esperando a que baje.

Levanta la mirada hasta mi ventana, y me pilla observándolo.

Me escondo de inmediato, con la vergüenza tiñéndome las mejillas. Pero no puedo evitarlo. Vuelvo a mirar, solo un segundo más.

Está ahí, con el pelo algo desordenado, una camiseta negra que le queda bastante bien y ese aire despreocupado que siempre tiene, incluso en plena madrugada.

¿Cómo hace para estar guapo a estas horas? No es justo. Nadie tiene derecho a lucir así a las dos de la mañana.

Y es ahí, justo en ese momento, cuando lo vuelvo a sentir.

Ese cosquilleo raro en el pecho. Como si algo se activara por dentro. El mismo que he sentido esta tarde, cuando estaba encerrada en el baño con Cher, Abigail y Lily, enfrentándolas. Cuando he dicho lo que tenía que decir sin bajar la cabeza.

La valentía.

No sé qué es lo que me impulsa. Tampoco lo he sabido esta tarde.

Solo sé que no quiero quedarme en esta habitación. Que no quiero arrepentirme de no haber bajado.

Así que me armo de valor. Inspiro hondo, como si necesitara empujar el miedo hacia el fondo, y sin pensarlo dos veces salgo de mi cuarto.

El pasillo está oscuro, silencioso. Todos duermen. El suelo cruje bajo mis pies descalzos, pero no me detengo.

Ni siquiera sé qué voy a decirle. Solo quiero una distracción, calmar mis nervios. Y él está ahí. Esperándome. Y eso es más que suficiente.

Cruzo el recibidor sin encender ninguna luz. Y me coloco las deportivas que reposan en el suelo de la entrada. Abro la puerta con cuidado. El aire frío de la madrugada me golpea la cara y, al mismo tiempo, me despeja las ideas.

Y entonces lo veo de nuevo. De pie junto a su coche. Un Jeep negro bastante bonito y limpio teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que pasa Lincoln ahí metido. No puedo evitar sonreír.

16

Ramé



Blake

Cuando Alexandra me ha escrito bien pasada la medianoche, casualmente estaba despierto. Llevaba un buen rato dando vueltas en la cama, incapaz de dormir. Como siempre, estaba pensando en ella.

Así que, cuando me ha dicho que quería hablar, no lo he dudado. Me he levantado de un salto, me he puesto la primera camiseta que he encontrado en el armario, unos pantalones de chándal, y me he venido directo a su casa.

Ahora estoy apoyado en mi coche, aparcado frente a su jardín, con las manos metidas en los bolsillos y el corazón latiendo más rápido de lo normal. Todo está en silencio, salvo el susurro del viento entre los árboles. Lo sé, es tarde. Muy tarde. Tal vez debería haberle dicho que habláramos mañana en clase, con calma. Pero no he podido. No cuando ha sido ella la que me ha escrito.

Me quedo atrapado en mis propios pensamientos hasta que un movimiento en la ventana del piso de arriba capta mi atención. Me enderezo un poco, curioso.

Ahí está. Alexandra.

Su rostro asoma entre las cortinas, con el gesto sorprendido y el pelo suelto, un poco alborotado. Cuando se da cuenta de que la estoy mirando, se esconde con rapidez. Sonrío.

La idea de que me esté espiando me emociona más de lo que debería, pero no puedo evitarlo. Es como si mi cerebro la usara como excusa para acelerar el ritmo de mi corazón.

Es increíble lo que un flechazo adolescente puede llegar a provocar. Cuando la vi por primera vez en aquel partido, aún éramos unos críos. Ella estaba en las gradas, cuidando a su hermana pequeña, Maisie, mientras su padre gritaba desde la banda. Desde ese día yo comencé a esforzarme el doble en la cancha solo para ver si ella me miraba.

Pensé que era una tontería, una obsesión pasajera con la hija de Baxter. Algo que se me pasaría en unas semanas. Pero no. Nunca se me pasó. De hecho, cuanto más hablaba con ella, más me gustaba. Sentía que había encontrado al amor de mi vida. Suena ridículo, lo sé. ¿Qué podía saber un chico de doce años sobre el amor?

Lo peor, o tal vez lo mejor, es que nunca hizo nada para atraparme. Yo solito me tiré a la piscina. Ella no era más que ella misma: inteligente, sarcástica, un poco mandona y completamente desinteresada en lo que yo pudiera pensar de ella. Eso fue lo que terminó de ganarme.

Y aquí estoy, años después, apoyado en mi coche, en mitad de la madrugada, esperando a la chica rubia de ojos marrones que me robó el corazón cuando solo era un chaval. Como siempre que pienso en ella, las palmas me sudan y me cuesta respirar con normalidad.

Y, entonces, la puerta de su casa se abre.

Y ahí aparece. Se mueve con sigilo, como si intentara no despertar a nadie. Baja un par de escalones con los brazos cruzados sobre el pecho por el frío. Lleva un pantalón de pijama rosa —su color favorito desde siempre— y, sobre él, mi sudadera.

Me mata.

El viento le despeina aún más el cabello y, por un segundo, me parece sacada de una comedia romántica. De esas escenas que se te quedan grabadas para siempre.

Una parte de mí quiere llevarse la mano al pecho para asegurarse de que sigue latiendo. Pero no lo hago. Disimulo tragando saliva.

—No esperaba que fueras a venir —dice, y da un paso hacia mí. Se frota los brazos, intentando entrar en calor.

Saco la confianza de donde no la tengo y me apoyo un poco más contra el coche, como si no estuviera sintiendo cada latido en el cuello. Le dedico una sonrisa ladeada. Pero, entonces, la imagen de Lincoln aparece en mi cabeza, con su estúpida teoría de «conquistar a Lexi». La borro de inmediato. No es momento para eso. Me encojo de hombros.

—Alguien me ha escrito porque quería hablar..., así que aquí estoy.

—Pero... es muy tarde, Blake. No tendrías que haberte molestado. Ahora me siento mal por haberte sacado a estas horas de la cama —dice, con un gesto vago hacia la oscuridad que nos rodea, como si yo no hubiera notado que estamos en medio de la noche.

—¿Y rechazar una invitación tuya? —Le sonrío, esta vez más sincero—. No soy tan tonto, Alex.

Sus ojos se alzan hacia mí, y no consigo descifrar lo que expresan. A veces siento que intentar leerla es como enfrentarse a un idioma que solo ella entiende.

—Gracias por venir —responde al cabo de unos segundos, y baja la mirada con timidez. Me encojo de hombros por segunda vez

desde que he llegado, intentando restarle peso.

—¿Te importa si entramos en el coche? —añade, en un susurro cómplice—. Mi vecina es una cotilla de sueño ligero. Puede salir a espiarnos en cualquier momento.

Me echo a reír, bajo, apenas un suspiro, y le abro la puerta del copiloto con un gesto. Miro hacia el porche de su vecina, aunque no hay señales de vida, y después me vuelvo hacia ella... justo para verla sentada en mi Jeep, en pijama, envuelta en mi sudadera. Tiene un gesto cansado, pero se mezcla con el rubor de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Está preciosa.

Rodeo el vehículo con un par de zancadas y me acomodo en el asiento del conductor. Ella mantiene las manos entrelazadas sobre el regazo, mirando por la ventana, como si el jardín de su casa tuviera todas las respuestas del mundo.

—Me alegra que hayas sacado el modelito rosa para la ocasión. ¿Lo has hecho por mí? —bromeo, apuntando con la barbilla a su pantalón corto del pijama.

Un leve rubor se le sube a las mejillas, aunque lo disimula con una sonrisa rápida.

—Sí, claro, lo he planeado todo al detalle. Incluso la melena despeinada es parte del look. —Me lanza una mirada fugaz que desaparece tan rápido como ha llegado. De pronto, vuelve a ponerse seria, más callada, como si lo que quisiera decir pesara demasiado.

—Blake..., gracias. —Su voz es suave, pero no es solo un agradecimiento. Hay algo más. Gratitud, sí. Pero también vulnerabilidad.

No quiero que continúe dándome las gracias por todo. No cuando yo haría cualquier cosa por ella sin esfuerzo. Sé que se refiere a lo de esta tarde. Defenderla de una situación así no me hace mejor persona, es lo mínimo que debería hacer cualquiera.

—¿Por lo de antes? —pregunto, sin quitarle los ojos de encima.

Asiente.

—Sí, pero no solo por eso. También por no mirar hacia otro lado. Por no darte por vencido. Si tú y Lincoln no hubierais insistido tanto...

—Alex, no hace falta...

—No —me interrumpe—. Sí hace falta. Si no hubieras insistido tanto para salvar nuestra amistad, puede ser que yo siguiera como tonta haciéndole caso a Cher.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Porque sé que no lo dice por decir. Porque sé que, aunque haya sido difícil, ha empezado a ver con claridad. A ver lo que merece.

—Entonces me alegro de haber sido un pesado —respondo con una sonrisa ladeada—. Un amigo pesado... pero eficaz.

Ella suelta una risa leve, apenas un suspiro, aunque suficiente para aflojar un poco la tensión que flotaba en el aire. Se apoya contra el respaldo y gira la cara hacia mí, como si intentara evaluarme.

—Hoy ha sido un día raro —murmura—. Y feo. Y agotador.

—Y, aun así, aquí estás. —Las palabras se me escapan antes de poder medirlas, y sé que no debería seguir, pero algo dentro de mí me empuja a hacerlo—. ¿Por qué me has escrito a mí, Alex?

Ella me lanza una mirada rápida, casi como si la pregunta la pillara por sorpresa, aunque luego baja la vista con la cabeza al frente y se encoge de hombros.

—La verdad..., no lo sé. Sé que podría haber llamado a Emma, y ella habría venido sin pensarlo, pero esto..., no sé. Me ha parecido lo correcto. Siempre me he sentido a gusto contigo. Hablar contigo es fácil.

—¿Sí?

—Sí —asiente—. A veces creo que soy una persona complicada..., cambio de opinión todo el rato..., y no puedo negar que soy un poco intensa. Pero tú no me haces sentir así. Cuando nada de lo que digo tiene sentido, tú actúas como si lo tuviera.

Me quedo en silencio, intentando encontrar una respuesta, algo que no suene estúpido ni, precisamente, demasiado intenso. Pero antes de que pueda decir nada, la oigo respirar de forma entrecortada. Un sollozo.

Giro la cabeza hacia ella justo cuando lo hace también hacia mí, y entonces lo veo. Las lágrimas le resbalan silenciosas por las mejillas. No hace ningún gesto dramático, ni intenta taparse la cara. Solo está ahí, rota, dejándose ver. Confiándome a mí una de sus inseguridades.

—¿Crees que soy débil? —pregunta, apenas un susurro, y frunzo el ceño de inmediato.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me cuesta. Porque siento que tendría que haber puesto límites antes, haber hablado, haber frenado a Cher cuando todo empezó. Pero no lo hice. Y a veces me da miedo que eso diga algo malo de mí.

Su voz suena rota al final. Triste. Vacía.

—Cher siempre encuentra la manera de hacerme sentir pequeña. Insignificante. Y por más que intente ignorarlo... siempre parece ir un paso por delante.

Aprieto la mandíbula. Sé lo que hace Cher. Y odio que alguien como Alexandra, que tiene luz hasta cuando está rota, acabe pensando eso de sí misma por su culpa.

—Cher sabe cómo tocar donde más duele. Se alimenta de eso, Alex. No es que tú seas pequeña..., es que ella es experta en hacer que los demás se sientan así.

—Pero lo logra —dice ella con una risa sin alegría, como si quisiera restarle importancia—. Lo logra casi siempre.

—Tú no eres insignificante —respondo sin dudar—. Y desde luego no eres débil. Has aguantado más de lo que muchos podrían. Y, aun así, aquí estás..., queriendo enfrentarlo. Eso es más de lo que la mayoría haría.

Ella me mira, aunque no dice nada. Se limita a asentir muy despacio, como si intentara convencerse a sí misma.

—¿De verdad crees que soy fuerte? —murmura con una sonrisa leve, incrédula.

—Lo creo —respondo con suavidad—. Pero eso no significa que tengas que aislarte para demostrarlo.

Alex frunce un poco el ceño, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Que no estás sola, Alex. No tienes que demostrarle nada a nadie. No tienes que cargar con todo esto tú sola. Tienes gente a tu alrededor. Más de la que crees. Tú siempre has estado para todos, deja que ahora estén ellos para ti.

Ella no dice nada, pero se seca las lágrimas con las mangas de mi sudadera y respira hondo, como intentando recomponerse. Luego asiente, apenas un gesto sutil, como si todavía estuviera procesando que está bien dejarse cuidar, que no es una señal de debilidad.

—¿Te importa si nos quedamos aquí un rato más? —pregunta en voz baja.

—Claro que no. Tengo todo el tiempo del mundo.

Se acomoda mejor en el asiento, dejándose caer un poco más hacia el respaldo. Luego se sube la capucha de la sudadera, escondiéndose, como si ese pequeño gesto pudiera protegerla de todo. Sonríe, aunque no dice nada. No quiero que se rompa esta

burbuja que se ha formado entre los dos..., pero no puedo resistirme a molestarla un rato.

—¿Es mal momento para preguntarte por qué has bajado con mi sudadera como si fuera tuya? Porque está impecable, por cierto.

Ella hunde aún más la cabeza dentro de la capucha y se cruza de brazos.

—Cállate. Es cómoda.

—Lo sé. Pero no puedes utilizarla como escudo para siempre. —Le tiro suavemente de la capucha hacia atrás, dejando su cara al descubierto. Ella protesta con una mueca, aunque acaba riéndose. Es una risa leve y cansada.

—Te prometo que te la voy a devolver. La había lavado, pero ahora que me la he vuelto a poner... supongo que va otra vez a la lavadora.

—Ni te molestes —contesto, sin pensarlo. Y para cambiar de tema, doy una palmada ligera en el volante—. Bueno... ¿y ahora qué? ¿Tienes hambre?

—Blake, no sé si te has dado cuenta, pero es de madrugada. Está todo cerrado.

Me encojo de hombros y pienso una alternativa rápida.

—Bueno, por suerte... —Me giro hacia el asiento trasero y estiro el brazo— tengo mi mochila aquí.

—¿Y eso qué cambia?

—Que tengo el ordenador. ¿Quieres ver algo?

Sus ojos se iluminan de inmediato. Como si no esperara que la noche todavía pudiera dar un buen giro.

—¿Podemos ver mi peli favorita?

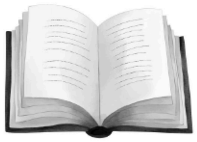
—Obvio. Aunque necesito saber si vamos a arruinar nuestra amistad por diferencias cinematográficas. Es un tema delicado.

—Me la sé de memoria, Blake. Vas a tener que soportar que la recite entera. Y, además —se acomoda otra vez en el asiento, bajando un poco el respaldo y abrazándose las rodillas—, ya la he visto como cuarenta veces, pero nunca en un coche.

—Entonces va a ser la mejor de todas.

17

Peter Kavinsky... Perdón, Blake King



Alexandra

—¡Deja de resoplar ya! —exclamo, medio riéndome, medio perdiendo la paciencia, cuando Blake vuelve a bufar por enésima vez.

Llevamos más de una hora viendo *A todos los chicos de los que me enamoré* en su portátil y, desde que ha empezado, no ha parado de comentar cada escena como si fuese un crítico de cine muy exigente.

—No entiendo qué le ves, de verdad —dice, con ese tono de indignación que ya me conozco gracias al rato que he pasado aquí metida; es falso.

—Peter Kavinsky es un icono —contesto, sin dudar—. Lo siento si tu masculinidad frágil no lo soporta.

Él pone los ojos en blanco.

—No es fragilidad, es sentido común. Ese tío ni siquiera parece que esté enamorado de ella. ¿Quién finge una relación falsa con una chica para enamorar a otra? No tiene sentido.

—Es una película romántica, Blake. —Miro a la pantalla y veo que ya ha llegado la escena del jacuzzi—. Deja de arruinarme mi momento favorito.

—Yo habría hecho de mejor novio falso —responde, encogiéndose de hombros con aire despreocupado—. Oh, vamos, es obvio que no estaba esperando a Lara Jean en el jacuzzi.

—Para no gustarte la peli, te sabes todos los nombres —señalo, alzando una ceja con sospecha.

Él se encoge ligeramente en su asiento y se cruza de brazos.

—No es tan difícil... No has dejado de decir su nombre desde que ha empezado.

Lo miro divertida, y entonces se me ocurre fastidiarlo un poco más.

—Pues no sé, yo creo que tú y Peter Kavinsky tenéis un aire.

Me lanza una mirada escéptica.

—¿En serio estás comparándome con él?

—Claro. Deportista, pelo oscuro y ondulado, alto...

—Vale, ya basta.

—... actitud de chico duro con corazón blando, y encima tienes esto de sobreanalizar escenas cursis. Eres él.

—No lo soy. Ni de broma.

Hace una pausa, mira de reojo la pantalla con desdén, y suelta:

—Además, si yo tuviera que fingir una relación con alguien, lo haría muchísimo mejor que ese Peter.

Me giro hacia él, alzando una ceja.

—¿Tú? ¿Una relación falsa? Si no has tenido nunca una, ¿cómo ibas a fingirla?

—Por favor, no me hace falta haberla tenido —dice, apoyándose con los brazos detrás de la cabeza, con una sonrisa confiada—. Lo

tengo todo: presencia, carisma, química natural... Me metería en el papel y no habría quien me distinguiera de un novio real.

—Vaya, qué modestia la tuya.

—Es la verdad. —Se encoge de hombros—. Dame un contrato como ese y lo bordo.

—La próxima vez que quiera fingir algo, ya sé a quién llamar —comento en broma.

Él sonríe, pero no responde de inmediato. Solo me mira de reojo, como si no supiera si seguir con la broma o dejarla ahí. Y por primera vez desde que ha empezado la película, guarda silencio durante una escena cursi.

La película termina unos minutos después; los créditos aparecen en la pantalla con el sonido bajo, casi imperceptible. Ambos nos quedamos en silencio, como si ninguno quisiera romper el ambiente.

—Bueno... —dice Blake al fin, estirándose un poco—. Ha sido toda una experiencia cinematográfica.

—Y tú has sobrevivido. Estoy impresionada.

—No me subestimes. Ya soy fan de Peter.

—Mientes fatal —respondo, sonriendo—. Pero gracias por verla conmigo.

—Cuando quieras —contesta, y su tono suena más real que de costumbre.

Salimos del Jeep despacio. El aire de madrugada está más frío ahora, y la calle se encuentra en completo silencio. Ni un coche, ni una luz encendida. Solo el sonido lejano de algún grillo.

—¿Vas a poder entrar sin hacer ruido? —pregunta en voz baja mientras cierra con cuidado la puerta del vehículo.

—Soy una experta. Mis padres piensan que me he ido a dormir hace horas.

—Qué rebelde.

—No te acostumbres.

Nos miramos un segundo más de la cuenta, y por un momento siento que ninguno quiere moverse. Pero finalmente doy un paso atrás, hacia la puerta de casa.

—Buenas noches, Blake.

—Buenas noches, Alex.

Cuando empiezo a subir los escalones, él espera abajo, como si necesitara asegurarse de que entro bien. Le dedico una última sonrisa antes de abrir la puerta con la mayor delicadeza del mundo. Consigo no hacer ruido, cerrar sin que crujan las bisagras, y avanzar a oscuras por el pasillo. Todo está en calma.

Llego a mi habitación, me quito las deportivas en silencio y me meto en la cama sin encender la luz. Pero no tengo sueño. Me quedo mirando al techo, con una sonrisa tonta, repasando cada broma y comentario que ha hecho sobre la película. Él puede mentir todo lo que quiera, pero sé que le ha gustado. He visto cómo observaba el ordenador con curiosidad cuando Lara Jean se plantaba en el campo de lacrosse buscando a Peter.

Quién hubiese dicho que Blake King disfrutaría viendo películas de romance.



Mentiría si dijera que no estoy nerviosa cuando pongo un pie en el instituto. Esta mañana me he despertado con un mensaje de Blake que me envió de madrugada —supongo que justo cuando llegó a casa—. Solo decía «No te agobies mañana. Si pasa algo, ya sabes dónde estoy».

Emma ha pasado a recogernos a Maisie y a mí, y por suerte no hemos llegado tarde a clase. Durante el trayecto, le he contado

algunos detalles de anoche.

—¿Se quejó todo el rato o fingió que le gustaba? —pregunta Emma mientras camina a mi lado por el pasillo, con su café en mano.

—Se quejó, obvio. Pero menos de lo que esperaba —respondo mientras abro mi taquilla—. Aunque juró que haría de mejor novio falso que Peter Kavinsky, así que ya puedes imaginar el nivel de modestia.

Emma se ríe.

—A veces puede ser incluso peor que Lincoln.

—Nadie es peor que Lincoln.

Nos quedamos ahí un momento, intercambiando libros y horarios, hablando de cosas que no tienen que ver con él. Que si la presentación de Biología, que si la sustituta de Economía es aún peor que la anterior. Lo típico. Pero cuando echo un vistazo al pasillo, lo veo.

Blake.

Está un poco lejos, hablando con Lincoln y otro chico del equipo. Ni siquiera está mirando en esta dirección. Solo... está ahí. Lleva una camiseta de manga corta negra, un pantalón de chándal y un balón de baloncesto bajo el brazo. Emma me observa un segundo y dice, sin mucha intención:

—¿Os vais a saludar?

—¿Por qué lo haríamos? —respondo sin pensar, algo nerviosa.

—No lo sé. Anoche estuvisteis solos, eso cambia las cosas, ¿no?

—No. Solo fue... eso, una película. Somos amigos, como siempre.

Emma se encoge de hombros sin insistir, lo que agradezco. Yo sigo ordenando mis cosas en la taquilla mientras ella me cuenta lo que considera una versión bastante aburrida de su noche, comparada con la mía.

Pero entonces suena el timbre. Estoy tan metida en la taquilla que me doy un golpe en la cabeza al intentar girarme. Me masajeo rápido la frente mientras miro a Emma, asustada. Ella cierra los ojos y suelta una maldición.

—Joder, nos ha vuelto a pasar...

No es la primera vez que nos ocurre. Nos enredamos hablando, perdemos la noción del tiempo y llegamos tarde a Literatura. Y el señor Gerald no perdona. En cuanto suena el timbre, cierra la puerta y nadie entra.

Salimos corriendo por los pasillos, aunque sé que no lo conseguiremos. Emma me anima igual.

—¡Vamos, Lexi! ¡Corre!

Pero, al doblar la esquina, ya lo vemos. Gerald está justo frente a la clase, sujetando la puerta con la mano y una sonrisa satisfecha en la cara.

—Ni se molesten —dice, como si estuviera disfrutando cada sílaba —. Guarden esas energías para correr hasta el aula de castigo. Pueden estudiar la literatura de Brontë desde allí.

Dejo caer los hombros. Emma espera, muy digna, a que nos cierre la puerta en la cara antes de empezar a insultarlo en voz baja. Yo le tiro del asa de la mochila y la arrastro escaleras abajo, hacia el primer piso.

Cuando llegamos al aula de castigo, no me sorprende ver a la señora Kelly detrás del escritorio, revisando unos documentos. Al oírnos entrar, alza la vista y se ajusta las gafas.

—Déjenme adivinar... Han llegado tarde.

Asiento, intentando mantener el tono neutro cuando hablo.

—En nuestra defensa diré que hacía mucho que Gerald no nos echaba.

La señora Kelly no dice nada más. Señala hacia las sillas sin levantar la cabeza.

—Siéntense. Hagan lo que quieran sin molestar. Sé que tienen suficiente sentido común para no malgastar el tiempo.

Emma se sienta a mi lado, agradecida. Me sigue contando detalles del recital al que su madre la obligó a ir. La novia de su hermano Carson, según Emma, canta tan mal como baila.

Llevamos apenas cinco minutos cuando la puerta se vuelve a abrir. Levanto la vista sin demasiadas expectativas, esperando a otro alumno despistado..., pero me sorprendo al ver a Cassidy Adams entrando.

Camina con paso seguro, aunque no puede ocultar cierta incomodidad al estar aquí. La señora Kelly, que rara vez alza la voz o el tono, parece más interesada que molesta.

—Esto sí que es una novedad... —comenta, dejando el bolígrafo en la mesa—. ¿Señorita Adams? ¿Qué la trae por aquí?

Cassidy se detiene en el umbral, cruza los brazos con resignación y suspira antes de responder:

—Mi profesor de Ciencias dice que he generado caos en clase.

Ni Emma ni yo decimos nada, aunque no nos lo esperamos. «Caos» y «Cassidy» no suelen ir en la misma frase.

La señora Kelly asiente como si no necesitara más explicaciones, y vuelve a concentrarse en sus papeles.

—Siéntese donde quiera. Sus compañeras ya conocen las normas, se las pueden explicar.

Cassidy echa un vistazo al aula vacía. Solo estamos Emma y yo, sentadas al fondo, y el resto de las mesas están desiertas. Por un segundo pienso que va a elegir otra fila, mantener las distancias. Pero, para mi sorpresa, camina en línea recta hacia nosotras y se deja caer en la silla libre, justo a mi lado.

No dice nada al principio. Saca un cuaderno de la mochila y lo deja encima del pupitre. Lo abre por una página en blanco, como si quisiera aparentar que va a hacer algo productivo, pero se queda mirando fijamente el margen superior sin mover la mano.

Pasan unos segundos en silencio. Emma la observa de reojo y luego, con su tono de siempre, suelta:

—¿Estás bien, Cass?

Cassidy asiente levemente, sin girarse.

—Sí. Solo un poco harta.

Después de un momento, se gira por fin hacia nosotras y nos mira con cierta curiosidad, casi como si acabara de aterrizar ahí.

—¿Y vosotras? ¿Qué hacéis aquí?

—Oh, lo de siempre —responde Emma con aire dramático—. Se nos ha ido el tiempo hablando y el señor Gerald nos ha cerrado la puerta en la cara.

—Llevamos años en guerra con su puntualidad extrema —añado.

Cassidy no se ríe, pero sonríe un poco, apenas un reflejo. Luego baja la mirada al cuaderno, como si quisiera escribir algo, pero finalmente vuelve a levantarla hacia mí.

—¿Vas a venir hoy a la sesión del club de lectura?

—Por supuesto que voy a ir. Nunca me lo perdería.

—No me enfadaría si lo hicieras. Cada vez viene menos gente. No me sorprendería que hoy estuviéramos solas...

Estoy a punto de decirle que no me importaría que eso pasara, pero Emma se me adelanta con otra pregunta.

—¿Con quién te has negado a trabajar en clase?

Cassidy duda unos segundos. Se nota que está valorando si contárnoslo o no. Pero finalmente se rinde.

—Con Zachary. Me ha tocado con él y he dicho que no. De toda la clase tenía que ser justo él. Antes paso aquí toda la clase que estar

una hora sentada con él fingiendo que me cae bien.

Aunque tenía mis dudas, en el fondo sabía que debía de ser él. Solo existe una persona en el mundo por la que Cassidy sacrificaría sus notas.

—Pues muy bien hecho —dice Emma—. Si vas a sufrir, que sea con dignidad.

Cassidy suelta una carcajada y niega con la cabeza.

Pasamos unos minutos sin hablar, y yo aprovecho para sacar el cuaderno e intentar avanzar algo de la lectura obligatoria de Literatura. Emma, como siempre, empieza a hacer garabatos en los márgenes de su cuaderno y luego los comenta como si fueran arte conceptual.

—Oye, Cass —dice de pronto, con tono despreocupado—, ¿dónde sueles comer tú? Nunca te vemos por la cafetería.

Estoy a punto de echarle la bronca por hacerle tantas preguntas. Cassidy no es una persona a la que debas presionar. Pero esta no parece molesta.

—Normalmente me quedo en la biblioteca. Aprovecho para leer o preparar cosas del club de lectura.

Emma frunce el ceño.

—¿Siempre sola?

—Sí. No tengo con quién sentarme, y, la verdad..., a veces prefiero estar sola que rodeada de ruido.

Me quedo observándola un momento. Su respuesta, aunque lógica viniendo de ella, me deja un nudo raro en el pecho. No porque esté sola, sino porque parece haberse acostumbrado a estarlo sin que nadie lo cuestione.

—Cass —empiezo a decir, con suavidad—, este es nuestro último año. Yo también me encerré mucho en mí misma el curso pasado, y me prometí que este sería distinto. Lo mismo te digo a ti.

Emma asiente, respaldando mis palabras.

—A partir de ahora vienes con nosotras. Aunque no hables, aunque estés en silencio, aunque leas mientras comemos. Pero vienes.

Cassidy nos mira, y por un momento parece que va a rechazar la idea. Luego suelta un suspiro leve.

—Chicas..., no quería daros pena. De verdad me gusta estar en la biblioteca. Me calma. Y el club de lectura me mantiene ocupada. Me gusta organizar cosas, planear lecturas, hacer que funcione.

—No decimos que dejes de hacerlo —replico—. Solo que no dejes que eso te consuma por completo. Tienes derecho a disfrutar.

Emma sonríe y se apoya en la mesa con los codos.

—Te gusta estar sola, lo sabemos. Pero también tienes casi dieciocho años. Mereces vivir un poco tus últimos meses en el instituto, aunque sea solo un rato al día.

Cassidy baja la mirada al cuaderno, pensativa. Luego la levanta y nos lanza una sonrisa muy pequeña, pero sincera.

—¿Y si no me caéis tan bien como creo?

—Demasiado tarde —suelta Emma con una sonrisa radiante, ella también sabe que ya la hemos convencido—. Ya te hemos adoptado.

Cass niega con la cabeza, divertida.

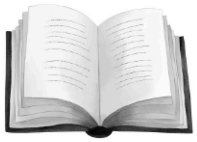
—Vale. Pero no prometo no quedarme en una esquina callada.

—Con que vengas, nos vale —le digo.

Y mientras volvemos a centrarnos en nuestros cuadernos y la señora Kelly sigue revisando sus papeles al fondo, siento que haber estado castigadas ha sido algo positivo. No soy la única que va a intentar cambiar este año. Cassidy Adams se une a la ecuación.

18

Mujercitas



Alexandra

Apenas cruzamos las puertas de la cafetería, me doy cuenta de que Cassidy se tensa a mi lado. Es un gesto sutil, pero se le nota en los hombros, en la forma en que mira alrededor con una mezcla de curiosidad y alerta, como si estuviera entrando en terreno desconocido.

Emma y yo caminamos con naturalidad hasta nuestra mesa de siempre cuando ya hemos cogido algo de comer, pero a medio camino Cassidy afloja el paso. Me detengo y le sonrío con suavidad.

—Tranquila —le digo en voz baja—. Solo es la cafetería.

—Llena de gente. Además, creo que la última vez que entré aquí aún estaba saliendo con Palmer —murmura, aunque sin mala intención. Más como si lo estuviera diciendo para sí misma.

Emma se sienta frente a mí como siempre y Cassidy se coloca a mi derecha. Intento que todo fluya como si fuera lo más normal del mundo, aunque sé que para ella esto es un salto al vacío.

—Tenemos que empezar a llegar antes, estoy harta de comer sopa. ¿De verdad no quedaba pizza? —pregunto, revisando mi

bandeja con resignación.

—Ni rastro —responde Emma—. Solo quedaba esto, pero ¿quién come sopa con este calor?

—Psicópatas —suelto, y ambas reímos.

Cassidy no se ríe, pero se le escapa un resoplido por la nariz. Está abriendo su botellita de agua con cuidado, como si necesitara hacer algo con las manos.

—¿Entonces? —plantea Emma, mientras remueve su ensalada con un tenedor—. ¿Cuál es el plan para después?

—Tengo que pasar por la biblioteca —dice Cassy—. Quiero repasar varios puntos antes de la reunión del club.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunto sin pensarlo demasiado.

Cassidy me mira, como si no supiera si lo digo en serio o solo por compromiso.

—¿No tienes otra cosa que hacer?

—No —contesto—. Además, no me he terminado los últimos capítulos del libro, estos días he estado... distraída. Voy contigo y los leo antes de la reunión.

Cassidy intenta disimular la sonrisa mientras se gira hacia mí.

—Vale. Si te aburres, no me culpes.

—No me aburro tan fácilmente —replico, metiéndome una cucharada en la boca.

Entonces Emma ve algo detrás de nosotras y suelta un sonido raro.

—Eh..., disimulad, pero... Zachary está mirándonos.

—¿Qué? —pregunto, bajando la voz y tratando de no girarme de golpe.

—Y no solo él —añade con los ojos entrecerrados—. Todo el equipo. Están todos como si acabaran de ver un unicornio comiendo con nosotras.

—¿Cassidy es el unicornio? —susurro, divertida.

—Claramente —responde Emma mientras vuelve a mirar a los chicos con descaro—. Y creo que están en shock.

Cassidy, que lo ha oído todo, se pone un poco rígida.

—¿Están mirando?

—Cass, tranquila —digo en voz baja—. Solo están sorprendidos de verte aquí, y más con nosotras.

Emma asiente y se inclina ligeramente sobre la mesa con expresión cómplice.

—Ya te digo, Zach está tan confundido que parece que se ha olvidado de masticar. No deja de mirar.

Cassidy suspira, pero esta vez no parece molesta. Solo algo incrédula.

—¿Tanto le sorprende que tenga amigas?

—Yo creo que lo que le sorprende es volver a verte aquí después de tanto tiempo. Lo has pillado con la guardia baja —comento con una sonrisa.

Cassidy baja la mirada, entre divertida y pensativa, y luego empieza a recoger su bandeja con movimientos medidos.

—Bueno..., deberíamos irnos. No quiero que a Zachary le dé un cortocircuito por verme comer.

—Demasiado tarde, creo que ya le está fallando el sistema —suelta Emma con un último vistazo a la mesa de los chicos.

Yo sigo su mirada por curiosidad, y me encuentro con Zach con la boca medio abierta, Malcolm diciéndole algo al oído y Lincoln soltando una carcajada que se oye desde nuestra mesa. Blake, sin embargo, no mira. Está concentrado en su bandeja, como si se negara a participar en la escena.

—Vámonos —murmura Cassidy, apresurando el paso hacia la zona de bandejas.

Emma y yo la seguimos y, aunque no lo dice, se nota que le incomoda un poco tanto revuelo. No porque le afecte realmente lo que piensen de ella, sino porque no está acostumbrada a ser el centro de atención.

Al salir de la cafetería, el bullicio queda atrás y el pasillo resulta extrañamente tranquilo. Emma es la primera en hablar.

—Yo voy a Arte. Nos vemos luego, chicas —se despide con una sonrisa, y desaparece por uno de los pasillos.

Cassidy y yo seguimos hacia la biblioteca. Caminamos en silencio, pero no es incómodo. Cada una va sumida en sus propios pensamientos y, por un momento, eso sienta bien.

Hasta que levanto la vista... y veo a Abigail.

Lleva la melena recogida en una coleta perfecta y va tecleando algo en su móvil. Ni me mira. Aun así, mi cuerpo reacciona de inmediato. Me tenso y siento un zumbido sordo en los oídos. Incluso todo parece ir a cámara lenta.

Ella camina en dirección contraria y, cuanto más nos acercamos, más nerviosa me pongo. Pero ella no me mira en ningún momento. No hay ni una mueca. Todo pasa rápidamente y tampoco me giro para volver a mirarla.

Supongo que puedo considerarlo una pequeña victoria.



La biblioteca del Floramont High es grande, luminosa y tranquila. Tiene varias secciones, ventanales enormes, estanterías altas y mesas espaciadas para que cada grupo tenga su rincón. A estas horas está prácticamente vacía.

Cass y yo nos sentamos en una mesa apartada, junto a una ventana que deja pasar la luz suave de inicios de la tarde. No

tenemos que hablar mucho, solo sentarnos y sacar nuestras cosas. Cassidy despliega sus papeles y yo me acomodo con el libro abierto entre las manos, marcando el punto en el que me quedé anoche.

—¿Qué es todo eso? —pregunto, alucinada, cuando empieza a sacar montones de hojas subrayadas, carpetas y fichas.

—Mis guiones para el club de lectura —responde, como si fuera lo más normal del mundo—. Puntos que debatir, temas que podrían pasar desapercibidos, ideas, listas de futuras lecturas...

—¿No has pensado nunca en improvisar?

—Me volvería loca. Necesito planificación. Pero... —me lanza una mirada de reojo— si tú no te burlas de mi absurda organización, yo prometo pasar por alto que estás leyendo el libro minutos antes de la reunión.

—Tenemos un acuerdo, Cassidy Adams —le digo, tendiéndole la mano con solemnidad.

Ella pone los ojos en blanco, pero sonríe antes de estrechármela.

—Y que sepas que esta va a ser nuestra nueva rutina —añado—. Me vendrá bien venir por aquí. Últimamente se me olvida pensar en mí. Leer siempre ha sido mi válvula de escape y siento que lo he ido dejando. Si vengo contigo, leo, te acompaño y todos ganamos.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Cassidy me observa un segundo más, como si aún le costara creérselo..., pero asiente. Y su sonrisa, aunque discreta, denota algo de alivio.

—Hoy van a odiarme —murmura Cassidy, revisando su lista de temas para el debate de la tarde—. He preparado más preguntas de las que caben en una hora. Otra vez.

—Creo que nadie notaría si improvisamos las preguntas sobre la marcha —insisto sin despegar la vista del libro—. Eso te daría más

tiempo libre.

—Tú sigue leyendo, que no vas a terminarlo —me responde con una sonrisa suave—. ¿Te está gustando?

—La verdad es que sí. Pero no sé si me va a gustar este final...

Cassidy levanta la vista, interesada.

—Perfecto. Lo hablamos dentro de nada.

Media hora después llegamos a la reunión del club, que no tarda en llenarse... más de lo habitual, incluso. Cinco personas es una buena sesión. Hoy somos siete. Tal vez sea por el libro: *Mujercitas*.

El debate arranca casi sin aviso. Cassidy da la bienvenida con una frase sencilla, y enseguida se sienta.

—Hoy vamos con Louisa May Alcott —dice—. ¿Quién quiere empezar?

—Yo. Jo es un icono —arranca la chica de gafas gruesas, la misma que suele abrir los debates—. Pero me revienta que acabe como acaba. Es como si la autora se hubiese traicionado a sí misma.

—¿Tú crees? —interviene Cassidy con calma—. Podría ser que ella simplemente cambiara de opinión.

—Yo creo que la obligaron —añade otra participante—. He leído que su editor no quería que Jo terminara sola, que era impensable en esa época.

—Y, aun así, Jo sigue siendo independiente —afirmo, casi sin darme cuenta de que he hablado—. Sí, se casa. Pero lo hace desde otra perspectiva. No deja de escribir. No renuncia a lo que es.

Cassidy me lanza una mirada rápida, como si estuviera sorprendida por mi comentario.

—¿Crees que una elección puede seguir siendo feminista si responde a una imposición? —me pregunta, sin sarcasmo, solo con curiosidad.

—Depende de si la haces tuya —respondo—. Si peleas por lo que quieres, pero eliges algo distinto porque te hace feliz..., no creo que eso invalide nada.

Una chica nueva, que apenas había hablado, asiente en silencio.

—Yo nunca había leído *Mujercitas*. Pensaba que sería todo ñoñería, pero no lo es. Tiene mucha más fuerza de la que esperaba.

Cassidy toma nota. Asiente. A ratos interviene, a ratos solo escucha. Pero siempre sabe cuándo tirar del hilo exacto para que la conversación no se apague.

—¿Alguna frase que se os haya quedado grabada? —pregunta al final—. Algo que os haya resonado.

—«No temo a las tormentas porque estoy aprendiendo a manejar mi barco» —menciona una de las chicas, casi como un susurro.

Cass y yo nos miramos. Yo sonrío. Porque esa frase, sí, también se me quedó clavada.



Una hora más tarde, la sala está vacía. Las demás se han ido, y Cassidy y yo hemos terminado de recoger todas las sillas y colocar los libros de vuelta en su estante. Justo cuando voy a coger mi mochila, ella se vuelve hacia mí.

—Gracias por venir hoy —dice con una pequeña sonrisa—. Me ha gustado cómo has llevado la conversación.

—¿Yo? Si apenas he dicho nada.

—Has dicho lo justo. —Se encoge de hombros—. Y, cuando hablas, las demás te escuchan. Eso ayuda más de lo que crees.

Le sonrío, sin saber muy bien qué contestar.

—¿Te quedas más rato? —pregunto, viendo que sigue organizando unas fichas.

—Sí. Quiero dejar listo lo de la próxima sesión. Pero tú vete, ya has hecho bastante por hoy.

—Mi cerebro está de acuerdo contigo —bromeo, tocándome la sien—. Hasta la próxima.

Cassidy asiente y, cuando me alejo, su voz me sigue desde la mesa:

—Lexi..., de verdad, gracias.

Me giro solo un segundo para devolverle la sonrisa, esta vez más convencida, y salgo al pasillo.

No espero que haya nadie ahí, mucho menos una figura de casi dos metros apoyada contra una taquilla.

—¡Ay, joder! —Pego un pequeño salto con el corazón acelerado—. Qué susto me has dado. ¿Qué haces aquí?

Blake se incorpora con tranquilidad, como si llevara ahí un rato.

—¿Qué tal la reunión?

—Bien. Lo de siempre: lecturas, nos mola el libro, yo opino que blablablá... —respondo sin pensar mucho; todavía me están bajando las pulsaciones—. ¿Qué haces aquí? —repito, algo más en serio.

—Tu hermana ha interrumpido el entrenamiento para decirle a tu padre que se iba a casa con su amiga..., no me acuerdo del nombre, que las llevaba su madre. Creo que tenía prisa. Le he preguntado por ti y me ha dicho que Emma, aunque había terminado, iba a esperarte para llevarte a casa. Le he dicho que no se preocupara, que ya te llevaba yo.

Parpadeo. Literalmente. Dos veces.

—¿Qué?

Blake se encoge de hombros, como si no tuviera importancia.

—¿Te molesta? Yo solo...

—No, no, solo... me sorprende. —Lo miro, tratando de entender si hay algún trasfondo oculto. Pero no lo parece—. No quiero ser una

carga. Puedo irme con mi padre, ahora lo llamo para decirle que ya estoy de camino, o enviarle un mensaje a Emma para...

—Tu padre aún tenía que reunirse con el director cuando me he ido —me corta con voz tranquila—. Y Emma se ha marchado a casa hace rato, era una tontería que te esperase. Tú y yo salimos más o menos a la misma hora, y no me cuesta nada acercarte a casa cuando tengas reunión del club.

—¿Y has venido hasta aquí... solo por eso?

—He entrenado dos horas, Alexandra. Caminar hasta esta sala no me va a matar.

—¿Seguro que no es un problema?

—¿Llevarte en coche? —pregunta, arqueando una ceja, como si no entendiera el dramatismo, antes de reírse—. No, Alexandra, no lo es.

Me lo pienso un poco. Supongo que no tiene nada de malo que un amigo me acerque a casa. Además, me alegro de no haber hecho esperar a Emma, sé que está bastante agobiada con sus trabajos...

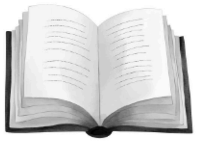
—Vale —digo al fin—. Pero, si me llevas, elijo yo la música.

Sus labios se curvan, como si no esperase que yo bromeara. Pero le gusta.

—Trato hecho.

19

Nuestra canción



Alexandra

El camino hasta el aparcamiento es corto, pero aun así le pregunto a Blake sobre el entrenamiento.

—Durísimo —responde con tono serio—. Casi muero. Literalmente. Tu padre me ha hecho correr como si me fuera la vida en ello. Me duelen músculos que ni sabía que existían.

—Y eso que eres el escolta estrella, ¿no?

—Soy base, gracias —responde, mirándome de reojo con una sonrisa—. Pero me encanta que estés tan desinformada. Me mantiene humilde.

—De nada. Siempre dispuesta a colaborar con tu ego.

Llegamos al Jeep. Viéndolo a plena luz del día es incluso más bonito. Me detengo un segundo frente a la puerta y lo miro.

—Ahora que lo pienso, voy a reconsiderar tu oferta de llevarme a casa después de las reuniones del club.

Blake suelta una carcajada y yo finjo ofenderme.

—¿Qué pasa? ¿Ya no puedo ir contigo?

—Claro que puedes, siempre que quieras —responde sin dudarlo, con una sonrisa más suave esta vez. Se inclina ligeramente para abrir la puerta del copiloto—. Sube, anda.

Pongo los ojos en blanco ante su tono burlón, aunque no puedo evitar sonreír. Y, mientras me acomodo en el asiento, noto algunas miradas desde el aparcamiento. Gente que observa, analiza e imagina cosas. No hace mucho, ese tipo de atención me habría puesto nerviosa. Me habría preocupado por lo que pudieran pensar o decir. Pero hoy no. Hoy me limito a cerrar la puerta, como quien toma una decisión y no mira atrás.

Blake rodea el coche y se sienta en la plaza del conductor. En unos pocos movimientos rápidos de volante hemos salido del aparcamiento y estamos recorriendo las calles de Floramont.

—¿Estás cansada? —pregunta mientras frena en un semáforo.

—Un poco —admito—. Los días del club son largos. Pero, no sé..., ir me relaja.

Blake asiente, sin apartar la vista de la calzada.

—Me alegra. Se te nota más tranquila últimamente.

No sé si lo dice por cortesía o porque realmente lo piensa, pero su comentario me golpea más de lo que esperaba. Bajo la mirada hacia mis manos, apoyadas sobre las piernas.

—Estoy intentando estarlo.

—Lo estás consiguiendo.

Sus palabras me validan más de lo que me gustaría admitir. Me hacen sentir... en paz conmigo misma. Y eso me anima a seguir hablando.

—Además, creo que Cassidy y yo empezamos a ser bastante buenas amigas —comento con una sonrisa, y luego bromeo—. Aunque puede que la haya obligado un poco a serlo.

—Oh, créeme, lo hemos visto. Poco más y tenemos que llevar a Zach a la enfermería para que lo reanimen.

Suelto una carcajada. La imagen mental de Zach paralizado ante Cassidy no tiene precio.

—¿Y tú qué tal? —le pregunto al cabo de un rato—. ¿Con el equipo? ¿Todo bien?

—Sí, bastante mejor que... —Blake se detiene a mitad de frase, dándose cuenta de lo que iba a decir.

Pero no quiero que se censure por mi culpa. Mason ya no significa nada. Y él debería saberlo.

—¿Mejor que cuando estaba Mason? —termino por él.

—Lo siento —se disculpa enseguida y, por la mirada que me lanza, sé que lo dice en serio.

—No lo hagas. Soy la primera que se alegra de que ya no esté aquí. No me molesta que lo nombres. Cuéntame.

Él asiente, con un atisbo de alivio.

—El equipo está experimentando bastantes cambios. El entrenador quiere probar nuevas jugadas... y yo, cómo no, soy su conejillo de Indias oficial.

—¿Por qué no me sorprende?

—Porque sabes que soy el más rápido, el más ágil y, probablemente, el más guapo —responde con toda la seriedad del mundo, aunque sus ojos brillan con diversión.

—¿Probablemente? —repito, riendo—. Te recuerdo que estás hablando con alguien que te vio en plena pubertad, con brackets y ese corte de pelo espantoso.

—Ah, no, la de los brackets eras tú, princesa —replica con una sonrisa—. Y lo del pelo... fue una fase. Todos pasamos por cosas. Yo me superé. Evolucioné.

—Ajá, «evolucionaste» —murmuro, arqueando una ceja.

Él simplemente asiente con dignidad y sube el volumen de la radio, como si el tema estuviera oficialmente zanjado. Me río por lo bajo. Vale, el corte de pelo es terreno delicado. Tomo nota.

Voy tarareando el estribillo de la canción que suena por los altavoces —«Isn't She Lovely»— cuando, ya en mi calle, un frenazo brusco me hace saltar del asiento. Me llevo una mano al pecho, con el corazón acelerado.

—¡Pero ¿a ti quién te dio el carnet de conducir?! —le espeto, mirándolo como si acabara de ver mi vida pasar ante mis ojos.

Blake me lanza una mirada incrédula y levanta ambas manos como si el susto fuera culpa mía.

—¡No quería atropellar a esa señora!

Frunzo el ceño y sigo la dirección de su mirada. Allí está la señora Marceline, mi vecina, cruzando con calma delante de nosotros, como si el tráfico no existiera. A sus setenta y pico años, sigue enterándose de cada mínimo detalle del barrio. Una leyenda viviente del cotilleo.

—¡Escóndete! —le digo en voz baja, empujando su cabeza hacia abajo con urgencia mientras intento encogerme al máximo.

Él se aparta, visiblemente confundido.

—Pero ¿te has vuelto loca o qué?

—¡Esa es la vecina de la que te hablé! La cotilla número uno del vecindario. Si nos ve juntos, en menos de diez minutos se lo habrá contado a mi padre. ¿Entiendes lo que significa? Estamos muertos, King. Muertos.

Blake suelta un suspiro exagerado, pero, cuando vuelve a mirar por la ventanilla, su expresión cambia a una mezcla de resignación y diversión.

—Solo te estoy trayendo a casa, Alex. No estamos robando un banco. Además... —señala con la barbilla hacia fuera— creo que ya

es demasiado tarde para escondernos.

Miro rápidamente y ahí está: Marceline, saludándome desde la acera con una mano, sus ojos entornados en nuestra dirección como si ya estuviera preparando el nuevo capítulo de cotilleos para todo el barrio. Si no actuamos rápido, empezará a inventarse teorías y a contárselas a medio mundo.

Suelto un suspiro.

—Sal del coche.

—¿Qué?

—¡Sal del coche, rápido! Te voy a presentar a la señora Marceline.

Blake me mira como si acabara de perder la cabeza y suelta una risa incrédula, pero, cuando ve que yo hablo completamente en serio, me mira horrorizado.

—Estás de coña, ¿verdad?

—¿Te parezco alguien que bromea ahora mismo? —replico, desabrochando mi cinturón y saliendo del coche.

—No me puedo creer que vayas a presentarme oficialmente a una señora de setenta años.

—Bienvenido a mi vida, King. —Abro su puerta, me inclino y, con toda la paciencia que puedo reunir, le desabrocho el cinturón. Luego tiro de él suavemente fuera del Jeep.

Él resopla de forma dramática, pero obedece. Con pasos lentos y resignados, rodea el coche y me sigue hasta quedar frente a la anciana mientras murmura algo que no alcanzo a entender. Ignoro su mal humor y le dedico a Marceline mi mejor sonrisa de vecina ejemplar.

—¡Señora Marceline! ¡Qué gusto verla!

Blake, que ahora está a mi lado, mueve la cabeza como si no pudiera creerse la escena.

—¡Alexandra, cariño! Qué mayor estás —dice dándome un beso demasiado sonoro en la mejilla. Odio esos besos.

—Nos vimos hace unos días, señora Marce.

—¿Solo? Ay, querida, a estas edades... una pierde la noción del tiempo.

—Esto es surrealista —murmura Blake a mi lado.

La atención de la señora se desplaza de inmediato al chico de casi dos metros que me acompaña.

—¿Y quién es este jovencito tan guapo, Lexi?

Allá vamos.

—Es mi amigo, Marce.

—Tu *amigo*... —repite, alargando la palabra como si la estuviera saboreando. Lo examina de arriba abajo con mirada aguda, y luego vuelve a enfocarme con los ojos llenos de picardía.

—Bueno, nos estamos conociendo, ¿sabe?

—¡Ay, claro que sé, querida! Es un gran cambio.

Pongo los ojos en blanco, pero continúo con mi pequeño teatro.

—Si se lo cuenta a mi padre... no volveré a verlo jamás. —Noto cómo Blake me mira de reojo; su cara es un poema—. Así que, si pudiera guardarnos el secreto..., quién sabe, tal vez de aquí nazca un gran romance.

Ahora lo miro a él, claramente dándole una orden con los ojos.

Blake, resignado, le tiende la mano con una sonrisa educada que no le llega del todo a los ojos.

—Blake King, señora. Un placer conocerla.

Marceline ignora la mano y, en su lugar, le da unas palmadas en el brazo, como si estuviera evaluando su musculatura.

—Oh, vaya, tienes buen porte, jovencito —dice con tono aprobador, casi orgulloso, como si acabara de seleccionar al ganador de una competición.

—Alexandra, cariño, este sí que es un hombre de verdad. Mucho mejor, querida. Mucho mejor.

Mis mejillas arden. Me aclaro la garganta y le lanzo una mirada de advertencia a la señora.

—No os preocupéis por vuestro secretito, jovencitos —suelta guiñándonos un ojo—. Pero mantenme informada. Pásate un día por casa a contarme los detalles.

—¡No lo dude! —respondo rápidamente—. Bueno, señora Marceline, tenemos prisa. Solo queríamos saludarla antes de irnos.

—¿Prisa? —Levanta una ceja, divertida—. ¿Y a dónde vais?

Blake me mira, esperando que tome el control de la conversación. Pero yo solo parpadeo, sin saber muy bien qué contestar. Por suerte, él interviene con su tono natural y encantador.

—A dar un paseo, señora. Es bueno despejarse después de clase.

Marceline sonríe como si acabara de recibir la mejor noticia del día.

—Eso es encantador. Me gusta este chico, Alexandra. Me cae bien. —Se vuelve hacia Blake y lo señala con su bastón—. Pero más te vale cuidar de mi niña, ¿entendido? Es una joya.

Blake asiente solemnemente, aunque una sonrisa ladeada empieza a asomar a sus labios.

—Por supuesto, señora. Está en buenas manos.

Mi vecina se despide y empieza a caminar hacia su casa, murmurando algo sobre lo adorables que somos como pareja. Sus palabras me ponen más nerviosa todavía, pero trato de ignorarlo.

Cuando por fin desaparece de nuestra vista, dejo escapar un suspiro largo y exasperado. La tensión se disipa..., aunque solo por unos segundos.

—Alex... —me llama Blake, con ese tono a medio camino entre la diversión y la advertencia.

—Dime, Blake —respondo en un susurro, girándome para enfrentarlo. Su expresión es relajada, como siempre, pero sus ojos brillan con ese toque travieso que tanto me irrita.

—O entras ya a tu casa —dice, señalando con la cabeza hacia la puerta—, o te vuelves a meter en el coche. No pienso arriesgarme a toparme con otra de tus vecinas.

Cruzo los brazos, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa, King? ¿Te intimida una señora de setenta años?

Él suelta una risa suave y se apoya contra el Jeep.

—No exactamente. Pero, si cada una de tus vecinas va a evaluarme como si estuviera en un concurso de ganado, vamos a tardar dos horas en salir del vecindario. —Hace una pausa y suspira con dramatismo—. Y, aunque soy un tipo paciente, tengo mis límites.

Me río, negando con la cabeza.

—Está bien, dramático. Ya me voy.

Camino hacia la puerta, pero, antes de entrar, me giro y alzo una ceja.

—Es increíble lo rápido que te has ganado a la señora Marceline. Pero que sepas que yo no soy tan fácil, King.

Bromeo.

Blake sonríe, y esa maldita sonrisa ladeada vuelve a aparecer.

—No te preocupes, Alexandra. Tengo todo el tiempo del mundo para impresionarte.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza mientras entro en casa y cierro la puerta detrás de mí.

Vaya día.

20

P.S. I love you, Alex



Blake

Intento no pensar demasiado en si esto es una buena idea. Pero, cuando Lincoln me lanza esa mirada de «o lo haces o lo hago yo» mientras intento dar media vuelta, sé que no tengo escapatoria. Respiro hondo, camino hasta la puerta y toco el timbre.

Mientras espero, los nervios empiezan a hacerme un nudo en el estómago. Me repito que no es gran cosa, que solo vengo a devolverle una mochila..., pero mi corazón parece no haber recibido el mensaje.

La puerta se abre y, para mi sorpresa, me encuentro cara a cara con una adolescente diminuta de pelo negro. Parpadeo, intentando asimilarlo. ¿Me habré equivocado de casa? Estoy a punto de disculparme cuando ella me mira con los ojos abiertos como platos.

—Tú eres Blake King —suelta, como si acabara de encontrarse con una celebridad.

Me quedo un segundo en blanco.

—Eh..., sí, yo... —balbuceo, sintiéndome absurdamente incómodo bajo su escrutinio.

Antes de que pueda añadir algo, otra voz suena desde dentro.

—¡Charlotte! ¡Déjalo pasar, es un amigo de mi hermana!

Maisie aparece como un torbellino, con esa energía inagotable que siempre la acompaña. Me sonríe con complicidad, lo que solo aumenta mi alerta. De esa mirada no sale nada bueno.

—¡No te quedes ahí parado, entra! —ordena y, antes de que pueda reaccionar, me agarra del brazo y me arrastra hacia dentro. Me pregunto seriamente en qué momento exacto he perdido el control de la situación.

—Alexandra está en el baño, pero no tardará nada —continúa Maisie, sonriendo con picardía—. ¡Lexi, espabila! —chilla a pleno pulmón mientras mira hacia el pasillo—. Siéntete como en casa... Ya sabes, somos como familia —vuelve a dirigirse a mí—. Nuestro padre pasa más tiempo contigo que con nosotras.

—¡Lexi, venga! —grita también la pelinegra, Charlotte—. ¿Has venido a llevarte a su hermana a una cita? —me pregunta desde un taburete, mirándome con una intensidad inquietante—. Porque, te aviso..., no lleva su mejor modelito.

Me atraganto con mi propia saliva. Pero ¿quién demonios es esta niña y por qué habla como si fuera la presentadora de un *reality*? Antes de que pueda preguntarlo, alguien interrumpe el momento.

—¡¿Se puede saber por qué estáis gritando?! ¡Solo me he ido dos minutos al baño! ¡DOS! Como estéis...

—Lexi... —Su hermana la interrumpe con un tono de advertencia cargado de intención.

Y entonces la veo.

Alex lleva un pijama de manga corta con un estampado ridículo y unos calcetines horrendos. Su pelo está recogido en una trenza, con mechones rebeldes que caen sobre su cara.

Y, aun así, está más guapa que nunca.

Me siento ridículamente afortunado de verla así, natural, siendo simplemente... ella. Intento que no se me note lo mucho que me desarma esta imagen, pero mi corazón late como un condenado.

Fuerzo una media sonrisa y me apoyo en el marco de la puerta, tratando de parecer relajado.

—Empiezo a creer que te reservas tus mejores conjuntos solo para mí, Baxter.

Alex se gira, y la sorpresa en su rostro lo dice todo. Es evidente que no sabía que yo estaba aquí. Si lo hubiera sabido, no habría entrado gritándole así a su hermana... y a su ¿hermana perdida?, ¿prima?

Abre y cierra la boca varias veces en un intento de articular una frase, pero no le sale. Y no la culpo. Yo tampoco esperaba acabar aquí.

Hace más de una hora que la he visto desaparecer dentro de su casa, pero, cuando he aparcado frente a la mía, Lincoln ya me esperaba en el porche y, con lo cotilla que es, en menos de dos minutos ha encontrado algo inusual dentro de mi Jeep. Una mochila.

Me ha soltado un comentario sobre a quién pertenecía y, cuando le he dicho que tenía que ser de Alexandra, no ha tardado ni un segundo en empezar a tramar cosas. Según él, «Quizá la necesita para los deberes». Ya. Como si yo no supiera que lo único que quiere es empujarme a su estúpido plan de conquista. Y, sinceramente, lo peor es que al final he dejado que me arrastre.

Así que aquí estoy, intentando que no se me note lo mucho que me tiembla el pulso mientras sonrío como si esto no fuera la cosa más surrealista del día.

—¿Qué... qué haces aquí? —pregunta Alex al fin, con un hilo de voz.

—Antes te has dejado la mochila en mi coche —respondo con toda la naturalidad que puedo reunir—. He pensado que a lo mejor necesitabas los apuntes o algo..., así que te la he traído.

Me encojo de hombros y la dejo apoyada en la entrada, como si esto no me hubiera costado un gran dilema interno.

Maisie suelta una carcajada.

—Mira lo aplicada que es que ni se había dado cuenta de que había vuelto sin mochila.

Alex le lanza una mirada asesina y yo no puedo evitar reírme por lo bajo... hasta que sus ojos se posan en mí. Entonces cierro la boca de inmediato.

—Por supuesto que me había dado cuenta —responde Alex, alzando la barbilla con dignidad, aunque las orejas de su pijama le resten autoridad—. Pero no quería molestarte por si tenías cosas que hacer.

Sonrío, porque ni siquiera intenta sonar convincente.

—Siempre tengo tiempo para ti.

En cuanto esas palabras salen de mi boca, Maisie y Charlotte, que ahora están sentadas en el sofá, sueltan un suspiro dramático digno de una película. Luego empiezan a cuchichear entre ellas, como si esto fuera un episodio en vivo de su serie favorita.

Alzo una ceja, divertido, y miro a Alexandra, que se limita a encogerse de hombros mientras les lanza una mirada fulminante que, claramente, no surte efecto.

—Bueno... —interviene Charlotte, con tono expectante y una sonrisa que no augura nada bueno.

—Ya que Blake ha venido hasta aquí —dice Maisie, cargada de fingida inocencia—, no seas maleducada e invítalo a quedarse a ver la película con nosotras. Me imagino que querrás pasar tiempo con tus amigos fuera de clase.

Alex se queda congelada, con los ojos muy abiertos. Está buscando una excusa, lo sé. Así que intento echarle un cable.

—No te preocupes, he venido con Lincoln —aclaro, alzando las manos—. Me está esperando en el coche. Si tardo un poco más, seguramente empezará a volverse loco.

Alex parpadea, duda un par de segundos... y entonces, para sorpresa de todos, suelta con total naturalidad:

—Pues dile que entre. Podéis quedaros los dos a ver la peli con nosotras. Si queréis, claro. Mamá no vendrá hasta después de cenar y tú mismo has dicho que mi padre estaba muy ocupado en el instituto.

Las chicas contienen un chillido como si acabara de anunciar el compromiso del año, y yo... yo intento no sonreír como un idiota porque, honestamente, esto acaba de ponerse mucho más interesante.

—Voy a escribirle a Lincoln —confirmo sacando el móvil.

Las dos chicas del salón dan por finalizada la conversación y se dedican a comer palomitas.

Alex y yo nos quedamos unos pasos atrás, en la zona de la cocina abierta, sin saber muy bien cuál es el siguiente movimiento.

—No tenemos por qué quedarnos, Alex —susurro—. Yo lo que quería era devolverte la mochila.

Ella niega de inmediato.

—Me apetece que estéis aquí. De verdad. —Es sincera. Se le nota en la voz, en los hombros, que se relajan un poco. Asiento.

Aprovecho mientras escribo a Lincoln.

—Por cierto... ¿quién es Charlotte?

—Nuestra vecina —responde, apoyándose con la cadera en la encimera—. Desde que mis padres decidieron que yo era «lo bastante responsable» para cuidar de Maisie cuando trabajan,

Charlotte viene muchos días. Vivimos pared con pared. Son mejores amigas desde bebés. Hay fotos con baberos a juego para demostrarlo.

—Se las ve unidas.

—Demasiado —dice, y sonríe con auténtico cariño.

El timbre suena justo cuando Lincoln responde «Voy».

Alex se adelanta a la puerta y abre. Lincoln entra como si la casa fuera suya.

—No me puedo creer que estuvierais pasándolo bien sin mí —suelta, haciéndose el dolido, dejando caer el peso del drama en cada sílaba.

—Han sido dos minutos, exagerado —replico.

—Igualmente me ofende —insiste él, aunque ya está mirando el salón para decidir dónde sentarse.

—La película está a punto de terminar, pero podemos poner otra cuando acabe —propone Alex, amable y en modo anfitriona. Señala con la mano—. Sentaos, voy a subir rápido a cambiarme.

Lincoln no necesita que se lo repitan dos veces. Se deja caer en el sofá como un perro grande que no entiende el concepto de «espacio personal».

—¡Eh! —protesta Maisie, encogida entre los cojines—. ¡Me estás aplastando los pies!

—Un sofá no debería tener tantos obstáculos —gruñe Lincoln, acomodándose todavía más.

—Tú eres el obstáculo —contesta Charlotte mientras lo empuja con el hombro.

—Llevas diez segundos aquí y ya estás invadiéndolo todo —añade Maisie, cruzándose de brazos.

—Estoy distribuyendo mi presencia con eficiencia —replica Lincoln, muy digno.

—¿Tú y tu ego os podéis mover un poquito? —suelta Charlotte—. Algunas queremos respirar.

—No sé, lo estoy considerando —responde él, aunque ya empieza a apartarse un poco.

Resultado: tres cuerpos ocupando casi toda la parte izquierda del sofá. El resto es un caos de cojines y palomitas.

Queda una esquina libre. Una. Al fondo.

Para nosotros.

Fenomenal.

Para cuando he asimilado la situación, Alexandra ya ha vuelto a bajar de su habitación, esta vez con un top rosa y un pantalón de chándal.

Ella se sienta primero, acurrucándose en el espacio que han dejado para nosotros. Yo la sigo, tratando de no pensar demasiado en lo cerca que estamos. Pero es imposible. Su brazo roza el mío y el simple contacto hace que mi piel se erice.

Joder. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Intento concentrarme en la película, pero no ayuda que sea una historia de amor. *Posdata: Te quiero.* Genial. Como si no tuviera suficiente con mi crisis interna.

Alex suspira cambiando de posición, apoya las piernas sobre la mesa de centro. Su rodilla choca con la mía y se queda ahí, sin moverse. Me obligo a mantener la vista en la pantalla.

—¿Por qué está llorando si solo le está leyendo una carta? —pregunta Lincoln, perplejo.

—¿Puedes callarte? —lo riñe Maisie, sin apartar la vista de la tele.

—Como sigáis hablando, la pauso y la vuelvo a poner desde el principio —amenaza Charlotte.

Alex aprovecha para inclinarse hacia mí.

—¿Has visto esta película antes? —susurra.

Trago saliva y respondo.

—No. ¿Tú?

—Yo sí. Es de mis favoritas.

Sonrío. Hace unos días oí la misma frase sobre la película que vimos en mi coche. Empiezo a detectar un patrón peligroso.

—Ya he sufrido las consecuencias de eso —murmuro.

Ella sonríe de lado, pero su mirada se queda un momento en la pantalla, más suave, más lejos, y no puedo evitar preguntarle.

—¿Por qué te gusta tanto?

Alex tarda un segundo en contestar.

—Porque creo que refleja muy bien lo que es el amor de verdad —dice en voz baja—. No es una historia perfecta. Habla de lo que significa perder al amor de tu vida y de cómo seguir adelante sin él.

Hace una pausa y juega distraídamente con las pulseras de su muñeca antes de continuar.

—Él le deja cartas. Instrucciones. Cosas para que ella siga viviendo cuando él ya no esté. Y todas terminan con la misma frase: «Posdata: Te quiero».

La observo. Me engancha la voz, la forma en que le brillan los ojos cuando habla de algo que le importa. Por eso, a pesar de que esta película me parece incluso peor que la anterior, me sigo interesando, solo quiero seguir escuchándola.

—Debe de ser duro —comento, manteniendo el tono bajo para no molestar—. Saber que alguien a quien amas se ha ido, pero aun así sentir su presencia en cada carta.

Alex asiente despacio. Sus labios se curvan en una sonrisa pequeña, triste.

—Sí. Pero también es hermoso —afirma—. Porque demuestra que el amor sigue existiendo, incluso después de que la persona ya no esté.

Justo cuando estoy a punto de responderle, Maisie me interrumpe:

—¡Chist! ¡Intento llorar viendo a Holly y vuestras voces de fondo me distraen!

Alex frunce el ceño y se gira hacia ella.

—Como tú has dicho antes..., intento pasar tiempo de calidad con mi amigo. —Le imita el tono. Yo suelto una risita ahogada.

Maisie resopla dramática, aunque no se rinde. Antes de que pueda contratacar, llega refuerzo.

—Estás interrumpiendo el momento a la pareja —murmura Lincoln. Cree que habla bajo, para que solo lo oiga Maisie. No lo suficiente.

—¡Tú lo has interrumpido antes de que yo hablara! —le responde Maisie al instante, picada.

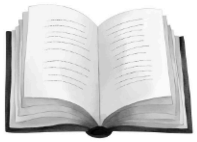
Ojalá no lo hubiera oído. Rezo para que Alex no lo haya hecho. Pero, por el rubor que le sube a las mejillas, lo ha oído perfectamente. Mira a la pantalla como si acabara de descubrir la trama más profunda de la historia del cine. Yo también fijo la vista en el televisor, concentrado en no moverme.

Gracias por la sutileza, Lincoln.

Por suerte para todos, a la película no le quedan más de veinte minutos.

21

Interceptados



Alexandra

Ni siquiera han pasado cinco minutos desde que hemos reanudado la película cuando el sonido de unas llaves girando en la cerradura nos vuelve a interrumpir. Me tenso al instante. Maisie también. Charlotte deja de masticar. Blake se queda quieto. Lincoln baja el volumen por instinto. La puerta principal se abre.

—¡Papá! —susurro en seco, ya de pie.

Salto del sofá tan deprisa que arrastro el cojín y casi piso el bol de palomitas. Me lanzo hacia el pasillo antes de que entre del todo, intentando cubrir su campo visual, como si mi metro sesenta y poco pudiera esconder a dos tíos de casi dos metros cada uno. Aun así, lo intento: cierro un poco el ángulo del salón con mi cuerpo, echo el brazo hacia atrás como si estuviera «casualmente» apoyada ahí, en la pared.

La puerta principal se abre del todo y mi padre entra con una carpeta y las llaves aún en la mano. Tiene el gesto cansado después de un entrenamiento duro y una reunión larga. Me mira primero a

mí —porque estoy plantada frente a él como un muro humano— y frunce el ceño.

—¿Qué haces ahí parada? Ya estáis otra vez...

—¡Nada! —respondo demasiado rápido—. Todo bien. Todo tranquilísimo. ¿Qué tal el día?

Él me estudia un segundo, luego mira por encima de mi hombro. No llego a tiempo de bloquearlo. Se acabó. Avanza dos pasos, cruza la línea del recibidor y ya ve el cuadro completo.

Su ceño baja un nivel más.

—No sabía que ahora el salón era la sede oficial del equipo de baloncesto del instituto. —El tono es gélido. No hay sonrisa. Es evidente que no está contento.

Cambio de táctica. Sonrisa de hija modelo activada.

—¡Papá! Qué alegría verte. Los chicos están aquí porque estábamos... haciendo un trabajo.

—De Literatura —añade Lincoln intentando ayudarme, con la mano medio levantada como si pidiera turno de palabra.

Mi padre cruza los brazos. Es obvio que no se ha creído ni una sola palabra.

—¿Y ese trabajo de Literatura lo hacéis tirados en el sofá, viendo una película con tu hermana pequeña y la vecina?

—¡Por supuesto que no! —improviso—. La película es para... coger ideas. De estructura. Narrativa. Eh..., cartas.

—Ideas, ¿de qué?

—Pues... ideas, papá.

—Ajá. —Ese «ajá» da más miedo que cualquier grito—. Mira, Alexandra, déjate de cuentos y no metas a tu hermana en esto. Quiero a todo el mundo fuera de esta casa. Ya.

No grita. No hace falta. Supongo que ha activado el modo entrenador. Blake y Lincoln intercambian una mirada y se ponen de

pie al instante.

—Señores —dice papá—. Estamos en temporada. Mañana hay entrenamiento. El equipo necesita descanso, orden y cabeza. Creía que había sido claro el primer día de clase cuando os dije que os quería centrados.

—Lo entendimos —asegura Lincoln.

—Si lo entendisteis, entonces explicadme qué hacéis en mi salón con mis hijas en vez de en el vuestro estudiando.

Por suerte ninguno vuelve a decir nada más. Recogen en tiempo récord: móviles, sudaderas... Cuando todo parece estar en orden, los dos caminan hacia la entrada, y yo, por reflejo, los sigo, pero entonces mi padre suelta:

—¿Se puede saber a dónde vas tú?

Los tres nos giramos como soldados. Me señala a mí.

—¿Cómo dices, papá? —pregunto.

—Tú vives aquí —dice, agotado—. Ellos, fuera. Tú, te quedas.

Me arde la cara. Blake me lanza una mirada que pregunta «¿Estás bien?». Bajo la barbilla, afirmo mínimamente. Lincoln hace un gesto tipo «Te escribo». Papá abre la puerta y los chicos salen corriendo.

—Mañana os quiero espabilados en el entrenamiento —remata.

—Adiós, señor Baxter —se despide Blake, correcto.

La puerta se cierra y el ruido del coche alejándose queda amortiguado por las paredes. Mi padre no se mueve. Todavía tiene las llaves en la mano. Las gira entre los dedos (mal signo). Yo sigo en el recibidor muy quieta.

—Bien —exclama al fin—. ¿Qué es todo esto?

—Papá, te lo explico —empiezo a hablar rápido, antes de que comience a imaginarse cosas—. Blake ha venido a devolverme la mochila que me había dejado en su coche cuando me ha traído a casa después del club de lectura. Maisie y Charlotte ya estaban

viendo una peli y... mientras le estaba dando las gracias por el detalle ha aparecido Lincoln porque ha venido con él y lo esperaba fuera... y les he dicho que pasaran. No era una fiesta ni nada parecido, te lo juro. Solo estábamos viendo una película. No sabía a qué hora llegarías a casa.

Papá me clava la mirada, como si pusiera cada palabra a cámara lenta para ver si me pillaba.

—Espera. ¿Me estás diciendo que King te ha traído a casa?

—Ah..., sí. Emma ha terminado antes y... el entrenamiento y el club acaban a la misma hora, así que...

—¿Por qué no me has llamado? —pregunta, sin sonar enfadado, solo intentando entenderlo.

—Porque estabas en una reunión. Me he cruzado con Blake y se ha ofrecido a llevarme. No es nada, papá.

Deja las llaves sobre la encimera con un golpe seco.

—¿Y cuántas veces te ha traído ya?

—Una —respondo muy seria—. Te lo prometo... Vale, dos. Contando hoy.

Su ceja sube. No aprieta los labios, pero está a un milímetro de hacerlo.

—Alexandra... Escúchame bien. No me importa que traigas amigos a casa. Tampoco que un compañero se te acerque de vez en cuando. Pero quiero saberlo. Y no quiero que conviertas a Blake en tu chófer personal. El chico es demasiado majo; se ofrecerá siempre. No abuses. Además, lo necesito concentrado.

—No lo hago —contesto demasiado rápido, a la defensiva.

Su expresión se suaviza un poco.

—Si necesitas que te recojan, me llamas a mí. O a tu madre. Nos organizaremos con los horarios. Pero no cargues a Blake con eso porque es un buen chico y no sabe decir que no. ¿Entendido?

—Sí. Entendido.

—Y lo mismo al revés: si él te pide favores que no te tocan, me lo dices. No quiero que nadie se aproveche de nadie.

—Vale.

Se queda un momento en silencio, como calibrando si falta algo más. Luego se apoya en la encimera, soltando el aire de sus pulmones.

—Blake es responsable. Confío en él. Pero sigue siendo un chico del instituto... y tú eres mi hija. Creo que queda claro.

—Queda clarísimo.

Hay una pequeña tregua en su expresión. Eso, en mi familia, equivale a perdón provisional.

Se inclina hacia el salón y contempla el desastre: cojines aplastados, restos de palomitas, el mando desaparecido.

—Recoged esto. En quince minutos quiero la mesa puesta. Vamos a cenar temprano hoy.

—Hecho —digo, aliviada. Desde el sofá, Maisie asoma la cabeza.

—¿Puedo seguir viendo la peli mientras recojo?

—No —respondemos papá y yo a la vez.

Maisie pone los ojos en blanco y empieza a recoger a regañadientes, como si le hubiéramos pedido que subiera al Everest en chancletas. Charlotte rescata el mando de entre los cojines y lo levanta en alto como si hubiera encontrado la espada del rey Arturo. Yo recojo los restos de palomitas e intento ignorar cómo se me acelera el corazón cada vez que recuerdo la cara de mi padre en la puerta.

Papá no dice nada más, pero puedo sentir sus ojos en mi nuca mientras voy y vengo del salón a la cocina. No está enfadado al nivel de castigo mortal, pero sí en ese punto en el que todo lo que haga puede empeorarlo. Así que sonrío lo justo, asiento cuando me habla

y evito sacar el móvil, aunque me muero por saber si alguien me ha escrito.

Cuando todo está más o menos en orden, nuestro padre nos reúne en la cocina. El olor a pasta con salsa casera llena el aire y, por un segundo, todo parece normal. Maisie y Charlotte, quien ha convencido a sus padres para quedarse a cenar, cuchichean bajito sobre la película mientras ponen los vasos. Yo me concentro en las servilletas, como si fueran un examen final.

Mi padre no suelta ningún sermón más, pero, cada vez que levanta la vista y la cruza conmigo, siento ese «te estoy vigilando» tatuado en la frente. Odio las noches de los jueves, mamá nunca cena en casa porque tiene que quedarse hasta tarde en la oficina. Y el hecho de que papá nos haya reñido lo hace peor.

Terminamos de cenar en un tiempo récord. Nuestro padre nos anuncia que tiene que revisar unas cosas del trabajo y se retira al despacho, dejándonos el silencio más incómodo del mundo.

Maisie aprovecha para lanzarme una mirada cargada de curiosidad.

—Entonces... un trabajo de Literatura, ¿eh? —susurra, burlona.

—No empieces —le advierto mientras recojo los platos.

Ella sonríe como si hubiera ganado una batalla. Charlotte suelta una risita y huye a su casa antes de que la pille para que ponga el lavavajillas.

Cuando por fin subo a mi habitación, siento que las piernas me pesan el triple. Cierro la puerta y me dejo caer boca arriba sobre la cama, soltando el aire en un suspiro largo. Por primera vez en todo el día, disfruto del silencio.

Agarro el móvil casi con culpa... y entonces lo veo: tres notificaciones de Blake. El corazón me da un salto.

Abro la conversación y leo una tras otra.

¿Has sobrevivido?
¿Crees que mañana me
pondrá
a hacer flexiones sin parar
o no ha sido para tanto?
A decir verdad, creo que
Lincoln
ha salido más asustado que
yo.

Me río bajito, hundiendo la cara en la almohada. Tecleo rápido.

Sigo viva, gracias por
preocuparte. Respecto a las
flexiones..., no creo. Mi
padre más bien piensa
que me aprovecho de ti.

Entonces estoy a salvo.
Me he divertido, Baxter.
Aunque no nos ha dado
tiempo a ver cómo acababa
la peli. Una tragedia.

Me quedo mirando la pantalla unos segundos, pensativa. Y, contra todo pronóstico, mi impulsividad gana la batalla:

Aquí está todo tranquilo.
Si quieres, podemos
terminarla.
Plan de coche, ya sabes.

Pasan cinco, seis, siete segundos que parecen horas. Entonces aparece la respuesta:

Plan de coche suena bien...,
pero tengo algo mejor.
Abre la ventana en quince
minutos.

Me quedo tiesa. ¿Cómo que abra la ventana? ¿Está de broma?

Me asomo por la cortina por pura inercia, como si pudiera verlo ya..., pero no hay nadie. Mi corazón, en cambio, es como si realmente lo viese.

Camino por la habitación mordiéndome el labio. Va a volver. ¿Qué hago? ¿Me quedo así, con la camiseta arrugada y el pelo que parece un nido? Ni de broma.

Me planto frente al espejo y me deshago la trenza. El pelo queda ondulado, aunque algunos mechones delanteros parecen tener vida propia. Los recojo con uno de mis lazos grandes, el de color blanco que siempre guardo en el cajón. Luego, agarro el cacao de vainilla y me lo paso rápido por los labios, antes de rociarme con un poco de colonia.

Corro hacia el espejo y reviso mi ropa: top rosa y pantalones de chándal. El primero me favorece, por eso lo he elegido antes.

Me miro una vez más y resoplo, riéndome sola. ¿En qué momento he empezado a ponerme nerviosa por Blake King? Supongo que cualquiera lo estaría si alguien —aunque sea solo un amigo— va a colarse por tu ventana en quince minutos.

El tiempo transcurre lento. Pongo una alarma para no despistarme. Recojo la cama, ordeno el escritorio...; cualquier cosa para no quedarme mirando la ventana como una lunática.

Cuando el reloj marca que queda un minuto, mi corazón late tan fuerte que casi lo oigo dentro de la cabeza. Me acerco despacio, aparto la cortina...

Y ahí está.

Blake.

Apoyado en la valla de madera blanca que rodea la casa y la separa de la de los vecinos. Tiene el móvil en la mano y esa sonrisa ladeada que parece hecha para meterse en problemas. Lleva una sudadera gris con la capucha caída y vaqueros oscuros. Sabe que lo estoy viendo porque levanta la vista y hace un gesto con la mano, como si esto fuera lo más normal del mundo.

Abro la ventana despacio, intentando no hacer ruido.

—¿Estás loco? —susurro.

—¿Tú qué crees? —responde, y sonríe todavía más. Luego señala con la barbilla la fachada—. Buen diseño, Baxter. Con esos salientes de la pared, es imposible no intentarlo.

—Mi padre podría salir en cualquier momento y obligarte a correr diez kilómetros.

—No lo va a hacer —dice con una tranquilidad irritante—. Porque no se va a enterar.

Y entonces empieza a trepar.

Apoya los pies en las molduras que sobresalen y, con las manos, se impulsa hasta llegar al tejadillo bajo mi ventana. No es tan alto, pero, aun así, verlo hacerlo me deja sin aliento. Un segundo parece perder el equilibrio y yo contengo un grito, pero se agarra firme y sigue subiendo.

Cuando llega a la ventana, se cuelga con una mano y sonríe.

—¿Me vas a dejar pasar o llamo a tu padre para que me abra? —susurra.

Me aparto de inmediato. Él entra con una agilidad que me hace preguntarme si esto lo ha hecho antes y cierra la ventana detrás de sí, sin hacer ni un ruido.

—Baxter —saluda.

—King —respondo.

—Estás muy mona con ese lazo —suelta de repente, dándole un golpecito con el dedo antes de pasar junto a mí como si nada.

Siento que me arde la cara.

—¿Qué llevas ahí? —pregunto, señalando la mochila que cuelga de su hombro, intentando cambiar de tema.

—Esto —dice, sacando una bolsa— es por haberte metido en problemas por mi culpa. Galletas y dos refrescos. Nueva tradición oficial.

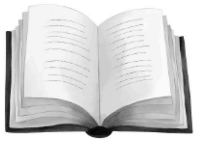
Se sienta en el sillón que hay junto a la ventana, como si estuviera en su propia casa, y me mira con una ceja arqueada.

—Ahora... ¿qué película vemos?

Yo sigo ahí, mirándolo, preguntándome en qué momento mi habitación se ha convertido en el lugar más peligroso para mi paz mental.

22

Y tú... ¿qué prefieres?



Alexandra

La semana se me pasa volando y, por suerte, sin incidentes. Contra todo pronóstico, nadie me ha molestado. Abigail, Cher y Lily se limitan a lanzarme miradas de desprecio por los pasillos y a murmurar entre ellas, pero al menos no me han dicho nada.

Los dos primeros días pensé que había sido pura suerte que no me incordiaran. Ahora que han pasado varios más desde el fin de semana, me resulta rarísimo. Le he preguntado a Emma varias veces y me promete que con Cher apenas habló: solo le dijo que me dejara en paz de una vez, aunque tampoco esperaba que le hiciera caso.

La tranquilidad debería aliviarme, pero me pone nerviosa. Cada día que pasa sin que algo explote me inquieta más; siento el tictac de una bomba invisible en los pasillos.

Trato de sacar a Cher de mis pensamientos y vuelvo al presente. Blake está sentado en el suelo de mi habitación, la espalda apoyada en la cama. Como prometió, se ha vuelto rutina que se cuele por mi ventana: viene todos los días —menos el fin de semana—, entra, me

trae algo de comida (según él, no podemos ver películas sin algo de picar), vemos una peli y luego se marcha por donde ha venido.

Y ahora hemos añadido una nueva tradición: listas de «esto o lo otro». Yo escribo las preguntas y él tiene que elegir. Sin pensar. Sin excusas.

Repaso la hoja que tengo delante y levanto la vista.

—¿Nieve o playa?

—Otra vez no.

Blake suspira y deja caer la cabeza hacia atrás. Al estar sentado en el suelo, la apoya en el colchón. Me mira así, con la cabeza al revés, y con la luz tenue de la tele sus ojos verdes parecen más claros, casi brillantes. Pero su mirada angelical no va a hacer que lo olvide.

Arranco la hoja y se la lanzo a modo de protesta.

—No has respondido —suelto indignada.

Él ríe y la esquiva sin esfuerzo. Desde mi posición en la cama lo observo con los brazos cruzados; todavía me sostiene la mirada, cabeza invertida, sonrisa torcida. Definitivamente, no vine al mundo preparada para resistir a tantas sonrisas torcidas. Pero, ignorando sus súplicas, continúo.

—¿Tener que comerte un insecto todos los meses o no volver a encestar en los partidos de baloncesto?

Resopla, aparta la mirada y finge prestar atención a la televisión, donde *Ratatouille* sigue con el volumen al mínimo.

—Esto es ridículo... —suspira—. Comerme un insecto todos los meses. El baloncesto es mi vida.

—¿Cualquier tipo de insecto? —pregunto con el bolígrafo en la mano, esta sobre la hoja ya arrugada.

—No, Alex, solo los de colores chillones. —La ironía le marca la voz y frunzo el ceño—. Pues claro que cualquier tipo...

—Perfecto. Respuesta sensata, en mi opinión. Siguiente: ¿qué prefieres...?

—¿No podemos ver la película en paz? —suplica—. Estoy a un solo «qué prefieres» más de volverme loco.

—Pero...

Se incorpora, me quita la libreta y comienza a hojearla. Ahí están todas las preguntas que le he hecho.

—En menos de una semana me has hecho tres «qué prefieres», un test para saber qué princesa Disney soy, otro para descubrir si soy verano o invierno, y también un...

—Vale, lo pillo. Vemos la película —cedo, y creo que es la primera vez en mi vida que lo hago.

Al final la película termina como las otras cinco veces que la he visto, pero Blake insiste en que las pelis animadas son obligatorias en nuestra lista, y más todavía después de mi glorioso disfraz de Remy en la fiesta de Miles.

—La próxima vez veremos *Enredados* —sentencio mientras recojo palomitas de la colcha y me las voy comiendo.

—Ni de coña —salta él.

—Has sido tú el que ha propuesto ver películas animadas, así que veremos mi favorita de Disney.

—Sí, pero... —Deja la frase a medias y suspira—. ¿De verdad es tu favorita?

Asiento.

—De pequeña quería ser como Rapunzel. Obligaba a mamá a no cortarme el pelo porque quería tenerlo igual de largo que ella... Unas Navidades incluso me regalaron un vestido idéntico.

La expresión de Blake vale oro y sé que la próxima película será *Enredados*.

—Bien, tú ganas. —Mira el reloj de pared junto a la puerta y resopla al ver la hora. Se pone de pie—. Será mejor que me vaya.

—¿Volverás mañana? —Lo acompaño hasta la ventana, que para nosotros ya es sinónimo de puerta principal.

—Siempre que quieras que venga, aquí estaré.

—Entonces aquí te espero.

Asiente sin mirarme y se desliza fuera. Lo sigo con la mirada mientras baja al jardín y se pierde en la oscuridad. Niego con la cabeza conteniendo una sonrisa y me giro hacia la cama.

Un golpe seco en la madera del porche me hace detenerme en seco. Antes de que pueda reaccionar, veo cómo una mano se aferra al alféizar y, en cuestión de segundos, Blake vuelve a asomar la cabeza por la ventana.

—Perdón —murmura; se incorpora con un movimiento ágil y vuelve a colarse dentro—. Se me ha olvidado preguntarte: ¿vas a venir al partido del viernes?

Parpadeo, procesando lo que acaba de decir mientras se acomoda apoyando el hombro en el marco de la ventana, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y algo en esa postura despreocupada... me hace perder el hilo. Es solo un segundo, pero es el tiempo suficiente para darme cuenta de que nunca me había fijado en lo cómodo que parece estar en cualquier sitio, incluso aquí, invadiendo mi cuarto como si fuera lo más normal.

Tiene el pelo negro algo desordenado, probablemente por tantas veces que se lo ha tocado hoy. Y cuando cruza los brazos sobre el pecho, los músculos se le marcan bajo la tela de la camiseta, tensándose ligeramente. Trago saliva, demasiado consciente de que me he quedado mirándolo más de lo prudente, y aparto la vista hacia mi cama. ¿Por qué me fijo en esto ahora?

—¿Y no podías decírmelo mañana en clase? —planteo en un intento de sonar casual mientras busco cualquier excusa para no mirarlo directamente.

—En clase estarás demasiado ocupada preparando más test raros. —Vuelvo a mirarlo y él está sonriendo. ¿Siempre sonríe así?

Me aclaro la garganta, intentando ignorar el cosquilleo extraño que me recorre, cuando añade:

—Además..., ya te has perdido dos partidos esta temporada.

—Vale, vale, lo pillo. Iré. —Levanto las manos en señal de rendición, aunque me sale una sonrisa que no puedo contener.

Blake asiente, satisfecho, y, justo cuando creo que va a marcharse, suelta como si fuera un dato irrelevante:

—Puede que el gimnasio sea un caos. Están guardando allí toda la decoración del *homecoming*, pero aun así merecerá la pena. —Lo dice con un deje distraído, como quien menciona el tiempo que hará mañana.

—Ni me lo recuerdes, aún no tengo ni el vestido comprado. Creo que iré el viernes a mediodía, antes del partido.

—Bien.

—Entonces..., ¿viernes a las seis? —pregunto, solo para alargar el momento, aunque no sé por qué.

—Exacto. —Me lanza una última sonrisa antes de deslizarse de nuevo por la ventana—. No faltes.

No contesto. Me limito a verlo desaparecer en la oscuridad, con la sensación extraña de que la habitación se ha quedado más vacía de lo normal.

Me dejo caer en la cama y suelto un suspiro. ¿Qué acaba de pasar?

La pregunta sigue rondando en mi mente media hora después. Intento dormir, pero no dejo de dar vueltas en la cama.

Sacudo la cabeza, frustrada conmigo misma. No es nada. Estoy cansada, eso es todo. Ha sido una semana rara, tranquila en exceso, y supongo que mi cerebro necesita algo con lo que distraerse.



Cuando bajo a la cocina a la mañana siguiente, el olor a café y a tostadas me recibe como un abrazo. Papá está sentado leyendo el periódico en la isla central, con esas gafas que solo usa para leer, mientras Maisie está untando tanta mermelada en su tostada que parece que quiera embalsamarla. Mamá, de pie junto a la cafetera, revisa algo en su móvil mientras bebe a sorbos su segundo café del día.

—Buenos días —murmuro, y me dirijo a la despensa. Abro, cojo una caja de cereales, la dejo, agarro la de granola, la dejo también. Vuelvo a la primera. Papá alza la vista por encima del periódico.

—¿Vas a desayunar o a reorganizar la despensa por orden alfabético? —pregunta con esa calma que da el café.

—Muy gracioso —respondo, cogiendo al fin algo al azar. Cuando por fin echo los cereales en el cuenco, agarro la jarra equivocada y casi lo lleno de café. El chorro golpea el borde y salpica la encimera.

—¡Eh! —protesta Maisie, divertida.

—Reflejos nivel atleta, ¿eh? —comenta mi padre, sin apartar mucho la mirada del periódico.

—¿Quién ha dejado la cafetera encendida? —se queja mamá mientras limpia una gota de café con una servilleta. No espera respuesta y la apaga.

Resoplo, limpio el desastre y, mientras busco leche en la nevera, oigo cómo él desliza el dedo por la pantalla del móvil.

—Estoy repasando el boletín que nos mandaron de la semana del *homecoming* —anuncia con voz de pregonero—. Hoy, reunión para las familias que quieran ayudar con la decoración; mañana, *pep rally* a última hora y el partido grande a las seis, y el sábado, el baile. Si no compras la entrada antes de que terminen las clases hoy, subirá de precio.

Maisie deja la tostada sobre el plato con un golpe teatral.

—¿Podemos hacer pósteres para el partido? La profe Turner dijo que, si llevábamos cosas hechas en casa, nos daría puntos extra.

—Si recoges la purpurina que dejas por el suelo, puedes empapelar el gimnasio entero —contesta papá sin levantar la vista.

Yo, mientras tanto, sigo buscando la leche. Abro la nevera y saco... salsa de tomate. La dejo. Cojo el zumo. Lo dejo. Por fin encuentro la leche detrás de un táper sospechoso.

Mi padre carraspea.

—Vale. Habla. ¿Qué te pasa?

—Nada. No he dormido mucho, solo estoy cansada —respondo, y me dejo caer en uno de los taburetes.

—Estás muy distraída últimamente —dice, pasando la página del periódico—. Has llegado tarde a clase más de una vez. Uno de tus profesores se asomó el otro día a mi despacho y me dijo que te había llamado la atención dos veces. ¿Va todo bien? ¿Problemas con alguien?

Maisie interviene con la sutileza de un martillo.

—Igual está enamorada.

—Igual tú estás castigada —respondo, pero la voz me sale un poco más alta de lo normal.

Nuestro padre suspira, alza las manos como si estuviera negociando la paz mundial.

—¿Podéis dejar de buscar pelea antes de las ocho? El café todavía no ha hecho efecto.

—Yo he decidido que no voy a meterme cuando os ponéis los tres así —comenta mamá, levantándose—. Me voy ya, antes de que el tráfico empeore.

Maisie se ríe bajito, satisfecha, y yo aprovecho para mirar mi móvil. Un nuevo mensaje parpadea en la pantalla. Emma.

> Por favor, no llegues tarde,
> necesito imprimir unas
> cosas antes de clase.

Me pongo en pie tan rápido que el taburete chirría contra el suelo.

—Vale, cambio de planes. Tenemos que salir ya. Maisie, coge la mochila.

Ella hace un puchero, pero se levanta. Yo pongo los ojos en blanco cuando oigo a mi padre decirle a mi hermana, en voz baja, si tiene alguna idea de qué me pasa.

Mientras me pongo las deportivas en el recibidor, sus palabras se me quedan rondando en la cabeza. ¿Qué me pasa? Nada. Solo estoy cansada.

23

Intentos de reconquista



Blake

—Tío, ¿seguro que estás bien? —pregunta Lincoln mientras deja su bandeja en la mesa—. Tienes cara de haber corrido un maratón y perdido, llevas toda la semana igual.

Levanto la vista, parpadeando un poco más lento de lo normal. No tengo fuerzas ni para responder con sarcasmo.

—He dormido poco —murmuro.

Malcolm se sienta a su lado y arrastra su silla con un ruido espantoso. Me estremezco.

—¿Otra vez te quedaste estudiando hasta tarde? —pregunta él al tiempo que abre su botella de agua.

—Algo así —respondo, rascándome la nuca.

No puedo contarles que llevo tres noches seguidas colándome por la ventana de Alexandra, comiendo palomitas o patatas fritas mientras vemos pelis antiguas y hablamos de absolutamente todo... o de absolutamente nada. No puedo decirles que empiezo a conocer la forma en que se le arruga la nariz cuando se ríe de verdad, que me encanta cómo le brillan los ojos cuando me explica algo que le

emociona, incluso si es sobre una peli que no me interesa lo más mínimo.

Así que me limito a asentir y seguir removiendo la pasta en mi plato.

—Te estás apagando, tío. Literalmente —suelta Lincoln, señalándome con el tenedor—. Si pestañeas más despacio, vas a entrar en modo reposo.

—¿Quieres callarte y dejarme comer? —replico.

Lincoln levanta las manos.

—Vale, vale. Solo era un comentario.

Unos segundos de silencio —milagrosos— y luego estalla la bomba.

—Entonces, Zach... —empieza a decir Malcolm, y suelto un suspiro. Deberían darle un premio por interrumpir—, ¿cómo va la misión reconquista?

Miro a Zach, que está enfrente, entretenido echando kétchup con más precisión de la necesaria.

—¿Qué misión reconquista? —pregunto, fingiendo que no lo sé, solo para disfrutar interrogando a otra persona que no sea yo.

Zach se aclara la garganta y se endereza, como si acabara de entrar a una reunión ejecutiva.

—Cassidy. *Homecoming*. Aún me quedan dos días. Todo está bajo control.

—Tienes dos días —repito yo—. ¿Eso encaja con «todo está bajo control»?

—Cuando tienes un plan infalible, sí —dice, muy convencido.

Lincoln resopla.

—Esto va a ser bueno. A ver, cuéntanos el plan, Palmer.

Zach deja el sobre de kétchup sobre la bandeja y nos mira a todos antes de responder.

—Fase uno: acercamiento casual. Nada invasivo. Coincidencias controladas. Un saludo por aquí, una sonrisa por allá. Hoy mismo la he saludado al cruzarnos en el pasillo. Me ha mirado. Con hostilidad, sí, pero me ha mirado. Eso ya es algo.

—Guau, qué romántico —suelta Malcolm con una sonrisa burlona.

—Fase dos: conexión emocional. Cosas pequeñas que le recuerden lo nuestro. Libros, pelis, canciones..., detalles.

—¿Y cómo vas a hacerlo si no quiere ni que le hables? —indago.

Zach sonríe con un brillo en los ojos que da un poco de miedo.

—Por eso hoy pongo en marcha la acción clave. Voy a dejarle un regalo en la mochila. Algo simbólico. Algo que diga «Sé quién eres, y todavía me importa».

Lincoln abre mucho los ojos.

—¿Y qué vas a meterle en la mochila? ¿Una carta de Hogwarts?

—No. Un libro —contesta Zach, ignorando la burla—. Uno que sé que quiere. Me lo comentó cuando estábamos juntos. Una edición muy limitada, de tapa dura. Lo reservé hace meses. Es perfecto.

—¿Y no te va a denunciar si te pilla hurgando entre sus cosas? —pregunto, apoyando un codo en la mesa.

—No voy a hurgar nada. Voy a esperar a que se despiste y se aleje un momento. Lo dejaré dentro con una nota y desapareceré.

—Dios, eres como un espía del amor —murmura Malcolm.

—Cassidy siempre ha sido de las que aprecian los detalles —comenta Zach, como si el resto del mundo no lo entendiera.

Lincoln se cruza de brazos y lo observa con una mezcla de lástima y diversión.

—Tío, si esto funciona... prometo no volver a meterme contigo en una semana.

—Aceptado —responde Zach con seriedad.

Lo observo un momento más. Esa seguridad. Esa esperanza. Es como si no pudiera imaginar otro resultado que no fuera ella perdonándoselo todo. Como si bastara un libro para limpiar las heridas.

Y yo aquí, sin saber ni cómo definir lo que tengo con Alexandra, ni si se supone que es algo. Pero, cuanto más me acerco a ella, más miedo a perderla tengo. Y, aunque debería decirle lo que siento, me da pánico joderlo todo.

Miro el móvil un segundo. Ningún mensaje. Nada. Aunque anoche estuvimos juntos hasta pasada la una viendo *El diario de Noa*. Al final se quedó dormida y tuve que marcharme sin hacer ruido para no despertarla.



Cuando Zach nos ha contado hace unas horas su plan de reconquista, no esperaba que también nos fuera a incluir a nosotros. Pero lo ha hecho.

Por eso estamos aquí. Escondidos detrás de una de las estanterías de la biblioteca, observando a Alex y Cassy, que están sentadas en una de las mesas, ambas absortas en sus apuntes, sin hablar.

—¿Seguro que esto es una buena idea? —murmura Malcolm, agachado como si estuviéramos en una misión militar.

—Esto es brillante —susurra Zach, con una mezcla inquietante de emoción y nervios—. Es el momento perfecto, las dos están concentradas. Si me acerco por detrás y lo dejo en su mochila mientras Cassy escribe algo, no se dará cuenta.

Lincoln le lanza una mirada.

—Sabes que, si alguien nos ve, parecerá que le estamos robando algo de la mochila, ¿no?

Zach lo ignora por completo. Saca el libro de su mochila con todo el dramatismo posible, como si fuera un tesoro antiguo.

—Dios, estás muy enamorado o muy desesperado —murmura Malcolm.

Zach se endereza, respira hondo y avanza hacia ellas como si fuera a cruzar un campo minado. Yo no puedo dejar de mirar a Alexandra, aunque ella no levanta la vista. Tiene el ceño fruncido, la mano sujetándose la frente mientras subraya algo en su cuaderno. Me dan ganas de acercarme y ofrecerle un descanso. Una excusa para desconectar.

Zach da la vuelta a la mesa con sigilo, se agacha rápido y deja el libro abierto sobre la mochila de Cassidy. Ni siquiera intenta esconderlo. Se limita a dejarlo ahí, de forma que ella lo vea en cuanto levante la mirada. Luego da un par de pasos hacia atrás y regresa corriendo hacia nosotros, jadeando como si acabara de desactivar un explosivo.

—¿Lo has dejado abierto? —pregunta Lincoln, alucinado.

—Obvio. Quiero que vea la nota que le he dejado en la primera página. Que entienda el gesto.

—¿Y si no lo interpreta como tú quieres?

Zach lo mira, ofendido.

—¿Por qué todo el mundo duda de mi plan?

—Porque estás colgado, Palmer —contesta Malcolm, negando con la cabeza.

Durante un minuto eterno, no pasa nada... hasta que Cassidy estira el brazo para buscar un bolígrafo en su mochila... y lo ve.

Se queda congelada. Mira el libro. Lo coge despacio. Lee la nota. Lo cierra. Vuelve a mirar el libro, esta vez con el ceño fruncido.

—No me lo puedo creer —dice en voz alta.

Alexandra levanta la cabeza, sorprendida.

—¿El qué?

Cassidy no responde. Se pone de pie con el libro en la mano, gira sobre sí misma, y comienza a buscar con la mirada por toda la sala. Nos agachamos instintivamente, pero ya es tarde. Nos ha visto.

Avanza con paso decidido entre las mesas. Sus zapatos resuenan con más fuerza de lo que deberían. La bibliotecaria la observa con una ceja alzada, pero nadie la detiene.

Zach se reincorpora cuando está a dos pasos. Abre la boca para decir algo, pero no llega a hablar.

Cassidy le estampa el libro en el pecho con tanta fuerza que él da un pequeño paso atrás.

—¡Si crees que con un libro vas a solucionar todo lo que ha pasado, estás muy equivocado, Zachary!

Zach se queda ahí, petrificado, sosteniendo el libro como si no supiera si apretarlo contra el pecho o dejarlo caer. No dice nada. Y el silencio que sigue es tan espeso que casi se puede cortar con la punta de un lápiz.

Cassidy gira sobre sus talones, regresa a la mesa sin mirar a nadie, recoge sus cosas con movimientos rápidos y se marcha, dejando a Alexandra con el ceño fruncido y cara de no entender nada.

Nos quedamos todos quietos. Literalmente nadie respira. Zach mira fijamente el libro entre sus manos. Luego suspira, mete la nota doblada entre las páginas, lo guarda en su mochila sin mirar a nadie y se aleja hacia la salida, arrastrando los pies.

Lincoln rompe el silencio con un silbido bajo.

—Fase final: destrucción total.

—Eh —murmuro—, voy a ver a Alex un momento.

Me alejo de ellos antes de que puedan decir nada más y rodeo las estanterías hasta llegar a su mesa. Alexandra está recogiendo sus

cosas, con el ceño ligeramente fruncido todavía.

—Hola, ¿qué tal estás? —pregunto en voz baja mientras me siento a su lado.

Ella levanta la vista y me mira con una mezcla de sorpresa y confusión.

—Yo, bien —responde, arrugando un poco la nariz—. ¿Qué ha pasado exactamente? ¿Por qué le ha estrellado un libro en el pecho a Zach?

—Él tenía un plan —le explico, intentando no reírme ni suspirar—. Ha intentado tener un gesto bonito. Ha fallado en la ejecución.

—¿Su plan era... un libro?

—Sí, uno que a ella le gusta. Lo ha dejado en su mochila con una nota cursi. Ya sabes, típico Palmer.

Alex me mira como si intentara decidir si me estoy burlando o si hablo en serio.

—¿Y vosotros...?

—Estábamos... supervisando —digo, con una sonrisa que no puedo evitar.

Ella resopla, niega con la cabeza y deja escapar una pequeña risa, aunque no le dura mucho.

—Sois unos idiotas. ¿Cómo habéis podido pensar que era una buena idea?

—Zach creía que sería algo significativo, que a Cassy le haría ilusión. Supongo que, cuando alguien te importa, te aferras a cualquier cosa que te haga sentirte cerca otra vez.

Alex baja la mirada un segundo, como si esas palabras le hubieran tocado la fibra sensible.

—No era un mal libro, la verdad —comenta después, casi en un susurro—. Iba a venir al partido mañana. La he convencido hoy en clase.

—¿Y ahora?

—Ahora lo dudo —responde, dejando el bolígrafo sobre la mesa.

Se hace un silencio breve. El tipo de silencio que no incomoda, pero que tampoco se siente ligero. Acerco mi silla un poco más a la suya. Ella no se mueve, pero me lanza una mirada rápida.

—¿Tú también estás cansado? —pregunta de repente.

Parpadeo.

—¿Por?

—Tienes cara de estar agotado.

—Más o menos —contesto rascándome la nuca—. Estoy bien.

—¿Seguro?

Yo asiento. Aunque sé lo que quiere preguntar en realidad. Si estoy cansado de pasar tanto tiempo con ella. Si me agota. Si me molesta.

Y la respuesta es no. No lo estoy. Ni lo estaría.

—Tú también tienes cara de cansada.

Ella hace un gesto con los ojos.

—Me dormí en mitad de la peli.

—Exacto. Así que no te vas a librar de mí —digo, apoyando un codo en la mesa mientras la miro de lado—. Ve buscando otra película para esta noche. Pero una más entretenida, por favor. Como te duermas otra vez, te despertaré.

Ella ríe. Una de esas risas pequeñas, de verdad.

—Amenaza aceptada.

Nos quedamos así un momento. Sin necesidad de decir demasiado. De fondo el murmullo suave de la biblioteca, las hojas pasando, alguna que otra silla arrastrándose en algún lado.

—¿Tú vas a ir al *homecoming*? —suelta de golpe, como si acabara de acordarse.

—Supongo —respondo—. No me hace especial ilusión, pero me han amenazado con secuestrarme si no voy.

—¿Quién? ¿Lincoln?

—Quién iba a ser si no. Quiere que vayamos todos juntos.

Ella sonríe y baja la mirada a la mesa.

—¿Y tú?

—He quedado con mi madre mañana para ir a comprarme el vestido —contesta con un suspiro—. Emma también quería venir, pero tiene las pruebas para el equipo de voleibol.

—¿Y vas con alguien al baile? —pregunto entonces, sin pensarlo demasiado.

—No —responde enseguida, y luego añade, más tranquila—. Vamos las tres juntas. Al menos, esa era la idea.

—Suena bien.

—¿Sí?

—Sí. Nosotros igual. Así que, si conseguimos que Zachary y Cassidy no se maten, podríamos estar todos juntos. —Me encojo de hombros.

Miro el reloj y me doy cuenta de que llevamos más de lo que pensaba aquí. El tiempo pasa de forma distinta con ella.

—¿Te acompaño a clase? —pregunto, levantándome.

—¿Vas a seguirme todo el día, Blake? —responde de broma.

—Solo si me dejas.

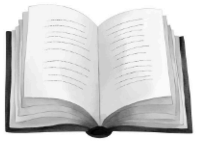
Ella se pone en pie y me lanza una mirada divertida.

—Vamos, idiota.

Y la sigo. Como llevo haciéndolo toda la semana.

24

Los amigos no se miran de esa manera



Alexandra

A pesar de que me he despertado en el momento en el que ha sonado la alarma, finjo que sigo dormida cuando Emma entra en mi habitación. Solo quiero dormir un poco más. Es viernes, día de partido, y me he escapado del insti en la última hora para poder ir a comprar el vestido y echarme una siesta antes del partido.

—Venga, arriba, bella durmiente —dice mientras corre las cortinas sin piedad.

—Cinco minutos —gimo, dándome la vuelta.

—Hace media hora me has dicho lo contrario cuando me has mandado un mensaje diciendo «Si no te he hablado en veinte minutos, sácame de la cama».

—Claramente, no estaba en mis cabales.

—Eso está claro —responde mientras me arranca las sábanas con fuerza—. Vamos, que hoy es un gran día.

—Hoy es día de gritos, de sudor, de animadoras haciendo volteretas y de mi padre dando órdenes a todo el gimnasio —replico, todavía tumbada.

—Y de ver a Blake con una camiseta ajustada corriendo. ¿Ves? Ya tienes un buen motivo.

Eso me hace abrir los ojos, aunque me esfuerzo por parecer ofendida.

—¿Es lo único que tienes para motivarme?

—¿Funciona?

—Sí, pero no volveré a admitirlo en voz alta.

Emma ríe y se deja caer de espaldas sobre la cama.

—Tu padre va a estar insoportable. Lo sabes, ¿no? Ha mandado cuatro correos esta mañana. Cuatro. Con negritas, mayúsculas y emoticonos, sobre la importancia que tiene que los alumnos vayan a animar al partido de hoy.

—No lo dudo. Los partidos que tienen lugar antes del *homecoming* le ponen de los nervios. Cree que todo el tema del baile distrae a los chicos.

—Me da miedo que me mande al banquillo. Y eso que ni juego.

—No me sorprendería.

Rodamos en la cama un rato, sin movernos, solo riéndonos bajito, hasta que se oyen pasos por el pasillo y una voz femenina. Emma se incorpora primero.

—¿Esa es... tu madre?

—Creo que sí.

—¿Está... hablando sola?

—No, está hablando con mi padre. Le está explicando que no va a ir al partido. Al parecer esto le está volviendo más loco de lo que pensaba. Quiere que aparezcamos toda la familia como si fuéramos los Kennedy. No me extrañaría tener ya cinco llamadas perdidas suyas.

Justo entonces, suena mi móvil. Veo «Papá» en la pantalla. Supongo que ya ha tirado la toalla con mi madre. Decido ignorarlo,

pero él sigue insistiendo.

Emma me mira con las cejas levantadas.

—Va a entrar la policía en breve, ¿lo sabes?

—Probablemente ya ha contactado con la alcaldesa.

Tocan a la puerta suavemente.

—¿Alexandra? —La voz de mamá suena cansada.

—Sí —respondo, sentándome.

La puerta se abre despacio, y aparece ella con los brazos cruzados y expresión de «estoy a punto de perder la paciencia».

—Estoy harta de tu padre —declara—. Este partido lo está afectando más que el nacimiento de sus hijas. Lleva todo el día de los nervios, está a un paso de volverme loca a mí también.

Emma contiene la risa. Yo me limito a negar con la cabeza.

—Ha dicho que tienes que estar allí una hora antes. Que, si no llegas a tiempo, la banda sonará mal. Luego yo le he recordado que, por saber tocar, no tocas ni el triángulo... En fin, ¿necesitáis ayuda para arreglaros?

—La verdad es que tenía pensado ponerme cualquier cosa...

—Por favor, dejad que os ayude para que lleguéis cuanto antes. Si no, llamará de nuevo y me volveré loca. Así que adelante: ¿planchas, rizadores, purpurina?

Pasamos la siguiente hora preparándonos. Entre el delineador de ojos de Emma que decide no cooperar, mi sudadera del equipo que no aparece y mamá enfrascada en una guerra con un mechón rebelde, el cuarto se convierte en un salón de belleza de un campo de batalla.

—Emma, eso no es iluminador. Es sombra plateada —le comento a mi mejor amiga mientras mi madre intenta controlar mi pelo.

—¿De verdad? Pues ya me la he pasado por toda la mejilla.

—Bueno, brillarás como una estrella fugaz. Literalmente.

Justo cuando mi madre está terminando de hacerme las ondas, suena otra vez mi móvil. Es mi padre, de nuevo. Continúo ignorándolo, pero comienza a sonar el de mi madre. Ella, en cambio, sí se lo coge.

—¿Qué pasa, Charles?

Hace una pausa, escucha algo y se echa la mano a la frente.

—No, no va a llegar dos horas antes.

Hace otra pausa.

—Sí, lleva la sudadera, Charles. No, no creo que nuestra hija tenga que abrir el partido con un discurso.

Otra pausa.

—¿Quieres hablar con ella? Pues no. —Y cuelga. Así. Sin más.

Emma y yo la miramos como si acabara de ganar un premio.

—Acabas de colgarle a tu marido —suelto alucinada.

—Sí. Y no pienso disculparme. Si no os da tiempo a llegar es culpa suya por haberme estresado al enviarme ocho mensajes seguidos con la palabra *urgente*.



Al final, claro que llegamos pronto. Muy pronto. Tanto que mi coche es el único en el aparcamiento. Pero, antes de entrar, ya hay dos figuras apoyadas contra la pared lateral del edificio.

Blake y Lincoln.

Ambos con sudaderas grises del equipo, relajados, como si no les importara nada. Lincoln, con los brazos cruzados; Blake, con las manos en los bolsillos y la cabeza ladeada hacia atrás, mirando el cielo como si estuviera buscando figuras en las nubes... o como si simplemente supiera que tiene pinta de portada de revista y estuviera aprovechando el momento.

Emma me da un leve codazo.

—Ya están aquí tus amigos favoritos.

—Calla —le murmuro, aunque no puedo evitar sonreír.

Nos aproximamos despacio y, cuanto más cerca estoy, más consciente me vuelvo de lo que despierta en mí. Siento un calor inesperado que me sube por el cuello al comprobar lo guapo que está con esa ropa, con su pelo algo revuelto y esa expresión medio tranquila, medio divertida que solo pone cuando está con Lincoln. Y por un segundo tonto, me entra el impulso de darme la vuelta. Como si no estuviera lista para tenerlo delante.

Pero ya es tarde.

Blake se gira hacia nosotras justo cuando estamos a unos pasos. Sus ojos se clavan en los míos un segundo más de lo normal.

Y entonces sonríe. Esta sonrisa es más leve, genuina; realmente parece alegrarse de verme.

Mi estómago decide hacer lo suyo, saltando desde una altura considerable y aterrizando torpemente.

Genial. Otra vez.

—¿Habéis venido a montar las gradas? —pregunta Lincoln de broma, rompiendo el momento.

—Si hace falta, sí —responde Emma, adelantándose—. Cualquier cosa con tal de no escuchar al entrenador Baxter.

—¿Qué hacéis aquí fuera? Mi padre debe de estar como loco —intervengo.

—Por eso mismo —contesta Blake—. Estamos intentando evitarlo lo máximo posible. Está demasiado irritable.

—No hace falta que me lo jures, creo que me ha llamado unas diez veces. Al parecer, si no llegábamos antes de que se abriera el gimnasio, el universo iba a colapsar.

—A mí me ha mandado una presentación en PowerPoint con las razones por las que debo «saludar con energía en los primeros cinco minutos». La ha titulado «Actitud ganapartidos» —agrega Lincoln.

—¿De verdad? —Emma suelta una carcajada.

—Lo juro. Con animaciones y todo.

Blake no añade nada. Solo me mira. No como si esperara una respuesta, sino como si estuviera intentando descifrar qué estoy pensando. Me muevo un poco, incómoda bajo su mirada, aunque no quiero apartarme. Sus ojos bajan un instante hacia mi sudadera —la del equipo— y sonríe, más suave.

—Te queda bien.

Siento que me arde la cara. Me doy cuenta demasiado tarde de que sigo observándolo con más atención de la que debería. Y él lo nota, claro. Porque Blake lo nota todo.

—Gracias —respondo, con la voz más controlada de lo que me siento.

Emma disimula tosiendo. Lincoln se aparta un poco, mirando el móvil.

—¿Queréis pasar ya? —pregunta Blake, sin dejar de mirarme—. Aún están montando el marcador, pero se puede entrar.

—Sí —digo rápido. Demasiado rápido.

Y entonces él me abre la puerta como si fuera lo más normal del mundo; como si no me acabara de provocar un microinfarto. Camino junto a él, intentando parecer tranquila, mientras Emma y Lincoln bromean detrás. Pero mi mente no coopera.

Hay algo distinto en la forma en que me ha mirado. En cómo ha dicho «Te queda bien». Y aunque puede que no signifique nada, aunque puede que me lo esté inventando todo, siento un cosquilleo en mi pecho que no estaba ahí antes de verlo.

Y eso... eso ya es suficiente para desestabilizarme un poco.

Emma se inclina hacia mí mientras caminamos.

—¿Estás bien?

—Sí —respondo en un susurro.

—¿Seguro?

Le lanzo una mirada, pero ella solo sonríe con ese aire sabiondo.

—Es que te ha mirado muy... intensamente.

—¿Puedes no decir eso justo ahora?

—Solo digo que, si esto fuera un libro, en este momento empezarían a saltar chispas.

—No es un libro.

—No todavía.

Le doy un pequeño empujón, y aunque intento parecer molesta, no lo consigo del todo. Porque tiene razón.

Y justo entonces...

—¡¿Dónde coño están King y Foster?! —La voz de mi padre resuena desde dentro del gimnasio como si hubiera usado un megáfono.

Nos quedamos todos quietos, paralizados.

—Esos dos... ¡Como no estén aquí en menos de dos minutos se van a pasar el resto de la temporada en el banquillo!

Blake se endereza al instante, aunque su expresión sigue siendo sorprendentemente serena. Lincoln, en cambio, resopla como si ya estuviera acostumbrado.

—Siempre tan simpático —murmura, y le da un leve codazo a Blake en el brazo—. Vamos, Romeo, no hagas esperar a papá.

Blake se encoge de hombros, pero, antes de desaparecer por la puerta del gimnasio, se gira una última vez y nuestros ojos se encuentran de nuevo. Su mirada no es tan intensa como la anterior, pero lo suficiente como para que me tiemblen un poco las rodillas.

Emma me mira de reojo. Ni siquiera necesita decir nada.

—No empieces —le digo en voz baja.
—Si no empiezo, exploto —susurra, sonriendo.
Y entramos.

25

Justo antes de caer



Blake

—¡Foster! ¡King! —ruge el entrenador apenas cruzamos las puertas del gimnasio—. ¡Os quiero dando vueltas a la cancha hasta que os salgan callos en los pies! ¡Ya!

No hace falta mirar a Lincoln para saber que está poniendo los ojos en blanco. Aun así, obedece sin protestar, y yo lo sigo. Por suerte, «hasta que os salgan callos» significa cinco vueltas y una charla rápida sobre la importancia de llegar a tiempo. Nada que no hayamos oído antes.

El resto del equipo ya está en la pista, lanzando a canasta, practicando entradas, estirando. El gimnasio empieza a llenarse poco a poco. El murmullo de las gradas, el rebote de los balones, los silbatos del *staff*, todo suena como una canción conocida.

Y, sin embargo, hay algo que me desconcentra. O alguien.

Alex está en la tercera fila de la grada, justo en el centro, entre Emma y... Cassidy. Vaya. No esperaba que viniera. Zachary tampoco, a juzgar por su reacción: lo ha visto desde la pista y lleva un buen rato sin decir palabra, inquieto mientras lanza tiros libres.

Todo esto me descoloca un poco. Porque ver a Alex ahí sentada —con su sudadera del equipo, el pelo recogido en una trenza suelta y los ojos brillando bajo los focos— me hace sentir diferente. A pesar de que es algo que ha sucedido durante años, nosotros ya no somos los mismos. Me permito pensar que esta vez está aquí por mí.

El árbitro pita. Empieza el encuentro.

Los primeros minutos son una avalancha. El otro equipo juega duro, rápido, con una defensa que presiona y que nos obliga a movernos como piezas de ajedrez. Caleb encesta el primer punto con una bandeja impecable y mira hacia las gradas esperando aprobación. Yo aprovecho para mirar a la rubia, que en ese momento ríe por algo que Emma le ha dicho.

Intento no sonreír como un idiota.

Cassidy aplaude un triple de Lincoln desde la esquina. Zach, que estaba cerca, se queda mirándola medio segundo. Luego sacude la cabeza y se concentra. Bien.

El entrenador grita desde la banda, pidiendo más intensidad. Me muevo rápido. Corto un pase, corro al campo contrario, me lanzo a la canasta... y fallo por poco. El rebote cae en nuestras manos y Zach lo empuja dentro. Genial. Vamos empatados.

En la siguiente jugada recibo el balón en el perímetro, amago y lanzo desde la línea de tres. El gimnasio contiene el aliento. Entra limpia.

Jugamos duro. Lincoln está imparable en defensa, Malcolm comienza a coger ritmo y Zach mete un par de puntos más que le suben el ego. Pero su mirada regresa una y otra vez a Cassidy, que no le devuelve ni una.

Yo sigo a lo mío. En el segundo cuarto me hacen una falta fuerte al ir a por un rebote y me caigo, y lo primero que veo al levantarme

es la cara preocupada de Alexandra. No está cerca, aunque su expresión es lo suficientemente clara como para que me llegue.

El tercer cuarto es una batalla. Pero al final conseguimos una pequeña ventaja. Cambian a Caleb por Jacob. El equipo contrario se desespera, comete errores. Nosotros nos mantenemos sólidos.

Y entonces llega el último cuarto.

Los minutos finales son una locura. Corremos, saltamos, gritamos, chocamos. El marcador está ajustado, pero conseguimos mantenernos por delante gracias a un robo de balón de Zach y una asistencia perfecta de Lincoln. En el último minuto, recibo el balón justo fuera de la zona. No lo pienso y lanzo.

El silbato final resuena y el marcador muestra 71-65. Floramont ha ganado, otra vez.

Los chicos no tardan en celebrarlo como locos. Recibo tantas felicitaciones y palmadas en la espalda que se me hace imposible distinguir quiénes me las dan. Incluso el entrenador, para sorpresa de todos, se une brevemente a la celebración. Consigue dejar a un lado su cara de culo y nos dedica un discurso corto pero cargado de orgullo.

Sin embargo, lo que de verdad me deja sin aliento no es la victoria.

Es verla.

Alex baja las gradas de dos en dos con una sonrisa que le ocupa toda la cara, esquivando a la gente, ignorando el bullicio, buscándome. Y cuando se acerca, cuando me llama con esa voz que de pronto parece destacar por encima de todo el ruido, el resto deja de importar.

—¡Blake! —grita, rebosante de emoción—. ¡Eso ha sido espectacular! El último triple... ¡No puedo creerlo!

—¿En serio? —pregunto, alzando una ceja, conteniendo la risa—. ¿No confiabas en mí?

Ella pone los ojos en blanco, aunque su sonrisa no se apaga ni lo más mínimo. Da un paso más hacia mí, como si la cercanía fuera algo normal entre nosotros, como si ya hubiéramos cruzado esa línea hace tiempo. Y eso es lo que más me gusta —y a la vez más me asusta— de Alex: que nunca sé descifrarla del todo. Cuando creo que empiezo a entenderla, aparece con algo que me desarma por completo.

—¿Sabes qué? —pregunta de pronto, sacándome de mis pensamientos.

Se acerca aún más. Y en el último segundo se gira hacia la multitud, analizándola, y apoya su espalda contra mi pecho con una naturalidad que me deja inmóvil. Instintivamente, deslizo los brazos sobre sus hombros y los cruzo por delante de ella, rodeándola y acercándola a mí. Ni siquiera tengo que pensar en ello. Me sale solo. Me sorprende lo rápido que comienzo a sentirme tranquilo cuando ella está cerca.

—Cuéntame, Baxter —murmuro balanceando suavemente nuestros cuerpos mientras observamos la locura a nuestro alrededor.

—Has jugado genial. Y, al parecer, no soy la única que lo piensa... Juraría haber visto a varias chicas de décimo babear cada vez que cogías el balón.

Suelto una risita ante su comentario. Sé que tiene razón, claro que lo sé. He notado muchas miradas esta noche, pero yo solo he buscado una. Cada vez que recibía el balón, que anotaba, que me cruzaba con la grada..., buscaba a Alex. Y ella, sin fallar una sola vez, siempre estaba mirándome.

Eso me ha bastado para empujarme a dar más. A querer ser mejor. Por ella.

El problema es que, cuando quiero decirle eso —o algo, cualquier cosa—, Lincoln aparece en mi campo de visión. Suelto un gruñido y aprieto inconscientemente a Alex un poco más contra mí, como si eso bastara para que este momento dure más. Le lanzo una mirada de advertencia, esperando que capte la indirecta.

Pero, claro, no la capta.

—Ten cuidado con lo que dices, Foster —le advierto antes de que abra la boca.

Él levanta las manos en señal de paz.

—¡Ey, relájate, amigo! Solo vengo a decirle a Lexi que he encontrado a su mejor amiga y a Cassy discutiendo con un señor sobre por qué el árbitro era «parcial» o algo así. No he oído ni la mitad, pero parecían apasionadas. El caso es que creo que será mejor que alguien salve al pobre hombre antes de que sea demasiado tarde.

—¿Y por qué no las has ayudado tú? —le lanzo con una ceja levantada.

—Porque tengo sentido común —responde, como si fuera lo más obvio del mundo—. Y miedo. Mucho miedo. ¿Tú has visto a Cass cuando se enfada?

Alex suelta una carcajada antes de negar con la cabeza y soltarse de mi abrazo. Le cuesta poco localizar a las chicas y, sorprendentemente, Lincoln no exageraba. Desde donde estamos, oímos claramente a un hombre —un padre del otro equipo, por lo que parece— que está acusando al árbitro de haberse dejado sobornar por el nuestro.

Mala idea. Muy mala.

Porque no solo se enfrenta a la furia de una pelirroja con carácter, sino también a su acompañante bajita y explosiva. Que se lo digan a Zach, si no.

Cassidy está a punto de saltar. Tiene los puños cerrados, la mandíbula apretada y una expresión que no presagia nada bueno. Alex llega a la escena e intenta mediar, pero no le hacen ni caso.

Y entonces, sin que nadie lo vea venir, Zachary coge a Cassidy Adams en brazos y se la lleva de allí como si eso fuera una solución lógica. Vuelve a soltarla cuando están lo suficientemente lejos. Alex se queda en shock, al igual que el resto. Yo incluido.

Por un segundo, el tiempo se detiene. Cassy parpadea, confundida. No sé qué es peor, que Zach haya intervenido o que lo haya hecho de esa forma. Ella reacciona rápido, enfadándose y alejándose de él tan veloz como le es posible.

—¡No vuelvas a ponerme una mano encima, Zachary Palmer! —estalla furiosa. Sus ojos brillan peligrosamente antes de que, al notar la humedad en ellos, se dé la vuelta y salga corriendo del gimnasio.

—Esto es como un culebrón de los que ve mi abuela justo después de comer —murmura Lincoln, fascinado.

Yo niego con la cabeza, todavía procesando lo que acaba de pasar, mientras él observa cómo Emma sigue enzarzada con el padre indignado. Ahora sin Cassidy, parece más decidida a defender la dignidad del equipo por su cuenta.

—¿Puedes encargarte tú de que Preston no cometa un asesinato? —le digo, señalando con la barbilla a Emma—. Quiero hablar con Alex antes de que se marche.

Lincoln me mira con una sonrisilla que conozco demasiado bien. Está a punto de soltar alguna tontería, pero, por una vez, se contiene.

—Entendido, Romeo —conviene, y se dirige a Emma. Sin decir ni una palabra más, la coge en brazos como acaba de hacer Zach y se la lleva de allí.

—¡LINCOLN, BÁJAME AHORA MISMO! —grita ella, golpeándole con las manos abiertas, pero él ni se inmuta.

Y entonces... nos quedamos solos.

Alex se da cuenta enseguida. Le pide disculpas al padre del equipo contrario antes de que este se marche enfadado. Parece nerviosa, como si la atmósfera entre nosotros se hubiera hecho demasiado evidente. Pero no se mueve. Ni yo.

Doy un paso hacia ella, con calma. Dejándole espacio para marcharse si quiere. No lo hace.

—¿Tú también vas a sacarme en brazos de aquí? —bromea con una sonrisa pequeña, aunque con ese brillo en los ojos que me hace querer más.

—Si me lo pides, puede que lo haga —respondo, suave pero intencionado.

Y ahí está. Ese segundo. Esa chispa.

Su sonrisa titubea.

Y me siento el tío más afortunado del mundo porque, aunque solo sea por un momento, sé que he conseguido ponerla tan nerviosa como ella me pone a mí.

—¿Y bien? —murmuro, bajando un poco la voz—. ¿Me vas a dejar demostrarte lo cómodo que es salir de aquí en brazos?

Ella se ríe entre dientes, y la tensión se aligera..., pero no desaparece del todo.

—No te atreverías —dice con ese tono entre desafiante y nervioso que me desarma por completo.

—¿Quieres apostar? —pregunto, dando un paso más, acortando la distancia entre nosotros.

Sus ojos brillan. Sus mejillas se tiñen de rojo.

—Blake... —Suena a advertencia, pero también a deseo contenido. A duda. A algo que ella aún no se atreve a nombrar.

—Alex... —susurro, probando su nombre en mis labios, sintiendo el cosquilleo que me deja en la lengua.

Y por un instante, todo desaparece. El ruido. El bullicio. Las luces. Solo quedamos nosotros dos.

Hasta que...

—¡KING!

La voz de mi padre rompe nuestra burbuja.

Alex se sobresalta. Yo cierro los ojos, frustrado.

—Joder... —farfullo entre dientes—. Tengo que ir para allá. ¿Hablamos luego?

Pero no me muevo. Me cuesta. No quiero dejarla aquí.

Y sin pensarlo demasiado, me inclino y rozo su mejilla con un beso corto, apenas un suspiro.

Ella se queda congelada. Sus mejillas se tiñen aún más, y sus labios se entreabren, sorprendida. No dice nada.

—Hasta luego, Baxter —murmuro, sonriendo, intentando parecer más tranquilo de lo que estoy.

Me giro. Apenas doy un paso cuando oigo su voz.

—Blake.

Me detengo, sin darme la vuelta.

—Dile a tu padre que te vas con unos amigos —dice, rápido, como si no se atreviera a pensarlo dos veces—. Yo te llevo a casa.

Me doy la vuelta lentamente.

—¿Qué?

—Mi coche está fuera —responde, y me mira con decisión—. Zach y Cass han desaparecido, Lincoln va a llevar a Emma a casa, yo puedo llevarte a la tuya.

Se me escapa una sonrisa. Al parecer, últimamente Alexandra Baxter me las roba todas.

—¿Estás segura?

—Sí.

No sé cómo lo ha hecho, pero con una sola frase ha convertido una noche perfecta en algo mejor. Mucho mejor.

—Vale —convengo finalmente, sintiendo una calidez tonta en el pecho—. Pero solo si me dejas elegir la música.

—Trato hecho —contesta, sin parar de mirarme.

Y ahí está. Otra vez.

Ese brillo.

Y, esta vez, no pienso alejarme de él.

26

Detén el río por un momento



Blake

No me cuesta nada convencer a mis padres de que pueden volver a casa sin mí. Es viernes y no hay problema con que me quede un rato más con mis amigos. Salvo que es mentira.

Cuando salgo al aparcamiento tras la ducha más rápida que me he dado en mi vida, Alexandra ya me está esperando, apoyada sobre un viejo Mercedes descapotable. Juraría que es el antiguo coche del entrenador. Siempre ha tenido cierta obsesión con los clásicos, y su hija, por lo visto, ha heredado una de sus adquisiciones.

El atardecer cae con esa luz naranja que lo tiñe todo y, durante un segundo, se me olvida cómo caminar.

—¿Vienes o qué? —pregunta con una sonrisa, haciendo girar las llaves entre los dedos.

La sigo sin decir nada. Cuando subo al asiento del copiloto, ya ha arrancado y el motor ruge con una confianza que no puedo evitar asociar con ella.

El coche huele a vainilla. Dulce, suave, familiar. Igual que ella. Me siento como un idiota por notarlo, pero aún más por no poder dejar

de mirarla. Llevamos diez minutos de trayecto y apenas he sido capaz de apartar los ojos de Alex.

Su risa llena el ambiente, ligera y despreocupada, mientras canturrea una de las canciones de su *playlist*. Era obvio que no me iba a dejar elegir, aunque tampoco me quejo. Su voz no es perfecta, pero tiene algo crudo y natural que me desarma.

—¿Cuál es esta canción? —le pregunto, intentando que mis ojos dejen de seguir cada gesto que hace con las manos en el volante.

—«Hold Back the River», de James Bay —contesta con una pequeña sonrisa—. Es una de mis canciones favoritas. ¡Y justo viene la mejor parte! ¡Canta conmigo!

Antes de que pueda protestar, sube el volumen al máximo y pisa el acelerador sin remordimientos. La brisa choca contra nosotros de golpe y el coche se llena de viento, música y el eco de su risa.

El techo del Mercedes ya está abierto, así que la luz del atardecer entra a raudales, lo que hace que su pelo vuele en todas direcciones.

—¡Cómo voy a cantarla si no me la sé! ¡Oye, baja revoluciones, que vas muy rápido, Alex! ¡Nos vas a matar! —exclamo alarmado, pero ella, por supuesto, me ignora.

—¡Vamos, Blake, suéltate! —grita, completamente entregada a la canción, y retoma entusiasmada el estribillo.

Yo gruño cuando me doy cuenta de que está conduciendo como si estuviésemos en los putos coches de la feria. ¿No le da miedo tener un accidente?

—Oye..., Alex..., el coche... —Pero ella sigue ignorándome y cantando sin inmutarse, dándolo todo como si el mundo no pudiera alcanzarla.

Y a pesar de que no puedo olvidar que la velocidad a la que vamos es demasiado peligrosa, tampoco puedo evitar darme cuenta

de que está más preciosa que nunca. Los rayos del sol del atardecer se le reflejan en la cara, haciendo que su sonrisa resplandezca más todavía. La ciudad parece moverse al compás de la canción mientras Alex la canta moviendo la cabeza, como si estuviera sola en el coche, como si yo no existiera... y, sin embargo, no puedo sentirme más atrapado por su presencia.

Alexandra grita, su voz desafinada se mezcla con el viento que entra a ráfagas. Canta a pleno pulmón, con una entrega tan honesta que casi me duele.

Aunque intento mantener una expresión seria, no puedo evitar sonreír. Ella es como una fuerza de la naturaleza: impredecible, incontrolable..., absolutamente magnética.

—Alex, en serio, reduce la velocidad —repito, aunque mi tono ya no tiene la misma urgencia. Me siento dividido. Una parte de mí quiere regañarla, recordarle que esto es peligroso; la otra parte está del todo hipnotizada por la forma en que su cabello vuela desordenado, por su risa, por la chispa en sus ojos.

Mientras el estribillo llega a su final, Alex parece utilizar el volante como si fuese un juguete.

—¡Relájate, King! —me chilla por encima de la música, echándome una mirada rápida antes de volver a centrar su atención en la carretera—. ¡Vivirás más tiempo si te diviertes un poco más y te preocupas un poco menos!

La canción entra en su último estribillo, y ella cierra los ojos por un segundo fugaz mientras canta con una emoción tan pura que me deja sin aliento. A pesar del peligro, hay algo en este momento que me hace sentir vivo de una manera que no sé explicar. Como si nada más importara.

—Alex... —murmuro, sin terminar la frase.

—¿Qué? —pregunta, mirándome fugazmente mientras su sonrisa se ensancha, completamente inconsciente del efecto que tiene sobre mí.

—Nada. —Sacudo la cabeza, tratando de borrar los pensamientos que se acumulan en mi mente, pero es imposible.

Finalmente, la canción termina y ella baja un poco el volumen, aunque sigue canturreando la siguiente mientras reduce la velocidad. El viento ahora sopla con más suavidad, y la ciudad va quedando atrás, dorada por los últimos rayos del sol.

—¿Ves? Te he dicho que no iba a pasar nada, la carretera es recta —comenta triunfante, con esa sonrisa que hace que me olvide hasta de cómo respirar.

—Lo que veo es que tienes un don especial para casi matarme de un infarto —replico con una sonrisa leve en un intento de ocultar lo mucho que me está afectando este momento.

Aunque la verdad es que estoy jodidamente embobado.

Ella ríe, pero no le da tiempo a discutir porque ya hemos llegado. Alex aparca frente a la entrada y yo respiro hondo mientras observo la fachada iluminada. Nunca he odiado tanto estar en casa.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada. Solo se oye el ruido del motor, la canción suave que ha empezado a sonar en el equipo y nuestras respiraciones.

Ella apoya los brazos en el volante, en silencio, y yo la observo de perfil. Sus labios siguen curvados en una media sonrisa y tiene ese brillo en los ojos que aparece cuando canta a gritos o cuando se burla de mí sin piedad. Ese brillo que no me deja pensar con claridad.

—¿Vas a quedarte ahí como una estatua o piensas bajarte? —dice sin mirarme.

Sonrío sin querer. Abro la puerta del coche, pero antes de salir me detengo un instante. Algo en el ambiente me impide simplemente despedirme y entrar en casa. Bajamos los dos y ella rodea el viejo Mercedes hasta quedar frente a mí. Se cruza de brazos y me mira como si esperara que yo dijera cualquier cosa que detuviera el tiempo un poco más.

—Gracias por traerme —murmuro, y sé que suena estúpido en comparación con todo lo que quiero decirle realmente.

Ella se encoge de hombros.

—Gracias por no gritar... mucho —responde, esbozando una sonrisa.

Nos quedamos de pie, uno frente al otro, con apenas medio metro de distancia. Siento cómo el aire cambia, cómo se vuelve más denso, más eléctrico. Mis ojos bajan a sus labios un segundo y después vuelven a los suyos. Ella se da cuenta.

—¿Qué pasa? —pregunta con un hilo de voz; parece que le cueste hablar.

—Nada. —Pero no me muevo.

Ella tampoco. Y eso lo dice todo.

—Eres increíble —me sale, sin filtro. No lo pienso. Simplemente lo digo, porque es imposible no hacerlo cuando la tengo tan cerca.

Alex pestañea, sorprendida. La broma que parecía tener preparada se le queda atascada en la garganta. Sus mejillas se tiñen levemente de rosa, pero no aparta la mirada. La mantiene fija en la mía, como si lo único que quisiera hacer en este momento fuera leerme entero.

—Vaya..., quién iba a decir que sabrías hacer cumplidos, King —responde, aunque su tono ha cambiado. Ya no hay rastro de burla, solo algo suave. Algo que me jode de lo bonito que suena.

—No es un cumplido. Es la verdad —digo, más bajo.

Ella da un paso más. Apenas uno, pero lo suficiente para que la distancia entre nosotros desaparezca. Su mano, cálida, se apoya sobre mi pecho. Mi corazón late tan fuerte que es probable que lo esté sintiendo bajo sus dedos.

—Blake... —susurra. Y cómo suena mi nombre en sus labios...

Pongo ambas manos en su cintura, casi con temor de romper el momento. Ella se deja hacer. Baja la mirada a mi boca y, cuando vuelve a subirla a mis ojos, ya no hay duda de lo que está pasando. Ni de lo que los dos queremos.

Nos acercamos al mismo tiempo. Lento. Con ese tipo de lentitud que se reserva para lo que se desea de verdad. Puedo sentir su aliento chocar contra mi piel, su nariz rozando la mía. Mis dedos se tensan sobre su cintura. Los suyos se enredan en la tela de mi camiseta. Un centímetro más. Solo uno.

Y entonces...

—¡Tíos, en serio, ya me parecía raro que no me contestaras los mensajes!

La voz de Lincoln irrumpe desde el jardín como un cubo de agua fría. Alex y yo damos un respingo y nos separamos de golpe. Yo maldigo en silencio. Ella se gira y lo ve avanzando entre los arbustos con una bolsa de patatas en la mano y una sonrisa, como si no acabara de interrumpir el momento más jodidamente perfecto de mi vida.

—¿Lincoln? ¿Qué... haces aquí? —pregunto, tratando de mantener la compostura mientras mi cuerpo aún arde.

—Te dije que vendría después del partido, ¿no? —responde mientras se sacude la camiseta como si hubiera atravesado la selva —. Pero parece que ya tenías otro tipo de... entretenimiento.

Alex se lleva una mano al pelo y se gira hacia el coche con una risa nerviosa, intentando disimular.

—Bueno..., yo ya me iba —murmura mientras busca las llaves en el bolsillo y evita mirarme directamente.

—¿Tan pronto? —dice Lincoln, demasiado inocente cuando él quiere—. Pero si justo se estaba poniendo interesante...

Le lanzo una mirada de advertencia que él ignora olímpicamente. Alex me dedica una última mirada rápida; parece que también le cuesta marcharse.

—Nos vemos mañana, King —se despide con voz dulce, y, aunque intenta que suene normal, la forma en que me mira me deja claro que para los dos esto no ha sido «normal».

—Hasta mañana, Alex —respondo, con la voz más ronca de lo que debería.

La veo entrar en el coche, arrancar con suavidad —esta vez sin pisar a fondo— y alejarse calle abajo hasta que solo quedan las luces traseras en la oscuridad.

Sigo ahí quieto, sin moverme, como si aún pudiera alargar un poco más lo que acaba de pasar. O lo que casi pasa. Lincoln se queda de pie junto a mí, masticando una patata.

—¿Te das cuenta de que, si yo hubiera llegado un minuto más tarde...?

—Sí —contesto, sin apartar la vista de la carretera, con la sensación de que, si me concentrara lo suficiente, podría rebobinar el tiempo.

—Joder, tío —dice, con una mezcla de culpa y asombro—. Has estado a punto de besar a Alexandra Baxter.

No respondo. No hace falta. Porque, en cuanto lo dice, lo entiendo.

No es que «casi» la haya besado.

Es que, si Lincoln no hubiese aparecido justo en ese segundo, la habría besado.

Y ella me habría devuelto el beso.

Porque estaba ahí, en sus ojos, en su respiración, en el temblor de sus dedos cuando me ha tocado el pecho. No era una ilusión, ni un malentendido. Era real. Lo que ha pasado entre nosotros, esa tensión, esa necesidad... No estaba solo. Ella también lo ha sentido.

Me paso una mano por el pelo, todavía alterado. El pecho me arde como si le hubiera gritado todo lo que llevo semanas callando.

—Mierda —susurro.

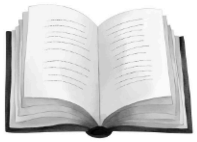
Lincoln me mira incrédulo, por una vez sin bromas.

—¿Estás bien?

—No lo sé —admito.

27

Bienvenidos a casa



Alexandra

Habría besado a Blake King.

Lo sé porque lo sentí en cada parte de mi cuerpo.

Porque, si Lincoln no hubiera aparecido en ese preciso instante, irrumpiendo como un huracán inoportuno, Blake y yo habríamos cruzado esa línea, complicándolo todo.

Cierro los ojos mientras mi madre da vueltas a mi alrededor, intentando ajustar la parte baja de mi vestido. Su voz es un zumbido lejano. No le presto atención. Solo puedo pensar en lo cerca que estuve de romper todas mis reglas.

Me prometí no repetir los errores del pasado. Con todo lo que sucedió con Mason, después de aguantar las miradas, los juicios y las consecuencias, decidí que no me iba a permitir más deslices; que no me iba a volver a involucrar con alguien que pudiera arrastrarme otra vez a ese infierno.

Me prometí centrarme en mí. En mis metas. En mantenerme a salvo. Y, sin embargo, con Blake no hubiera sido un desliz. Lo sé porque lo único que me incomoda no es lo que casi pasó, sino eso,

que fuera un casi. Todavía quiero que suceda. Me molestó que nos interrumpieran.

No debería quererlo. No debería pensar en su boca, ni en cómo me miró, ni en cómo me temblaron las rodillas cuando sus manos tocaron mi cintura. No debería desear algo que podría desestabilizarme justo ahora, cuando por fin empiezo a recuperar el equilibrio.

Pero Blake es...

—¿Alexandra? ¿Me estás escuchando? —La voz de mi madre me saca de golpe del torbellino mental en el que me estaba perdiendo.

Parpadeo, fijando de nuevo la vista en su cara. Me está mirando con el ceño ligeramente fruncido mientras da las últimas puntadas a la parte inferior del vestido.

—Perdón, sí. Me he perdido en mis pensamientos —murmuro, esforzándome por sonar tranquila.

—Estás muy seria. ¿Estás nerviosa?

—Un poco —admito. No por la razón que ella cree, claro.

—Es normal. Es tu último *homecoming* —dice con una sonrisa suave—. Solo quiero que te lo pases bien. Y que estés tranquila. Y guapa estás, de eso no hay duda —añade, acomodándome un mechón detrás de la oreja.

—¿Podemos dejar ya de hacer ajustes? —le pido, y doy un pequeño paso atrás—. El vestido está bien, mamá. Me gusta cómo se ve.

—Sí, sí. Ya he terminado —responde con un suspiro nostálgico.

En el porche, mi padre sigue de pie, con los brazos cruzados y una expresión de portero de discoteca. No ha dicho una palabra en los últimos cinco minutos, pero su silencio habla más que cualquier advertencia.

—¿Qué pasa, papá? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Está de mal humor porque el instituto no le permitió supervisar la entrada del baile. Al parecer, va a haber profesores vigilando que todo esté bajo control, pero él no está en la lista. Y menos mal.

—¿Por qué parece que vaya a matar a alguien? —pregunta Maisie divertida desde la puerta.

—Porque no lo han dejado estar en la entrada como un matón profesional, amenazando a los chicos que se me acerquen —contesto, medio en broma. Solo medio.

Mi madre suelta una risa justo cuando las luces de un coche iluminan el jardín. Reconozco el sedán de Cassidy al instante, y veo a Emma saludando desde el asiento del copiloto. Mi estómago da un pequeño vuelco.

Es oficial: la noche del *homecoming* ha comenzado.

—Antes de que te vayas —dice mi padre, enderezándose—, necesito recordarte unas cuantas cosas.

—Papá...

—Primero: nadie debe tocarte por debajo de los codos. Segundo: si algún imbécil intenta algo, recuerda que sé rastrear personas. Y tercero —añade con tono serio—: si es del equipo, dile directamente de parte de tu padre que está expulsado.

—¡Papá! —protesto, entre divertida y avergonzada.

Maisie se ríe con ganas y mi madre se limita a negar con la cabeza mientras me acomodo el vestido. Es de satén amarillo, de espalda abierta y tirantes cruzados. Lo elegí porque no se parece a nada que haya usado antes. Y porque, según la dependienta, resalta mi melena rubia y ese último rastro de bronceado que me queda.

El coche de Cassidy se detiene frente a la acera. Emma baja con un chillido emocionado.

—¡Lexi! ¡Pareces sacada de una película!

Cassidy, como siempre, sonríe con calma.

—Estás preciosa —comenta, sincera.

Emma lleva un vestido verde esmeralda con escote corazón y brillos discretos, que contrastan con su melena pelirroja recogida en una coleta alta. Cassidy, en cambio, ha optado por uno negro, satinado, de tirantes finos y con un poco de escote, elegante y minimalista como ella.

Nos damos un abrazo rápido y, tras una última mirada —más de advertencia que de despedida— de mi padre, bajamos del porche. Mamá agita la mano con los ojos brillantes y Maisie nos graba con su móvil como si fuéramos celebridades.

Me acomodo en el asiento trasero mientras Cassidy arranca. El coche avanza lentamente por la calle y, al mirar por la ventana, veo a mi padre aún en el porche, firme.



El aparcamiento del instituto ya está casi lleno cuando llegamos. Luces por todas partes, música a lo lejos y grupos de alumnos haciéndose fotos junto a un arco de globos dorados y blancos. Los flashes van y vienen como si fuera la alfombra roja.

Cass maniobra en silencio mientras Emma, por tercera vez, saca el *gloss*.

—¿Listas? —pregunta, aparcando con una sonrisa.

Asiento y me aliso las arrugas del vestido. Respiro hondo. Esta noche es mía.

Abro la puerta con cuidado. El gimnasio está iluminado y una alfombra negra lleva hasta la entrada. Cerca, los profesores revisan tickets y hacen como que no están cansados de ver tanto brillo.

Estoy observándolo todo cuando alguien me levanta del suelo.

—¡Sorpresa, Lexi! —grita Lincoln, girando conmigo en brazos.

—¡Bájame! Vas a arrugarme el vestido —digo entre risas.

—Tienes razón —responde mientras me suelta con cuidado—. Buenas noches, señoritas.

Le doy un empujón suave mientras Emma y Cassidy se ríen desde el coche.

—Todos están ya dentro —añade él—. Y, por cierto..., estás increíble, Lexi. Bueno, las tres. A Zach se le va a caer la baba, Cass.

—¿Y eso a mí qué me importa? —escupe ella frunciendo el ceño.

Pero Lincoln la ignora, dispuesto a mantener su buen humor, toma la mano de Emma y la saca del asiento con un tirón leve. Estoy a punto de reñirlo por seguir siendo tan bruto incluso con traje, pero entonces me acuerdo.

—¡Espera! —exclamo de golpe, dándome la vuelta y rebuscando en mi bolso como una loca.

Pintalabios, móvil, pañuelos, un peine... ¿Dónde está? Mis dedos tocan algo suave y doblado. La tengo.

—Dame la mano —ordeno, algo nerviosa, mientras saco la pulsera.

Lincoln arquea una ceja, divertido.

—¿Somos pareja en el baile de *homecoming* y no lo sabía? —bromea, pero me obedece sin rechistar.

Mientras le ato la pulsera, noto cómo cambia el ambiente. La broma desaparece.

—Lexi... —murmura, reconociéndola—. Es igual que la de Zach.

Asiento. Hace varios años, Zachary se rompió el brazo en uno de los entrenamientos. Éramos unos críos. A pesar de que él no pudo jugar durante semanas, siempre lo obligaban a observar desde el banquillo, conmigo. Él estaba triste, así que un día le hice esa pulsera para intentar subirle el ánimo.

—Quería que tuvieras una. Como recordatorio. Sé que ya no somos unos niños y que este gesto ya no es tan especial...

Permanece en silencio. Mira la pulsera como si fuera mucho más que un simple hilo trenzado.

—Lo siento —susurro—. Me encerré tanto que no supe cómo volver. Gracias por quedarte. Incluso cuando me porté como una idiota, tú estuviste.

Me abraza sin decir nada. De esos abrazos que te devuelven al mundo.

—Estamos bien, Lex —murmura—. A veces hay que alejarse para saber a quién queremos cerca.

Sonrío.

—Además —añade, guiñándome un ojo—, quedará genial en las fotos.

Estoy a punto de bromear cuando una voz conocida nos interrumpe.

—¿Debería ponerme celoso? ¿No hay una para mí?

Me doy la vuelta despacio.

Blake está ahí. Con una americana oscura y el primer botón de la camisa desabrochado. Tiene las manos en los bolsillos y la mirada clavada en mí. Durante unos segundos, se queda callado, solo me observa. De arriba abajo. Su mirada recorre cada centímetro de mi vestido con cierta torpeza y, por un instante, juraría que se le olvida respirar.

—Si te soy sincera, esa es justo la reacción que buscaba, King —comento con una sonrisa ladeada, fingiendo seguridad mientras cruzo los brazos con sutileza—. ¿Qué pasa? ¿Nada que decir de mi vestido?

Él tarda un poco en reaccionar. Parpadea, como si algo lo sacara del sitio donde estaba.

—Estás... —Se aclara la garganta, y entonces ladea ligeramente la cabeza, pensando mejor sus palabras—. Estás guapa, Alex.

Lincoln suelta una risilla y nos da un pequeño empujón hacia las puertas del edificio.

—Vamos, estrellas de cine. Nos esperan focos, drama y probablemente palomitas frías.

Al entrar, la música y el bullicio nos envuelven. El gimnasio del Floramont High está irreconocible.

Las luces de colores parpadean al ritmo de «How You Get the Girl», de Taylor Swift, que hace vibrar el suelo bajo nuestros pies, mientras la mezcla de perfume caro, laca de pelo y algo ligeramente prohibido flota en el aire.

¿Es alcohol? Sí. Definitivamente alguien ha «potenciado» el ponche de cereza con algo que no estaba en el presupuesto del comité de catering.

Al fondo del salón, un arco dorado brilla sobre la tarima con un cartel que dice HOMECOMING: THE BEGINNING OF THE END. Es cursi, exagerado... y exactamente lo que necesitábamos.

A un lado, una mesa larguísima rebosa de dulces, bocadillos medio congelados y trozos de tarta medio desmoronados. Hay una fila constante de alumnos con vasos en la mano. Veo cómo Cassidy se pierde entre ellos mientras nosotros nos detenemos unos segundos para admirarlo todo. Emma se gira con una sonrisa traviesa.

—Vale, chicos. Hora de separarse. Me llevo a mi mejor amiga a la pista.

—¿Y si no quiero? —bromea Lincoln.

—Muy bonito —responde Emma, dándole un par de palmadas en el pecho—, pero de todas formas te vas. Vamos, Lexi.

—Nos vemos luego —añado rápidamente, y me despido con una sonrisa antes de dejar atrás a los chicos.

Emma no pierde tiempo. Me arrastra entre la multitud, sorteando cuerpos, vestidos brillantes y vasos medio llenos que amenazan con arruinar el mío. No pienso mancharme nada más llegar.

—¿Dónde está Cassy? —grita sobre la música.

—En la barra, consiguiendo algo de beber.

No ha pasado ni un minuto cuando ella aparece. Avanza entre la marabunta con esa mezcla de seguridad y hastío. La gente se aparta a su paso. Llega hasta nosotras con tres vasos en las manos y el ceño fruncido.

—Aquí tenéis —dice, repartiéndolos.

Voy a darle un sorbo, pero Cassy me lo aparta de los labios con reflejos de ninja.

—¿Qué haces? —protesto, frunciendo el ceño también.

Emma saca una petaca plateada de su bolso como si estuviera en una misión secreta.

—Un pequeño toque para animar la noche —suelta, divertida, mientras echa un chorrito en mi vaso.

Cassidy, como buena cómplice, espera pacientemente a que se mezcle antes de devolvérmelo.

Doy un sorbo. El sabor dulce me engaña, pero el ardor llega después, directo a la garganta.

—¡Puaj! ¡Podrías haber avisado de que esto quemaba! —me quejo, riendo.

Ellas se echan a reír también. Cassy prueba el suyo y pone exactamente la misma cara.

—Eres una floja —bromea, sacudiendo la cabeza—. Pero, sí, esto pega fuerte.

Y, entonces, nos dejamos llevar.

Bailamos como si no hubiera nadie mirando. Cantamos como si estuviéramos en un concierto privado. Las luces giran a nuestro alrededor y, por un momento, todo lo demás desaparece. Solo somos nosotras, y es perfecto.

Veinte minutos y muchas canciones después, nos refugiamos en un rincón menos concurrido. Las mejillas nos arden, el corazón late rápido y el tequila ya empieza a hacer de las suyas.

Brindamos con chupitos improvisados —conseguidos, por supuesto, en los baños de chicas. Sí, contrabando puro.

—¡Por nosotras y por esta noche! —grita Cassy, alzando su vaso con entusiasmo.

—¡Por nosotras! —repetimos Emma y yo al unísono.

Varios a nuestro alrededor se unen al grito sin saber por qué. Risas. Choques de vasos. Un brindis alborotado que termina con un trago rápido.

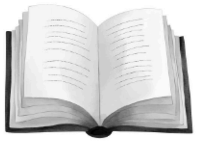
El ardor me hace fruncir la cara, pero me río. Estoy viva. Vibrando. Brillando. Y, entonces, como si alguien hiciera estallar una burbuja perfecta desde fuera...

—¿No vas a saludarme, Alexandra?

Y mi cuerpo se congela. Porque sé perfectamente de quién es esa voz.

28

Visitas inesperadas



Alexandra

Cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas no haber oído esa voz, pero la reconocería incluso entre un millón. Es Mason Dalton.

Mis amigas siguen bailando, ajenas al frío que se me instala en el pecho. La música retumba tan alto que ni siquiera giran la cabeza. Ojalá pudiera quedarme con ellas, fingir que nada ha pasado. Pero ya es tarde.

Me doy la vuelta y ahí está.

Plantado en medio del gimnasio, como si su presencia no fuera una puñalada. Lo encuentro más delgado, tal vez, aunque con esos mismos ojos marrones, la mirada soberbia, ese cabello castaño claro despeinado... que le dan ese aire de que todo le da igual. Me recorre con la vista de arriba abajo sin decir una palabra.

Necesito salir de aquí.

Ignoro su presencia, lo atravieso con la indiferencia más gélida que logro reunir, paso a su lado sin mirarlo siquiera..., pero él no lo permite. Me sujeta de la muñeca y me bloquea el paso, creyéndose con derecho a detenerme.

Me suelto al instante.

—No vuelvas a tocarme. —Las palabras me salen envenenadas, ásperas, y agradezco que la voz no me tiemble.

Agarro los laterales de mi vestido, tratando de contener la rabia, pero no hay nada que pueda frenar la ola de recuerdos que me golpea de lleno. Las discusiones, los gritos, los mensajes, las mentiras. Las humillaciones.

El odio es el único sentimiento que encuentro en cada rincón de mi alma.

—Estás... distinta —dice, como si eso fuera un cumplido.

Lo odio. Lo odio. Lo odio.

—¿Qué haces aquí, Mason?

Se encoge de hombros, con su típica arrogancia, y da un trago de su vaso sin apartar sus ojos de los míos.

—Solo he venido a ver a viejos amigos. —Su sonrisa ladeada me revuelve el estómago—. ¿No te alegras de verme? Yo sí me alegro de verte a ti..., aunque me expulsaran por tu culpa.

Estoy a punto de responderle. La rabia me quema la garganta, pero una voz interrumpe justo a tiempo para empeorarlo todo más.

Unas uñas perfectamente pintadas se aferran al brazo de Mason. No necesito mirar para saber quién es.

Cher Larsen.

Claro que sí. ¿Quién más iba a ser? Ahora todo encaja. El silencio de las últimas semanas, su repentina ausencia. No era casualidad, ni tampoco una tregua. Era una estrategia. Ella estaba preparando esto.

—Relájate, Lexi —dice con ese tono dulce y tóxico que le sale tan bien—. No todo gira en torno a ti, ¿sabes? Mason está aquí por mí. Es mi pareja del baile.

Ni siquiera la miro. No le voy a dar ese gusto.

Vuelvo a fijar la vista en Mason, aunque no sé cuál de los dos me repugna más.

—No puedes estar aquí, te expulsaron.

—¿Y qué vas a hacer? —se burla Cher—. ¿Chivarte otra vez? ¿Volver a hacerte la mártir? Crees que eres tan importante...

No lo soy. No para ellos. Pero, para mí, sí. Y no voy a quedarme aquí ni permitir que me pisoteen de nuevo.

Los miro por última vez, reuniendo todo el desprecio que he contenido durante meses. Y, entonces, me doy la vuelta y me voy.

Empujo la puerta sin mirar atrás. El aire fresco de la noche me golpea de frente, helándome la cara, pero me sabe a libertad.

Saco el teléfono del bolso con dedos temblorosos.

Pulso su contacto. Una vez. Dos tonos. No lloro. Aunque mi voz, cuando por fin contesta, suena rota.

—Papá...

«Ayúdame», quiero gritar. Pero me lo trago.

Hay un silencio al otro lado de la línea, tenso, cargado de esa preocupación que solo un padre puede sentir.

—¿Qué ha pasado, Alexandra?

Trago saliva, bajo la mirada y, aunque sé que no puede verme, niego con la cabeza. La voz se me escapa baja, quebrada, contenida.

—Está aquí. Mason. Está con... —Las palabras se me enredan en la garganta—. Lo han hecho a propósito. No sé cómo lo han conseguido, pero lo han hecho.

Mi padre guarda silencio unos segundos. Un silencio que pesa.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Qué ha pasado exactamente?

—Estoy... estoy fuera. No te preocupes, hay profesores por todas partes. Solo que... —Respiro hondo, aunque sigo sintiendo el nudo

en el pecho—. Me ha pillado desprevenida, papá. Me he sentido tan impotente...

—Lo sé, hija. Entiendo cómo te sientes. Pero escúchame bien: no debería estar ahí. Fue expulsado. Tiene prohibido acercarse al instituto, y él lo sabe. Está intentando provocarte. Y nadie molesta a mi hija, ¿me oyes? Esto no se va a quedar así.

—Papá...

—Voy a hacer una llamada ahora mismo. ¿Estás sola?

Abro la boca para responder que sí, pero justo entonces, como si el universo me escuchara, una silueta familiar aparece desde el otro extremo del aparcamiento. Blake.

Tiene el ceño fruncido y los hombros tensos. Mira a todos lados, hasta que me encuentra. Se detiene en seco al verme. Hay algo en su expresión que me remueve por dentro. Estaba buscándome.

—No. Justo ahora... justo está aquí Blake.

—Bien. Pásamelo.

Blake se acerca con paso decidido. Me estudia con la mirada, intentando descifrar si estoy bien, si necesito algo, si decir algo estaría de más. Antes de que pronuncie una sola palabra, le tiendo el teléfono.

—Mi padre quiere hablar contigo.

Me observa un segundo, pero no pregunta nada. Lo coge y se lo lleva a la oreja con calma. Su expresión se mantiene neutra, aunque puedo notar cómo sus ojos se endurecen un poco a medida que escucha. Solo responde con un par de «sí, señor» y «entiendo». Cuando cuelga, me lo devuelve con cuidado.

—¿Qué ha dicho? —pregunto, esta vez casi en un susurro.

Blake suspira, y por primera vez su gesto se suaviza.

—Que, como te descuide un segundo, me dejará en el banquillo hasta que me gradúe. Y que te lleve a casa si lo necesitas.

Asiento despacio, sin mirarlo. Él espera unos segundos y después pregunta con dulzura:

—¿Qué pasa, Alex? Te he visto salir del salón y... por cómo lo has hecho, joder, me he asustado. He ido tras de ti, pero te he perdido entre la gente. Tus amigas no sabían nada. Parecía... que hubieras visto un fantasma.

Mi garganta se cierra al oírlo. No sé por dónde empezar. Me siento pequeña, tonta... Aun así, lo digo.

—Mason está aquí. Con Cher.

Blake no reacciona de inmediato. Tuerzo el gesto, procesando lo que acaba de oír.

—¿Cómo que... aquí?

—Ha venido al baile como pareja de Cher, como si no lo hubieran expulsado, como si nada hubiera ocurrido. Estoy segura de que ha disfrutado haciéndome sufrir. Y yo no quiero irme. Estoy harta. Solo quiero que me dejen vivir mi maldita vida sin que me persigan todo el rato.

Me tiemblan los dedos. No sé si de rabia, de frustración o de dolor. Quizá de todo a la vez. Y antes de que pueda contenerlo más, las palabras se me escapan.

—No entiendo qué he hecho para que me odien tanto, Blake.

No me responde. Solo se mueve.

Hace lo que ya parece una rutina entre nosotros: se acerca, me abraza sin decir nada, me envuelve con sus brazos y deja que me esconda en su pecho. Sus dedos acarician mi pelo con una suavidad que me hace temblar. No es condescendiente. No es porque piense que estoy rota. Es su manera de decir «Estoy aquí. Está bien caerse un rato».

Permanecemos así unos segundos. Tal vez minutos. No hay prisa.

—No eres tú —murmura finalmente—. Son ellos. Te odian porque no te pueden controlar. Porque les hiciste frente. Porque fuiste más fuerte de lo que ellos esperaban.

Yo niego con la cabeza, contra su pecho.

—Estoy cansada de tener que ser fuerte todo el tiempo.

Él apoya el mentón en mi coronilla.

—Entonces no lo seas hoy. Pero quédate. Yo te cubro.

Cuando nos separamos, me siento más ligera. Un poco más entera. Me limpio las mejillas sin llorar, pero con esa emoción que pica detrás de los ojos.

—¿Sabes qué es lo peor? —le digo—. Que aún me siento culpable, como si yo hubiera hecho algo malo para merecer esto. Como si, por no haberme callado, por no haber aguantado más, ahora me tocara pagar las consecuencias.

—No, Alex. No te tocaba aguantar nada. Nunca.

Justo en ese momento, el móvil vuelve a vibrar entre mis dedos. Lo miro. Es mi padre. Contesto rápido.

—¿Papá?

—Van a echarlo. Acabo de hablar con la dirección. Han avisado a seguridad. Mason no debería haber pasado el control, pero, como han puesto a los profesores nuevos en la puerta, no lo han reconocido y ha entrado sin problemas. No creo que tarde mucho en estar fuera de allí.

Siento un peso caer de mis hombros. Uno enorme.

—Gracias. De verdad.

Pero él no cuelga. Su tono se vuelve más insistente.

—¿Estás completamente segura de que quieres seguir allí? Esto no es una prueba que debas superar. No tienes que quedarte para demostrar nada. Si en el fondo no estás bien, ven a casa. Te paso a buscar ya.

Cierro los ojos, respiro hondo. Me doy unos segundos.

—Estoy segura. Quiero quedarme aquí. No porque tenga que demostrar nada..., sino porque yo quiero. No voy a irme con la cabeza agachada, papá. Otra vez no. No ganarán.

—¿Y si vuelve a acercarse? ¿Y si ese crío hace alguna estupidez?

—Está Blake —respondo, mirando de reojo al chico que tengo a mi lado—. Y los profesores. Estaré bien.

Mi padre suspira profundamente al otro lado del teléfono. Lo visualizo frotándose el entrecejo, luchando contra sus ganas de venir a recogerme.

—De acuerdo. No me gusta, pero confío en ti. Me vuelves a llamar si pasa lo más mínimo. ¿Sí?

—Sí. Te lo prometo.

—Te quiero, hija.

—Y yo a ti.

Cuelgo. Me guardo el móvil en el bolso y dejo escapar una exhalación temblorosa. Cuando levanto la vista, Blake me está mirando con una expresión que no le había visto antes.

Rabia contenida.

—¿Lo han dejado entrar sin más? ¿Sin revisar nada? —pregunta, serio, la mandíbula apretada.

Asiento, aunque no necesito decir mucho más.

—Qué asco... —murmura, negando con la cabeza. Se pasa las manos por el pelo con desesperación—. ¿Y ningún profesor ha hecho nada? ¿Nadie ha reconocido a ese imbécil?

—No. Pero ya está. Mi padre ha hablado con Dirección. Van a echarlo.

Blake no responde, aunque lo conozco. Lo bastante para saber que, si no estuviésemos solos, si no tuviera que dejarme sola, ya habría desaparecido del mapa para ir a buscarlo.

No sería la primera vez que uno de ellos —él, Lincoln, incluso Emma— se enfrentara a Mason.

Camina unos pasos, como intentando soltar la furia que lo recorre por dentro. Luego se detiene, con los puños apretados, y evita mirarme. Así que hablo yo. No solo por mí, sino por él también.

—Vamos a entrar.

Él levanta la cabeza y me mira, como si no se creyera que sea yo quien dice eso, que siga en pie. Pero no doy marcha atrás. Le tiendo la mano. Firme. Segura.

—¿Listo? —digo.

Blake suelta un resoplido. Esa especie de risa breve que se escapa cuando alguien intenta mantener la compostura.

—Debería preguntártelo yo a ti.

—Lo has hecho todo este tiempo —contesto con suavidad—. Ahora me toca a mí.

Mi respuesta le arranca una pequeña sonrisa. No del todo alegre, pero sí genuina. Entonces me toma la mano con fuerza. Con decisión.

—¿Segura, Baxter?

—Sí. —Le regalo una media sonrisa—. Vamos a volver. Quiero que me recuerden por cómo vuelvo, no por cómo he salido corriendo.

—Pues entremos como si nada hubiese pasado.

Y, esta vez, lo hacemos juntos. Sin miedo. Sin vergüenza. Y con la certeza de que ya no estoy sola.

29

Cómo no perder a un chico en diez días



Blake

Llevo toda la noche sin quitarle los ojos de encima. Joder..., me está volviendo loco. Por eso he notado al instante que algo iba mal, por eso he salido detrás de ella sin pensarlo y por eso ahora mismo la llevo de la mano mientras cruzamos el gimnasio sin que nada más parezca importar.

Y aunque su postura es firme, aunque camina como si nada pudiera tocarla, yo sé que por dentro sigue sacudiéndose todo lo que ha tenido que tragar. Así que no puedo evitarlo: tiro suavemente de su mano y me acerco a su oído.

—Eres impresionante.

Ella gira un poco el rostro hacia mí. Hay un brillo extraño en sus ojos, mezcla de rabia y alivio, y, cuando nuestras miradas se encuentran, el mundo alrededor se difumina. Su respiración aún está agitada, y la mía... no se queda atrás.

—Lo sé —responde con una media sonrisa, esa que me vuelve completamente idiota—. Pero gracias por cubrirme siempre las espaldas.

Su voz suena más suave ahora. Aunque sigue firme. Fuerte. Es jodidamente valiente. Y si ya la admiraba antes, ahora para qué hablar.

La música vuelve a explotar al fondo, las luces giran y vibran ajenas a lo que acaba de pasar, como si Mason no hubiera vuelto a cruzar una línea que no debía. Pero ella... ella ha vuelto a entrar. Con la cabeza alta. Conmigo al lado.

Antes de reunirnos con los demás, me detengo. La obligo a frenarse también, solo un segundo.

—¿Estás bien?

Ella asiente, pero no de esa forma vacía que la gente usa para salir del paso. Esta vez hay convicción.

—Sí, solo necesitaba sacarlo de mi vida. Por completo.

—Lo has hecho —respondo con una sonrisa—. Y ha sido increíble.

Ella suelta una pequeña risa y siento que se me calienta el pecho.

—¿Increíble? ¿Qué, te gusta ver peleas en primera fila?

—No, me gusta verte ganarlas.

Me mira de una manera que no me espero, una mezcla entre ternura y sorpresa; como si no terminara de entender qué veo en ella; como si no supiera que, desde hace tiempo, la respuesta es «todo».

Nos quedamos quietos un segundo. Demasiado cerca. Su respiración roza la mía y yo... tengo que contenerme. Porque este momento es suyo, y no quiero robárselo.

Cuando regresamos con el grupo, noto cierta preocupación en sus rostros, pero Alexandra le resta importancia lanzándoles una sonrisa rápida. Supongo que prefiere explicarlo en otra ocasión. Y lo respeto.

Le cuesta un poco volver a integrarse y disfrutar como antes, aunque con el paso de los minutos empieza a soltarse. Se ríe con

Emma, baila con Lincoln y hasta canta una parte ridícula de una canción a gritos. Aun así, no puedo evitar notar cómo, de vez en cuando, su mirada se desliza por el gimnasio, buscando entre la gente. Supongo que quiere asegurarse de que ya no están ahí, de que no volverán.

Dos horas más tarde, la fiesta comienza a decaer. La mayoría de los estudiantes están tirados en los sofás, medio dormidos, y, mientras, otros intentan exprimir hasta el último minuto en la pista de baile. Es entonces cuando lo decido: ahora o nunca.

Me acerco al DJ y le hago una petición.

Cuando las primeras notas de «You're So Vain» empiezan a sonar, Alexandra suelta una carcajada que me hace girar la cabeza de inmediato. Está justo a mi lado y me mira como si no pudiera creérselo.

—¿En serio, Blake? —dice, negando con la cabeza mientras las parejas se agrupan lentamente para volver a la pista de baile.

Le tiendo la mano con una sonrisa ladeada.

—No podía permitir que tu vestido no se luciera.

Ella resopla, intentando disimular que le encanta, y deja su mano en la mía. La guío hasta el centro de la pista. La agarro con suavidad por la cintura mientras ella me rodea el cuello con los brazos.

Hace unas semanas, esta escena habría sido impensable. Pero ahora está aquí, conmigo. Sin miedo. Sin esconderse. Y, por primera vez, parece que tampoco le importa que los demás nos miren.

—Pero no esperes que también cante la canción cambiando la letra y poniendo tu nombre como hizo Andy en la película —bromea, alzando una ceja.

Me río bajito, acercándola un poco más hacia mí.

—Una lástima. Hubiera sido el cierre perfecto para esta noche.

Ella pone los ojos en blanco, pero la sonrisa en sus labios la delata. El mundo alrededor se va desdibujando poco a poco: los murmullos, las luces del gimnasio parpadeando, incluso la música se siente lejana... Parece que solo existamos nosotros dos en medio de la pista. Sus dedos juegan distraídos con el cuello de mi camisa, y yo dibujo círculos lentos en su espalda, grabando en mi memoria cada segundo.

—Nunca pensé que bailar contigo sería tan... normal —susurra ella, como si se sorprendiera de lo fácil que resulta estar así, pegada a mí.

—Pues acostúmbrate —respondo, bajando la voz a propósito—. Porque pienso repetirlo.

Ella inclina la mirada un instante, mordiéndose el labio, y cuando vuelve a alzarla siento que me deja atravesar un poco más ese muro que siempre levantaba. En sus ojos hay un brillo inconfundible.

Y mientras bailamos, con la voz de Carly Simon flotando sobre nuestras cabezas y todo lo demás detenido, solo puedo pensar en una cosa: no quiero que esta noche termine.



Retiro lo dicho.

Solo quiero que la noche acabe.

Voy al volante de mi coche y, si hubiera sabido que por no beber me tocaría ser el chófer de todos, me habría inyectado tequila en las venas.

Zach y Lincoln van en el asiento trasero, demasiado borrachos y pesados. Llevan más de quince minutos hablando sin parar, encadenando tontería tras tontería, y, para mi desgracia, Alexandra —que en algún punto de la noche ha decidido beberse hasta las

reservas de la fiesta— les ríe todas las gracias desde el asiento del copiloto. A carcajadas.

—¡No, no, no, espera! —balbucea Lincoln entre risas—. ¡Déjame contar otra!

—Dios, no —mascullo, pero nadie me escucha.

Alexandra se está ahogando de la risa, con la cabeza apoyada en el asiento y los ojos brillantes de diversión. Zach choca su puño contra el de Lincoln antes de seguir con sus bromas.

—¡No puedo más! —estalla Alex, secándose las lágrimas.

—Créeme, yo tampoco —murmuro, pero, de nuevo, nadie me escucha.

Definitivamente, la próxima vez que haya fiesta, sí beberé.

Cassidy ha empezado a sentirse mal justo antes de que terminara la noche y, como Emma vive cerca, se ha ofrecido a llevarla. Alexandra ha insistido en acompañarlas, pero, como su casa queda en la dirección contraria, al final seré yo quien la lleve.

Lincoln intenta continuar con su historia, pero se atraganta de tanto reírse. Zach le da unas palmadas en la espalda mientras Alexandra se gira en su asiento para ver mejor la escena.

—Dios, Lincoln, respira —se burla, secándose otra lágrima.

Él levanta un dedo, como si pidiera tiempo.

—Lo intento..., pero es que...

Y vuelve a estallar en carcajadas, arrastrando a Alexandra con él. Zach también se ríe, hasta que de pronto se endereza y señala por la ventana con la emoción de un niño que acaba de ver nieve por primera vez.

—¡Eh, Blakey-Blakey, párate en ese autoservicio! Necesito comida.

Aprieto la mandíbula.

—Como me vuelvas a llamar así, voy a parar, pero solo para dejarte tirado.

Lincoln resopla, recuperándose como puede del ataque de risa.

—¡Vamos, Blake! Solo unas patatas... —gimen los dos, casi al unísono.

—¿Y una hamburguesa? —interviene Alexandra, mirándome con una sonrisa de lo más inocente.

—Tú ni siquiera puedes pronunciar correctamente «hamburguesa» ahora mismo —le digo, medio en broma, medio en serio.

Ella se encoge de hombros, con esa sonrisa pícara que le sale cuando sabe que está ganando.

—No necesito pronunciarla, solo quiero comérmela —replica—. Por favor —añade, subiendo la apuesta con ojos de cachorrito.

Y aquí es donde debería mantenerme firme. Ignorar las súplicas. Seguir conduciendo y ser responsable. Pero entre la risa de Alexandra, las caras de los otros dos idiotas y el hecho de que, en el fondo, tampoco me molestaría comerme una...

Suspiro, derrotado, y pongo el intermitente.

—Sois insoportables.

Los vítores por su victoria casi me dejan sordo.

Me acerco a la ventanilla del autoservicio, con el coche lleno de borrachos felices y Alexandra tarareando una canción inventada. No puedo evitar sonreír.

Quizá esta noche no ha estado tan mal, después de todo.

Antes de que pueda desearle buenas noches a la chica que atiende, los idiotas del fondo se me adelantan.

—Una doble de queso, unas patatas grandes y un batido de vainilla —dice Zach, con tono ceremonioso, como si estuviera en un restaurante con estrella Michelin.

—Dos de eso —añade Lincoln, asomando la cabeza por encima del asiento—. Y nuggets. Muchos nuggets.

—¿Algo más? ¿Una pizza familiar? ¿Postre? ¿Unas servilletas de oro? —resoplo mientras la chica del altavoz espera.

—¿Tienen churros? —pregunta Alexandra, con tono curioso.

—NO. Tú querías una hamburguesa —respondo antes de que la pobre trabajadora tenga que seguir escuchando nuestras tonterías.

Hago el pedido lo más rápido posible y, en cuanto nos dan la bolsa, los dos de atrás se abalanzan sobre ella como si lleváramos tres días en el desierto. Alexandra abre su caja como si fuera una reliquia y empieza a comer con una sonrisa de satisfacción.

—Esto es lo mejor que me ha pasado esta noche —dice, con la boca medio llena.

—¿En serio? ¿Y yo qué? —pregunto, fingiendo indignación.

—Tú estás en el top tres, junto a estos nuggets y la música de Carly Simon.

—Perfecto —murmuro, aunque no puedo evitar sonreír.

Zach intenta comerse su hamburguesa con una sola mano y termina manchándose toda la camisa. Lincoln se ríe tanto que casi se atraganta con una patata.

—Dios, sois como niños —digo mientras Alexandra se limpia con una servilleta, con una risa suave que empieza a apagarse poco a poco.

Ella se gira ligeramente hacia mí, y me doy cuenta enseguida de que ya no está tan dispersa. Me mira con más claridad. Como si la comida, la risa y el paso de las horas la hubieran ayudado a serenarse.

—Gracias por llevarme —dice de repente, más dulce.

—¿Te vas a poner sentimental ahora, Baxter?

—No. Bueno, un poco. Pero, de verdad..., gracias.

Asiento en silencio y me concentro en la carretera. Zach se queda dormido con la cabeza en el hombro de Lincoln y, al fin, el Jeep se

llena de una paz inesperada.

Los dejo primero a ellos, a Zach en su casa —después de tocar el timbre como cinco veces para que alguien saliera a abrirle—, y a Lincoln apenas unos minutos más tarde. Cuando él se baja, lanza una última frase por la ventanilla:

—¡No hagas nada que yo sí haría!

Cierro la puerta con fuerza y, por fin, el silencio.

Solo ella y yo. Y de repente todo se siente diferente.

Alexandra ya no está riéndose a carcajadas ni inventando canciones. Va más tranquila, con la cabeza recostada contra la ventanilla, observando las luces que dejamos atrás.

De vez en cuando, su reflejo se cruza con el mío en el cristal, y tengo que obligarme a mirar la carretera.

A mitad de camino empieza a llover. No de golpe, sino como una advertencia tenue. Gotas erráticas que pronto se convierten en un repiqueteo constante sobre el techo. Ella sonríe apenas, sin decir nada, y apoya la frente contra el cristal empañado. Yo reduzco la velocidad. No hay prisa por llegar.

Cuando aparco frente a su casa, la lluvia ya es una cortina densa que lo cubre todo. Alexandra suelta un leve suspiro, pero no se mueve de inmediato.

—¿Vamos? —pregunto.

—Vamos.

Salimos corriendo bajo la lluvia. Le paso mi americana por encima sin pensarlo y, aunque protesta, no me la devuelve. Corremos entre charcos, resbalamos, nos reímos como si nada importara, como si el mundo se hubiera reducido a nosotros y esta tormenta.

Cuando llego a la parte cubierta de su porche, sacudiéndome el agua del pelo, su voz me detiene.

—Blake.

Me giro. Y ahí está. De pie en mitad del jardín, empapada hasta los huesos, con el pelo pegado al rostro y los ojos más vivos que nunca.

—Ven. Baila conmigo.

—¿Te has vuelto loca? Tus padres están ahí... Además, está lloviendo.

—Ven aquí, King.

No sé si es por su voz, por cómo me mira, o por el hecho de que siempre termino siguiéndola sin pensarlo, pero mis pies se mueven solos. Bajo los escalones en dos zancadas y en un segundo ya la tengo delante.

La lluvia cae con fuerza, pero ninguno de los dos se inmuta.

Ella me rodea con los brazos, pega su rostro a mi pecho y me aferra como si tuviera miedo de soltarme y bailar bajo la lluvia fuera lo único que pudiera salvarnos esta noche. Y yo no puedo hacer otra cosa que sostenerla, que grabar este instante en mi mente como si fuera sagrado.

Inhalo su olor a vainilla, con esa mezcla entre tormenta y calma que solo existe en su piel. Joder, nunca voy a cansarme de esto. De ella. Lo tengo tan claro que asusta. No importa lo jóvenes que somos, ni todo lo que hayamos hecho mal. Alexandra ya está dentro de mí. En mi historia. En mi sangre. Va a quedarse ahí para siempre.

—¿Sabes? —murmura de pronto, su voz baja, como si le costara sacarla—. Me pareces una persona increíble.

Sus palabras se disuelven entre el ruido de la lluvia. Trago saliva. No sé qué responder a eso. Nunca sé qué hacer con ella cuando se abre así. Cuando deja caer las paredes que la protegen.

—No solo por cómo eres con los demás, sino por cómo eres conmigo. Porque... no entiendo cómo lo haces, pero siempre estás.

Hace una pausa y baja la mirada. Sus dedos se aferran a mi camisa empapada.

—Me prometí que este año iba a ser distinto. Que no iba a volver a confiar tan fácil. Que no iba a dejar que nadie me descontrolara otra vez. Pero estoy sintiendo tanto que ya no sé qué hacer con todo esto, Blake. Y me asusta. Mucho.

Traga saliva.

—Pero contigo no es algo que pueda evitar. No quería, pero contigo... es imposible no hacerlo. Porque tú me haces sentir a salvo. Porque ves cosas en mí que yo ni siquiera sabía que estaban ahí. Porque me miras y, por primera vez, siento que brillo.

Mi pecho se encoge. Joder, si ella supiera... si supiera todo lo que significa.

La acaricio despacio, le rodeo el rostro con ambas manos y acerco mi frente a la suya. La tormenta es solo un murmullo. Ella y yo, eso es lo único que existe ahora.

No quiero presionarla. Pero la necesito. Cierro los ojos un segundo para asegurarme de que ella también quiere, necesito que ella dé el paso.

—Bésame, por favor —susurro, con la voz tan rota como el corazón—. Si no sabes qué hacer con lo que sientes..., bésame, Alex. Por favor.

Y entonces sucede.

Siento cómo se acerca. Cómo sus labios rozan los míos primero con timidez, apenas un roce, como si tuviera miedo de romper algo. Mi respiración se corta en seco. Un instante, solo un instante, en el que casi puedo contar los latidos de su corazón golpeando contra mi pecho.

Pero cuando le respondo, cuando la beso de verdad, ella también lo hace.

Al principio es lento, inseguro, un vaivén que tantea hasta dónde podemos llegar sin que ninguno salga huyendo. Sin embargo, en cuanto profundizo el beso, en cuanto mis manos se deslizan hacia su cintura para acercarla más, ella también se rinde. Se agarra a mí con fuerza, como si necesitara anclarse en medio de la tormenta y yo fuera lo único que pudiera mantenerla en pie.

El agua nos empapa, corre por su cuello, se mezcla con nuestras bocas y aun así nada importa. Ni el frío, ni la certeza de que cualquiera podría vernos. Solo estamos ella y yo. Solo existe este beso.

Abre la boca con torpeza, parece que nunca haya querido tanto probar algo y, joder, casi me derrumbo. Porque Alexandra besa como alguien que tiene miedo de perderlo. Como alguien que siente demasiado.

Mis dedos suben hasta enredarse en su melena mojada, tirando de ella con suavidad. Su sabor es una mezcla de lluvia y vainilla, algo tan contradictorio que me quema en la lengua y me calma a la vez. Y yo me pierdo en su boca, en el calor que desprende, aunque estemos empapados, en el temblor de su cuerpo contra el mío.

Se separa apenas para tomar aire, pero no me da tiempo a decir nada porque vuelve a buscarme, más decidida, como si temiera que, si se detiene, yo desaparezca.

Ella tiembla. No sé si de frío o de todo lo que está sintiendo, pero la sujeto con firmeza, pegándola más a mí, prometiéndole en silencio que no voy a soltarla. Nunca.

Su risa se escapa entre beso y beso, nerviosa; da la impresión de que ni siquiera pudiera creerse lo que está pasando. Yo sonrío contra su boca, porque esa risa me atraviesa entero, porque nunca la había sentido tan mía como en este momento.

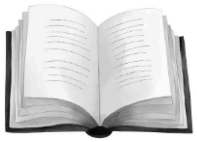
Y entonces, cuando la miro, con su frente pegada a la mía, con sus labios enrojecidos y los ojos brillando como si la tormenta estuviera dentro de ellos, lo entiendo todo. No hay vuelta atrás.

La beso otra vez. Una, dos, mil veces más. Intento grabar cada segundo en mi piel, como si la vida dependiera de que no dejara de hacerlo.

Porque ese beso... ese beso lo cambia todo.

30

Confesiones



Alexandra

Sus labios buscan los míos con una urgencia que me desarma. No sé cómo, ni cuándo, ni por qué, pero está aquí, conmigo, y eso es todo lo que importa. Siento el calor de sus manos en mi cintura, el temblor en su cuerpo que se mezcla con el mío, la lluvia que nos envuelve y convierte esta noche en un instante eterno.

Me dejo llevar, sin miedo, sin pensar. Cada roce de sus labios es una promesa y un descubrimiento. Mi corazón late tan fuerte que siento que podría romperme el pecho para escapar y gritar lo que me niego a decir en voz alta. Las lágrimas brotan sin permiso, se mezclan con la lluvia y con el sabor salado de su boca.

Entonces, su aliento roza mi oído.

—No sabes el efecto que tienes sobre mí... —murmura, con una voz rasgada, casi quebrada.

La frase me atraviesa, me prende fuego por dentro. Y me entrego más, sin reservas, sin orgullo, a ese beso que parece ser todo lo que me importa ahora mismo.

—Blake... —susurro contra sus labios, y él me responde con un beso más profundo, más lento, como si quisiera quedarse aquí para siempre.

Siento su aliento mezclado con el mío, el latido acompasado de dos cuerpos que se buscan y se encuentran en medio de la tormenta. Y justo cuando me pregunto si esto es un sueño...

Abro los ojos de golpe.

Me incorporo en la cama, con la respiración agitada y el corazón golpeando como si hubiera corrido un maratón. Me lleva unos segundos reconocer mi habitación, el techo blanco, la luz que se filtra por las cortinas. El silencio.

El pijama está pegado a mi piel por el calor sofocante. Me dejo caer de nuevo sobre la almohada, intentando ordenar mis ideas, pero la imagen de Blake sigue ahí, tan clara como si aún estuviera frente a mí.

Me obligo a levantarme e intentar dejar de pensar en él. Después de una ducha rápida para despejarme, me pongo unos vaqueros largos y un top a juego, nada del otro mundo, pero ya empieza a hacer un poco más de frío durante el día. Me miro en el espejo y veo a una versión de mí con las mejillas más rosadas de lo normal y una sonrisa tonta que intento borrar con un par de muecas. Fracaso total.

Bajo las escaleras intentando adoptar la expresión más neutra del planeta, pero, en cuanto entro en la cocina, sé que voy a perder esta batalla.

Mi madre está de pie junto a la isla, batiendo algo en un bol; mi padre, frente a la gofrera, frunce el ceño como si estuviera interrogando a la masa, y a mi hermana, sentada con un vaso de zumo, se le ilumina la mirada en cuanto me ve.

—Buenos días, cariño —saluda mamá con un tono tan dulce como cargado de intención—. ¿Has dormido bien? ¿A qué hora llegaste? No te oí entrar... ¿Lo pasaste bien?

—Sí..., normal. Perdón por llegar tarde, mamá, la próxima vez te avisaré —contesto mientras me sirvo café, procurando que no se note que estoy escondiendo el beso más intenso de mi vida.

Ella me observa con interés, como si yo fuera el nuevo episodio de su serie favorita.

—No te preocupes. Yo también tuve tu edad —dice arqueando las cejas con aire cómplice—. Entonces..., ¿la noche estuvo interesante?

—Sí. —Me encojo de hombros.

Ese «sí» seco parece encender todas las alarmas maternales.

—¿Y había... chicos? —pregunta mientras sirve fruta en un bol con un disimulo pésimo.

Necesito buscar una escapatoria antes de que me pille. Me doy cuenta rápido de que la expresión de mi padre es demasiado tranquila, y normalmente se pone tenso si se menciona a chicos cerca de mí. La única explicación es que anoche, cuando lo llamé, no le contó a mamá lo de Mason. Y aunque es lo último de lo que me apetece hablar ahora mismo... es la salida perfecta.

—Mason estuvo allí.

Mi padre suelta la gofrera de golpe, Maisie escupe el zumo y a mamá se le caen varias uvas fuera del bol. Es mi hermana quien reacciona primero.

—¡¿Qué?! ¿Ese imbécil fue al baile? ¡Si está expulsado! Está prohibidísimo... ¿verdad, papá?

—Sí, Maisie. Lo está. Y no digas palabrotas —responde él, serio.

Mamá sale en ese mismo instante de su trance.

—Un momento... ¿cómo que estaba allí? ¿Te molestó? ¿Cómo le permitieron entrar? Voy a tener que hablar con sus padres otra vez.

Lo de ese chico no es normal... ¿No te ha hecho sufrir suficiente?

—¡No! Mamá, no hables con nadie, por favor. No quiero más líos. Este año estoy pasando desapercibida y quiero que siga siendo así. No soporto la idea de que todo el mundo vuelva a hablar de mí.

—Lexi...

—No, el último curso fue horrible —la corto, sintiendo la garganta apretada—. Cuando lo expulsaron, Cher se enfadó conmigo y la gente no paraba de mirarme. Era espantoso andar por los pasillos así...

Sé que le pido algo difícil: que no actúe para protegerme. ¿Cómo se le pide a una madre eso? Y aunque yo fui la que se llevó la peor parte, mi madre estuvo allí para aguantarme en mis peores días.

Cuando todo empezó, creí que podría manejarlo sola, que sería una ruptura como cualquier otra, pero después vinieron las burlas, los rumores, sus amigos acosándome por los pasillos, las conversaciones privadas que comenzó a mostrar... Lo supe por las miradas y los comentarios. Y luego la guinda: filtró unas fotos que uno de sus estúpidos amigos nos hizo en los baños del gimnasio; me sentí tonta por caer en la trampa de esos chicos, y Mason se encargó de que todo el mundo las viera.

Cuando entendí que la situación se había salido de madre y que todos tenían imágenes íntimas mías, no tuve más opción que avisar a mis padres. Ambos se enfurecieron, aunque papá fue el más sereno.

—No te preocupes, mamá —aclaro, bebiendo un sorbo de café—. Ayer intentó molestarme, pero no se lo permití. Enseguida llamé a papá.

—¿Que llamaste a papá? —Mi madre se gira hacia él, enfadada—. ¡¿Y no me dijiste nada?!

—Era tarde, Helen. No quería preocuparte hasta tenerlo todo bajo control. Además, cuando volví a hablar con Alexandra, me dijo que quería quedarse, así que preferí que fuera ella quien lo contara si quería.

Agarro mi café y me siento en el taburete, dando por zanjada la conversación, pero mi padre no puede evitar preguntar:

—Bueno... ¿y había algún otro chico molestándote más de la cuenta?

Respiro hondo, me levanto del taburete y doy un paso hacia las escaleras.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Como qué?

—Como... —improviso— quedar con las chicas.

—¿A qué hora? —salta él.

—Ahora. Probablemente en casa de Cassidy —respondo rápido mientras saco el móvil para escribirles antes de que alguno siga interrogándome.

Mientras subo a mi habitación a cambiarme, oigo a papá gritar desde la cocina:

—¡Alexandra! ¿Había chicos o no?



Media hora más tarde aparco mi coche frente a la casa de Cassidy. Es la primera vez que vengo, pero ya desde fuera noto que la fachada es idéntica a la de Emma, típico de este vecindario.

Cassidy me abre la puerta con el ceño fruncido y una mano en la frente, como si la luz le hiciera daño.

—Te veo radiante esta mañana...

—Muy graciosa, Baxter —responde dejándome pasar—. No entiendo cómo tú estás tan bien si incluso te fuiste más tarde que nosotras. La vida es injusta.

Me río y me cuelgo el bolso al hombro mientras observo que, efectivamente, la distribución es igual a la de casa de Emma. Giro a la izquierda y ahí está el salón... y, tal como esperaba, mi mejor amiga tumbada en el sofá, con una taza de café en la mano y un bol lleno de galletas a su lado.

—¡Por fin! —exclama la pelirroja incorporándose un poco—. Siéntate y desembucha. Necesito saberlo todo de anoche, todo.

Me dejo caer junto a Cassy, que se acurruca con una manta como si fuera un gato herido. Claramente los chupitos de ayer la han dejado fuera de combate.

—Vale, primero, lo de Mason... —empiezo a decir, y enseguida las dos ponen cara de interés absoluto.

Les narro con detalle el momento en el que Mason apareció decidido a arruinarme la noche y, cuando todavía no he llegado a la parte en la que volví a entrar en el gimnasio, una voz me interrumpe.

—Es un inútil —sentencia Cassidy sin esperar a que acabe—. Siempre lo he pensado.

—Créeme, lo es, solo hay que ver los aires de creído con los que va siempre —la secunda Emma, poniendo los ojos en blanco.

—Pero... —Cassidy alarga la palabra con un tono sospechoso, dándome golpecitos en el brazo— lo de Blake...

—Cállate —murmuro, empujándola con el codo.

—Oh, vamos, Lex, admítelo. Fue romántico... —insiste.

—Ya te digo —suelta Emma con expresión soñadora—. A mí me coge el capitán del equipo de la mano, con traje y todo, y me lleva dentro... y me derrito.

—Esos ojos verdes... —prosigue Cassidy dramáticamente.

—Ese pelo negro revuelto... —continúa Emma.

—¡Vale ya! —interrumpo con una carcajada—. Sí, lo admito, fue romántico, mucho..., pero, si tanta envidia tenéis, tú —señalo a Cass — puedes volver con Zach.

Ella hace un gesto como si fuera a vomitar.

—Y tú —ahora miro a Emma— puedes irte con el que queda del trío, Lincoln.

—Por Dios, no —replica ella con una mueca—. Lo conozco desde que medía apenas un metro. Mejor como amigos.

Cassidy me da un empujoncito con el hombro.

—Bueno... ¿y qué pasó después de que nosotras nos fuéramos?

—No mucho... Pusieron un par de canciones más, Blake nos llevó a casa... Pero, como teníamos hambre, paramos en una hamburguesería. Después dejamos a los chicos primero y... —Me callo de golpe, mordiéndome el labio.

Las dos se inclinan hacia mí al mismo tiempo, como tres espías en medio de una misión.

—¿Y...? —preguntan al unísono.

—Y... —digo muy bajito, tan bajito que apenas me oigo yo misma — lo besé.

Silencio. Por medio segundo. Luego, gritos.

—¡¿QUÉ?! —Cassidy me agarra del brazo intentando sacarme la verdad.

—¡Lo sabía! —Emma salta sobre el sofá como si hubiera ganado la lotería—. ¡¿Cómo fue?! ¡Dime que fue de película!

—Fue un beso normal... —miento, sintiendo cómo me arde la cara.

—¡No nos mientas, Alexandra! —Cassidy se inclina tanto que su nariz casi roza la mía—. ¿Y él qué hizo? ¿Sabes qué? No me lo digas,

me voy a morir de envidia.

—Vale...

—¡¿Estás de broma?! ¡Cuéntamelo todo, ya!

Respiro hondo.

—Fue... No sé qué me pasó. Esta es la segunda vez que me atrevo a decirlo en voz alta, y creo que todavía me cuesta, pero ahí va: me gusta Blake King. Y se lo dije, no sé ni por qué, pero, en cuanto empecé a hablar, todo salió solo. Necesitaba que lo supiera. Le confesé que me gustaba tanto que me asustaba, que no sabía qué hacer con todo lo que estaba sintiendo.

—¡Esa es mi mejor amiga! —grita Emma, saltando como una niña.

—Y ahí es cuando él me sorprendió... Me pidió que lo besara. Y yo... lo hice.

Más gritos.

Emma se deja caer contra los cojines como si necesitara recuperarse. Cassidy se pone de pie y aplaude como si estuviera en un concierto.

—Vale, es oficial: estoy obsesionada con vosotros —suelta Cassidy.

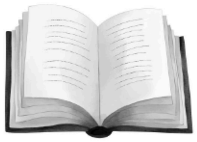
—¡Me muero! —añade Emma—. Si un chico me dice eso, me caso ahí mismo.

Intento disimular mi sonrisa, pero es inútil. He caído de lleno en los encantos de Blake King... y no estoy segura de querer encontrar la manera de salir.

Solo espero que toda esta situación no me vuelva a meter en un lío.

31

Entre rumores y helado



Alexandra

Mentiría si dijera que no estoy emocionada por llegar a clase el lunes por la mañana. Blake y yo hemos compartido algunos mensajes desde el beso en mi jardín, pero aún no nos hemos visto, y la verdad es que me muero de ganas. Aunque también me pone muy nerviosa: ¿cómo debo actuar delante de todo el mundo? ¿En qué punto estamos?

Intento distraerme contándole otra vez a Emma detalles de aquella noche. Nos ha costado librarnos de Maisie, ya que esa pequeña cotilla sospechaba algo y, en cuanto ha visto esta mañana a mi mejor amiga, ha confirmado lo que pasa entre Blake y yo.

Voy hablando con Emma, respondiendo a sus preguntas, cuando un bloque sólido de casi dos metros se cruza en mi camino.

—¡Buenos días, cuñada! —Lincoln ni siquiera le da importancia al hecho de que casi nos hayamos chocado. Lo observo con una mueca, recordando el estado en el que lo dejamos la otra noche cuando lo llevamos a su casa. Pero ahora no hay rastro de su borrachera, está tan fresco como siempre.

Era obvio que nuestro grupo de amigos —si se le puede llamar así — iba a enterarse de lo ocurrido, aunque eso no evita que me ponga nerviosa.

—No soy tu... —Me detengo. No vale la pena. Lo miro con calma —. Buenos días, Lincoln.

—Tienes que admitirlo, te queda bien el título. —Mi amigo ladea la cabeza con esa sonrisa de «solo estoy aquí para fastidiarte».

Miro a Emma con cara de querer pedir auxilio, pero ella se limita a reírse de la situación y encogerse de hombros.

—¿Cómo ha amanecido la futura señora King? —pregunta con falsa inocencia, como si no supiera perfectamente lo que está haciendo.

—¿No tienes clase? —respondo con un suspiro, intentando ignorar el ardor en mis mejillas.

—Sí, pero prefiero esperar aquí. Es mucho más divertido.

—Esperar, ¿a qué? —repongo, confundida.

—A ver cómo tu novio te da los buenos días, por supuesto.

Genial. Justo lo que necesitaba.

Emma, por su parte, ni siquiera intenta disimular su risa mientras varias miradas empiezan a clavarse en nosotros.

—Lincoln..., sé perfectamente que sabes que Blake no es mi... — comienzo a replicar, en voz baja y con un intento patético de ponerlo en su sitio.

Pero no termino la frase.

—No la molestes tan temprano —me interrumpe una voz familiar.

Blake King.

Aparece de la nada, como si tuviera un radar para encontrarnos. Por un segundo me quedo paralizada. Su presencia hace que las miradas aumenten; la gente cuchichea, y siento que todo el pasillo

está observándonos. Blake, en cambio, parece ajeno a ello... o, peor aún, le da igual.

Yo sigo en trance, observando lo guapo que está: con la chaqueta del equipo para combatir el frío, el pelo tan revuelto como siempre y el balón en la mano. Y, de repente, se inclina y me da un beso en la mejilla, peligrosamente cerca de la comisura de los labios.

—Blake, creo que nos está mirando todo el mundo...

—Ignóralos, Alex. La mitad de esta gente seguramente te tenga envidia y la otra mitad querría salir contigo. No quiero controlarme, no quiero fingir.

—¿Y si se entera mi padre? —pregunto nerviosa.

Blake me toma suavemente de la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos, verdes.

—Créeme, podré lidiar con él. Te veo luego, princesa.

Y así, dejándome sin aire, me guiña un ojo y se aparta con su calma imperturbable.

Varias chicas suspiran de forma audible mientras otras me clavan miradas que, si pudieran, me habrían reducido a polvo. Literalmente parece una de esas escenas de película adolescente donde la chica invisible se convierte en el centro de atención por quedarse con el chico más deseado del instituto.

—Venga, Romeo, a clase. —La voz de Lincoln corta la tensión como un cuchillo, divertida y cargada de guasa. Niega con la cabeza mientras agarra a Blake del brazo y se lo lleva, y ambos desaparecen entre la multitud.

El tumulto empieza a disolverse y la gente se dirige a clase, no sin antes regalarme alguna mirada curiosa. Yo, sin embargo, sigo clavada en el sitio, con las piernas paralizadas.

—Eh, ¿piensas quedarte ahí plantada hasta que te gradúes? —Emma me lanza una mirada divertida.

Parpadeo, todavía aturdida, y miro alrededor. El pasillo ya está casi vacío. Me pregunto cómo es posible que el planeta siga girando después de semejante espectáculo.

—No sé qué me pasa —murmuro, soltando un aire que no sabía que estaba conteniendo.

Emma alza una ceja y me agarra del brazo para tirar de mí hacia nuestra primera clase.

—Lo que te pasa es que Blake King acaba de hacer una entrada triunfal de película y estás procesando tu nuevo estatus de estrella local. —Sonríe de lado—. Anda, mueve esos pies antes de que tenga que arrastrarte. El señor Gerald no aceptará que lleguemos tarde solo porque Blake King te ha dado un beso en la mejilla.

Sacudo la cabeza, sin poder evitar sonreír, y la sigo al aula.



La mañana pasa rápido: tengo alguna clase con Cassidy, en otra coincidimos con Blake y Lincoln, y la profesora nos riñe dos veces antes de separarnos. Cuando quiero darme cuenta, ya es la hora de comer.

—Tomad, he conseguido las dos últimas tarrinas de helado que quedaban: *cheesecake* para Lexi, y la tuya, Cass, de menta —anuncia Emma, dejándose caer frente a nosotras con gesto victorioso.

—Eres la mejor —le aseguro, sonriendo mientras cojo la mía.

Estamos a punto de empezar cuando una voz familiar interrumpe el momento.

—Podrías haberme guardado una a mí también.

Al girarnos, veo a Lincoln, bandeja en mano, acompañado de Blake. Los dos se acercan tranquilamente, como si fuera lo más

natural del mundo aparecer en nuestra mesa.

—¿Qué... qué hacéis aquí? —pregunta Cassidy con cara de horror, mirándolos como si hubieran invadido territorio sagrado—. Los dos.

Lincoln se ríe, con esa seguridad que le sobra.

—No te alegres tanto, Cass. Se me ha ocurrido y a Blake le ha parecido buena idea. Así que... —deja caer la bandeja sobre la mesa — si os parece bien, nos gustaría comer con vosotras. Para pasar más tiempo con nuestras amigas y todo ese rollo sentimental.

—Pero solo si os parece bien —añade Blake, mucho más cauto.

Por un momento miro a mis amigas en busca de apoyo. Emma se limita a encogerse de hombros con una sonrisa divertida, y Cassidy..., bueno, parece sorprendida, pero no molesta. De hecho, termina invitándolos con un gesto algo resignado.

Blake se sienta a mi lado, dejando a propósito un espacio mínimo entre nosotros. Lincoln se acomoda justo enfrente, al lado de Emma, encantado de haber conquistado este pequeño rincón de la cafetería.

Al principio reina un silencio extraño. Nadie parece saber muy bien qué decir, y se oyen más los cubiertos chocando con los platos que nuestras voces. Emma me mira como diciendo «Esto es rarísimo», y cuando cruzo la vista con Cassidy entiendo perfectamente lo que pasa: no saben cómo sacar el tema de Zachary.

Y ella también se da cuenta.

—Oh, por Dios, ¿tanto miedo doy? —dice con un resoplido y los codos apoyados en la mesa—. Puedo ver a Zachary desde aquí, mirándonos como un perrito herido, esperando a que le demos permiso para venir. No pasa nada, ¿vale? Él y yo podemos convivir perfectamente, no me importa que se siente con nosotros.

Blake se inclina un poco hacia delante, atento.

—¿Estás segura, Cassy? —pregunta con tono respetuoso—. Si no te parece bien, Zachary y Malcolm pueden quedarse con el resto del equipo.

Ella asiente con firmeza.

—Pueden venir.

Y así, casi sin darnos cuenta, empezamos a forjar nuestra nueva rutina.

Zachary y Malcolm acaban acercándose, aunque Zach se sienta lo más lejos posible de Cassidy, como si temiera que lo fuera a fulminar con la mirada en cualquier momento. Blake le choca la mano con naturalidad y después vuelve la atención hacia mí.

—¿No te da pena no volver a sentarte con todo tu equipo? —le planteo, curiosa, mientras abro mi tarrina.

Él se encoge de hombros y le da un bocado distraído a su comida.

—Nos hemos sentado juntos toda la vida. Este es nuestro último año y, sinceramente, prefiero aprovecharlo y estar contigo aquí. —Me mira con una sonrisa ladeada—. Además, siempre he tenido curiosidad por saber qué le veías a esta esquina. ¿Por qué te gusta tanto?

Me encojo de hombros en silencio, guardándome el secreto, y me meto una cucharada de helado en la boca. Después, aprovechando que está demasiado confiado, lo agarro de la chaqueta y lo acerco a mí. Él se pone tenso, nervioso, y eso me hace sonreír. En el último segundo le giro la cabeza hacia el ventanal detrás de nuestros amigos.

—¿Eso siempre ha estado ahí? —pregunta frunciendo el ceño, como si descubriera el lago por primera vez.

La vista es perfecta: el lago de Floramont y el bosque teñido de cobre por el otoño, brillante bajo la luz. Es imposible no detenerse a admirarlo.

—¿Ves? —le digo satisfecha, soltándole la cabeza—. Tiene mejores vistas que cualquier otro sitio de la cafetería.

—Podrías habérmelo dicho sin casi romperme el cuello. Eres una bestia, Alexandra Baxter —gruñe, masajeándose la nuca. Yo solo sonrío con inocencia.

—Eh, parejita, os estáis perdiendo la discusión —nos interrumpe Lincoln.

—Eso no pasó —niega Cassidy cruzándose de brazos con firmeza.

—Ya te digo que sí. Tuve que tirar la sudadera porque estaba llena de batido —le rebate Zach desde el otro lado de la mesa.

—De arándanos —puntualiza Lincoln.

—¿Qué más da de qué fuese? —protesta Zach.

—Bueno, es un dato importante —añado yo, divertida—. No todos los días ves a alguien bañado en batido de arándanos.

—Sí, deberíamos hacer una placa en su honor —bromea Lincoln.

—Os repito que eso no pasó... —insiste Cassidy, poniendo los ojos en blanco.

El debate continúa incluso después de que suene el timbre y Blake tenga que obligarnos a movernos. La verdad es que no quiero irme; estoy demasiado cómoda y feliz charlando con mis amigos, y sé que ellos también.

Pero al final los chicos se van al entrenamiento y yo acompaño a Cassidy a la biblioteca para preparar un trabajo. Apenas llegamos, me vibra el móvil con un mensaje de Blake.

> Se me ha ocurrido algo.
> Espérame
> en el aparcamiento dentro
> de dos horas, cuando
> termine el entrenamiento.

Se me escapa una sonrisa.

Allí estaré.

32

Llévame al lago donde fueron todos los poetas



Blake

Tomo una profunda bocanada de aire cuando el silbato del entrenador marca el final del entrenamiento. Ha sido una paliza, y los chicos no tardan en desaparecer rumbo al vestuario. Yo me quedo unos segundos más, estirando los brazos, con la sensación de que mañana voy a tener agujetas en músculos que ni sabía que existían.

—¿Puedo hablar un segundo contigo, King? —La voz de Baxter me hace darme la vuelta.

Asiento y camino hacia él con calma. Como capitán, estoy acostumbrado a que me llame después de los entrenamientos.

—¿Cómo ves al equipo?

No me sorprende la pregunta; es casi un ritual entre nosotros.

—Bien, la verdad. Mucho mejor. No te voy a mentir, las primeras semanas hubo cierta tensión. Los chicos estaban acostumbrados a tener a Dalton, y supongo que eso los descolocó. Pero Jacob fue una buena incorporación; lo adoran.

Baxter asiente, pensativo.

—Sí, yo también lo noté. ¿Crees que ya está todo mejor?

—Sin duda.

—Bien... —Hace una breve pausa, como si buscara las palabras exactas—. Escucha, King, quería comentarte algo más.

Lo miro, esperando.

—¿Cómo has visto a mi hija Alexandra últimamente?

Esa sí que no me la esperaba. Por poco me atraganto con mi propia saliva. Clavo los ojos en él, intentando mantenerme serio.

—¿A qué se refiere?

—La noto más distraída. Me preocupa que le pase algo y no quiera contármelo. Soy su padre y puede hablar de todo conmigo, pero sé que a veces le da miedo... Como vosotros sois buenos amigos, creo que a ti sí te lo diría.

La ironía de la situación casi me hace reír. Espero que el entrenador no se dé cuenta.

—No tiene problemas —respondo con tranquilidad, aunque por dentro me está costando la vida controlar mis nervios—. Quizá lo de Mason en el baile...

—No, lleva así desde que empezó el curso. Da igual, solo... échale un ojo, ¿sí? Ella confía en ti y yo también. Cuídala un poco, que no se meta en problemas. Si algún chico intenta pasarse de la raya...

Lo miro con seriedad, tragándome la incomodidad.

—Por supuesto. Puede contar conmigo.

—Eres un buen chico, Blake King.

Baxter me da una palmada en el hombro antes de marcharse, sin tener ni idea de que acaba de dejar a su hija en las manos del chico del que más debería preocuparse por mantener alejado.

Me ducho y me cambio rápido en el vestuario, pero sus palabras me dan vueltas en la cabeza. Me sabe un poco mal, siento que lo

estoy traicionando. Baxter siempre ha sido como un segundo padre para mí...

Intento sacudirme esa culpa con el mensaje que me llega de Alex:

> Ya estoy en el aparcamiento.

Sonrío y salgo en su búsqueda.

La distingo enseguida, apoyada en mi Jeep, con la misma ropa de antes: sudadera rosa, vaqueros y ahora una trenza que le recoge el pelo. Está preciosa.

Me acerco sin pensarlo demasiado, le tomo la nuca y la beso. Creo que ya no voy a poder volver a pasar un día sin besarla. Ella se sorprende un poco, pero pronto sonríe contra mis labios y me lo devuelve. Cuando me doy por satisfecho, me separo solo para besarle rápidamente la frente.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta entre risitas.

—Me aseguraba de que no te estás metiendo en problemas —le respondo mientras le abro la puerta del copiloto.

—¿Qué? —Me mira confundida.

Cierro su puerta, rodeo el coche y me acomodo tras el volante antes de contestar.

—Tu padre ha hablado conmigo después del entrenamiento. Me ha pedido que me convierta en tu guardaespaldas. Según él, estás distraída y debo vigilarte.

—¿Qué? —Esta vez lo dice horrorizada.

—Eso ya lo has dicho —me burlo, lanzándole una sonrisa de medio lado—. Me pregunto en qué estarás pensando tanto...

—Idiota.

—No he dicho nada. Ahora, tápate los ojos.

—¿Qué? —Otra vez.

—Deja de decir eso, Baxter. Tápate los ojos.

Ella protesta, pero al final se quita la sudadera, dejando a la vista su camiseta de manga corta, y se la pone en la cara.

—¿Puedo saber a dónde vamos?

—No. —Arranco el motor, disfrutando de su impaciencia.

Conduzco sin rumbo fijo unos minutos para despistarla, aunque no tarda en pillarme.

—King..., no sé si lo habrás notado, pero estamos dando vueltas en círculo.

—¿En serio? —digo como si fuera toda una sorpresa mientras tomo un desvío.

—¡Esto es ridículo! ¡¿A dónde vamos?!

Antes de que pueda contárselo, ella se quita la sudadera de la cara con impaciencia y justo en ese momento aparece frente a nosotros el cartel de madera que dice BIENVENIDOS AL LAGO FLORAMONT.

—¡No me lo puedo creer! —exclama pegada a la ventana, señalando emocionada el viejo puente de madera que se curva sobre un minúsculo río de aguas cristalinas—. ¡Esta parte es incluso más bonita!

Sonrío satisfecho con su reacción. El bosque entero está teñido de los colores del otoño, el aire fresco entra por las ventanillas y bajo nuestros pies las hojas crujen con cada vuelta de las ruedas.

Detengo el Jeep cuando el lago aparece ante nosotros.

—Me sorprende que, con lo que te gusta este sitio, nunca hayas llegado hasta aquí.

—Sí que he llegado. Solo que mi madre decía que la corriente del río era peligrosa y no quería que nos acercáramos tanto.

Antes de poder abrirle la puerta, Alex ya ha saltado al exterior. Se mueve con el entusiasmo de una niña pequeña que descubriera un

universo nuevo, y yo me limito a seguirla, tomándole la mano en silencio mientras ella absorbe cada detalle.

El agua se extiende como un espejo, reflejando los tonos dorados del bosque. Las hojas que caen flotan ligeramente hasta perderse en su superficie, y el muelle de madera cruje bajo nuestros pasos cuando nos sentamos.

Dejo que mis pies cuelguen sobre el agua y Alex se deja caer a mi lado. Su olor a vainilla se mezcla con el del pino y la humedad, y por un segundo pienso que no sería capaz de describir la felicidad que siento ahora mismo.

—Dime que no vas a obligarme a bañarme aquí en ropa interior —bromea, girándose hacia mí con una sonrisilla.

Suelto una carcajada.

—Tienes que dejar de ver películas románticas... No nos vamos a bañar. ¿Quieres morir congelada?

Se le escapa una risa entrecortada y vuelve a mirar el lago fascinada. Nos quedamos así un rato, con el mundo reducido al reflejo del cielo en el agua y al roce cálido de su hombro contra el mío, hasta que no puedo evitar soltar una risa traviesa.

—Aunque... sería divertido.

Ella me dedica una mirada fulminante.

—Blake King, ni se te ocurra.

—Demasiado tarde.

Antes de que pueda reaccionar, la empujo sin piedad y su grito corta el aire justo antes de que caiga al lago, provocando una salpicadura enorme. Yo estallo en carcajadas hasta que siento el impulso irresistible de tirarme detrás de ella. El agua está helada, pero la adrenalina lo compensa todo.

Alex chapotea furiosa y, en cuanto me ve cerca, nada hacia mí con clara intención de arrancarme la cabeza. Yo acelero y la adelanto sin

dificultad, llegando a la orilla mucho antes que ella. Cuando salgo, me sacudo el pelo empapado y me dejo caer en el muelle, muerto de risa.

—¡Estás acabado! ¡¿Me oyes, Blake King?! ¡Espero que corras rápido, porque cuando te atrape...!

La amenaza va acompañada de una mirada asesina mientras se sacude el agua del rostro. Antes de que pueda responder, se sumerge de nuevo y avanza bajo el agua como un depredador acechando a su presa.

Yo, por mi parte, me río sin disimulo desde la orilla.

—Oye, no te preocupes por mis dotes de atleta. Tu padre no me hizo capitán por nada —digo con una sonrisa burlona.

Su cabeza emerge de golpe, con el pelo empapado pegado a su rostro y los ojos ardiendo de furia.

—¿De verdad crees que este es el momento de vacilarme?

Definitivamente, está enfadada. Y, para ser justos, lo entiendo. No la he obligado a bañarse..., la he empujado. Sabía que no se iba a atrever ella sola y yo quiero que disfrute, que se atreva a hacer locuras.

Para compensar, he saltado detrás de ella. Lo único es que yo nado más rápido y ya he salido hace un par de minutos. El agua me ha calado hasta los huesos, pero verla así, resoplando y nadando hacia mí con la clara intención de aniquilarme, hace que valga la pena.

—¿Me puedes explicar cómo piensas evitar que muera congelada ahora que toda mi ropa está empapada?

—Ay, Baxter..., tienes que espabilar. Te llevo ventaja. Siempre tengo ropa de recambio en el coche. Es la equipación del equipo, a lo mejor te queda un poco grande, pero mejor eso que nada.

Ella se impulsa y sale del agua, frotándose los brazos en un intento de entrar en calor. Sin perder tiempo, saco una toalla del maletero y se la lanzo. No deja de soltarme todos los tipos de insultos que se le pasan por la cabeza, enfadándose cada vez más al ver que me río.

Alex me obliga a esconderme entre los árboles del bosque para que ambos nos cambiemos por separado. Después de mucho resoplar y su insistencia para que le prometa que no voy a girarme, me pongo la ropa seca, me dejo caer sobre un tronco caído y espero a que me dé permiso para volver.

—Como sigamos así, vas a acabar sin ropa del equipo porque la tendré toda yo —bromea.

Lo interpreto como la señal para volver junto a ella.

Cuando la miro, no puedo evitar recordar la última vez que la vi con una sudadera mía. Parece que aquello fue hace años y, sin embargo, apenas han pasado unas semanas.

Lleva puesta la sudadera gris con los detalles en rojo. Los colores de Floramont. La prenda le queda grande, las mangas le cubren parte de las manos, y su cabello mojado deja pequeños rastros de agua allá por donde pasa.

Cuando levanta la mirada y me fulmina con los ojos, siento que un escalofrío me recorre la espalda. Me recuerda a cuando tenía seis años y me acercaba al perro rabioso de los vecinos de enfrente. La suerte es que Alex no muerde..., al menos eso creo.

Camino hacia ella con cautela, como si cualquier movimiento brusco pudiera hacerla estallar o alejarse. No lo hace. Se queda ahí, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, esperando. Cuando finalmente la envuelvo entre mis brazos, su cuerpo, tenso, se relaja poco a poco contra el mío. Se deja abrazar, aunque no me lo pone fácil.

—Eres un idiota —masculla contra mi pecho.

Sonrío y poso la barbilla en la parte superior de su cabeza.

—Todas las chicas del instituto soñando con estar conmigo así y tú aquí, desperdiciando tu oportunidad e insultándome.

Alexandra resopla, pero no necesito verla para saber que está sonriendo. Lo noto en la forma en que su cuerpo se relaja y su respiración se vuelve más suave.

El lago sigue en calma a nuestro alrededor. El agua oscura refleja el cielo anaranjado del atardecer, y la brisa fresca nos envuelve, haciendo que Alexandra se estremezca levemente.

—¿Tienes frío? —pregunto, sin soltarla.

—Obvio. Y todo es culpa tuya.

Levanto una ceja, divertido.

—¿Culpa mía? ¿Por qué?

Se aparta un poco solo para mirarme con incredulidad.

—¿Cómo que por qué? Porque me has tirado al lago, por ejemplo.

Pongo cara de inocencia.

—Tonterías.

—¡¿Tonterías?! —repite, indignada—. Me has tirado al agua, Blake.

—Yo solo te he dado un empujoncito.

—¡¿Un empujoncito?! Me has lanzado como si fueras un jugador de rugby.

Suelto una carcajada y ella me golpea en el brazo, aunque sin demasiada fuerza.

—No exageres, Alexandra.

Levanta la cabeza para fulminarme con la mirada y yo me río aún más fuerte. Pasamos un rato más allí, bromeando y discutiendo cada vez que Alexandra decide que hace demasiado frío y que, por supuesto, la culpa de todo es mía. Entre risas, la obligo a envolverse

con una toalla seca, y aunque protesta sin parar, termina pegada a mí en busca de calor.

Cuando el sol empieza a ocultarse entre los árboles, el aire se vuelve aún más gélido y decido que es hora de marcharnos. Caminamos de vuelta al coche, todavía lanzándonos pullas y empujones, hasta que ella, agotada, acaba dejándose caer en el asiento del copiloto con un suspiro resignado.

El trayecto de regreso transcurre en silencio. Apenas hemos avanzado unos kilómetros cuando giro la cabeza un segundo y la descubro dormida, con la frente apoyada contra el cristal. Su respiración es tranquila y regular, y la capucha de la sudadera le cubre parte del rostro, aunque algunos mechones rubios se han escapado de su nueva trenza y le acarician la mejilla.

Así, con la luz tenue de las farolas deslizándose sobre su piel mientras avanzamos por la carretera, parece irreal. Como un ángel. Y, como el cobarde que soy, decido que ahora que no puede escucharme es el mejor momento para soltar las palabras que llevan años quemándome en la garganta.

—Te quiero, Alexandra. Mucho más de lo que cualquiera imaginaría y desde hace más tiempo del que me atrevo a admitir.

Alexandra ni se inmuta. Su respiración sigue igual de serena.

Niego con la cabeza y dejo escapar una risa sin humor. Cobarde.

Me paso una mano por el rostro y luego me inclino ligeramente hacia ella, tocándole el brazo con suavidad.

—Alex... —mi voz es baja, temo despertarla demasiado rápido—. Hemos llegado.

Ella se remueve en el asiento y arruga la frente antes de soltar un murmullo ininteligible. Me cuesta un par de intentos más conseguir que abra los ojos. Cuando al fin lo hace, parpadea con pesadez, desorientada, hasta que se da cuenta de que ya está en casa.

Suelto una carcajada al verla así, todavía medio dormida.

—Deja de reírte de mí —protesta con voz adormilada.

—Jamás me reiría de ti, princesa.

Antes de que pueda replicar, me inclino y le dejo un beso en la frente.

Ella suspira y se estira un poco antes de desabrocharse el cinturón.

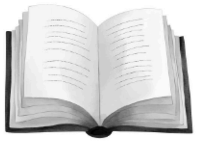
—Nos vemos mañana, King.

—Nos vemos, Baxter.

La veo entrar en casa y, solo cuando la puerta se cierra tras ella, arranco de nuevo. El coche aún guarda el calor de su cuerpo y el olor de su perfume, como si se negara a irse del todo. Mientras conduzco de vuelta, pienso que quizá las cosas empiezan a cambiar, que este «mañana» podría repetirse una y otra vez.

33

Érase una vez un diciembre



Alexandra

El otoño quedó atrás casi sin que me diera cuenta y, de repente, diciembre llegó con su frío cortante, mañanas oscuras y rutinas que nunca habría imaginado. Estos dos últimos meses se han ido volando, entre clases, discusiones con Maisie y la presencia constante de Blake, que poco a poco se ha convertido en parte de todo. Y, aun así, hay cosas que no cambian...

—Te he dicho mil veces que no interrumpas nuestras conversaciones, Maisie. —Apoyo la frente contra la ventanilla del coche, deseando que mi hermana lo entienda de una vez.

Ella resopla desde el asiento trasero.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me quede callada mientras vosotros habláis?

—Exacto. Eso mismo.

Me giro para dedicarle una sonrisa triunfal, pero Maisie se estira todo lo que el cinturón le permite y me da un manotazo en el brazo.

—¡Ay!

—¿Tenéis que hacer lo mismo todos los días? Lleváis dos meses igual... Alexandra, deja a tu hermana. —La voz de Blake suena cansada, aunque más divertida que molesta.

Lo fulmino con la mirada por ponerse de su parte mientras ella sonríe satisfecha en el asiento trasero.

—¡Ja! ¡He ganado! —canturrea, levantando los brazos como si hubiese marcado un gol.

—¡¿Ves lo que has conseguido?! ¡Ahora se cree que ha ganado! —le reprocho a Blake.

Él suelta una risita y me lanza una mirada rápida por encima de sus gafas de sol. Por cierto, ¿por qué las lleva puestas? Estamos a 4 de diciembre, son las siete de la mañana y ni siquiera ha amanecido del todo. Resoplo. Odio el invierno.

—Es increíble lo mal que te sientan las mañanas, princesa. —Sonríe de lado antes de inclinarse para darme un beso rápido en los labios y volver la vista a la carretera.

Desde que Emma se fue de viaje con su familia el sábado pasado, Blake ha insistido en llevarnos a clase por la mañana. Con él siempre volvemos por la tarde, pero lo de ahora ha sido idea suya. Y, por supuesto, a Maisie no le importa lo más mínimo; en cuanto descubrió que estábamos juntos, se volvió loca de emoción y se ha convertido en su mejor aliada.

En estos dos meses he aprendido muchas cosas, entre ellas que Blake tiene una paciencia infinita. A pesar de que mi hermana y yo nos peleamos a diario, él no parece haberse cansado de nosotras todavía. De hecho, cada vez lo veo más cómodo con lo que sea que tenemos. Nos recoge a Mai y a mí de clase, y luego por las noches sigue colándose de vez en cuando por mi ventana. También he aprendido que le encantan las películas de terror, y que debo cerrar la ventana con pestillo antes de decirle que vamos a estudiar para

los exámenes en vez de ver la televisión, para que no le entren ganas de marcharse.

Cuando llegamos al instituto, Maisie se desabrocha el cinturón, le da un beso en la mejilla a Blake y, antes de salir disparada del coche, me saca el dedo corazón con una sonrisa burlona.

—No me des un beso a mí también, no vaya a ser que se te agoten —murmuro entre dientes, sabiendo que ya no puede oírme.

Blake sacude la cabeza, divertido.

En la entrada nos encontramos con Cassidy y Lincoln. Aunque parezca una combinación extraña, su amistad se ha vuelto cada vez más sólida: se irritan, se lanzan pullas, pero justo eso los mantiene unidos. Con Zachary, en cambio, nada ha cambiado; siguen discutiendo a la mínima. Las horas de la comida parecen sucederse más en un campo de batalla que entre un grupo de amigos. Y, solo por si acaso, los batidos siguen oficialmente prohibidos en nuestra mesa.

Me despido rápido de Blake, y Cass, Lincoln y yo nos vamos a Biología, la clase más soporífera de todas. Intento prestar atención, pero, como siempre, no lo consigo. Mi cabeza solo da vueltas a una cosa: el sábado. Mi cumpleaños. Siempre me ha encantado celebrarlo, pero este año tengo la sensación de que será distinto, especial.

—Alexandra, siento que no estás escuchando nada de lo que te estoy diciendo... —Lincoln me mira con dramatismo. Su tono es tan alto que la profesora le lanza una mirada de advertencia.

—Es que no te estoy escuchando. Tenemos examen la semana que viene y, en lugar de prestar atención, tú has decidido contarme toda la trama de la película que viste ayer.

—Me ofende que prefieras escuchar a la profe antes que a mí. ¡Te estaba hablando de *High School Musical*! —Por suerte, esta vez no

alza tanto la voz y la señora Phillips no capta sus encantadoras palabras.

Me quedo en blanco.

—¿La película de la que me hablabas era *High School Musical*?

Él suspira exasperado ante mi pregunta.

—En serio, ¿no has escuchado nada? Llevo quince minutos contándotelo.

—¿Desde cuándo te gustan los musicales?

Observo cómo juega con un bolígrafo sin levantar la mirada.

—¿Tú crees que voy por ahí contando que me paso el día viendo películas adolescentes con Blake King? Tengo una reputación, Lexi.

—Espera... ¿Blake también? —Me enderezo en el asiento—. ¿Por qué él tampoco me había dicho nada? Siempre se queja cuando pongo alguna. Según él, que los protagonistas se pongan a cantar y bailar cada dos minutos es insoportable.

—Manual de mejores amigos —responde con total seriedad mientras me observa.

—¿Qué? —pregunto frunciendo el ceño.

—Blake y yo lo tenemos desde que éramos niños. Reglas, normas, pactos. Y la número cinco dice: ver musicales con tu mejor amigo sin contárselo a nadie.

Lincoln me mira con seriedad, como si acabara de revelarme un gran secreto.

—Y ahora tú también lo sabes. Además..., que no te mienta. A Blake le encanta *High School Musical*. Estoy más que convencido de que se siente el Troy Bolton real.

Lincoln deja de hablar cuando la profesora empieza a escribir en la pizarra, y yo intento concentrarme en la explicación, pero mi mente divaga. Dos meses. ¿En qué momento ha pasado tanto tiempo? Ha

pasado volando, sobre todo porque estar con Blake es... diferente. Increíble.

Además, desde que estamos juntos todo va mucho mejor. Desde aquel incidente en el *homecoming*, Cher no ha vuelto a molestarme. Ni siquiera me mira, como si hubiera decidido que no existo. Y, sinceramente, me encanta que sea así.

Al final de la clase recojo mis cosas y salgo con Lincoln al pasillo, donde me encuentro con Blake apoyado en su taquilla, esperándome como siempre. Ya ha dejado la chaqueta del equipo y se la ha cambiado por una negra que abriga más. En cuanto nuestras miradas se cruzan, sonríe, y cuando llego hasta él desliza la mano libre a mi nuca para darme un beso profundo.

—Siempre tan discretos... No sé cómo aún no os ha pillado ningún profesor —comenta Lincoln con tono burlón antes de alejarse hacia la cafetería—. Os espero allí.

Blake se separa apenas unos centímetros y me mira divertido. Vuelve a su taquilla para guardar algunas cosas y, cuando posa los ojos en mí otra vez, los tiene llenos de diversión.

—¿Lista para la comida de la discordia?

—Mientras la comida que se lancen no me dé a mí... —Suelto un suspiro dramático.

Blake ríe suavemente y pasa un brazo por mis hombros, guiándome hacia la cafetería.

Dentro, el bullicio es el de siempre. Nos acercamos a la mesa, abarrotada de voces y risas. Blake me deja un beso en la mejilla antes de soltarme.

—Ahora vuelvo. Voy a ver qué queda de comida.

—Cógeme muchas patatas. Estoy harta de que me las quitéis.

—Hecho —responde con una sonrisa antes de perderse entre la fila.

Me acerco a la mesa, donde parece que todos hablan a la vez.

—¿De qué habláis? —pregunto mientras tomo asiento.

—De que la señora Kelly pilló a dos alumnos liándose en la biblioteca —me pone al día Lincoln.

Abro la boca, incrédula.

—Eso es tener valor. ¿Quiénes eran?

—No se sabe, pero el chico no era del equipo, teníamos entrenamiento a esa hora —interrumpe Zach, con sorna—. Aunque no me extrañaría que fuera tu querida amiga Cassidy. Seguro que prefiere empollones antes que jugadores.

El silencio se apodera de la mesa en cuestión de segundos. Aquí vamos otra vez.

La aludida, que estaba a punto de llevarse un tenedor de pasta a la boca, lo suelta con un golpe seco sobre la mesa. Sus ojos se clavan en Zach con una frialdad que haría temblar a cualquiera.

—¿Sabes qué, Palmer? —Su voz es tranquila, pero cada palabra destila veneno—. En vez de inventar tonterías sobre mí, ¿por qué no le cuentas al grupo entero lo imbécil que eres?

—Vale, cambiemos de tema —intervengo levantando la voz, antes de que empiece otra guerra—. Quería deciros algo. Pasado mañana es mi cumpleaños, y mañana por la tarde mis padres se irán a casa de mi abuela hasta el sábado. Mi madre dice que al cumplir diecisiete quiere darme un poco de espacio para estar con vosotros. ¿Os apetecería venir a mi casa?

Lincoln abre la boca con entusiasmo.

—¡Ni de broma me perdería...! —Pero se detiene en seco cuando Blake, que acaba de regresar con la bandeja, le da un golpe con el codo. Lincoln niega con la cabeza—. Lo siento, Lexi. No puedo, vienen mis tías de Canadá a ver a la familia.

Mi sonrisa se tambalea.

—Oh..., ya veo. —Miro a Blake—. ¿Y tú?

Él sonríe tímidamente.

—Yo tampoco puedo. También quiero ver a las tías de Lincoln, las conozco desde que era un bebé. Pero el sábado saldremos todos juntos a cenar, ¿vale? Lo entiendes, ¿no?

Asiento, con un leve nudo en la garganta.

—Claro, no pasa nada.

Por suerte, Cassidy interviene rápido.

—Yo puedo pasar el día contigo, Lexi. Solo que sobre las siete tengo que estar en casa.

Eso me hace sonreír. Puedo pasar un rato con ella, y luego Maisie y yo podemos intentar hacer una tarta de cumpleaños aprovechando que mamá no está para reñirnos.

El resto de la tarde transcurre con una normalidad casi aburrida. En la clase de Matemáticas, la profesora se empeña en explicar un nuevo tema justo antes de que suene el timbre y nadie le hace el más mínimo caso; todos están demasiado pendientes del reloj. Yo intento copiar lo que escribe en la pizarra, aunque no sé si me servirá de mucho, porque la mitad de los cálculos me salen mal y lo único que consigo es llenar la hoja de tachones.

Al fin suena la campana y los pasillos se llenan del típico bullicio de taquillas, mochilas, chaquetas y conversaciones cruzadas. Nos despedimos de Lincoln y de los demás, y Blake y yo pasamos a recoger a Maisie a su edificio antes de ir al aparcamiento.

—Hoy parecía que te ibas a dormir en mitad de la clase —comenta Blake con una sonrisa mientras abre el Jeep.

—Seguro que no lo parecía —corrige Maisie, subiéndose al asiento trasero—. ¡Se habría dormido de verdad!

Blake suelta una risa breve y yo niego con la cabeza, intentando no empezar otra discusión. El camino hasta casa se convierte en una

sucesión de comentarios de mi hermana sobre lo mal que cocina la señora de la cafetería y sobre cómo cierto profesor les pone demasiados deberes. Blake juega el papel de público perfecto: escucha, asiente y de vez en cuando suelta una réplica que hace reír a Maisie a carcajadas.

—No sé cómo lo soportas todos los días —dice él mientras mira por el retrovisor a mi hermana.

—Es un don —responde Maisie haciéndose la seria—. No todos pueden sobrevivir a este instituto.

—Eres una verdadera guerrera —comento, y asiento con teatralidad.

La risa de Blake llena el coche y, por un momento, me quedo embobada mirándolo. Cuando al fin aparca frente a nuestra casa, Maisie sigue rebuscando en su mochila un chicle que lleva media hora diciendo que necesita. Yo me giro hacia ella, con la emoción creciendo poco a poco.

—Oye, ¿qué te parece si pasamos por el supermercado? Podemos comprar harina, huevos, chocolate..., y hacemos una tarta mañana, nosotras dos. Mamá no estará para regañarnos y así usamos la cocina sin supervisión.

Mi emoción crece solo de pensarlo, y Maisie me mira sorprendida un segundo antes de soltar una risita nerviosa.

—Me encantaría, de verdad, pero mañana tengo que pasar la tarde en casa de Charlotte. Quedamos hace semanas y no puedo cancelarlo ahora.

Mi entusiasmo se desinfla un poco, aunque intento que no se me note demasiado. Quiero decirle que queda con Charlotte casi todos los días, pero no quiero fastidiarle los planes.

—Ah, claro, no pasa nada. Lo haremos otro día, entonces.

Blake apaga el motor y nos observa en silencio. Yo bajo del Jeep y espero a que Maisie me alcance, todavía pensando en lo bien que habría estado hacer esa tarta juntas.

—De eso que hablamos, ¿todo bien? —le pregunta Blake a mi hermana con una naturalidad que me desconcierta.

—Todo controlado, King. Tenemos luz verde para actuar —responde ella al instante, como si fuese la cosa más normal del mundo.

Miro a los dos alternativamente con cara de desconfianza, preocupada por el lío que le puede estar causando mi hermana a Blake.

—¿Qué tienes controlado?

Ellos intercambian una mirada rápida y Maisie sonríe restándole importancia.

—Nada, cosas nuestras.

Ni siquiera me molesto en insistir, esos dos llevan semanas igual.

34

Ginger



Blake

La primera vez que me escapé durante la hora de la comida para curiosear el árbol de Navidad del instituto tenía catorce años. Cada diciembre sin excepción lo montan en el vestíbulo y, durante los primeros días, los alumnos escriben su mayor deseo y después los cuelgan en las ramas. En teoría es algo privado y nadie debería leer los de los demás; en la práctica, yo era un adolescente enamorado y me moría por saber qué pedía Alexandra.

Desde aquella primera vez, su deseo siempre ha sido el mismo: un gatito. Nunca ha escrito otra cosa. Así que, cuando hace unos días volví a asomarme al árbol y vi de nuevo lo mismo, supe que tenía que hacer algo. Lo hablé primero con Maisie —se entusiasmó al segundo—, pero sabía que no bastaba con eso.

A principios de semana, después del entrenamiento, me acerqué al entrenador Baxter y le dije que todo el grupo de amigos quería tener un detalle especial con Alexandra este cumpleaños, después de todo lo que había pasado. No me costó convencerlo; todas las mujeres de esa casa llevan tiempo con ganas de un nuevo

integrante. Nos dio luz verde para adoptar. Incluso nos facilitó la dirección de una protectora, con la condición de que dejáramos participar a Maisie.

Nunca lo admitiré en voz alta, pero estoy bastante nervioso.

—¿Cuánto queda? —La voz de Lincoln vuelve a resonar en el coche por décima vez. Está inquieto, lo sé por la forma en que su pie repiquetea contra la alfombrilla, aunque está a punto de acabar con mi paciencia.

—Como lo vuelvas a preguntar, te dejo aquí tirado.

—Lo que no entiendo es por qué, teniendo la plaza del copiloto libre, me has metido aquí detrás con estos dos —se queja Maisie, cruzada de brazos todo lo que le permite el cinturón.

—Porque, si hay alguna posibilidad de que la ocupéis, os peleáis por ella. Así que los tres atrás. Y, ahora, silencio un rato.

Subo el volumen de la radio para ahogar su discusión. Este no era el plan. Quería venir solo con Maisie para no agobiar al gato. Pero, en cuanto mencioné delante de los chicos que ella y yo pasaríamos por la protectora esta tarde, Lincoln y Zach se apuntaron sin preguntar primero. Ahora, por mi culpa, estoy viviendo el peor viaje en coche de mi vida.

Mañana es 6 de diciembre. El cumpleaños de Alex. Esa fecha la llevo grabada desde que éramos críos, como si estuviera marcada a fuego en algún rincón de mi memoria. Cada año pienso en qué podría hacer para sorprenderla, y este, por fin, siento que tengo la oportunidad de hacer algo que de verdad le va a ilusionar.

Hace dos días me llamó la dueña del refugio: habían recibido una camada de gatitos y estaban desesperados por encontrarles un hogar a varias pequeñas bolas de pelo naranja. Alex se habría emocionado con cualquiera, sin importar la raza o la edad, ella solo quiere darle un hogar a alguno que lo necesite.

Sin embargo, en cuanto le comenté a Maisie lo de los «naranjitas», no tardó en ponerle nombre al nuevo inquilino de los Baxter. Ginger. Lo soltó de golpe y, por cómo le brillaron los ojos de ilusión, supe que no podía tener otro nombre.

Respiro hondo en cuanto la fachada blanca del refugio aparece a lo lejos. La tensión en mi pecho se afloja un poco; no sé cuánto más habría aguantado dentro de este coche con los tres parloteando sin parar.

Nada más cruzar la puerta, una mujer nos recibe con una sonrisa amable.

—¿Blake King?

—Sí, soy yo.

—Perfecto, hablamos por teléfono. Gracias por venir. Todavía no hemos encontrado una familia para todos ellos, aunque no podemos quejarnos teniendo en cuenta que los abandonaron hace nada... —Su expresión se ensombrece un instante antes de volver a sonreír—. Además de Ginger, todavía queda otro, una hembra; una familia la ha rechazado a última hora. ¿Queréis pasar a verlos?

Al entrar en la zona donde están todos los animales, se me revuelve un poco el estómago. Es difícil ver a tantos peludos sin hogar, sin tener la certeza de que algún día encontrarán uno.

Nos detenemos frente a una casita de madera.

—Los tenemos aquí dentro porque aún son muy pequeños —explica—. Si los soltamos en el patio, se desorientan.

Entonces lo veo: una bolita de pelo naranja, acurrucada contra otra casi idéntica. Ginger. Lo sé al instante. La chica lo coge con cuidado y me lo pone en la mano. Es tan ligero que casi no pesa. Me giro hacia Maisie; creo que está a punto de llorar de la emoción.

—¿Quieres cogerlo, canija?

Asiente con tanta fuerza que me da miedo que se le descuelgue la cabeza. Se lo paso y ella lo acuna como a un bebé.

Todo va bien hasta que la voz preocupada de Zach rompe el momento.

—Pero... esa gatita se va a quedar sola.

Me giro y lo encuentro agachado frente a la casita, observando con atención a la que queda dentro. Esta nos mira con ojos grandes y brillantes, moviendo la nariz rosada como si intentara olfatearnos. Y sé lo que va a pasar incluso antes de que abra la boca.

—Me la llevo —declara con firmeza, y después levanta la vista hacia la mujer—. ¿Puedo adoptarla?

Esta deja escapar una risa emocionada.

—¡Por supuesto que sí! Me daba mucha pena que se quedara aquí solita. Solo tendrás que rellenar algunos papeles, nos gusta hacer un seguimiento de nuestros adoptados para asegurarnos de que están bien y tienen sus vacunas al día. Ah, y... como creía que iba a quedarse un tiempo por aquí, me atreví a ponerle un nombre. Pandora. Pero si quieres cambiárselo...

—No, Pandora está bien —responde Zach, y por primera vez en mucho tiempo lo veo sonreír de verdad. Se agacha y coge con cuidado a la gatita—. Ven aquí, pequeña.

Frunzo el ceño, desconcertado. ¿Zach con un gato? Suena tan absurdo como ver a Lincoln en una clase de ballet.

Mientras rellenamos todos los documentos y los certificados, la mujer nos da unas cuantas recomendaciones y nos dirigimos a la tienda de animales para comprar lo básico. Maisie, que ahora carga orgullosa a los dos gatitos en brazos, se gana el privilegio de ir de copiloto, como si fuera su deber sagrado protegerlos en el trayecto de vuelta.

—Todavía no me creo que hayas adoptado un gato —murmura Lincoln, mirándolo con recelo.

—¿Tú estás loco? No lo he adoptado —responde Zach, poniendo los ojos en blanco—. Si meto un gato en mi casa, mi madre me mata. Odia a los animales. He dejado los datos de Cassidy. Desde que murió el suyo el año pasado, sé que echa de menos tener a alguien con quien pasar el tiempo, aunque sea un gato. Y no podíamos dejar que la pequeña se quedara sola.

El coche entero se queda en silencio.

—¿Perdona? —Lincoln parpadea varias veces—. ¿Le acabas de encasquetar un gato a Cassidy... sin preguntarle?

Zach arquea una ceja, confiado.

—Lo querrá.

—No, no, no... —Lincoln se lleva las manos al pelo, intentando procesarlo—. Tío, eso no funciona así. La gente normal pregunta primero.

—Y si decía que no, ¿qué? ¿La dejábamos allí solita? —Zach se inclina y acaricia la cabecita de la gata con gesto decidido—. La querrá, confía en mí.

—¿Y sus padres? Te recuerdo que Cassidy sigue siendo menor y vive con ellos.

—Sus padres nunca están en casa, la dejan a cargo de su abuela, que es bastante como ella —le responde enfadado—. Y cuando están no pasan casi tiempo con ella. Por eso le dejaron adoptar a ese primer gato, era más fácil conseguirle compañía a su hija que hacérsela ellos mismos. Creedme, ellos pensarán que les he hecho un favor.

—Se te ha ido la olla —remata Lincoln, aunque no consigue borrar la media sonrisa incrédula que le tiembla en la cara. Yo tampoco digo nada, pero por dentro pienso exactamente lo mismo: Zach ha

cometido una locura monumental. Y lo peor de todo es que está tan convencido de que ha hecho lo correcto que no hay manera de sacárselo de la cabeza.

Paso la siguiente media hora conduciendo bajo las indicaciones de Zach. Ni Lincoln ni yo preguntamos nada, aunque ambos sabemos exactamente a dónde vamos. El nudo en el estómago se aprieta un poco más con cada giro del volante: la idea ya me parecía una locura en la teoría, pero verla ejecutarse en la práctica es aún peor.

—No creo que sea buena idea, tío —repite Lincoln por tercera vez, cruzado de brazos en el asiento trasero.

—Que sí, ya verás —responde Zach con una seguridad que roza lo irritante—. Lo único que hay que hacer es ocultarle que ha sido idea mía.

—De quién va a ser si no. Además, os lleváis a matar... —Lincoln lo mira como si hablara con un demente.

—Sí. —Zach ni se inmuta.

—Entonces, ¿por qué demonios le regalas un gato?

—Se llama Pandora. Y métete en tus asuntos.

Lincoln resopla, pero no replica. Yo tampoco. Si algo tengo claro es que discutir con Zach es como darse cabezazos contra un muro.

Finalmente freno donde me indica Zach, cerca de una casa en un vecindario que sin duda es el de Cassidy. Trago saliva mientras Zach empieza a sacar del maletero todo lo que ha comprado —juguetes, un rascador, una cama, comida, arena e incluso chuches para gatos — y lo deja con sigilo delante de la puerta. Con todo el despliegue armado, regresa al coche, coloca a Pandora en una cesta que también ha adquirido y le ata un lazo enorme que parece sacado de un anuncio navideño.

—Vale, Blake —dice de repente, tendiéndome la cesta—. Dáselo tú.

Lo miro como si se hubiera vuelto loco.

—¿Perdona? ¿Y por qué yo?

—Porque contigo se enfada menos. Si lo hago yo, me lanzará la cesta a la cabeza.

—No pienso... —empiezo a replicar, pero Zach ya me ha encasquetado la cesta entre las manos y se cruza de brazos, como si la discusión estuviera zanjada.

—Dios, sois ridículos —comenta Lincoln soltando una carcajada incrédula.

El corazón me da un vuelco cuando, mientras vamos hacia allí, veo que la luz del porche se enciende. Zach me empuja un poco hacia delante y ellos dan unos pasos atrás.

—Dale, toca. Solo un timbrazo y nos piramos.

—Eres imbécil. —Resoplo, pero aun así estiro la mano y presiono el timbre.

Segundos después, oímos pasos acercándose. Los tres nos apartamos corriendo del porche, casi tropezando entre nosotros, y nos escondemos detrás del seto, igual que tres adolescentes en plena gamberrada.

La puerta se abre. Cassidy aparece en el umbral, frunce el ceño al ver los trastos y la cesta y, poco a poco, la sorpresa se dibuja en su cara. Cuando Pandora asoma la cabecita y maúlla, se lleva una mano a la boca, incapaz de disimular la emoción. Creo que son lágrimas lo que le corren por las mejillas.

—¿Lo ves? —susurra Zach, orgulloso, con una sonrisa de satisfacción—. Te he dicho que lo querría.

Yo niego con la cabeza, medio riendo, medio aterrorizado por lo que ocurrirá cuando descubra quién está detrás de todo esto.

No esperamos a averiguarlo. Salimos a la carrera hasta el coche y nos metemos dentro, cerrando las puertas de golpe como si huir

fuera parte del plan.

—Tío, estás loco —murmura Lincoln entre risas ahogadas mientras me ve arrancar.

—Pero todo ha salido bien —responde Zach, reclinándose en el asiento con una seguridad irritante.

El trayecto de vuelta es mucho más tranquilo que el de ida. Entre risas nerviosas y comentarios incrédulos, voy dejándolos en sus casas. Lincoln baja el último, todavía repitiendo que Cassidy va a descuartizar a Zach en cuanto descubra la verdad.

En el asiento del copiloto, Maisie sigue acariciando a Ginger, que duerme tranquilo sobre su mantita. Antes de que baje, me giro hacia ella.

—Tienes que prometerme una cosa, canija.

—¿Qué? —pregunta sin apartar la mirada del gatito.

—Ni una palabra a Alex. Ni una pista, ¿vale?

Levanta la vista y sonríe con complicidad.

—Lo juro. Pero quiero estar cuando se lo des.

—Estarás —le prometo mientras le revuelvo el pelo antes de que entre en casa.

Cuando me quedo solo, el silencio me envuelve. No son ni las once, todavía falta más de una hora para medianoche. No me apetece volver a la mía, así que conduzco sin rumbo, dejando que el silencio me acompañe mientras imagino una y otra vez cómo será el momento.



El reloj marca que faltan cinco minutos para las doce cuando aparco de nuevo frente a la casa de Alex. Apago el motor y suelto un suspiro que me pesa en el pecho. No he estado nunca tan

nervioso. Ginger sigue durmiendo acurrucado en su mantita dentro del transportín, el lazo azul que Maisie insistió en ponerle brilla bajo la tenue luz del coche.

Respiro hondo, agarro el transportín con cuidado y salgo al frío de la noche. La calle está silenciosa, apenas iluminada por los destellos de las guirnaldas que cuelgan de algunas casas. Subo los escalones del porche y alzo la mano, pero dudo un segundo. ¿Y si es demasiado?

Sacudo la cabeza. No. Es Alex. Y sé que lo va a adorar.

Alexandra aparece en el umbral con el pelo completamente alborotado, las mejillas todavía sonrojadas por el sueño y una sudadera enorme que, por lo que veo, es mía. Está descalza, con el bajo del pantalón de pijama arrugado y un gesto incrédulo en la cara.

—Blake... —murmura, con voz ronca, como si no terminara de creerse que estoy frente a ella—. ¿Qué haces aquí?

Trago saliva, intentando que no note lo acelerado que late mi corazón. Llevo el transportín un poco hacia atrás y lo dejo medio escondido en la sombra del porche. Está tan adormilada que ni se fija en lo que llevo.

—Necesitaba verte —respondo, sin apartar la mirada de la suya.

Ella parpadea, confundida, y justo entonces vibra mi teléfono en el bolsillo. Lo saco un instante, es medianoche. Lo vuelvo a guardar y doy un paso hacia delante, acerco una mano a su mejilla y, sin darle tiempo a reaccionar, me inclino y la beso.

Es suave, lento, como si todo lo que había estado esperando decirle se resumiera en ese instante. Siento cómo se sorprende al principio, aturdida porque la acabo de despertar, y después se relaja, correspondiéndome con esa calidez que siempre logra desarmarme.

Al separarnos, apoyo mi frente contra la suya y susurro:

—Feliz cumpleaños, Alex.

35

No es un gato, es un hijo



Blake

Todavía siento el cosquilleo del beso cuando Alex parpadea, con expresión de no saber si está soñando o si esto es real. Está tan aturdida que ni siquiera nota el transportín que escondo detrás de la pierna.

Entonces, un maullido rompe el silencio.

Alex arruga la frente y baja la mirada despacio. Cuando sus ojos se posan en el transportín, otro maullido, más claro, la deja completamente inmóvil.

—¿Qué...? —susurra, llevándose la mano a la boca.

Abro despacio la rejilla y dejo que la luz del porche ilumine al diminuto gato anaranjado, acurrucado sobre su manta con el lazo azul todavía puesto.

—Es tuyo —digo, más bajo de lo que pretendía.

En cuestión de segundos, la incredulidad de Alexandra se transforma en pura emoción. Se inclina un poco, con los ojos brillantes, y deja escapar una risa temblorosa.

—Blake... —Su voz se rompe como si se le hiciera un nudo en la garganta.

Antes de que pueda responder, unos pasos apresurados resuenan en la escalera interior y, de golpe, aparece Maisie descalza, con el pelo recogido en un moño torcido y un pijama de unicornios que prácticamente brilla por sí solo. Sus ojos se clavan en el transportín y se iluminan al instante.

—¡Casi me quedo dormida! —exclama, acercándose de un salto.

Alex la mira sorprendida, pero enseguida vuelve a fijarse en el gatito. Se inclina y, con un cuidado casi reverente, abre del todo la rejilla para poder tomarlo entre sus brazos. Ginger se acomoda en su pecho sin quejarse, dejando escapar un dulce ronroneo.

La risa de Alex se mezcla con un sollozo ahogado. Lo acaricia con la yema de los dedos, como si temiera que desapareciera de repente.

—Es perfecto... —susurra, besándole la cabecita. Luego levanta la vista hacia mí, los ojos cristalinos—. ¿De verdad es mío?

—Claro que sí —contesto intentando mantenerme tranquilo, aunque el nudo en el estómago me aprieta más fuerte que nunca—. Pensé que... te haría ilusión y...

—¿Bromeas? —Alex me corta, con una mezcla de risa y lágrimas —. Se lo he rogado a mi padre durante años.

A su lado, Maisie no puede contener la sonrisa.

—Yo ya lo sabía —presume, hinchando el pecho—. Blake me prometió que podría ir con él a recogerlo, esta tarde.

Alex me mira sorprendida y yo solo me encojo de hombros.

—Tenía que cumplir mi promesa.

Ella baja la mirada hacia el diminuto gato, que ronronea acurrucado en sus brazos, y se queda en silencio un momento, acariciándole la cabecita con ternura.

—Me encanta... —murmura, y sonríe de esa manera que me desarma por completo—. ¿Cómo se llama?

—Ginger.

Lo repite en voz baja, probando el nombre, y yo juro que nunca he visto una sonrisa tan auténtica en su cara.

Maisie se acerca para acariciar al gato y suelta una carcajada.

—Pobre de ti, Ginger. No sabes en qué manos has caído.

—¡No empieces! —Alex lo abraza más fuerte—. Es mi hijo y lo vas a respetar.

—¿Tu hijo? —Maisie arquea una ceja, divertida—. Entonces yo soy la tía favorita.

—Ni de broma.

Alex empieza a subir las escaleras con el gatito pegado a su pecho y Maisie la sigue pisándole los talones.

—¡Blake, dile que no puede quedárselo todo el rato! —protesta la hermana pequeña a toda voz.

Me río y niego con la cabeza. Antes de seguirlas arriba, paso por la cocina para dejar el comedero, la arena y todo lo que he comprado, pero me llevo la camita y un par de juguetes a su habitación.

Cuando subo, las oigo discutir agitadamente; parece que estuvieran firmando un acuerdo de custodia. Me apoyo en el marco de la puerta, observándolas.

—No pienso compartirlo —dice Alex, convencida, mientras acaricia a Ginger como si fuese lo más valioso que ha tenido en su vida.

—¡Pero yo también lo elegí! —replica Maisie, intentando rozar con un dedo las orejitas del pequeño.

—¡Ni lo toques! —Alex se aparta y le saca la lengua a su hermana, sabiendo que eso le va a molestar.

—Acaparadora —bufa Maisie mientras le da un empujoncito en el hombro—. Seguro que no lo vas a dejar dormir tranquilo.

—Dormirá conmigo todas las noches —responde Alex, con total seriedad.

—¡¿Y conmigo cuándo?! —se indigna Maisie—. ¡Voy a chivarme a papá!

La risa se me escapa sin remedio. Verlas discutir así, en pijama y con el pelo hecho un desastre, me parece la cosa más entrañable del mundo. Y Ginger, en medio, parece completamente relajado, como si hubiera nacido para estar ahí, ajeno al drama.

Después de estos últimos meses junto a Alexandra, me he dado cuenta de que siempre que se enzarza en una discusión con su hermana necesitan a alguien que les pare los pies o pueden estar así durante horas.

Y como ahora mismo no hay nadie más en esta habitación, le quito el gato a Alexandra de las manos, ganándome un grito de su parte, y lo acomodo en mis brazos, antes de intentar que lleguen a un acuerdo.

—Alex, el gato va a estar contigo toda la noche, ¿qué te parece si dejas que pase un rato con tu hermana mientras tú me cuentas qué tal ha ido la tarde con Cassidy?

Me cuesta un poco convencerlas, pero al final Alexandra accede y deja que Maisie juegue con Ginger. Esta lo acaricia con mimo, incluso intenta enseñarle algún truco, aunque yo me apresuro a explicarle que todavía es demasiado pequeño para aprender. Después de un rato, Alex considera que es suficiente y la manda de vuelta a la cama. Luego cierra la puerta, se gira hacia mí y vuelve a acunar al gato entre sus brazos como si fuera su tesoro más preciado.

—¿Sabes qué debemos hacer? —pregunta con una expresión traviesa mientras se sienta en la cama.

—Sorpréndeme, aunque sospecho que no me va a gustar.

—Ver la película *16 deseos*. Por mi cumpleaños.

—Pero si cumples diecisiete. Eso da mala suerte. Mejor culturicemos al gato... Pongámosle una película de verdad —respondo con horror, buscando una salida.

Alex me dedica una sonrisa astuta.

—Bien, tú lo has querido, King.

Y así es como termino viendo la película más insufrible del universo. Es la quinta vez que Alex me pega un manotazo cuando nota que se me cierran los ojos. Yo ya no sé si estoy más adormilado por la película o por la calidez de su cuerpo contra el mío, pero Alexandra sigue atenta, completamente enganchada a la historia.

Por cierto, todavía no ha soltado al minino.

—Mi idea de ver una buena película no era esta —susurro, frotándome la cara para despejarme—. Vas a traumatizar al pobre animal.

—¡Claro que no! Míralo, está embobado mirando la televisión.

Bajo la vista y, para mi sorpresa, Ginger está acurrucado en el regazo de Alex, con las orejas erguidas y la mirada fija en la pantalla. No sé en qué momento me ha liado para ver *Los Aristogatos*, pero aquí estoy. Según Alex, su gatito echa de menos a su anterior familia y, por eso, debíamos ponerle esta peli.

Es ridículo, lo sé, pero ¿cómo voy a decirle que no?

Al final, Ginger se acomoda sobre mi pecho, Alex se queda dormida antes de que acabe la película y yo... yo termino despierto, viendo *Los Aristogatos* con un gatito encima y una medio novia adormeciéndome el hombro.

Cuando por fin acaba, suspiro y deposito un par de besos en la frente de mi rubia, como una despedida silenciosa. No quiero despertarla, así que dejo a Ginger acurrucado a su lado, asegurándome de que ambos estén cómodos. Pero justo cuando me incorporo, Alex se mueve y me agarra del brazo antes de que pueda alejarme. Sus ojos están entrecerrados por el sueño, aunque su expresión es clara.

—Quédate. Quédate a dormir.

—¿Estás segura?

—Quiero pasar mi cumpleaños contigo, Blake —murmura, con una pequeña sonrisa.

Mi pecho se calienta de golpe. No sé por qué, pero oír esas palabras hace que todo el frío del invierno se disuelva. Sin pensarlo más, asiento y me deslizo de nuevo bajo la colcha y dejo que se acomode contra mi pecho. El gato suelta un ronroneo suave, como si también aprobara la idea.

Alexandra no tarda en volver a quedarse dormida, y yo no puedo dejar de acariciarle el pelo y la cara. La observo, con la respiración pausada; me abraza como si temiera que me marchara, y entonces lo sé: estoy absurda, completa y absolutamente enamorado de esta chica.

La chica que nunca se ha sentido suficiente para nadie, aunque ilumina cada lugar en el que entra sin darse cuenta.

La chica que dice no ser valiente, pero fue capaz de confesarme sus sentimientos en cuanto se dio cuenta de que los tenía, mientras que yo llevo años queriéndola en silencio, sin atreverme a decírselo.

La chica que puede proponerme las locuras más absurdas del mundo, pero yo la seguiría sin pensarlo solo porque hacerla feliz y oírla reír me genera un punto de felicidad que pensé que era imposible de alcanzar.

La chica que antepone siempre la felicidad de los demás a la suya, y que me hace querer ser el primero en luchar por ella, en recordarle que merece todo lo que da multiplicado por mil.

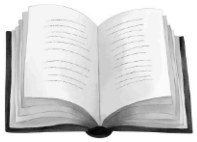
Porque esa es mi chica, Alexandra Baxter. Y me gusta exactamente como es. Cada detalle, cada contradicción, cada inseguridad. Todo lo que ella considera un defecto para mí es lo que la hace perfecta. Es tan especial y única que no me genera la necesidad de mirar a ninguna otra chica porque no tienen sentido con ella existiendo.

Es la única capaz de desnudar mi alma sin proponérselo siquiera. La persona que quiero que lo conozca todo de mí. La que ya conoce todos mis secretos. Todos menos uno. Y es que estoy más que enamorado de ella.

Mis caricias se ralentizan hasta detenerse, y el sueño finalmente me vence. Y mientras me hundo en la oscuridad con ella abrazada a mí y un gato dormitando en mi pecho, pienso que no podría existir una mejor forma de pasar la noche.

36

Disfruta, solo tienes diecisiete



Alexandra

Me despierto cuando algo pequeño y mullido pisa mi estómago. Al principio, me tenso, confusa y medio asustada, hasta que abro los ojos y me encuentro con una diminuta bola de pelo naranja trepando torpemente sobre mí.

Ginger.

Suelto un suspiro y le acaricio la cabecita con suavidad mientras él maúlla en respuesta. Se frota contra mi mano, exigiendo más atención, y sonrío antes de notar el calor detrás de mí.

Blake sigue dormido, su respiración es tranquila y cálida contra la piel de mi cuello. Su brazo descansa sobre mi cintura, aunque su mano ha terminado peligrosamente cerca de mi abdomen.

Trago saliva.

Intento moverme con cuidado, pero su agarre se ajusta levemente en cuanto lo hago, como si su subconsciente se resistiera a soltarme. Mi corazón late más rápido de lo que debería, pero no porque me moleste..., sino porque me gusta la sensación más de lo que quiero admitir.

Ginger salta de mi estómago y se pasea por la cama hasta llegar a Blake. Se detiene junto a su rostro, lo olfatea un poco y luego, sin previo aviso, le da un lengüetazo en la mejilla. Él gruñe en voz baja, removiéndose.

—Es demasiado pronto... —murmura con voz ronca y rasposa por el sueño.

Su tono somnoliento y el ceño fruncido me arrancan una risa suave.

—Díselo al gato —susurro.

Ginger, que parece entender que es el centro de la conversación, maúlla y comienza a mordisquear la manga de Blake con sus diminutos dientes. Él abre un ojo, parpadeando con lentitud antes de fijarse en mí.

—Buenos días, cumpleañera.

—Buenos días, Blake.

Se frota los ojos con la mano libre y se estira levemente, pero sin soltarme del todo. Su agarre se afloja, aunque su brazo sigue sobre mi cintura.

—¿Cómo te sientes siendo un año más vieja? —dice con voz aún adormilada.

—Cumplo diecisiete, no cuarenta —afirmo poniendo los ojos en blanco, y mi respuesta provoca en él una risa ronca que hace que me ardan las mejillas. Es injusto lo atractivo que está de buena mañana.

—Aun así..., deberíamos celebrarlo.

Antes de que pueda responder, Ginger decide que la conversación ha terminado y se acomoda sobre el pecho de Blake, restregándose contra su camiseta. Este suspira y le rasca detrás de las orejas.

—Estás demasiado mimado para llevar menos de un día aquí, ¿lo sabías?

El gato solo maúlla y Blake sacude la cabeza con diversión.

—¿Sabes qué es lo primero que quiero hacer hoy? —pregunto observándolo mientras juega con el peque.

—Déjame adivinar... ¿dormir hasta el mediodía?

—No. Quiero tortitas.

—¿Tortitas de cumpleaños? ¿No te tiene prohibida tu madre todo tipo de actividad culinaria?

—Exacto, vamos.

Me giro para levantarme, pero, en cuanto lo hago, Blake me atrapa de nuevo por la cintura y tira de mí hasta que estoy otra vez pegada a él.

—Sí, pero antes...

Cambia de posición, poniéndose encima de mí y apoyándose sobre los codos antes de atrapar mi boca con la suya. Sus labios se mueven con más urgencia que en todos nuestros besos anteriores, como si un simple beso no fuera suficiente. Mis dedos se enredan en su pelo, lo acaricio suavemente, pero, cuando tiro un poco más fuerte, emite un sonido grave y bajo.

—Baxter... —murmura contra mis labios. Su voz es baja, ronca, cargada de algo que me hace estremecer.

Sin darme tiempo a decir nada, su boca vuelve a la mía, exigente e intensa. Se apoya de nuevo sobre un codo mientras su otra mano se desliza muy lentamente por mis costados, explorando con una paciencia casi tortuosa.

Mi respiración se acelera cuando sus labios abandonan los míos solo para trazar un camino lento por mi mandíbula hasta mi cuello. Deja un beso ahí, luego otro, hasta que sus dientes rozan mi piel lo justo para provocarme un escalofrío.

Un sonido gutural se me escapa de la garganta sin poder controlarlo. Me muero de vergüenza, pero él sonríe contra mi piel,

disfrutando del efecto incontrolable que tiene sobre mí.

Sus dedos juegan con el dobladillo de mi camiseta, rozando mi piel de manera deliberadamente lenta.

—Dime que pare —susurra, su aliento cálido me hace cosquillas en el hueco de la clavícula—. Quiero que me digas que pare en el momento que sientas que estamos yendo demasiado rápido, ¿entendido?

Yo asiento, aunque lo último que quiero es que se detenga. No me imaginaba que podíamos llegar a hacer esto justo en este instante. Pero ha surgido y ahora se ha vuelto una necesidad.

Deslizo mis manos temblorosas por su espalda, esperando que capte el mensaje. Él me mira fijamente a los ojos con tanta intensidad que creo que podría fundirme con su color verde.

—Eres preciosa. —Suelta las palabras contra mis labios, y hay tanta sinceridad en su voz que me siento abrumada.

No me da tiempo a procesarlo antes de que sus labios bajen de nuevo por mi cuello, dejando un rastro de besos y pequeños mordiscos que hacen que mi piel arda. Me pierdo en él, en el calor de sus caricias, en la forma en que sus manos exploran mi piel con una lentitud que me vuelve loca.

No hay prisas en el momento. Solo nosotros.



Una hora más tarde, aún no nos hemos movido de la cama. Blake insiste en que bajemos a por las famosas tortitas, pero estoy demasiado cómoda como para moverme.

—Solo un rato más...

—Venga, Baxter..., vamos a por esas tortitas antes de que se haga tarde.

Suspiro derrotada y estoy a punto de levantarme, pero la pantalla de mi móvil vibra sobre la mesita. Veo el nombre de mi madre y me pongo rígida.

—Oh, no... —susurro, llevándome una mano al pelo.

—¿Quién es?

—Mi madre. —Lo miro con los ojos abiertos como platos—. ¡Escóndete, rápido!

Él se ríe, divertido por mi nerviosismo, pero al final se aparta y se sienta en mi sillón al lado de la ventana, fuera del alcance de la cámara. Con un nudo en el estómago, acepto la videollamada. Solo consigo divisar la figura de mi padre durante unos instantes antes de que mi madre se aparte de todos para que no la oigan.

—¡Alexandra! —me saluda, radiante— ¡Enséñame el gatito!

—¿Ginger? —repito, nerviosa, mientras busco al gato con la cámara—. Eh..., sí, aquí está.

Sostengo al pequeño delante de la pantalla mientras mi madre se deshace en mil cumplidos sobre lo precioso que es. Yo asiento, rezando para que Blake no haga ningún ruido.

—Por cierto..., ¿de verdad pensabas que podías engañarme?

Trago saliva.

—¿Engañarte? No sé de qué hablas.

Ella me lanza una mirada cómplice desde la pantalla.

—Lexi, por favor. Estoy segura de que Blake está ahí contigo ahora mismo.

—Yo... —Respiro hondo, intentando negar todavía—. Mamá, no es lo que piensas...

—Sí que lo es. —Su tono se suaviza—. A las madres no se nos escapa nada. ¿Cómo no iba a saber que un chico lleva meses colándose por la ventana de mi hija? No tienes por qué escondérmelo, cariño. Sé cómo es tu padre y entiendo que prefieras

callarte delante de él, pero yo no tengo ningún problema. Y mientras te vea feliz, no pienso decir nada.

Estoy a punto de tartamudear alguna excusa cuando Blake me arrebata el teléfono de las manos con toda la tranquilidad del mundo.

—Buenos días, señora Baxter. —Su voz suena segura.

—Blake —responde ella enseguida, como si fuera lo más natural del mundo hablar con él a través de una pantalla—. Hace mucho que no te veía, ¿qué tal va la temporada?

—Bastante bien —dice con una sonrisa; parece que lleve años teniendo estas charlas con mi madre—. Estoy totalmente dispuesto a contarle las intenciones que tengo con su hija...

Yo, en cambio, quiero morirme aquí mismo, hundirme en el colchón y no salir jamás.

Por suerte solo charlan durante unos minutos más y podemos bajar a desayunar. Pronto estamos devorando las tortitas que hemos preparado a duras penas, porque la cocina casi acaba en desastre.

Blake me lanza una mirada divertida mientras echa más sirope en su plato.

—Creo que ya entiendo por qué no te dejan cocinar; casi quemas la sartén.

—Eso ha sido culpa tuya —respondo, dándole una patada bajo la isla de mármol—. Me has mentido diciéndome que estaban crudas cuando estaban más negras que el carbón.

Él suelta una carcajada, y esa sonrisa, la que parece que reserva para mí, hace que mi estómago dé un vuelco.

Me pongo a repasar mentalmente la conversación que hemos tenido con mi madre, y siento que me han quitado un peso de encima. No ha dicho nada antes porque conoce a mi padre, pero es consciente de lo feliz que estoy últimamente.

Y, con esa simple confesión, la vergüenza se ha mezclado con un alivio enorme. Porque, aunque me moría de miedo, mi madre no solo lo sabía, sino que parecía aprobarlo.

—Oye, Alex... —La voz de Blake me saca de mis pensamientos. Me giro hacia él mientras me meto el último trozo de tortita con chocolate en la boca.

—Hummm. —Le hago un gesto para que continúe, aún masticando.

—En abril... supongo que ya sabes, por tu padre, que todos los años el instituto organiza un torneo amistoso de baloncesto para los de último curso. No se trata de un simple partido, es como una tradición: alquilan un bonito resort y cada vez lo hacen en un sitio distinto. Este año toca cerca de la playa, jugaremos contra algunos chicos del este.

—¿En serio? —pregunto arqueando una ceja.

—Sí, y es un viaje grande, no solo van los jugadores y el entrenador. Muchos familiares suelen ir a animar y aprovechar el plan. En mi caso van a ir mis tíos, que viven por allí, y, claro..., también va a estar Harry. —Sus labios se curvan apenas al mencionar a su primo de ocho años, ya me ha hablado antes de él —. El crío está emocionado, no deja de comentar cuántas ganas tiene de ese fin de semana y de que quiere verme jugar.

Lo noto ponerse algo nervioso mientras juguetea con el tenedor entre los dedos.

—Incluso Lincoln dice que quiere intentar traer a sus tías de Canadá, creo que te hemos hablado de ellas... No sé, va a ser un poco locura.

Lo miro fijamente, esperando a que deje de dar rodeos y diga lo que realmente quiere decir. Él carraspea, baja la vista al plato y, finalmente, se lanza.

—Lo que quiero decir es que... si en abril seguimos con esto... me encantaría que vinieras conmigo. No tienes que venir como «mi novia» si no quieres, podría presentarte como mi amiga, pero... sería especial que estuvieras allí y...

Sonrío y niego con la cabeza.

—Blake, echa el freno —lo interrumpo, divertida—. Claro que me encantaría ir contigo.

Blake habla sin meditar las palabras antes, se nota que está muy nervioso, así que apoyo mi mano sobre la suya y le dedico una sonrisa tranquilizadora.

—Sí que he oído hablar sobre ese torneo anual, lo que no sabía era la importancia que tiene para el instituto y la verdad es que me encantaría ir... Es la oportunidad perfecta para que me presentes a tus padres.

Creo que la que no ha medido ahora sus palabras antes de soltarlas he sido yo. Blake se queda tan quieto que casi puedo oír cómo su respiración se atasca en la garganta. Joder, incluso yo me sorprendo de lo que acabo de confesar.

—Eh..., lo que quería decir es que ninguno de los dos hemos hablado con nuestros padres sobre lo que sea que tengamos, y que quizá sea una buena oportunidad para contárselo.

—Mis padres ya saben sobre ti —responde de repente, levantándose para recoger los platos y meterlos en el lavavajillas.

Parpadeo varias veces, desconcertada.

—¿Eh?

—Desde el baile de *homecoming*, les dije que estaba contigo.

Lo miro, sin poder creer lo que estoy oyendo. Ahí fue nuestro primer beso. De eso hace más de dos meses.

—¡¿Les dijiste hace más de dos meses que tenías novia y no me habías dicho nada?! ¡¿Por qué no me los has presentado?!

Se encoge de hombros, como si fuera lo más normal del mundo. Por suerte para mis nervios, vuelve a sentarse a mi lado, en el taburete.

—No les dije que tenía novia, Alex. Solo... que estaba contigo. Y no quería presionarte. —Me mira con seriedad, como tanteando mis reacciones—. ¿Lo dices en serio? ¿Quieres conocerlos? No tenemos por qué hacerlo todavía, ni siquiera somos pareja oficial... No es que no quiera ser tu novio, es solo que creo que te mereces que te lo pida de la mejor manera posible, y nunca encuentro el momento adecuado.

Me quedo unos segundos en silencio, intentando ordenar mis pensamientos. No esperaba esta conversación ahora, pero si algo tengo claro es que quiero ser sincera con él. Respiro hondo antes de hablar.

—Blake, lo quiero todo contigo. Lo siento si mantenerlo en secreto te ha hecho pensar lo contrario. Ya sabes que es por mi padre. Él dejó muy claras sus reglas: centrarme en los estudios y nada de chicos. Ya es peligroso que mi madre nos haya descubierto...Y si él se enterara, estaría tan cegado intentando protegerme que no vería lo feliz que me haces. Pero te prometo que, en cuanto termine el curso, quiero que todo el mundo sepa lo nuestro. Quiero ser tu novia, Blake.

Sus ojos se clavan en mí, intensos, y me tiemblan un poco las manos, pero sigo.

—Quiero conocer a tus padres, a tu primo Harry, a todos. Quiero saberlo todo de ti. Puede que lo de mi padre complique las cosas, pero no quiero que eso nos frene. Quiero que avancemos, ¿me entiendes?

Tomo aire después de soltarlo todo de golpe. Me he quedado sin palabras y, por un momento, él también. Blake aprieta los labios,

nervioso, como si buscara la forma correcta de responderme.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Alex. —Pronuncia la frase en voz baja, aunque de forma tan sincera que siento que me corta la respiración.

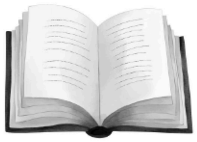
Se pasa una mano por la nuca, todavía algo incómodo por la intensidad de la conversación, y añade con una sonrisa tímida:

—Si quieres, puedes conocer a mis padres allí. Podemos hacer lo que tú quieras, Alex.

—Entonces hagámoslo, Blake.

37

Todavía quedan más sorpresas



Alexandra

Paso un rato más con Blake, fantaseando sobre el viaje en abril y todo lo que queremos hacer en Navidad antes de que lleguen los exámenes. Sonrío sola al recordar la conversación sobre conocer a sus padres justo cuando aparco en la entrada de la casa de Cass. Emma ha vuelto hoy de su viaje familiar y, como más tarde saldremos en grupo a celebrar mi cumpleaños, hemos quedado las tres aquí para pasar un rato de chicas antes.

Después tenemos plan con los chicos: cenar y salir de fiesta. Según Zach, el portero del club de los sábados no suele poner pegas con la edad.

Emma abre en cuanto toco el timbre y, antes de que pueda reaccionar, se me lanza encima con tanta fuerza que tengo que dar varios pasos atrás para no terminar en el suelo.

—¡Feliz cumpleaños, Lexi! —exclama, apretándome hasta dejarme sin aire—. ¡Te he echado tanto de menos...!

—¡Y yo a ti! —respondo entre risas, atrapada en su abrazo.

Cuando por fin me suelta, me agarra de la mano como si pensara que me fuese a escapar.

—Venga, entra ya. Cass está dentro preparando algo para ti, y yo necesito contarte mil cosas del viaje. No pienso desperdiciar ni un minuto más sin ti.

—Tampoco es que me hayas dado opción —bromeo, dejándome arrastrar al interior.

No me sorprende el silencio de la casa; los padres de Cassidy siempre están trabajando, así que no es nada nuevo. Lo que sí me deja helada es lo que veo al cruzar el salón: un gato anaranjado, tumbado tranquilamente sobre el sofá. Creo que mi cerebro deja de funcionar durante unos segundos. Simplemente me quedo ahí, con el ceño fruncido.

—Es Pandora —dice Cass desde la cocina, adivinando mi desconcierto—. Lleva menos de un día aquí. No os había dicho nada porque quería que fuera una sorpresa cuando la vierais.

Intento sonreír con naturalidad, aunque el nudo en el estómago se hace más grande. Pandora se parece demasiado a Ginger para ser casualidad, y más teniendo en cuenta que los dos llegaron ayer.

—Voy un momento al baño, ahora vengo —murmuro, intentando sonar despreocupada.

No espero respuesta. Apenas cierro la puerta tras de mí, saco el móvil del bolsillo y marco el único número que puede sacarme de dudas.

—¡Blake! —susurro con un tono medio histérico, asegurándome de que las chicas no me oigan—. ¡¿Se puede saber por qué Cassy tiene un gato en el salón que parece el hermano perdido de Ginger?!

—Porque lo es. Bueno, más bien hermana —responde con toda la calma del mundo—. Solo que no perdida, tranquila, nosotros la hemos reconocido.

Parpadeo, incrédula.

—¡¿Cómo que la...?! ¡¿De qué coño hablas, King?!

Oigo un suspiro al otro lado del teléfono, como si estuviera preparándose para explicarlo todo con paciencia.

—Ginger es hijo de una gata que tuvo una camada de cinco gatitos. Cuando lo adoptamos, solo quedaba uno sin hogar... y Zach no pudo estarse quieto. Así que lo dejamos en la puerta de Cassidy sin que ella supiera quién se lo había dado.

—¡PERO ¿OS HABÉIS VUELTO LOCOS?!

Antes de que pueda seguir despotricando, la puerta del baño se abre de par en par y Cassidy entra con cara de pocos amigos. Me arrebata el móvil con un gesto impaciente.

—Escúchame bien, capitán. —Su tono rezuma burla—. No soy tan estúpida como para no darme cuenta de que la gata era de Palmer. La próxima vez que quiera permanecer en el anonimato, que no firme la tarjeta con una Z. Eso reduce mucho las opciones.

Hago una mueca, imaginándome a Zach firmando la tarjeta.

—Igualmente, Pandora no tiene la culpa de la insufrible expareja que tengo, así que la gata es mía. Fin de la historia. —Cassidy cuelga sin más.

Me devuelve el móvil y cruza los brazos.

—Le has colgado a Blake —murmuro, todavía incrédula.

—Lo siento —responde sincera.

—¿Cómo sabías que estaba hablando con él?

—Susurras demasiado alto.

Nos miramos un segundo y acabo soltando una risita nerviosa que se convierte en carcajada. Cass se une y, así, de la forma más absurda, el mal rato se esfuma.

Emma aparece en ese momento, confundida.

—¿Qué me estoy perdiendo?

Cass y yo nos miramos cómplices. Yo suspiro y me apoyo sobre el lavabo.

—Bueno..., solo un pequeño drama gatuno —digo, intentando restarle importancia—. Pero, ya que te has perdido todo lo que ha pasado esta semana, te lo voy a resumir rápido: Blake quería adoptar un gatito para mi cumpleaños, los chicos lo acompañaron. Maisie está más feliz que nunca.

Emma me mira con los ojos muy abiertos.

—¡¿Un gato?! ¡¿Cómo he podido perderme algo así?! ¡Después de tantos años pidiendo uno! ¡Qué pasada, Lexi!

—Sí, pero lo gracioso ha venido después... —suelto; la guío de vuelta al salón y señalo a Pandora en el sofá—. Es idéntica a Ginger. Por un segundo he pensado que estaba perdiendo la cabeza.

—¿Coincidencia? —pregunta Emma, aún fascinada.

—Ojalá. —Me río con amargura—. Los chicos pensaron que sería una buena idea regalarle la última gatita de la camada a Cassidy... sin preguntarle.

Emma se lleva una mano a la boca, alucinada.

—No puede ser...

—Sí puede —contesta Cass, poniendo los ojos en blanco—. Y lo mejor de todo fue encontrármela en una cesta en la puerta de mi casa. Ni siquiera tuvieron la decencia de dar la cara, simplemente la dejaron ahí.

Yo ya estoy riéndome, pero Cass continúa con una mueca divertida.

—¿Sabéis lo peor? Que toda la planta baja de mi casa está llena de ventanas. Literalmente los vi esconderse después de dejarla. Parecían tres delincuentes huyendo de la escena de un crimen.

La imagen mental es tan ridícula que acabamos las tres dobladas de la risa, con Pandora mirándonos desde el sofá como si estuviera

acostumbrada al caos desde el primer día.

—En fin, dejando a un lado el zoológico que se han empeñado en montarnos los chicos... —Cass me mira y luego suspira—, ¿os parece bien si durante las vacaciones revisamos las solicitudes a las universidades? Porque queda nada para que empiecen.

Emma sonríe con ilusión.

—Yo lo siento, chicas, pero lo tengo decidido. Quiero dedicarme al arte y Floramont no tiene un programa fuerte en eso, así que me iré fuera. Ya he encontrado dos universidades que me encantan.

Hago una mueca ante su comentario. Emma tiene claro que quiere marcharse lejos a estudiar desde hace varios años, pero aún no había asimilado que queda poco para que eso suceda, y no estoy preparada para alejarme de mi mejor amiga.

—Pues yo no pienso moverme de aquí —afirma Cass, alzando una ceja—. Floramont tiene buena reputación y, además, es lo más cómodo.

Asiento, convencida. Floramont es una de las mejores universidades actualmente, sobre todo para deportistas.

—Pienso lo mismo. Floramont es donde quiero estar, siempre he querido ir a la universidad de aquí... y sé que los chicos también lo tienen claro.

—Bueno..., no todos. —Cass baja un poco la voz, como si no quisiera sonar demasiado entrometida—. El otro día oí a Blake hablando con Zach o Lincoln, no estoy segura, y mencionó que también iba a solicitar plaza en una universidad bastante lejos. Creo que, por el norte, no lo recuerdo bien.

Me quedo helada.

—¿Qué? —intento sonar tranquila, pero el tono de voz me delata.

—No te asustes —responde Cass enseguida—. Solo lo oí de pasada, no sé si lo decía en serio o si era un plan B.

Emma alza una ceja, incrédula.

—¿Y Blake no te ha dicho nada, Lexi?

Niego despacio, obligándome a sonreír en un intento de restarle importancia.

—No..., supongo que no hemos hablado de ese tema aún.

Cass me da un empujón cariñoso en el hombro.

—Pues seguro que no es nada, ya sabes cómo son ellos. Siempre hablando de planes y posibilidades... Yo no me rayaría.

Asiento, pero la sonrisa me sale forzada. Y mientras ellas siguen charlando, no puedo dejar de pensar que tal vez Blake no me lo contó porque nunca pensó que lo nuestro duraría más allá del instituto. Todos los chicos del equipo sueñan con pasar del Floramont High a la Floramont University juntos, como una tradición.

Yo también lo imaginaba así: nuestro grupo permaneciendo unido, y Blake conmigo en la misma ciudad, en la misma universidad, en la misma vida. Pero ¿y si él ya ha planeado lo contrario? ¿Por qué no me ha comentado lo de la otra universidad? ¿Y si en su cabeza nuestra relación tiene fecha de caducidad? ¿Planea terminar conmigo antes de estrenar facultad? ¿Se puede terminar algo que técnicamente aún no ha empezado?

La idea me golpea con más fuerza de la que esperaba y, aunque intento apartarla, se queda rondando en un rincón de mi mente: primero mientras charlo con las chicas, luego cuando nos preparamos para la noche y, por último, mientras esperamos que los chicos vengan a por nosotras...



El restaurante está lleno de luces suaves y risas de fondo; la mesa, cubierta de platos vacíos y vasos medio llenos. Mis amigas

han brindado por mí demasiadas veces mientras Foster y Palmer se han encargado de recordarme cada detalle vergonzoso de los últimos meses. Blake está a mi lado, acariciándome el pelo de forma distraída y defendiéndome siempre que los chicos dicen algo.

—Lexi, no te ofendas —suelta Zach alzando su copa—, pero ese día te seguí el ritmo por pena. Recuerdo que todos habíamos terminado el examen de resistencia, tú eras la única que faltaba. ¿Cómo iba a dejarte ahí?

—Oh, venga ya —replica Blake dándole un manotazo en el brazo —. ¿Quieres hablar de quién se queda sin aire cuando Baxter nos pone a dar vueltas sin parar?

Todos se ríen y yo niego con la cabeza, divertida.

—Lo peor es que tenéis partido el lunes —comenta Emma con una sonrisa traviesa—. ¿No deberíais estar en casa bebiendo agua y durmiendo ocho horas?

—Exacto, eso mismo digo yo —salta Lincoln—. Pero, claro, Blake se hace el mártir y viene a devorar medio menú.

—Es mi chica la que cumple años, ¿qué querías? ¿Que lo celebráramos con brócoli hervido? —responde Blake, echándome una mirada cómplice que me arranca una sonrisa.

La cena transcurre entre anécdotas, chistes y alguna pulla sobre cómo jugamos al baloncesto como si nos fuera la vida en ello.

La mesa estalla en carcajadas, incluso Zach, que intenta hacerse el serio, acaba riéndose con la boca llena de pan. Cassidy pone los ojos en blanco, pero se nota que se lo está pasando bien. La sobremesa se alarga con más anécdotas y chistes, alguno sobre partidos pasados, otro sobre la capacidad infinita de Lincoln para dormirse en los sitios más ridículos. El ambiente es ligero, cálido, casi familiar, y por un instante me olvido de todo lo demás.

Cuando llega la hora de marcharse, nos levantamos en un torbellino de chaquetas y promesas de los chicos de que solo se quedarán un rato y se irán a descansar. Fuera, el aire frío de diciembre nos golpea en la cara y todos soltamos un coro de quejidos, aunque no dura demasiado: enseguida nos apelotonamos para entrar en los coches y, entre risas y música alta, el trayecto hasta el club pasa volando.

El local está lleno, la música vibra en el suelo y las luces pintan las paredes de colores imposibles. Apenas cruzamos la puerta, Emma ya arrastra a Cassidy hacia la pista de baile, y Lincoln se va con Zach directos a la barra. Blake, en cambio, se queda conmigo, entrelazando sus dedos con los míos como si temiera que me perdiera entre la multitud.

—¿Sabes? —Se inclina hacia mí, su voz apenas audible con el bajo resonando en las paredes—. No es el sitio que yo habría elegido para tu cumpleaños.

—Ah, ¿no? ¿Y dónde me habrías llevado entonces?

—A un lugar donde pudiera hablar contigo sin que me quedara afónico —responde, rozándome la mejilla con la nariz en un gesto involuntario.

Me río, porque sé que dice la verdad: Blake nunca ha sido el mayor fan de las fiestas y, a pesar de todo, está aquí, soportando el ruido solo porque yo quiero celebrarlo con todos.

—Tranquilo, no pienso dejarte sordo —le aseguro, y entonces me pongo de puntillas y acerco la boca a su oído—. Pero tampoco te pienso soltar.

Siento cómo sonríe incluso antes de que pueda verlo. Me aprieta la mano y me arrastra un poco hacia el borde de la pista, donde las luces no son tan intensas y podemos respirar mejor.

—¿Sabes qué es lo gracioso? —me dice, acercando los labios a mi oído para que lo entienda.

—¿Qué?

—Que, con todo este ruido, lo único que escucho es a ti.

Por un segundo olvido el calor, la música y la gente alrededor. Solo existe él, con esa mirada que parece capaz de atravesarme entera. Y, aunque no nos besamos —no aquí, no con todos mirando—, la forma en que me acaricia el pulgar contra la mano me dice más que cualquier palabra.

Y, en medio de todo esto, descubro que no necesito nada más para que la noche sea perfecta.

38

Lo único que importa



Blake

La noche en el club se alarga más de lo que esperaba. Entre bailes, bromas de Lincoln y las quejas de Cassidy por culpa de sus tacones, el tiempo se escurre sin que nos demos cuenta. Cuando por fin decidimos que ya es suficiente, el cielo empieza a teñirse con los primeros rastros del amanecer.

Emma se queja del cansancio, Cassidy tropieza contra Lincoln y Zach intenta convencer a todos de seguir la fiesta en otro sitio. Yo, en cambio, lo tengo muy claro.

—Vamos —digo, abriendo el asiento del copiloto y mirando a Alexandra.

Ella arquea una ceja, divertida.

—Alguien está un tanto mandón.

—Solo contigo. No pienso dejar que te subas al coche de esos delincuentes. Te vienes conmigo.

Ni lo duda. Se encoge de hombros con una sonrisa y se desliza dentro, como si ese «te vienes conmigo» fuera justo lo que esperaba oír.

Lincoln se encarga de llevar a Emma y a Cassidy, que discuten sobre si parar por comida antes de ir a casa. Zach protesta porque nadie quiere seguir de fiesta, pero está demasiado borracho para que alguien lo tome en serio, así que también termina marchándose con Foster. Yo agradezco tener la excusa perfecta para quedarme a solas con Alex.

El trayecto es más silencioso de lo que imaginaba, pero no incómodo. Pongo la música baja, algo lejano al estruendo del club, y conduzco despacio, disfrutando del contraste entre el bullicio de hace un rato y esta calma inesperada. Ella se apoya en la ventanilla, las luces de la calle le dibujan sombras suaves en el rostro, y yo me sorprendo mirándola más de lo que debería mientras conduzco.

A veces creo que no necesito decir nada; basta con tenerla cerca para que todo encaje.

Cuando llegamos a su casa, insiste en que me quede a dormir y me escape temprano por la mañana. En realidad, ya es la mañana, pero nunca pienso con claridad cuando se trata de esta chica.

Subimos las escaleras de puntillas, conteniendo la risa cada vez que un peldaño cruje más de lo debido, hasta que por fin cerramos la puerta de su habitación tras nosotros.

Me dejo caer sobre su cama con un suspiro exagerado, estirándome como si acabara de correr un maratón.

—Necesito una medalla por aguantar tanto ruido.

Ella suelta una carcajada y se deja caer a mi lado, con ese brillo todavía vivo en los ojos.

—Exagerado.

—¿Yo? —Alzo una ceja, rodando hacia ella—. Estoy seguro de que se me ha perforado un tímpano.

—Tranquilo, Blake. Si te quedas sordo, todavía puedo hablarte con gestos. —Sonríe ladeando la cabeza, y después añade en voz baja

—: Aunque puede que no sea la mejor idea después de tantas copas.

La risa se me escapa sin querer y, antes de que pueda responder, estira la mano hasta rozar la mía. Es un gesto sencillo, pero tiene ese efecto que solo ella consigue: hacer que todo lo demás deje de importar.

Me acerco un poco, lo justo para que nuestras rodillas choquen, y dejo que ese contacto mínimo se prolongue más de lo necesario. El silencio que nos rodea no es vacío: es expectante, como si algo estuviera a punto de romperse.

—Ha sido un buen cumpleaños, ¿no? —pregunto, aunque ya sé la contestación.

—El mejor —responde sin dudar.

Sin embargo, lo noto. Esa pausa, esa forma de morderse el labio debatiéndose consigo misma. La conozco demasiado bien para no darme cuenta de que algo le ronda la cabeza.

Entrecierro los ojos, inclinándome un poco más hacia ella.

—¿Qué pasa, Baxter?

Ella parpadea un par de veces, como si buscara la manera de negarlo, de decirme que no es nada. Pero sé que no es verdad; la he observado lo suficiente durante años para ver cómo se esconde detrás de esa sonrisa pequeña, demasiado tensa para ser real.

—Blake... —su voz es casi un susurro—, ¿por qué... por qué no me dijiste lo de la otra universidad?

Me quedo en blanco un instante, procesando. Mi mente da vueltas tratando de recordar si alguna vez le comenté algo, pero no. Esto no me lo esperaba. Me incorporo un poco, apoyándome en un codo, intentando leerla.

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

Ella se humedece los labios, parece a punto de decir algo más fuerte de lo que quisiera.

—Esta tarde, mientras estaba con las chicas, Cass ha comentado que había oído que ibas a solicitar plaza en una universidad del norte.

—Eh, Alex... —empiezo a responder, queriendo aclararlo, pero ella levanta la mano y sigue, perdida en su propia espiral.

—No, espera. Yo solo... me he sentido un poco estúpida. Siempre pensé que tu sueño era quedarte aquí, en Floramont. Eso es lo que has dicho desde crío. Y no quiero que parezca que intento cortarte las alas o que no quiero que persigas tus sueños. Pero... ¿por qué no me lo habías contado, Blake?

Abro la boca para explicarme, pero no me deja. Su mirada está cargada de un miedo que intenta disfrazar de firmeza.

—Ahí es cuando he comenzado a agobiarme, ¿sabes? —Su voz se rompe un poco, y baja la mirada—. Sé que mi cerebro me juega malas pasadas, pero no he podido evitar pensar... que no me lo habías dicho porque dabas por hecho que lo nuestro no llegaría al curso que viene. O que te daba miedo mi reacción.

Mi pecho se aprieta.

—Alex...

—Sé que puede sonar intenso, sobre todo porque... ni siquiera somos oficialmente pareja —continúa, atropellada, sin darme espacio—. Pero, joder, Blake, yo no quiero perderte. No me importa a qué universidad vayas, ¿vale? Solo quiero estar contigo. Solo quiero que confíes en mí lo suficiente como para decirme estas cosas.

—Por favor... —intento detenerla, pero ella sacude la cabeza, encadenando palabra tras palabra.

—Aunque, si no lo haces, lo entenderé. No estamos saliendo en serio, además...

Y ahí es cuando ya no puedo seguir viéndola destrozarse sola. Me incorporo de golpe, me inclino sobre ella, le sujeto la cara con ambas manos y la obligo a mirarme a los ojos. Sus iris marrones se clavan en los míos, brillando entre lágrimas contenidas.

—Sal conmigo.

Se queda en blanco. Parpadea, incrédula.

—¿Q-qué?

—Sé mi novia, Alex. Tengamos esta conversación como pareja. Porque entiendo lo que sientes, entiendo tus miedos, pero no quiero que vuelvas a pensar que no eres suficiente o que no eres importante en mi vida. No quiero que te quites el valor que tienes. Aunque no fuéramos «oficiales», siempre has sido lo más importante para mí. La persona que más me importa en la vida.

—Blake... —susurra, con un nudo en la garganta.

Apoyo mi frente en la suya, bajando un poco la voz.

—Lo siento, Alex. No sabía que esto te iba a preocupar, y debería habértelo contado. Pero quiero que entiendas algo: lo de esa universidad fue solo por mi padre. Él insiste en que busque otras opciones, sobre todo lejos de aquí, porque está convencido de que necesito seguir los pasos de mi abuelo —que jugó en un programa de fuera porque nunca lo aceptaron en el Floramont— y dice que, si quiero tener un futuro, debería hacer lo mismo. Pero nunca ha sido mi plan. Yo quiero quedarme. Quiero ir a la Floramont University, quiero hacerme un nombre aquí, como jugador, como persona. Este siempre ha sido mi camino.

Ella niega suavemente con la cabeza, con los ojos vidriosos.

—No quiero que lo hagas por mí, Blake.

—No lo hago por ti —contesto enseguida—. Lo hago por mí. Porque quiero esta vida, aquí. Porque quiero ser capitán en Floramont como lo he sido aquí. Porque quiero estar cerca de ti. Y aunque me tocara irme a la otra punta del país, no significaría que me fuera a separar de ti. La distancia no cambiará lo que siento.

Ella respira hondo, y sus manos aprietan las mías con más fuerza, aferrándose a cada palabra.

—Entonces..., ¿ni por un segundo has pensado en marcharte de verdad?

—Ni por un segundo. Y si alguna vez lo hubiera considerado, te lo habría contado. No hay nada que no quiera compartir contigo, Alex.

Sus ojos se llenan de lágrimas, y entonces lo dice.

—Estoy enamorada de ti, Blake.

Por un momento, me quedo sin aire. La frase flota en el silencio, poderosa, frágil, inevitable. Ella baja la mirada, pero no puede evitar que las lágrimas resbalen por sus mejillas. Me inclino y beso cada una de ellas, como si pudiera borrarlas.

—Estoy enamorado de ti, Alex. Estoy enamorado de ti desde que Baxter empezó a traerte a los entrenamientos del equipo... desde antes incluso, desde que me di cuenta de que, mientras todos los demás querían salir con todas las chicas del curso, yo solo te miraba a ti y tus estúpidos lazos en el pelo.

Ella ríe entre lágrimas, sin saber si reír o llorar. Yo la abrazo fuerte, porque no quiero dejar que vuelva a sentirse insegura de su lugar en mi vida.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Alex. Y no pienso soltarte.

Ella me mira como si me viese por primera vez, se lanza hacia mí y me besa. No es un beso tímido ni inseguro; es desesperado, el que yo le habría dado hace mucho si fuera tan valiente como ella. La sostengo de la cintura y la atraigo contra mí, respondiendo con la

misma intensidad, dejándome llevar por todo lo que he callado durante tanto tiempo.

El beso se vuelve más profundo, más urgente, y cuando me doy cuenta estamos prácticamente tumbados en la cama, ella debajo de mí, con sus dedos enredados en mi pelo. Mi corazón late con tanta fuerza que siento que va a romperme el pecho.

Me separo apenas un segundo para tomar aire, y la veo mirándome con los labios hinchados, las mejillas encendidas. Una chispa de nerviosismo se asoma a sus ojos, como si no supiera si seguir o detenerse.

Sin pensarlo demasiado, me agarro la parte baja de la camiseta y me la quito de un tirón, dejándola caer al suelo. Noto cómo sus ojos recorren mi torso, cómo se muerde el labio y traga saliva. Esa duda me mata, porque lo último que quiero es que se sienta incómoda conmigo.

Así que sonrío de lado, buscando romper la tensión.

—Cuidado, Baxter —murmuro con voz grave, divertida—. Desde aquí puedo verte babear.

Ella parpadea, y su rubor se intensifica hasta las orejas. Me lanza una mirada indignada, como si quisiera insultarme, pero al final suelta una risa nerviosa que me derrite. Ese era el objetivo: que no se sintiera presionada, que se relajara.

—Eres imbécil —responde, aún riendo, y me da un empujón leve en el pecho—. ¡No te estaba mirando!

—Por favor... Te he pillado. Admítelo, estoy buenísimo.

—Ni en un millón de años.

Me encojo de hombros despreocupado, todavía respirando cerca de ella.

—¿Por qué no? Yo sí lo pienso sobre ti y no me cuesta decirlo en voz alta. Alexandra Baxter, tienes un cuerpo espectacular y me

vuelves completamente loco.

Ella desvía la mirada enseguida por culpa de los nervios.

—Cállate.

—Solo digo la verdad. ¿Te incomoda?

Eso consigue que ella vuelva a mí y me fulmine con la mirada.

—No me incomoda. Solo creo que alguien debería bajarte los humos.

—Ah, ¿sí? —Me inclino un poco—. ¿Y quién lo va a hacer? ¿Tú?

Creo que ella ya no me escucha, está demasiado centrada en el roce de nuestros labios. Busco mi fuerza interior de donde ya no queda y hablo:

—Respóndeme, Alexandra.

Mi pecho sube y baja con rapidez. El suyo igual. Soy demasiado consciente de todo ahora mismo. De lo preciosa que es, del calor de su cuerpo contra el mío, del brillo de sus ojos.

—Alexandra —susurro de nuevo. Es más un ruego necesitado. La necesito a ella.

Su mirada pasa de mis ojos a mi boca y vuelve a subir. Con cuidado, desliza una mano temblorosa a mi nuca, acariciando con delicadeza algunos mechones. Cierro los ojos ante la sensación de su tacto. Acorto la distancia y por fin nuestros labios vuelven a encontrarse.

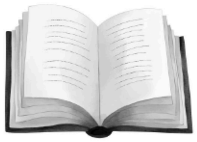
Ella exhala contra mi boca, como si hubiera estado conteniendo el aliento todo este tiempo.

El beso comienza suave, ambos estamos probando el terreno, atrapados entre la duda y el deseo. Pero no dura mucho. Deslizo una mano por su cintura, sujetándola con más firmeza, con la sensación de que podría escaparse. Su boca se mueve sobre la mía, urgente y necesitada.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que nos separemos. Solo sé que, cuando lo hacemos, ambos respiramos con dificultad y apoya su frente contra la mía.

39

Mantén la cabeza en el juego



Alexandra

He llegado tarde al último día de clase antes de las vacaciones de Navidad. No es nada nuevo en mí, pero esta vez no ha sido culpa mía. Ha sido de Blake.

Hoy el equipo tiene su último partido antes del descanso y él insistió en que me pusiera una de las tantas sudaderas con su nombre que ahora ocupan medio espacio en mi armario. Y, claro, no podía salir con ella puesta mientras mi padre seguía por casa. He tenido que esperar a que se marchara.

Para colmo, hoy ha decidido salir más tarde, como si se oliera que estaba tramando algo. Cuando por fin se ha ido, Mai y yo hemos podido escaparnos y recoger a Emma, pero ya era tarde.

Así es como hemos terminado otra vez en el aula de castigo, con la señora Kelly riñéndonos como si disfrutara de ello.

—Se lo digo en serio —insiste Emma, alzando la voz con dramatismo—, el señor Gerald tiene un grave problema con la puntualidad.

La señora Kelly le lanza una de sus miradas cansadas, de esas que parecen restar diez años de vida de un solo golpe.

—Han llegado veinte minutos tarde, señorita Preston. No sé quién tiene el problema de puntualidad aquí.

Yo bajo la cabeza, roja como un tomate. Emma, que es como mi hermana y no sabe cuándo quedarse callada, decide seguir cavando su propia tumba.

—Y... ¿usted cuándo se jubila?

Casi me atraganto con mi propia saliva. El eco de mi tos resuena en el aula vacía mientras la señora Kelly se quita las gafas con la calma de quien ha visto demasiado en la vida. La fulmina con la mirada más fría que he visto nunca.

—Lo que... quiero decir... —Emma se enreda intentando salvarse —. A ver, usted lleva aquí muchísimo tiempo, trabajando para el instituto. Es admirable toda esa dedicación y... la respetamos mucho por ello.

La señora Kelly suspira y responde con voz seca.

—Me jubilaré cuando considere que este instituto puede sobrevivir sin mí. Y, francamente, señorita Preston, con alumnas como ustedes dudo que ese momento llegue pronto.

Yo me hundo en mi asiento, rezando para que Emma cierre la boca antes de que nos expulsen de la ciudad. Por suerte, la salvación llega cuando se abre la puerta.

Suelto una carcajada incrédula cuando veo a Lincoln arrastrando a Blake, ambos con sonrisas inocentes que no engañan a nadie.

—Señoritas —nos saluda Blake con descaro, sentándose justo detrás de mí.

—¡Foster, King! ¿Se puede saber qué hacen ustedes aquí? — exclama la señora Kelly, hastiada.

—Nos han expulsado de clase. —Lincoln sonríe, divertido.

—No me diga. —La ironía rebosa de la voz de la señora Kelly.

—Al parecer el señor Gerald no estaba de humor hoy... —Blake se encoge de hombros con naturalidad, como si todo fuera culpa del destino.

—Eso y que no podíamos dejar a nuestras amigas castigadas solas —añade Lincoln, inclinándose sobre mi mesa y revolviéndome el pelo como si fuera un perro. Lo fulmino con la mirada, me vuelvo a acomodar el lazo y me siento derecha.

—Esto no es el patio del colegio, Foster. —La señora Kelly se ajusta de nuevo las gafas—. Haga el favor de permanecer en silencio durante lo que queda de castigo.

—Van a ser los treinta y cinco minutos más largos de mi vida —murmura Lincoln, lo suficientemente alto para que todos lo oigamos.

Yo pongo los ojos en blanco mientras Blake me da un leve golpecito con el pie por debajo de la mesa, haciéndome sonreír a escondidas.

Varias horas después, las clases terminan sin más incidentes y Emma, Cass y yo nos dirigimos al gimnasio. Las gradas ya comienzan a llenarse y el ambiente vibra con una energía distinta: banderas con los colores del instituto, padres emocionados, alumnos agitando carteles improvisados y la banda afinando los instrumentos.

Me muerdo el labio sin querer, más nerviosa que nunca. He visto decenas de partidos, pero esta vez es diferente. Esta vez es Blake.

El chico que nunca parece perder la calma, el que siempre sonríe como si nada pudiera sacudirlo..., hoy se ve inquieto. Lo noto en la forma en que calienta con sus compañeros, en cómo aprieta la mandíbula mientras se ajusta las zapatillas. Y si Blake está nervioso, yo estoy al borde del colapso.

Emma me da un codazo.

—Relájate. Es un partido, no la final del mundial.

—Para él sí que lo es —respondo bajito, sin apartar la mirada de la cancha.

El bullicio del gimnasio se vuelve un murmullo lejano cuando Blake levanta la vista y sus ojos se cruzan con los míos. Es un breve instante, pero suficiente para que todo el ruido alrededor se apague y solo quede esa conexión muda entre nosotros. Él arquea una ceja y levanta ligeramente la barbilla, como diciéndome sin palabras que no me preocupe, que todo está bajo control. Yo asiento apenas, aunque sé que en el fondo se lo está diciendo también a sí mismo.

Encontramos unos sitios cerca de la cancha. Me quedo en una esquina, dejando a Cassidy entre Emma y yo, y no tardo en darme cuenta de que ella también está bastante pendiente de lo que sucede ahí abajo.

El pitido del árbitro da inicio al partido. El balón rebota con fuerza contra el suelo pulido y nuestro equipo se mueve en perfecta sintonía. Él arranca con la velocidad de siempre, ágil, confiado, sus deportivas chirrían contra la pista mientras esquiva a los rivales con esa facilidad que tanto envidia el resto.

Las chicas y yo contenemos la respiración en cada jugada. Cada pase, cada salto, cada tiro, los siento como un pequeño ataque a mis nervios.

Los primeros minutos transcurren con tensión, pero el marcador se mantiene igualado. El equipo contrario no está dispuesto a ponérselo fácil, y la defensa es implacable, dura, especialmente contra Blake. Dos jugadores se le pegan como sombras, empujándolo, chocando con él cada vez que intenta avanzar.

Cassidy aprieta mi brazo.

—¿Desde cuándo juegan de manera tan agresiva? —plantea molesta.

Emma tuerce el gesto.

—No es solo agresiva... Parece personal.

Yo también lo he notado. Cada vez que Blake recibe el balón, la presión sobre él se intensifica. Lo empujan, lo rozan con el hombro y lo bloquean con una rudeza innecesaria, como si intentaran derribarlo antes de que pueda siquiera pensar en moverse. Estoy segura de que el entrenador del otro equipo les ha dado órdenes de bloquearlo, de alejarlo del juego a toda costa.

Zachary, que siempre ha sido el más belicoso, empieza a perder la paciencia. Blake lo enfrenta con calma, le da un empujón leve en el pecho y le susurra algo que nadie puede oír. Mientras tanto, mi padre no deja de caminar de un lado a otro, inquieto, incapaz de quedarse parado en el mismo sitio ante la intensidad del partido.

El primer tiempo avanza y el marcador se inclina levemente a favor del equipo rival. Las gradas rugen, animando, y la banda redobla los tambores. Yo no dejo de seguirlo con la mirada, los músculos tensos, como si con solo desearlo pudiera protegerlo.

Blake atrapa el balón tras un pase rápido de Lincoln. Se abre paso con determinación, avanza directo a la canasta. Uno de los defensas lo embiste con el hombro, pero él aguanta, gira sobre sí mismo y se eleva en un salto perfecto. El balón entra limpio, un tiro impecable.

Las gradas estallan en aplausos. Yo me levanto como un resorte, aplaudiendo sin poder contenerme, mientras Emma y Cass silban como si fueran parte oficial de la hinchada.

Blake sonríe un segundo, con esa chispa que conozco tan bien, y, aunque sé que debería volver a sentarme, no lo hago de inmediato porque no puedo dejar de sentir ese orgullo en el pecho.

El segundo tiempo empieza de forma más tensa todavía. La presión sobre Blake se multiplica. Y entonces ocurre.

Un jugador rival, demasiado brusco para que sea casualidad, lo empuja con fuerza cuando intenta regatear en dirección a la

canasta. Eso lo desequilibra y Blake cae al suelo, dándose de lleno con la cabeza contra el parquet. Un sonido seco, como un crujido, retumba en el gimnasio.

El silencio es inmediato.

Mi corazón se paraliza.

Blake se lleva una mano a la frente y, cuando la aparta, la veo teñida de rojo. Una brecha pequeña, pero la sangre corre con rapidez, manchándole la ceja y resbalando por su pómulo.

—¡Dios mío! —exclama Cassidy, llevándose las manos a la boca.

No pienso, simplemente vuelo escaleras abajo, comiéndome las gradas como si el aire me empujara. Emma me sigue, pero yo ya me he plantado en la pista y me inclino a su lado.

—¡Blake! —Mi voz tiembla más de lo que me gustaría.

Él se sienta, limpiándose la sangre con el dorso de la mano, y me sonríe con esa insolencia tan suya.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. —Me arrodillo junto a él y observo de cerca la brecha—. ¡Estás sangrando!

Mi padre llega corriendo con el botiquín y se agacha frente a él.

—King, no puedes seguir jugando así. Necesitas que te revisen la herida.

Blake niega con la cabeza firmemente.

—Estoy bien, entrenador. Déjeme seguir.

—No, Blake, escucha... —intento intervenir, pero él me agarra la mano con fuerza, clavando sus ojos en los míos.

—Alex, no pasa nada. Esto es importante para mí. Tengo que seguir jugando. Es solo una herida superficial.

Mi garganta se cierra. Lo veo tan decidido que sé que nada lo va a frenar.

Mi padre suspira, dudando. Le ha limpiado la herida, le ha dado unos puntos de sutura y le ha puesto un esparadrapo encima.

—King, si te dejo seguir, más te vale que me demuestres que puedes hacerlo. El mínimo signo de mareo y te saco de la cancha, ¿entendido?

—Entendido. —Blake se levanta de un salto, ignorando el dolor, y se limpia la sangre de las manos con una toalla que le lanza Malcolm desde el banquillo.

Yo me quedo ahí, de pie en medio de la pista, con las piernas temblorosas. Emma me agarra del brazo y me arrastra de vuelta a las gradas.

El juego se reanuda con más tensión que nunca. Cada vez que Blake recibe el balón, el gimnasio entero contiene la respiración. Y yo siento que voy a desmayarme con cada choque, con cada salto.

Pero él... él juega como si nada pudiera derribarlo. La herida tapada en su frente le da un aire fiero, casi salvaje. Cada movimiento es más rápido, más preciso, más contundente. Su determinación arde en cada jugada.

Y entonces llega el momento decisivo.

El marcador está empatado, quedan segundos en el reloj y el balón cae en manos de Blake. Lincoln le cubre la espalda, pero el rival no le da tregua.

Yo me aferro al asiento, los dedos entumecidos, el corazón me late tan fuerte que parece que me va a explotar.

Blake esquiva a uno, derriba a otro, avanza con la mirada fija en la canasta. Lo bloquean dos jugadores a la vez, pero él no piensa dejar escapar la oportunidad, le lanza el balón a Zachary y este no duda en saltar a la canasta.

El tiempo se ralentiza. Lo veo elevarse en el aire, el balón rozando sus dedos, la tensión en su cuerpo, la concentración absoluta en su

mirada. En el mismo instante, el silbato suena, el cronómetro llega a cero y el balón entra limpio.

El gimnasio estalla en gritos, aplausos, abrazos. La victoria es nuestra.

Yo me pongo de pie de un salto, aplaudiendo como una loca, con lágrimas que me queman en los ojos. Emma y Cassidy saltan conmigo, chillando, mientras el equipo se lanza sobre Blake y lo levanta en volandas.

Él busca mi mirada entre la multitud y, cuando la encuentra, sonríe, esa sonrisa arrogante y hermosa que siempre consigue desarmarme.

Bajo corriendo otra vez a la pista y me abro paso entre los jugadores hasta llegar a él. Aun con el esparadrapo en la frente, me rodea con un brazo, jadeando de cansancio.

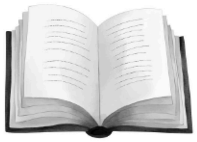
—Ya está, princesa —me susurra, riendo entre respiraciones cortadas—. Lo hemos hecho.

Yo lo abrazo con fuerza, ignorando todo lo demás.

—Ahora sí, Blake —le digo con una sonrisa entre lágrimas—, ya está. Lo habéis hecho... Ahora toca disfrutar.

40

El arte de interrumpir



Alexandra

Dejo de escribir justo cuando la voz del señor Gerald rompe el silencio del aula. Apenas quedamos unos pocos alumnos dentro, y el sonido de los bolígrafos chocando con las mesas se mezcla con los suspiros de alivio que se escapan por todas partes. Yo cierro los ojos un segundo y dejo que la tensión abandone poco a poco mi cuerpo hasta sentir que puedo volver a respirar con normalidad.

Último examen. Por fin.

Me paso una mano por la frente, notando cómo resbala el sudor frío, y estiro las piernas debajo de la mesa, entumecidas como si hubieran estado encadenadas semanas enteras. Y, de alguna forma, así me he sentido: atrapada entre libros, apuntes y repasos interminables que me han robado hasta las horas de sueño.

El último mes y medio ha sido un torbellino. Entre las vacaciones de Navidad, que se pasaron sin que me diera cuenta, y la presión de las notas, no he tenido un solo día para desconectar de verdad. Mi padre lo repite siempre: «La disciplina es lo que marca la diferencia», y yo me lo he tomado tan en serio que a veces se me

olvida hasta respirar. Aunque lo diga por el equipo de baloncesto, conmigo es igual. No puedo permitirme bajar la guardia, no cuando lo que me juego es mi futuro.

Cuando entrego el examen, me siento ligera por primera vez en semanas. Salgo del aula sin mirar atrás, esquivando a los que se quedan comentando cada pregunta como si les fuera la vida en ello. Sé que, si me detengo a pensar en lo que he respondido, voy a enloquecer, así que mejor mantenerme firme: lo hecho hecho está.

—¿Contenta, princesa? —oigo una voz familiar detrás de mí.

Me giro y ahí está Blake, apoyado en la pared. Sus ojos me recorren con esa calma suya que siempre me desconcierta. La luz apagada del invierno intensifica el negro de su cabello, con mechones rebeldes que caen sobre su frente, y en su boca reposa esa sonrisa arrogante que parece tatuada en su rostro.

—Contenta de que todo haya acabado —contesto, ajustándome la mochila en el hombro—. No quiero volver a ver un examen en mucho tiempo.

Él se separa de la pared y camina a mi lado, con las manos en los bolsillos.

—Y yo que pensé que disfrutabas de todo esto... —suelta con tono burlón—. Haces que parezca fácil.

—Créeme, no lo es —replico, aunque en parte tiene razón. Siempre me exijo demasiado, y él lo sabe.

Blake suelta una risa baja, la misma que siempre me hace poner los ojos en blanco, y de repente me da un empujón suave con el hombro, como si quisiera sacudirme el peso de encima.

—Pues ya está, se acabó. Ahora toca disfrutar un poco, ¿no crees?

No me da tiempo a responder, porque en ese momento aparece Lincoln, con su arrolladora energía, atravesando el pasillo como un huracán.

—¡Ahí están mis dos cerebritos favoritos! —exclama, tan fuerte que varias cabezas se giran.

—¿Puedes bajar la voz? —le pido, aunque ya me río sola.

—No puedo —niega con descaro, agitando los brazos como si quisiera que todo el instituto lo oyera—. Último examen, chicos. ¿Entendéis lo que significa?

—Que por fin vas a dejar de quejarte —murmura Blake, y yo casi me atraganto conteniendo la risa.

Lincoln lo ignora con la seguridad de quien cree que todo gira a su alrededor.

—Significa —aclara, con tono solemne— que queda exactamente una semana para mi cumpleaños. Y, aviso desde ya, va a ser la fiesta del año.

Yo suelto un suspiro. Aquí vamos otra vez.

—¿No dijiste eso mismo el año pasado?

—Sí, pero este será distinto —asegura, hinchando el pecho como si diera un discurso histórico—. Mi casa, música, bebida, invitados de otros institutos... Va a ser legendario.

—Más te vale no liarla, Foster —interviene Blake, clavándole un dedo en el pecho—. Te recuerdo que la temporada se acerca a su fin, y Baxter cada vez tolera menos las tonterías.

Eso es cierto. Mi padre está más irritable a medida que nos acercamos al final de la temporada. Siempre ha sido exigente, pero ahora hay algo diferente en él: una mezcla de nostalgia y presión que no sabe controlar. Este es el último año que va a estar con estos chicos, después de tanto tiempo viéndolos crecer, entrenar y convertirse en lo que son ahora. Y aunque jamás lo admitirá en voz alta, les tiene un cariño enorme. Sabe que, cuando termine el último partido de la temporada, no volverá a verlos competir en serio, y eso lo está consumiendo más de lo que deja entrever.

Lincoln, ajeno a la reflexión silenciosa que acabo de hacer, chasquea la lengua.

—Relajaos, que no soy un completo irresponsable.

—Repítemelo cuando consigas que tu casa sobreviva a tu fiesta —murmura Blake, arrancándome una sonrisa.

Salimos juntos del edificio y en el aparcamiento nos espera el desastre habitual: Zachary y Cassidy discutiendo a gritos mientras Emma, entre ellos, intenta que se tranquilicen antes de que se maten en público.

—¡No entiendes nada! —le espeta Cass, cruzándose de brazos.

—¡Pues no! ¡No lo entiendo, Adams! ¡¿Qué más tengo que hacer?! —suelta Zachary, exasperado.

—¡Nada! ¡No tienes que hacer nada! ¡Lo único que quiero es que me dejes en paz!

Emma, con los brazos extendidos como si estuviera separando a dos gladiadores, nos lanza una mirada de súplica cuando nos acercamos.

—Por favor, hacedlos callar antes de que alguien grabe esto y acabemos en la cuenta de cotilleos del instituto otra vez.

Lincoln no se lo piensa dos veces.

—¡¡Eh!! —levanta la voz, llamando la atención de ambos—. ¿Podéis, por una vez en la vida, dejar de pelearos cinco minutos?

Zachary resopla, Cassidy lo imita y Emma deja caer los brazos en un suspiro agotado.

—Gracias —dice mientras se lleva la mano a la frente—. Mi salud mental os lo agradece.

Como si nada hubiera pasado, Zachary se gira hacia todos nosotros.

—Bueno, ¿qué? ¿Celebramos que por fin hemos acabado los exámenes?

Los ojos de Cassidy se iluminan.

—¡Sí! Me encantaría ver la nueva obra de teatro que se estrenó la semana pasada. Con todo el tema de los exámenes no he podido hacerlo.

La expresión de Zachary decae de inmediato; está claro que no era el plan que tenía en mente, pero no la contradice. Lincoln tampoco, él se apunta a cualquier cosa; aún recuerdo cuando me acompañó a clases de baile de salón solo porque me agobié pensando que me faltaban actividades extracurriculares.

Yo, en cambio, tengo clarísimo mi plan de esta noche: sofá, manta, televisión y helado. Nada más.

—Yo paso —confieso, y me encojo de hombros—. Estoy cansada. Solo quiero una peli que no me haga pensar y mucho helado.

Blake me mira de reojo, con esa sonrisa ladeada que tanto me irrita porque siempre parece que lo sabe todo antes que yo.

—Pues nada —dice Zachary, dándome un codazo—. Nos quedamos sin la cereza del pastel.

—Podéis ir igual —contesto, riéndome.

Emma se gira hacia Blake.

—¿Y tú? ¿Vienes?

Él se lleva las manos a los bolsillos y responde con toda la seriedad del mundo:

—Lo siento, tengo que ir a alimentar al gato de mi novia.

Zachary arquea una ceja.

—¿No puede hacerlo tu novia sola?

—No, no puede.

—Me imagino que la novia del gato eres tú —afirma Lincoln, señalándome con descaro.

Blake le da un empujón sin dejar de sonreír.

—¿Quién más iba a ser, imbécil? —Luego se gira hacia mí—. Anda, vámonos antes de que alguien diga otra tontería.

—Esto es increíble... —Zachary sacude la cabeza, divertido—. Usando al gato como excusa. Oye, Adams, ¿necesitas ayuda para alimentar a la tuya?

—Piérdete, Palmer —suelta Cassidy, cortante.

—Tenía que intentarlo —murmura él.

Blake y yo aprovechamos la distracción para escabullirnos hacia su coche. Con suerte, nos queda una hora libre antes de que mi padre llegue a casa. Y mi madre, desde que la ascendieron a jefa de redacción, pasa más tiempo en la oficina, por lo que no regresa hasta casi la hora de cenar. Luego está mi hermana Maisie, que, aunque disfruta mucho con Blake, dice que prefiere dejarnos solos y pasar las tardes con Charlotte. Nosotros, por supuesto, aprovechamos cada segundo.

En cuanto cierro la puerta de casa tras de mí, Blake me quita con un movimiento rápido la goma que ata mi coleta alta. Creo que tiene una obsesión con verme el pelo suelto. Me empuja suavemente contra la puerta de la entrada y me besa con tal urgencia que me hace olvidar hasta cómo respirar.

—¿Sabes? —susurra contra mis labios—. He estado fantaseando con volver a tenerte toda para mí desde que decidiste que teníamos que centrarnos en estudiar para los exámenes.

No me da tiempo a responder. Sus manos recorren mi cintura y me arrastran con él hacia el sofá, donde acabamos cayendo entre cojines y risas nerviosas que pronto se mezclan con besos cada vez más intensos. Blake me atrapa contra su pecho, como si necesitara mantenerme cerca, y yo siento el latido acelerado de su corazón bajo mis manos.

Sus labios se deslizan por mi mandíbula, bajando con lentitud hasta rozar la piel sensible de mi cuello, y un escalofrío me recorre de arriba abajo. Me arqueo instintivamente hacia él, buscando más, mientras mis dedos se enredan en su pelo desordenado, tirando suavemente hasta que me mira de nuevo.

—Eres adictiva —murmura con voz ronca, tan cerca que roza mi boca con la suya—. Y lo peor es que lo sabes y lo usas en mi contra.

Sonrío en sus labios, aunque ya me falta el aire. Su mano se desliza por mi costado hasta detenerse en mi cadera, atrayéndome con fuerza hacia él, y siento que el sofá se me queda pequeño, que nada a mi alrededor existe más allá de esa necesidad que compartimos.

Mis labios buscan los suyos de nuevo y esta vez el beso es más profundo, más desesperado, como si quisiéramos recuperar de golpe todo el tiempo perdido durante las semanas en que los exámenes no nos han permitido estar juntos. Blake me acaricia la espalda con movimientos lentos, contrastando con la intensidad de su boca, y la mezcla me desarma por completo.

Estoy tan sumida en él —en el calor de su cuerpo, en el roce de su mano, en la forma en que me dice sin palabras lo mucho que me quiere— que ni siquiera noto que la puerta se abre.

Hasta que una voz femenina resuena detrás del sofá.

—Genial. Todo el esfuerzo de mamá por taparme los ojos cuando salen escenas calenturientas en las pelis, os lo acabáis de cargar vosotros dos.

Me separo de golpe de Blake, con el corazón en la garganta y las mejillas ardiendo, mientras él suelta una carcajada tan fuerte que apenas intenta contener. Yo, en cambio, me tapo la cara con las manos deseando que el sofá me trague de una vez.

—¡MAISIE! —exclamo, girándome hacia ella, que está de pie en el umbral con las manos en la cintura y una ceja arqueada, actuando como la adulta de esta conversación.

Blake se incorpora a mi lado, todavía sin poder parar de reírse, y le lanza un saludo con la mano como si nada hubiera pasado.

—Ey, peque. Qué sorpresa.

—Más bien trauma —responde ella con total seriedad—. De verdad, ¿era necesario hacerlo en mi sofá?

Me atraganto.

—¡No es tu sofá!

—He dormido muchas veces en este sofá. Por tanto, cuenta como mío —replica mientras se encoge de hombros—. Además... —nos señala con el dedo, primero a Blake, luego a mí— qué asco.

Blake suelta otra carcajada y se levanta, revolviéndole el pelo al pasar.

—Algún día lo entenderás.

Maisie lo mira de arriba abajo, arrugando la nariz.

—Sí, pero mientras tanto... lávate las manos antes de tocarme.

El muy imbécil le hace una reverencia exagerada, como si le hubiera dado una orden real.

—Sí, señorita. Enseguida.

Yo me hundo aún más en el sofá, deseando evaporarme. Maisie, feliz de haber ganado la partida, se cruza de brazos y sonríe como la niña más satisfecha del planeta.

—Y otra cosa —añade antes de marcharse—. Si vais a seguir haciendo... eso, al menos poned un cartel en la entrada para prepararme mentalmente. O mejor todavía, id a tu habitación, Lexi.

Se va dando saltitos hacia la cocina, como si no acabara de arruinar el único momento de intimidad que he tenido con Blake en semanas.

Él vuelve a sentarse a mi lado, todavía riéndose, y me atrae hacia su pecho.

—Tengo que admitirlo..., tu hermana es oficialmente mi persona favorita de esta casa.

—Perfecto —murmuro, con la cara enterrada en su camiseta—. Adóptala entonces si tanto te gusta.

—Hummm, lo pensaré... —dice fingiendo dudar, antes de besarme la frente—. Pero creo que me quedo con la hermana mayor.

Pongo los ojos en blanco y me levanto para dirigirme a la cocina.

—Mai, ¿quieres que pongamos una peli y la veamos los tres juntos?

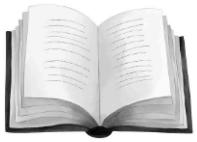
Ella asoma la cabeza por la puerta de la nevera, con una sonrisa tan grande que deja claro cuánto está disfrutando de la situación.

—Paso, gracias. Prefiero irme a mi cuarto. Pero... que os divirtáis.

Y con una risita traviesa desaparece escaleras arriba, dejándonos a Blake y a mí solos otra vez, aunque con una clara advertencia: nuestra intimidad ya nunca volverá a estar a salvo con Maisie cerca.

41

Sombra y reflejo



Alexandra

Si alguien merece un premio por pesadez, esa es mi hermana. Maisie lleva toda la semana con lo mismo: indirectas cada vez que paso por el salón, risitas tontas cuando Blake aparece y hasta una imitación ridícula de mamá entrando, tapándole los ojos con las manos para «proteger su inocencia». Lo peor de todo es que Blake no solo no la frena, sino que parece disfrutarlo; cada chiste me quita años de vida, mientras que a él parece divertirle aún más.

Y mientras ella se dedica a arruinarme la existencia, el resto del mundo solo habla de una cosa: el cumpleaños de Lincoln. La cuenta atrás ha estado presente en cada conversación del grupo, como si fuese el evento del año. Supongo que, en cierto modo, lo es: Lincoln tiene la habilidad de convertir cualquier plan en un espectáculo, y esta vez no creo que vaya a ser diferente.

El timbre suena y corro a abrir, convencida de que es Emma. Efectivamente, ahí está: preciosa, con un vestido corto que le queda perfecto y la melena recogida en un moño alto que la hace parecer

salida de una revista. En cuanto me ve en pijama, se le borra la sonrisa.

—No me lo creo... —Pone los brazos en jarras—. ¡Alexandra Baxter, vamos a llegar tarde al cumpleaños de Lincoln y tú sigues en pijama!

—Lo siento, me he quedado dormida —balbuceo, haciéndole un gesto para que entre—. Prometo arreglarme en tiempo récord.

Emma resopla y entra al salón, pero, antes de que pueda sentarse, Maisie abre la boca con toda la intención imaginable.

—Emma, te lo digo porque te aprecio: yo que tú no me sentaría en ese sofá...

El calor me sube a la cara en un segundo.

—¿Perdona? —pregunta mi amiga, mirando el mueble como si esperara encontrar un cadáver.

No dejo responder a mi hermana. La agarro del brazo y tiro de ella hacia las escaleras con una sonrisa tensa.

—He cambiado de opinión, mejor me ayudas a elegir el vestido, ¿vale? —digo, sin darle opción a protestar.

Emma apenas alcanza a murmurar algo sobre «los Baxter y su locura» mientras subimos.

Yo aprovecho que está distraída para girarme hacia Maisie, que desde el salón me manda un beso al aire. Yo gesticulo con los labios que la voy a matar.

Gracias a la ayuda de mi mejor amiga, estoy lista en menos de quince minutos. Opto por un vestido largo, negro y brillante, con el pelo suelto. Emma ni siquiera me deja mirarme dos veces en el espejo antes de arrastrarme hacia la salida. Mamá nos halaga con un «estáis guapísimas», y, antes de que Maisie pueda soltar otro de sus comentarios, nos escapamos al coche.

Poco después, Emma frena frente a la casa de Lincoln, y yo me quedo mirándola con la boca abierta. No parece una fiesta de cumpleaños, parece una película. La fachada está iluminada por luces que caen en cascada desde los balcones, como un decorado navideño en pleno febrero. El jardín delantero se encuentra abarrotado de gente, y la música se oye incluso con las ventanillas subidas.

—Me niego a creer que esto sea legal —murmuro mientras Emma apaga el motor.

Ella se inclina hacia el volante y sonríe satisfecha.

—Cariño, si alguien es capaz de organizar el evento del año... es Lincoln.

Tiene razón. Y, por alguna extraña razón, me da la sensación de que esta noche será inolvidable. Solo espero que lo sea en el buen sentido, porque no tengo ganas de que mi padre tenga que sacarnos a todos de comisaría por la mañana.

Salimos del vehículo, y apenas cerramos las puertas ya oímos un grito de emoción. Lincoln aparece corriendo desde la entrada, con una chaqueta brillante y una sonrisa tan exagerada que casi parece ensayada. Aun así, es imposible no sonreírle de vuelta: él siempre tiene esa energía contagiosa que hace que todo el mundo lo adore.

—¡Por fin! —exclama abriendo los brazos como si quisiera abrazarnos a las dos a la vez—. Ya pensaba que ibais a dejarme plantado el día más importante de mi vida.

Emma pone los ojos en blanco.

—Es tu cumpleaños, no tu boda.

—¿Y qué? —replica él, sin perder la sonrisa—. ¡Es incluso mejor!

Me río, porque Lincoln siempre consigue que parezca que el universo se mueve a su favor. Cuando se gira hacia mí, su sonrisa cambia a una más cómplice.

—Lexi Baxter —dice señalándome con un dedo dramáticamente—. Has sobrevivido a mi cuenta atrás diaria y a mis mensajes a las tres de la mañana recordándote este día. Eres oficialmente mi heroína.

—Y, aun así, has conseguido que aparezca, así que supongo que tienes suerte —le respondo, siguiéndole el juego.

Emma ya se ha adelantado hacia la puerta, pero Lincoln y yo seguimos bromeando en el jardín un par de segundos más. Y es entonces cuando siento esa mirada clavada en mí, incluso antes de darme la vuelta.

Blake.

Está apoyado contra la barandilla de la entrada, con la chaqueta del equipo sobre los hombros, el pelo un poco despeinado y una botella en la mano. Y a pesar de eso, parece el único que no necesita esforzarse para brillar en medio de todo el espectáculo. Me sonríe apenas, esa media sonrisa que es solo para mí, y automáticamente siento cómo algo se acomoda en mi pecho.

Lincoln se da cuenta y pone los ojos en blanco.

—Vale, vale, ya no existo.

—Siempre tan dramático —le digo antes de dejarlo atrás y caminar hacia Blake.

Él endereza la postura en cuanto me acerco, dejando la botella en la barandilla para tener las manos libres. Y cuando estoy a su lado, me pasa un brazo por los hombros.

—Creí que me ibas a dejar esperándote toda la noche —murmura, bajando la voz para que sea solo para mí.

—He tenido que sobrevivir a Emma y a Maisie —respondo en el mismo tono, como si fuera un secreto—. Créeme, no ha sido fácil.

Él se ríe, ese tipo de risa baja que me gusta más de lo que debería, y me aprieta un poco contra su costado.

Entramos juntos al salón, y la escena es aún más caótica de lo que imaginaba. La sala principal está abarrotada de gente, algunos bailando, otros en círculos de conversación, todos con vasos rojos en la mano. Las luces son tenues, de colores, y el aire huele a una mezcla de perfume caro y alcohol barato. Emma ya ha desaparecido entre la multitud, lo que no me sorprende en absoluto.

—¿Seguro que esto es un cumpleaños y no un festival? —pregunto, alzando la voz para que Blake me oiga.

—Con Lincoln, nunca puedes estar segura —responde inclinándose sobre mí, tan cerca que roza su nariz con mi mejilla.

Me echo a reír, porque tiene razón.

Un grupo de chicos del equipo pasa a nuestro lado, y uno de ellos levanta la mano para chocarla con Blake. Él responde con naturalidad, como si estuviera en su territorio, y por un instante me doy cuenta de lo mucho que me impresiona ver cómo encaja con todos. Nunca busca llamar la atención, pero siempre termina siendo el centro.

Yo, en cambio, intento mantenerme en un segundo plano, observando la decoración exagerada, las luces parpadeantes, los globos que dicen «Felices 18, Foster» en letras enormes.

Él lo nota y me aprieta suavemente la mano.

—Tranquila. Si te agobias, me lo dices y nos vamos fuera.

Ese gesto, tan simple, me desarma más que cualquier sonrisa. Podrá ser el capitán del equipo, el chico popular que todos admiran, pero conmigo siempre sabe cómo hacer que me sienta segura.

—Estoy bien —lo tranquilizo, y de verdad lo estoy, porque lo tengo a mi lado.

De pronto, Lincoln aparece subido a una silla con un micrófono que nadie sabe de dónde ha sacado. Empieza a soltar un discurso absurdo sobre la grandeza de cumplir años, y la sala estalla en risas

y aplausos. Emma le grita algo desde la otra punta, y él le responde lanzándole un beso exagerado.

Yo me apoyo un poco más en Blake, disfrutando de esa escena, convencida de que nada malo podría estropear la noche.

De repente, uno de los chicos propone salir al jardín a echar un minipartido de baloncesto. La idea prende como la pólvora, y en segundos ya todos están levantándose. Blake se incorpora también y antes de irse se inclina hacia mí.

—Te voy a dedicar un triple —me dice con una sonrisa que mezcla picardía y ternura.

—Está bien, pero que sea uno bueno —respondo, enarcando una ceja.

—Confía en mí. —Se acerca un poco más, bajando la voz como si fuera un secreto entre nosotros—. Te busco en un rato, no te me pierdas.

—No pienso irme —le prometo, y él me roba un beso rápido antes de desaparecer entre el grupo.

Emma me engancha del brazo de inmediato.

—Venga, princesa, ahora que tu caballero se va a sudar un rato, toca que nosotras dominemos la pista de baile.

Cassidy aparece justo detrás.

—¿Habéis visto las caras de Palmer y King antes de salir? Parecían un par de niños con un juguete nuevo.

—Sí —contesto entre risas—, todo por tirar una pelota a un aro. Increíble.

Las tres nos reímos como si fuera el chiste del siglo, y sin darme cuenta ya estoy con un vaso en la mano. No sé en qué momento lo he cogido, pero el líquido me raspa la garganta un poco, arrancándome una sonrisa nerviosa. Emma me observa como esperando mi reacción.

—Vale, no está tan mal —concluyo, exagerando la mueca para hacerla reír.

—¡Milagro!

Brindamos, y de pronto me siento cómoda de verdad. Con Emma y Cassidy todo es distinto: no tengo que medir cada gesto ni pensar en quién me está mirando. Con Blake, al ser el capitán popular, siempre hay ojos encima, comentarios, murmullos... y, aunque me gusta no tener que esconderme, a veces resulta agotador. Con ellas, en cambio, es refrescante poder volver a ser invisible, al menos durante un tiempo.

Entre bailes, algunas copas y el rato que Emma convence al DJ de que le deje poner música, el tiempo pasa volando. Tanto que no me doy cuenta de que llevo un buen rato sin mirar el móvil. Cuando lo saco, se me encoge el estómago: una notificación nueva, de hace apenas un par de minutos.

Es un mensaje de Cher.

> Ven al jardín trasero ahora.
> Tenemos que hablar.

Me quedo inmóvil, con el vaso a medio camino hacia la boca. El corazón me da un vuelco y, aunque lo leo tres veces, sigue pareciéndome igual de directo, igual de frío. Cher nunca cambia.

Podría ignorarlo, fingir que no lo he visto. Pero llevo meses con esa espina clavada. Siempre era ella quien decidía, quien marcaba el paso, y yo me limitaba a seguirla como si no tuviera voz propia. En el instituto era su sombra, y durante demasiado tiempo pensé que no había nada de malo en serlo. Ahora sé que sí lo había.

No quiero volver a ese lugar. No voy a hacerlo. Si de verdad quiero un nuevo comienzo, tengo que aclarar las cosas con ella, aunque

duela. Tengo que ponerle el punto final definitivo a esa etapa de mi vida.

Mi problema con Cher termina hoy. No pienso permitir que me atormente nunca más.

Respiro hondo, dejo el vaso sobre la mesa con un golpe sordo y atravieso la casa con paso firme. Cada zancada se siente más pesada, como si me costara desprenderme de la Alexandra que siempre callaba, que siempre cedía ante ella. Fuera, el aire fresco impacta en mi piel, pero no calma los nervios que tengo enredados en el estómago.

Estoy lista para enfrentarla, para decirle a la cara que ya no puede jugar conmigo.

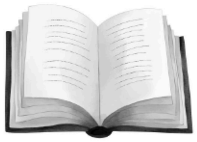
Pero, al abrir la puerta del jardín trasero, no es a Cher a quien me encuentro.

Son Blake y Lincoln.

Me detengo en seco, dispuesta a dar media vuelta y dejarles privacidad, cuando lo que oigo me obliga a quedarme petrificada en mi sitio.

42

La grieta



Alexandra

—¡Eres increíble, King! En serio, tío. Cuando te propuse el plan a principio de curso tenía mis dudas... —Se ríe entre dientes, recordando algo—. Pensé que no habría manera, que te iba a mandar a la mierda al primer intento. Pero después de veros en la fiesta de disfraces..., joder, estaba todo hecho.

Me paralizo. El aire se me corta, el mundo parece congelarse y mis pies quedan clavados al suelo. ¿Plan? ¿Qué plan? ¿Están hablando de mí?

—Lincoln... —murmura Blake, con su voz baja, que en otras circunstancias me calmaría. Pero esta vez suena tensa, distante, y me hace sentir un poco sola en medio de todo esto.

Lincoln sigue, sin saber que yo también estoy escuchando. Sonríe como un idiota, los ojos brillantes por el alcohol, riendo demasiado fuerte y despreocupado.

—Sabía que lo conseguirías, pero no imaginaba que sería tan pronto, lo has hecho en menos de seis meses. —Lincoln ríe fuerte,

tambaleándose ligeramente mientras choca su botella contra la de Blake—. Ya la tienes coladita por ti, solo hay que ver cómo te mira...

Siento que el corazón se me acelera hasta dolerme el pecho. Cada palabra es como un golpe que me roba el aire. Retrocedo varios pasos y me pego al pilar del porche, escondiéndome, deseando desaparecer. Y lo peor es que no puedo. Quiero que Blake me mire, que me diga que no es cierto, que esto no es un juego.

Las lágrimas amenazan con escaparse, y cierro los ojos tan fuerte que siento un mareo. Sin embargo, algo dentro de mí me obliga a separar la espalda del pilar y asomar un poco la cabeza, lo justo para ver a Lincoln levantar la botella hacia Blake, todavía riendo, totalmente ajeno a la tormenta que se ha instalado en mi interior.

—¿No me veías capaz de enamorar a Alexandra? —dice finalmente Blake, y su tono... su tono me hiere aún más. No es burla, no es orgullo. Es algo extraño, cansado, como si le pesara decirlo. Y yo me pregunto: ¿de verdad ha estado jugando con mis sentimientos todo este tiempo?

El dolor por sus palabras es tan grande que me dejo caer al suelo y me abrazo las rodillas. El frío del hormigón me recuerda lo pequeña que soy, lo débil que me siento ahora mismo. El temblor me recorre de pies a cabeza. Los sollozos brotan sin control, suaves, constantes, llenando el silencio del jardín. Cada palabra que acabo de escuchar pesa sobre mi pecho como un puño que no deja de apretarme.

—¡Exacto! Pero mira dónde estamos ahora. Sabía que acabarías consiguiéndolo, solo necesitabas una ayudita por mi parte.

Con cada frase me siento más diminuta, más frágil. ¿Es eso lo que he sido todo este tiempo? Todas las noches, los planes, las comidas juntos, las escapadas al lago... ¿solo para que él se pusiera una medalla?

—No te he necesitado... —murmura, pero Lincoln lo ignora.

—Te lo digo en serio. ¡Encima lo tenías todo en tu contra! Si hasta su padre no quería que su hija tuviera novio, y menos que fuera uno de los chicos del equipo. Pero mírala ahora: toda tuya. Deberías darme las gracias. —Su carcajada se extiende por el aire, áspera, hiriente.

Me siento reducida a un objeto, algo que se alcanza y se conquista. Quiero llorar sin control, quiero gritar, quiero escapar, pero el cuerpo no me obedece.

—Tu plan me importaba una mierda, Foster. Tú no has tenido nada que ver. Todo ha salido de mí.

Lo entiendo al instante: él ha seguido su propio camino, su propio plan, ignorando a su amigo, ignorándome a mí. Incluso su intento de defenderse duele: no soy importante, no formo parte de nada.

—Mataría por haber visto la cara de Dalton cuando se enteró de que estabais juntos —continúa Lincoln.

Mi mente da vueltas buscando un sentido, pero no hay nada que haga menos doloroso lo que estoy escuchando. Me siento atrapada entre la incredulidad y el miedo, incapaz de pensar, de moverme, de respirar con normalidad. Dejo de oír lo que dicen cuando un nudo se me forma en la garganta. Creo que voy a vomitar. Mi cabeza me ruega que salga de aquí, pero sigo pegada al suelo, prisionera de un cuerpo que no responde.

Esto no está sucediendo. Conozco a Blake. Él no es así. No es el chico que conquistaría a alguien solo para fastidiar, para sentirse superior.

—Vaya, vaya... —La voz de Cher rompe mi momento y me hago aún más pequeña. Nunca he deseado tanto volverme invisible.

Ella nota mi reacción, porque sonríe con esa perfección suya.

—No te preocupes, por mucho que te sorprenda, no he venido a discutir. Solo quería que vieras la realidad.

Sus palabras son cuchillos invisibles. Pero, aunque siento que mi mundo se derrumba, no puedo mostrar debilidad delante de ella. La ignoro, esperando que, si no le hago caso, se marche.

—Nunca fue nada serio, lo vuestro. Por eso dejé de molestarte. Sabía que no iba a durar... Tú no naciste para ser el centro de atención. Solo hay que verte. Nunca has estado a su nivel. Él necesita a alguien como yo, alguien que esté realmente a su altura, Lexi.

Mis manos se aprietan contra mis piernas. Mi respiración es irregular, temblorosa. Me falta el aire. ¿Es cierto? ¿Nunca he sido suficiente? ¿Nunca he importado de verdad? La cabeza me da vueltas. No. Esto es lo que hace Cher: manipular, retorcerlo todo para quedarse con lo que quiere, y lo que quiere es destrozarme. Me obligo a sacar fuerzas y le pregunto, desconfiada:

—¿Cómo... cómo sabías que debía venir al jardín? —Mi voz apenas es un hilo, pero al menos la pregunta sale completa—. ¿Cómo sabías que iban a hablar de esto justo ahora?

Cher se inclina un poco hacia mí, se nota que está disfrutando de la posición de poder, como si quisiera aplastarme con su seguridad.

—Veo que vas aprendiendo, Lexi. Me halaga que desconfíes de mí, pero por una vez no soy el enemigo.

—Respóndeme.

—Mason. Él estaba aquí. Ha oído el inicio de esa conversación. Ha intentado detenerla, para luego contártelo él mismo, pero sabía que no lo creerías. Tenías que verlo con tus propios ojos. Por eso me ha pedido que te trajera: para que vieras quién es realmente tu salvador.

—No te creo —susurro, y es verdad. Ahora mismo no creo ni en mí misma.

—Qué irónico —continúa ella—. El chico al que detestas, al que pintas de mala persona, es el que intenta salvarte, mientras el que finge quererte se ríe de ti a tus espaldas.

Mi pecho se contrae y las lágrimas ruedan sin control. Quiero negarlo todo, pero cada palabra siembra más miedo. Ya no sé si puedo confiar en Blake, ni en mis amigos, ni siquiera en mí misma.

—Sabes perfectamente que deberías apartarte de él. Esta situación no es culpa de Blake, es culpa tuya por intentar jugar en una liga que no te corresponde. ¿Qué pensabas que pasaría? Los chicos como Blake no salen con chicas como tú.

—Cállate.

Mi cuerpo tiembla tanto que temo romperme. Escondo la cabeza entre mis brazos, como si así pudiera bloquear sus palabras. Pero no puedo. Calan dentro, quizá porque algo en mí siempre lo ha sabido.

Cher Larsen siempre ha sido la chica perfecta. La que todas las madres querrían como hijas, y la novia que todas querrían para sus hijos. Lista, guapa, con todo a su favor. Siempre la he admirado y ahora ni siquiera puedo mirarla.

—Aunque no lo creas, intento hacerte un favor. —Oigo el crujido de la madera y, antes de darme cuenta, Cher está frente a mí, sujetándome la barbilla y obligándome a mirarla.

—Déjame en paz. No te creo nada, Cher.

Sus ojos me atraviesan, robándome lo poco que me queda.

—Busca a Mason. Como te he dicho, ha intentado detenerlo. Pero, cuando lo ha hecho, tu querido Blake King le ha dado una paliza para hacerlo callar. Probablemente esté dentro, limpiándose la sangre.

Después de eso me suelta y se pone en pie.

—Luego podrás creer la versión que quieras, pero conocerás la verdad.

Y se va.

El silencio que deja tras de sí me golpea más fuerte que cualquier palabra. Me quedo en el suelo, temblando, incapaz de reaccionar. Todo mi cuerpo duele como si lo hubieran abierto en canal, y lo peor no son las palabras de Cher ni la traición de Blake: lo peor es la sensación de que quizá siempre he sabido que esto terminaría así, que nunca he sido suficiente, que tarde o temprano todo se rompería.

Necesito irme. Necesito escapar de aquí antes de que alguien me encuentre. Con un esfuerzo que me sabe a imposible, apoyo las manos en el suelo y me obligo a incorporarme. Mis piernas tiemblan, me pesan, pero al fin consigo ponerme en pie. Camino despacio, arrastrándome casi, de vuelta al interior para llegar a la entrada. Lo único que quiero es irme a casa, encerrarme en mi habitación y no volver a abrir la puerta jamás.

Cruzo el porche que da al jardín principal, y entonces lo veo. Mason está allí, apoyado en la pared de ladrillo sin rastro de sangre, aunque con el rostro amoratado y los labios partidos. Sus ojos me buscan de inmediato y yo intento apartar la mirada, como si ignorarlo pudiera borrarlo de mi realidad.

—¿Ya te has cansado de hacer teatro? —Su voz es tan irritante como la recordaba.

Acelero el paso y bajo los escalones, llegando al camino del jardín. No quiero hablar, no quiero escuchar nada más.

—Vamos, ¿ni una palabra? —insiste.

Sigo sin mirarlo, concentrada solo en la salida. Estoy a punto de dejarlo atrás, de cruzar la verja y marcharme, cuando algo en mí se

detiene. Una fuerza extraña me hace girar sobre mis talones, con el corazón encogido y la garganta cerrada.

—¿Quién... quién te ha hecho eso? —pregunto, apenas un susurro, pero con la desesperación desnuda en cada sílaba.

Mason me mira en silencio unos segundos, y después lo dice sin rodeos:

—Blake King.

Mi mundo se tambalea. No me da tiempo a reaccionar, porque, en ese mismo instante, lo veo. Blake aparece ante nosotros.

43

El peso de los errores



Blake

Los nervios me nublan cada vez más los pensamientos, agobiándome con cada segundo que pasa. Llevo más de diez minutos buscando a Alexandra. Sus amigas dicen que ha salido hace un rato al jardín trasero, aunque allí no había ni rastro de ella.

Obligo a Lincoln y a Zachary a quedarse con Emma y Cassidy mientras yo la busco. La llamo otra vez, pero no contesta. Joder..., esto no me gusta nada. Hay demasiada gente dentro de la casa; es imposible moverse sin chocarse con alguien. Maldito Lincoln y su brillante idea de invitar a todos los jodidos institutos de Floramont.

Salgo decidido a buscarla en coche, pero lo que me encuentro en el jardín me deja helado. Alexandra está allí. Vuelve la cabeza hacia mí al oír como la puerta principal se cierra a mis espaldas. Tiene el pelo hecho un desastre; la mirada, vacía, y los ojos, rojos e hinchados. Parece rota. Tan rota que me cuesta reconocerla y, por un instante, siento que el mundo se detiene.

Y, por si eso fuera poco, mis ojos se desvían hacia la persona que está a su lado: Mason Dalton. Una ira que nunca había sentido se

apodera de mí, una rabia tan pura y ciega que me quema por dentro. Voy a matarlo. Juro que si le ha hecho algo...

Mis pies se mueven solos, como si no me pertenecieran. En apenas un par de segundos estoy frente a ellos. Sin pensarlo, alargo el brazo y agarro a Mason del estúpido polo que lleva, lanzándolo lo más lejos que puedo de ella. Pero no me basta. Lo vuelvo a sujetar y alzo el puño, listo para destrozarle la cara más de lo que ya la tiene. Él sonríe. Maldito cínico.

—¿Vas a volver a pegarme, King? —me provoca.

Frunzo el ceño y resoplo. ¿De qué cojones habla? Nunca le he puesto las manos encima a este imbécil; lo recordaría. Estoy a punto de golpearlo cuando un tacto cálido se aferra a mi brazo.

Es Alexandra. Lo sé sin mirarla siquiera. Bajo la mano automáticamente, con miedo de hacerle daño sin querer.

—No lo hagas. —Su voz proviene de detrás de mí, firme y temblorosa al mismo tiempo.

—¿Te ha...? —empiezo a preguntar, con el corazón latiendo a mil por hora.

—No. Me lo acabo de cruzar. Te lo prometo. Suéltalo y que se vaya.

No me hace gracia, pero que Dalton no le haya hecho daño no borra el hecho de que Alexandra ha estado llorando, y eso es más importante. A regañadientes, lo suelto, más fuerte de lo que debería.

—Tienes tres segundos para desaparecer de mi vista. Y más te vale que sea cierto que no te has acercado a ella, porque te juro que ahí no me va a parar nadie, Dalton —digo, con la voz cargada de amenaza y tensión.

No me quedo a mirar cómo huye. Me giro hacia Alexandra, que ahora ha cambiado su expresión, cruzando los brazos sobre el pecho con una mirada que no logro descifrar.

—¿Estás contento? ¿Te dan más puntos por pegarle una paliza? ¿Has quedado mejor delante de los demás? —Su tono es frío, cargado de reproche.

—¿De qué coño hablas, Alexandra? ¿Qué te pasa?

Ella suspira, niega con la cabeza y me fulmina con la mirada. Cada movimiento suyo me hace sentir que me encuentro en terreno desconocido y que, por mucho que intente explicarme, todo va a salir mal.

—¿Ahora te preocupa lo que me pasa?

Mi pecho se encoge. ¿Me está gastando una broma? ¿Ha discutido con sus amigas? ¿Alguien se ha metido con ella? Miro a mi alrededor en busca de una señal que me haga comprender que algo se me escapa.

—¡Te estoy hablando! —insiste, con un hilo de desesperación.

—No sé qué te pasa, Alexandra. Estoy intentando entenderlo... —respondo, controlando el temblor de mi voz, tratando de mantener la calma mientras mi cabeza da vueltas sin parar.

—Oh, ¿estás intentándolo...? —Su tono corta el aire como un cuchillo.

—¡Sí, joder! —grito sin poder evitarlo, desesperado—. He pasado un buen rato buscándote, nadie sabía dónde te habías metido, no puedes desaparecer así como así. Estaba preocupado por ti.

Veo cómo su lenguaje corporal cambia por completo. Abre la boca alucinada y luego la cierra, como si las palabras se le atascaran en la garganta. Cierra los ojos un segundo y, cuando los vuelve a abrir, veo en ellos algo que me atraviesa: asco, rabia y decepción.

—¡¿Preocupado por mí?! ¡Deja de fingir, joder! ¡Lo sé todo! —chilla, y cada sílaba me duele como si me golpearan en el pecho.

—Alex..., ¿de qué estás hablando? —susurro desesperado.

Ella empieza a temblar, los brazos caen a ambos lados de su cuerpo y su respiración se vuelve rápida y cortante. La intensidad de su rabia me hace sentir impotente y dolido al mismo tiempo.

—De lo del jardín. He oído tu conversación con Lincoln. ¿Te lo has pasado bien riéndote de mí? —Su voz se quiebra, pero no cede un ápice.

Mi corazón se detiene. Sé exactamente lo que ha escuchado y ahora entiendo lo que piensa. Una mezcla de frustración, miedo y desesperación me atraviesa como un rayo. Intento acercarme, pero cada paso que doy parece alejarla más.

—Alexandra... —Respiro hondo, esforzándome por parecer tranquilo—. No estaba riéndome de ti. Todo lo que has escuchado... es un malentendido. No es lo que piensas.

—¡No te atrevas! —brama, y cada palabra me golpea el pecho—. Lo único que he malinterpretado son todos estos meses contigo. No quería creerlo, pero... ¿te ha divertido tenerme enamorada de ti?, ¿manipularme?

Joder..., duele. Duele saber que yo soy el causante de su dolor, de su inseguridad. Vuelvo a dar un paso adelante, tratando de acercarme, de aclararle que nunca ha sido un juego.

—Alex, escúchame. Tiene una explicación.

—No me interesa —me corta, y siento un nudo en la garganta—. Si solo querías que me enamorara de ti, podrías haber parado esto hace meses..., pero no.

Doy un paso atrás, como si sus palabras me hubieran empujado, y siento cómo el aire desaparece de mis pulmones. Maldita sea... ¿Eso es lo que cree de mí?, ¿eso es lo que piensa que soy?

—No he estado jugando contigo. Te quiero. —Mi voz se quiebra un instante, pero no puedo dejar de mirarla. No puedo perderla.

Ella me fulmina con la mirada y siento cómo algo se rompe dentro de mí.

—¿Me quieres... y por eso le has pegado a Dalton? —Sus ojos arden con ira y dolor—. ¿Porque me quieres? Dime..., ¿te daba miedo que descubriera tu plan?

—¿De qué hablas? —digo, con la voz temblando, incapaz de ocultar la desesperación—. Mason ya tenía el labio partido de antes. ¿De dónde has sacado eso?

Ella me mira, los ojos ardiendo, y su respiración corta el aire entre nosotros.

—Eso no importa... —contesta con un hilo de voz cargado de ira —. Lo que importa es todo lo demás.

—¿Todo lo demás? —replico, desesperado, buscando un mínimo sentido—. Dime quién te ha dicho que yo le he puesto la mano encima a ese imbécil.

Ella me lanza una mirada que duele más que un puñetazo.

—¡Ha sido Cher! —exclama, temblorosa—. Mason os ha oído y luego me ha llegado un mensaje suyo, diciéndome que me reuniera con ella fuera. Yo no quería ir..., pero debía poner un punto final a todo lo que había pasado con ella, acabar con esta locura de una vez.

Intento dar un paso hacia ella, pero es inútil. Sus ojos no me permiten acercarme.

—Cuando he salido... Cher no estaba —continúa, la voz quebrada —. Solo estabais Lincoln y tú, hablando, riéndoos de lo fácil que ha sido para ti enamorarme..., y después ha aparecido ella. Sé que sus intenciones no eran buenas, no soy estúpida. Y sé que esto es exactamente lo que ella buscaba. Pero eso no quita todo lo que he oído.

Sus manos se aprietan, tiene los nudillos blancos por la fuerza. Siento un nudo en la garganta y el corazón encogido. Cada palabra suya me atraviesa, porque, aunque puedo entender de dónde viene, me duele que me juzgue así.

—Alex..., te juro que todo lo que has visto, todo lo que has escuchado... no es como crees. No hubo juego, ni manipulación, ni nada de eso. Ha sido una simple mala elección de palabras. Solo quería cuidarte, estar cerca de ti...

—¿Cuidarme? —me interrumpe, incrédula, y hay un filo de dolor en sus palabras—. ¿Eso es lo que llamas «cuidar»? Porque todo esto... —señala el aire entre nosotros, con furia contenida—, todo este tiempo... ¿me has estado manipulando igual que Cher y Mason? ¿Has estado jugando conmigo, Blake?

Sus palabras no solo me duelen, me destruyen. Todo lo que he hecho durante años, cada esfuerzo por demostrarle mi amor, por protegerla, ahora parecen mentira. Siento la frustración como un peso que me aplasta: no puedo hacer que ella me crea.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Mi voz sale más alta de lo que esperaba, temblando entre el enfado y la desesperación—. Todo lo que he hecho por ti, ¿crees que ha sido un juego?

—¡Es lo que parece! —revienta, con los ojos llenos de lágrimas, su respiración entrecortada—. ¿Qué se supone que tengo que pensar cuando oigo cómo te burlas con tu amigo de lo fácil que te ha resultado enamorarme? ¡Dime! ¿Qué otra cosa puedo imaginar?

—¡Todo lo que he hecho ha sido por ti! —grito, con el pecho a punto de estallar—. Desde el primer día que te vi en uno de los entrenamientos supe que ibas a ser especial para mí, y no he dejado de quererte ni un puto segundo. ¿De verdad piensas que me rebajaría a jugar contigo igual que ellos? ¡Yo no soy Mason, no soy

Cher! He pasado años mostrándote cómo soy. Soy todo lo contrario a ellos, Alex, y, aun así, prefieres creer lo contrario.

Ella aprieta los labios, pero no dice nada. Y yo sigo, incapaz de detenerme.

—Lo que has oído ha sido a Lincoln sin medir sus palabras, ¿vale? —escupo, con rabia—. Él estaba harto de verme colado por ti y que nunca hiciera nada. Me dijo que este año tenía que moverme, que no podía seguir perdiendo el tiempo y que, si quería algo contigo, tenía que intentarlo de una maldita vez. ¡Eso fue lo único! No hubo plan, no hubo juego, no hubo manipulación. Lo único que hice fue lo que siempre he hecho: estar a tu lado porque te quería.

—¡No te creo! —Su voz se quiebra al elevarse—. Yo he oído algo muy distinto, Blake. He oído a alguien riéndose de lo fácil que ha sido tenerme, como si fuera un maldito trofeo. ¿Sabes lo que es sentir que la persona en la que has confiado más que en nadie puede estar utilizándote?

—¡Yo nunca te he utilizado! —respondo con la garganta hecha polvo—. ¿De verdad crees que después de ir tantos años detrás de ti sería tan estúpido? Sé que lo que has escuchado no nos hace justicia, pero tú más que nadie sabes cómo es Lincoln, siempre exagerando... Todo el mundo tiene claro que llevo colado por ti desde que empezamos el instituto, haz memoria y recuerda cómo me he comportado contigo desde que te conozco. Eso no se puede fingir y, si no quieres verlo, ese ya es tu problema.

Un silencio brutal se abre entre los dos, roto solo por nuestras respiraciones agitadas. Pero no es suficiente. Siento que necesito decir más, aunque sé que cada palabra puede generar más distancia.

—Lo siento por lo que has oído, lo siento de verdad —añado con la voz rasgada, aunque no bajo la guardia—, pero el problema no es

solo lo que has visto en el jardín. El problema es tu miedo. Siempre lo ha sido.

Ella me mira, confundida por un segundo, hasta que mi rabia explota del todo.

—Tienes tanto miedo a sufrir, a que te hagan daño, que prefieres pensar lo peor antes que confiar. ¡Dejas que el resto te diga lo que vales! —exclamo, golpeándome el pecho con la mano—. Yo puedo querer con todo lo que soy, puedo darlo todo por ti, pero, mientras sigas dejando que tus inseguridades te controlen, nunca podremos avanzar. Nunca podrás estar bien conmigo. ¡Ni con nadie!

Sus labios tiemblan, como si quisiera responder pero no pudiera. La veo dolida, aunque no me detengo; ya no puedo, necesito que reaccione.

—No eres menos que nadie, ¿me oyes? —Mi voz sale rota, cargada de rabia y tristeza—. Pero, si sigues comparándote, si sigues creyendo que no eres suficiente, nunca verás lo que verdaderamente siento por ti. ¡Nunca! Y yo... yo ya no sé qué más hacer.

Un silencio frío cae entre los dos. Ella traga saliva, la mirada perdida, como si mis palabras le hubieran golpeado donde más duele. Por un instante, pienso que va a decir algo, que va a quedarse. Pero, en lugar de eso, da un paso atrás.

—No puedo con esto —murmura de forma casi inaudible, y su voz me desgarra más que cualquier grito.

Se gira y, aunque quiero detenerla, mis pies no responden. Solo la veo alejarse, temblando, hasta desaparecer de mi vista.

Me quedo ahí, clavado al suelo, con el corazón destrozado y la garganta ardiendo. Y lo único que siento es rabia y vacío. Porque en el fondo sé que mis palabras son ciertas: mientras no deje atrás sus miedos, mientras no confíe..., no tenemos ninguna posibilidad.

Y, aun así, perderla me mata.

44

El club de los rechazados



Blake

Dos días. Dos días sin saber nada de ella. No recuerdo muy bien todo lo que sucedió después de que Alexandra se marchara. Creo que me quedé ahí, en el porche, bebiendo solo y con la mirada clavada en la carretera, esperando un milagro que no llegaría.

No volvió. No apareció. No sé cuánto tiempo pasó, pero mis amigos me encontraron un buen rato después y Palmer me arrastró a la habitación de Lincoln mientras me susurraba al oído que olía a alcohol y Lincoln daba por terminada la fiesta. No se separaron de mí en ningún momento. Y yo... no recuerdo mucho más.

Ahora estoy sentado en la mesa del comedor, rodeado de mi familia, pero mi mente está a kilómetros de aquí. La conversación fluye como un río lejano, palabras que no oigo del todo, gestos que me parecen extraños. Intento concentrarme en lo que dicen, en la comida, en cualquier cosa que no sean los recuerdos de Alexandra, pero es imposible. Su risa, sus gestos, cada maldito detalle se repite en mi cabeza. Todo me golpea sin compasión.

—Blake, cielo... —la voz de mi madre me arranca de mis pensamientos—, ¿qué sucede? Vuelves a estar distraído. ¿De verdad no te pasa nada?

No estoy de humor, no quiero fingir ni dar explicaciones. Solo quiero desaparecer de esta casa, de estas conversaciones triviales. ¿Por qué todo sigue como si nada si yo lo he perdido todo? Mi madre me mira con preocupación y ternura, y, joder, eso solo me hace sentir más rabia y frustración.

—Todo bien —respondo, cortante, sin mirar—. Solo estoy cansado. Baxter nos está metiendo demasiada presión últimamente.

Eso es mentira. De hecho, el entrenador ni siquiera me ha dejado terminar el entrenamiento de hoy. Me ha gritado por estar distraído y me ha mandado al banquillo. Y es cierto, pero es que no podía soportar el hecho de que Alex no haya venido hoy a clase.

Mi madre suspira y asiente, aunque sigue pendiente de mí. Entiendo que se preocupa por mí y lo valoro, pero ahora mismo no tengo fuerzas para asumirlo.

Cuando finalmente me levanto, dejando la mesa atrás, siento que necesito aire, necesito escapar de todo esto antes de que la presión en mi pecho explote. Subo a mi habitación con pasos lentos, intentando que nadie note que estoy al borde del colapso. Me tiro en la cama, mirando el techo, los recuerdos de Alexandra más vivos que nunca. Joder. ¿Cómo puede no sentirse suficiente cuando yo rezo por besar el suelo que ella pisa?

Tras un par de horas, el frío de la noche entra por la ventana abierta, y es lo único que me calma un poco. Pero la calma dura segundos, y la soledad me golpea con fuerza. No puedo soportarlo más. No puedo esperar otra hora, otro minuto, sin tener alguna señal de ella, sin saber si piensa en mí, si está bien, si... si todavía hay algo entre nosotros.

Saco el móvil con manos temblorosas. Lo miro un instante, dudando, y siento un nudo en el estómago: no puedo hacer esto, todavía no. El siguiente paso tiene que ser suyo. Todo lo que suceda a partir de ahora... está en sus manos, por mucho que lo odie.

Recordar la desconfianza de Alexandra hace que me escuezan los ojos. ¿Puedo culparla por ello? ¿Podrá liberarse algún día de las pesadas cadenas que Cher dejó? Maldita sea, ojalá pudiera verse desde mis ojos..., con el cabello cayéndole sobre los hombros, la forma en que frunce el ceño cuando piensa, cómo cada pequeño gesto suyo me atrapa y me recuerda que nadie más importa. Nadie más importa porque ella lo es todo: sus risas, sus silencios, sus manías..., todo de ella me quita el aliento.

De pronto siento que necesito hablar con alguien que sepa lo que se siente en momentos así, sin juicios ni preguntas incómodas. Mi dedo se desplaza hasta el chat de Zachary y, sin pensarlo demasiado, empiezo a escribir.

¿Estás despierto?

Claro que sí. ¿Cómo vas,
tío?
¿Quieres que hagamos una
reunión
del club de los rechazados?

Suelto un resoplido al leer «el club de los rechazados». Por si no es obvio, somos solo él y yo. Un nombre estúpido que se ha sacado esta mañana de la manga porque, al parecer, mis amigos tienen una extraña obsesión por ponerle nombre a todo.

Sí. Pásate por mi casa.

No pasan ni quince minutos cuando oigo un motor apagarse frente a mi casa. Me levanto sin encender la luz y bajo las escaleras en silencio, asegurándome de no despertar a nadie. Antes de abrir la puerta, me paso una mano por la cara en un intento de parecer menos jodido de lo que estoy.

Zachary entra en cuanto abro la puerta. Trae una bolsa de plástico que deja caer sobre la mesa del salón antes de desplomarse en el sofá como si fuera su propia casa.

—He traído helado y patatas fritas, no me juzgues —dice mientras lo saca todo—. La comida basura combina bien con la desesperación y la miseria.

Dejo escapar una risa nasal y niego con la cabeza mientras me siento a su lado. Aprecio el intento. No me pregunta cómo estoy porque lo sabe. No intenta hacerme hablar porque, si quiero, tiene claro que lo haré cuando me dé la gana.

—Esto es patético, ¿lo sabes? —comenta mientras se mete una cucharada de helado en la boca—. Dos tíos en pijama, a oscuras, comiendo helado y llorando por mujeres que nos han mandado a la mierda.

—El patético eres tú, la mía me acaba de dejar, aún estoy dentro de lo razonable. Además..., no estoy llorando.

—Todavía —responde, señalándome con la cuchara.

Le arrebato el helado antes de que pueda seguir comiendo. Zachary resopla y se deja caer más en el sofá, con la mirada puesta en la televisión, que enciende tras coger el mando de la mesa de centro. Y, sin embargo, hay algo en su presencia que hace que la presión en mi pecho se alivie un poco. No demasiado, pero lo suficiente.

—¿Cómo lo haces? —pregunto de repente, sin pensarlo demasiado.

Zachary se gira hacia mí con la boca llena de chocolate, frunciendo el ceño.

—¿El qué?

—Sobrellevarlo —contesto, con la garganta hecha un nudo—. Llevas dos años echándola de menos. Deberías haberla superado, pero no lo has hecho. La sigues queriendo igual que el primer día, y no te juzgo, porque sé que me va a pasar lo mismo con Alexandra. Pero... ¿cómo lo soportas?

Mis propias palabras me ahogan. Porque sé que tengo razón. Y sé que, si Zach no tiene la respuesta, nadie la tendrá.

Mi amigo me sostiene la mirada un instante, como si evaluara cuánto decir. Suspira, dejando el helado a un lado y pasándose una mano por el pelo con frustración.

—No lo soporto —admite al fin, con una risa amarga—. ¿Crees que lo llevo bien? ¿Que con el tiempo duele menos, que un día te levantas y de repente ya no la echas de menos? Pues no. No funciona así.

Me enderezo en el sofá, con la mirada fija en cada uno de sus movimientos.

—Al principio piensas que es cuestión de tiempo, que va a doler menos, que una mañana te despertarás y te sentirás... libre. Pero no. Pasan los días, las semanas, los meses, y sigues igual. Sigues queriéndola. Sigues viéndola en cada maldita parte de tu vida. Y cuando crees que estás mejor, cuando piensas que ya lo tienes controlado, pasa algo. Una tontería. Su risa en mitad de un pasillo; su perfume, aunque sea otra persona quien lo lleve puesto; un puto mechón de su pelo ondeando cuando pasa corriendo, y entonces el dolor vuelve, como si fuera el primer día.

Su voz suena cansada. Y yo..., joder, me cuesta respirar solo de escucharlo.

—Entonces, ¿qué haces? —murmuro, con el miedo en la garganta.

—Aprendes a vivir con ello. —Se encoge de hombros, pero su voz no suena indiferente, sino rota—. Te acostumbras a que duela. Te refugias en lo bueno, te conformas con verla de lejos. Cada vez que Cassidy discute conmigo me siento el tipo más afortunado del mundo.

Nos quedamos en silencio, un silencio denso que pesa más que cualquier palabra. La televisión sigue encendida, aunque ninguno de los dos la ve.

Me paso una mano por la cara, sintiendo el ardor en los ojos. No quiero que esta sea mi vida. No quiero acostumbrarme a este vacío. Pero tampoco quiero olvidarla. No quiero superarla. La quiero a ella. La quiero de vuelta. Eso es lo único que quiero.

—¿Y si nunca deja de doler? —susurro, sin fuerzas para más.

Zachary me mira y sonríe, pero no hay felicidad en su expresión.

—Entonces, bienvenido al club, amigo.

Vuelve a coger el helado y sigue comiendo como si nada. Y me quedo ahí, con su respuesta taladrándome la cabeza, pensando que quizá nunca dejará de doler; que el tiempo no es suficiente; que algunas heridas no sanan, solo se vuelven parte de ti.

No quiero que sea así para mí. No quiero que Alexandra se convierta en un peso que arrastre conmigo a todas partes, que cada risa sea un recordatorio de lo que perdí. Pero, si Zach tiene razón, ¿qué me queda?

—Deja de pensar tanto —dice Zachary de repente, y me da un codazo suave—. No te va a servir de nada. Créeme, ya lo he intentado.

Suelto una risa corta, más un bufido que otra cosa, sin ganas. Me tumbo en el sofá, dejando que la pesadez del cansancio se apodere de mí.

—Pon una peli, pero que no sea una mierda deprimente —murmuro, cerrando los ojos.

—Ya la he puesto, pero, si quieres llorar con un drama romántico, avísame.

—Vete a la mierda.

Zachary suelta una carcajada y coge el mando con aire despreocupado.

—¿Por qué no? Quizá alguna con final trágico, para que llores con un poco de estilo.

—No voy a llorar —mascullo mientras coloco un cojín con más fuerza de la necesaria.

—Sí, claro. Y yo sigo con Cassidy.

Le lanzo el mismo cojín automáticamente, pero él lo esquiva con facilidad.

—Mira, podemos ver *A dos metros de ti*. O *Antes de ti*. O, espera, ¿qué me dices de *Titanic*? Un clásico, ¿eh? Seguro que te identificas con Jack, sufriendo por su amor imposible mientras ella se queda con toda la tabla.

—Como sigas hablando, te echo de mi casa.

—Pero si te encanta mi compañía —responde, llevándose un puñado de patatas a la boca—. Además, no me puedes echar, soy tu apoyo emocional.

—Mi apoyo emocional es una mierda.

—Oye, oye, eso ha dolido. —Pone una mano en su pecho, fingiendo estar ofendido—. ¿Acaso crees que todos los amigos se presentan en tu casa a medianoche con helado y toda esta sabiduría?

Lo miro de reojo.

—Tú lo llamas «sabiduría», yo lo llamo «trauma».

Zachary se echa a reír, y no puedo evitar que una pequeña sonrisa me tire de los labios. La verdad es que su compañía hace que la noche sea un poco menos insoportable.

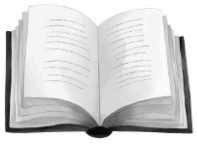
—Está bien, te pondré algo de acción para que no sufras demasiado —suelta finalmente, rebuscando en el catálogo de películas—. Pero, si al final lloras, lo recordaré para siempre.

—Como si tú no hubieras llorado viendo *Coco*.

—Eh, eh, todos tenemos derecho a sentir cosas con *Coco*. Eso no cuenta.

45

A un susurro de ti



Alexandra

¿Alguna vez has sentido que tu vida entera se quedaba en pausa? Como si los días siguieran corriendo a tu alrededor, pero tú te hubieras congelado en un único instante, en un único error. No es que los sentimientos desaparezcan, es que se quedan atrapados dentro, sin salida. Como cuando intentas gritar en un sueño y no sale nada.

Así me siento yo desde hace semanas. Me levanto, voy a clase, al club de lectura..., pero nada parece real. Todo es automático, parece que esté viendo mi vida desde fuera y no viviéndola realmente.

Y luego llegan esos momentos en los que lo veo. Ahí, en el pasillo, mientras habla con sus amigos. Está tan guapo..., aunque tiene más ojeras y sonríe mucho menos, tanto que me da miedo que algún día se le olvide cómo hacerlo. Y, aun así, está ahí. Tan cerca...

Él no ha intentado aproximarse a mí, aunque más de una vez lo he pillado mirándome. En clase, en la cafetería..., incluso cuando cambiaron de mesa. Porque ya no nos sentamos juntos. Me pasé dos días sin salir de casa. Les dije a mis padres que estaba enferma, pero la verdad es que fui una cobarde. Lo sigo siendo. No me atrevo a enfrentarlo, a enfrentarme a todo.

Cuando volví, Blake ya no estaba en nuestra mesa. Los chicos habían regresado a la del equipo, como si el tiempo se hubiera roto en dos y cada uno siguiera por su lado. Todavía siento sus ojos sobre mí. Cassidy dice que frunce el ceño cuando me ve jugar con la comida sin probarla, o que le pregunta cómo estoy cuando me supera todo y salgo corriendo al baño a llorar.

Porque, si ver a Blake es duro, ver a Cher es desgarrador. Es como si supiera exactamente qué días estoy peor para aparecer de repente y disfrutar de mi debilidad. Y entonces sonríe con esa sonrisa perfecta y cruel, recordándome todo lo que he perdido.

—Lexi, ¿seguro que estás bien? —La voz de Cassidy me arranca de golpe de mis pensamientos. Estoy en la puerta de la sala donde se reúne el club de lectura y ni siquiera me había dado cuenta de que todos mis compañeros ya estaban entrando.

Parpadeo varias veces y me obligo a sonreír, aunque más que una sonrisa parece una mueca torpe.

—Sí, sí. Solo estaba pensando en... otra cosa.

Ella me observa con esa mirada escéptica suya.

—No es necesario que te quedes, Lex. Puedo con esto, ve a casa a descansar.

Sacudo la cabeza.

—No. Esto es importante para ti, Cass. Por lo tanto, es importante para mí. He sido una hija horrible, una novia horrible... No quiero ser también una amiga horrible. Quiero estar aquí.



Cuando acaba la reunión, Emma viene a buscarnos. Ya ha terminado su clase de Arte y se ofrece a llevarnos a casa. Caminamos las tres juntas hacia la salida. Ellas hablan animadas, intentando arrastrarme a su conversación, pero mi voz apenas sale. No sé cómo explicarles que siento que no solo he perdido a Blake, sino que estoy perdiendo también todo lo demás. Como si lo que se rompió entre nosotros estuviera resquebrajando cada rincón de mi vida.

—Lexi —Cassidy se detiene frente a mí, con las manos en las caderas—, sé que no quieres hablar, pero voy a decirte algo porque prefiero que lo escuches de mí antes que de cualquiera, porque ya va siendo hora.

Levanto la vista, insegura, con el corazón acelerado.

—Estás siendo una cabezota —continúa, sin rodeos—. Blake y tú lleváis semanas así, evitándoos, y no tiene sentido. Emma ha intentado hablar con Blake y Lincoln también, pero ninguno de los dos ha querido entrometerse. No os digo que volváis a estar como entonces, pero al menos hablad. Arregladlo, o por lo menos terminad bien este curso. No merece la pena que os hagáis tanto daño.

Emma asiente, seria.

—No queremos verte así, Lex. Y él tampoco.

Mis labios tiemblan, pero me muerdo por dentro para no llorar delante de ellas. Sé que tienen razón. Sé que estoy siendo una cobarde.

—Lo intentaré —susurro.

Salimos al aparcamiento. Me encuentro tan absorta en lo que me acaban de decir que al principio casi no reconozco la voz que resuena a pocos metros.

—Te lo digo en serio, King, parecía que se hubiera... —La voz de Lincoln se va apagando poco a poco, como si las palabras se le hubiesen quedado atascadas en la garganta.

Y ahí está él.

Parado en medio del aparcamiento. Al principio Blake no entiende por qué su amigo se ha callado. Pero entonces ocurre. Mi corazón tropieza en el pecho.

Blake levanta la mirada y la cruza con la mía. Solo un instante. Aunque lo suficiente para que sienta cómo algo se enciende en mi interior, como si mi corazón recordara lo que era latir de verdad.

Él aparta los ojos enseguida, fingiendo que no ha pasado nada. Pero yo me quedo con ese segundo grabado a fuego, y por primera vez en mucho tiempo siento algo parecido a esperanza.



Esa noche no puedo dormir. Doy vueltas en la cama, repasando una y otra vez cada detalle de la discusión que tuvimos en la fiesta. Las palabras se me clavan como cuchillos: las suyas, las mías, las que nunca debería haber dicho. Y su mirada..., esa mezcla de decepción y rencor que me rompió el alma. Me odio por haber dejado que llegáramos hasta ese punto.

Pero también me odio porque, aunque Blake me explicó lo del plan, aunque me dijo que jamás formó parte de nada que pudiera herirme, yo sigo sin saber qué creer. Mi cabeza se divide en dos: una mitad quiere aferrarse a él, a todo lo que vivimos y a lo que sé que sentía por mí. La otra escucha la voz venenosa de Cher, repitiendo

que nunca fui suficiente, que todo fue un juego, que no debería confiar en él.

Y esa duda me está matando.

No sé si lo que vi fue la verdad o una mentira disfrazada. No sé si Blake me ama todavía o si ya me ha dejado atrás. Y me asusta pensar que quizá mi mente está aferrándose a algo que ya no existe.

Pero entonces recuerdo quién era yo antes de él: esa Alexandra que se escondía detrás de muros y excusas, que evitaba brillar porque tenía miedo de que alguien la apagara. Y recuerdo quién fui cuando él me tendió la mano. Blake me enseñó a no vivir a medias, a no dejarme consumir por mis propios miedos. Me enseñó que podía ser fuerte, que podía ser yo misma sin pedir perdón por ello.

No pienso tirar todo eso a la basura.

Tal vez no consiga recuperarlo. Tal vez Blake ya no quiera nada conmigo. Pero no quiero que lo que hizo por mí quede en el olvido, como si no hubiera significado nada. Porque lo significó todo. Fue un acto de amor, aunque ahora estemos rotos.

Y yo voy a honrarlo. Voy a dejar de ser una cobarde. Voy a demostrarle que no todo lo que construimos se ha perdido, que lo que siento por él sigue siendo más fuerte que cualquier veneno que quieran meterme en la cabeza.

Por Blake. Por lo que fuimos. Por lo que aún podría ser.

Mañana lo intentaré.



—Lexi, de aquí a que te decidas, ya nos habremos graduado.

Me giro para fulminar a Emma con la mirada mientras ella le da un bocado a su pizza con una sonrisa angelical.

Lleva el pelo rojo brillante recogido en un moño alto y un top que le dejé hace unos días. El aire de marzo empieza a suavizarse y por fin podemos dejar las sudaderas a un lado.

—No quiero cometer un error —confieso, bajando un poco la voz.

—No creo que sea un error —responde Emma—. Se merece que lo busques. Sabes que eres mi mejor amiga, pero Blake siempre ha ido detrás de ti. Siempre.

—¿De verdad vas a hablar con él? —interrumpe Cassidy, y yo asiento. Su sonrisa se vuelve genuina y aplaude emocionada.

—¡Sabía que lo harías! —grita—. ¡Joder, estaba cansada de verte muerta en vida durante semanas! ¡Esa es mi amiga!

Creo que es la primera vez que Cassidy se sale tanto de su papel, porque varias personas en la cafetería se giran para mirar. Me apresuro a hacerle un gesto para que deje de aplaudir.

—¡Sí, pero baja el volumen!

—Perdón —susurra, divertida.

Me pongo nerviosa y giro un poco sobre mi hombro para lanzar una mirada rápida hacia la mesa de Blake. Está ahí, en medio de sus amigos, ajeno a toda nuestra conversación. Siento que el corazón se me acelera. Respiro hondo.

—Deseadme suerte —susurro, casi sin atreverme a mirarlo.

—No necesitas suerte —me corrige Emma—. Lo que necesitas es decirle lo que sientes. Pedirle perdón. Y controlar los nervios. Ya verás como todo irá bien.

Asiento, sé que tiene razón. No puedo echarme atrás. No después de darme cuenta de que he sido una estúpida por no ver antes lo que Blake sentía por mí. El nudo en la garganta me aprieta con fuerza. Casi un mes de asfixia, dejando que el orgullo y el miedo me dominen..., pero ya no más.

Doy un paso. Luego otro. Mi respiración se agita con cada metro que acorto. Al principio Blake ni se da cuenta de que me estoy acercando. Sus amigos sí, y me lanzan miradas de asombro. Cuando finalmente gira la cabeza, sus ojos se posan sobre mí.

Durante un instante, su mirada se llena de emociones que no sé descifrar: confusión, duda... y algo más que me hace sentir vulnerable. Ignoro a los chicos, que han dejado de hablar, como si estuvieran viendo un espectáculo en vivo.

Me planto frente a Blake, el corazón martilleándome en el pecho.

—Hola —logro pronunciar, con la voz temblorosa.

Él me mira como si no fuera real, como si fuese un producto de su imaginación.

—Lexi —saluda, con frialdad.

Algo dentro de mí se resquebraja.

Lexi.

Siempre he sido Lexi para todo el mundo, pero no para él. Para Blake siempre fui Alex.

Intento abrir la boca, cualquier cosa que rompa este silencio que me quema, pero las palabras no salen. Cada segundo que pasa parece alargarse hasta el infinito, y el miedo me paraliza. Me siento atrapada, sin aliento, con la certeza de que estoy a punto de derrumbarme aquí mismo, en medio de la cafetería, bajo todas esas miradas.

Lexi, Lexi, Lexi...

—Hola... Otra vez, yo... —Mi voz se quiebra al final y sé que, si no digo algo pronto, voy a entrar en pánico delante de todos—. Me alegro de verte... Adiós.

Me giro para huir, desesperada, intentando desaparecer entre las mesas, cuando oigo su voz.

—Lexi.

Me congelo. El aire se me escapa y el corazón me da un vuelco. Cada fibra de mi cuerpo grita que retroceda, que no aguante otra vez su tono, pero no puedo moverme. Quiero gritarle que deje de llamarme así, pero las palabras se me atascan en la garganta. Mi pecho se aprieta, y el mundo entero se detiene. Todos nos están mirando. Todos... y yo solo puedo pensar en él.

Se levanta de golpe y da unos pasos en mi dirección. Se detiene frente a mí, sin recortar demasiado la distancia, aunque lo suficiente para que el aire entre nosotros sea eléctrico. Cada gesto suyo grita intensidad, atención y dolor contenido.

—¿Qué haces? —susurra.

—Yo... yo... —Mi voz se rompe y mis manos aprietan el asa del bolso, temblando.

—¿No tienes nada que decirme? —Su tono ya no es frialdad pura, sino una mezcla de incredulidad, rabia contenida y algo más que no alcanzo a entender.

No puedo hablar. Demasiadas emociones me atraviesan a la vez, pero él no se detiene.

—Pasas semanas sin decirme una palabra y... ¿decides acercarte para esto? ¿Te parecen un chiste, mis sentimientos? —Su mandíbula se tensa, y sus ojos oscuros brillan con furia reprimida—. Porque yo sí recuerdo nuestra última conversación. A la perfección.

»Te he dado tu espacio todo este tiempo, esperando a que te decidieras a elegirme..., a hablar conmigo y arreglarlo —continúa, su voz cargada de reproche—. Te vuelvo a pedir perdón por lo que oíste, pero esto... esto no es justo.

Me clavo las uñas en las palmas. La garganta me arde. Todo lo que quiero decirle se acumula en mi pecho y no sale... «Lo siento, me equivoqué, quiero arreglarlo... Estoy aterrada, Blake. Me da

miedo haberte perdido para siempre. Necesito que me entiendas, como solo tú puedes».

El silencio entre nosotros quema como hierro al rojo vivo. Su expresión es impenetrable, y eso hace que el nudo en la garganta me apriete aún más. No hay burla, no hay rabia explosiva, solo decepción. Y duele más que cualquier palabra dura.

Abro la boca, sin saber qué decir, pero él aparta la mirada, se pasa una mano por el pelo y da un paso atrás, como si hubiera terminado con esto. Como si yo ya no importara.

—Espera —susurro, apenas audible, pero suficiente para que se detenga.

Tengo que decirlo. Ahora o nunca.

—No... no me estoy riendo de ti. Ni de lo que sientes. Lo último que quiero es que pienses eso. Te necesito, Blake, pero es todo tan complicado... —Me tiembla la voz, pero sigo adelante—. Sé que he tardado demasiado, sé que debería haber hablado contigo antes, pero... —trago saliva, obligándome a mantenerme firme— no he sabido cómo. No quería hacerte daño.

«Te quiero, Blake. Vuelve conmigo. Prometo luchar por nosotros».

Él suelta una risa baja, sin humor.

—Eso ya lo hiciste.

Me deja helada. Tiene razón.

—Lo sé —susurro, y mis ojos buscan los suyos, pero su expresión sigue distante.

—Entonces, dime, Lexi: ¿por qué estás aquí ahora? —pregunta, firme, con los brazos cruzados y la mirada fija en mí.

«Porque me importas. Porque te echo de menos. Porque me odio por haber dejado que esto terminara así...», pero las palabras no salen.

Blake espera unos segundos y, al ver que no respondo, suspira y sacude la cabeza.

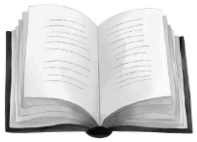
—Olvídalo. Nos vemos por ahí.

Se da la vuelta y empieza a alejarse, dejándome el corazón destrozado, el pecho ardiendo y la garganta atrapada en un nudo imposible de deshacer.

Todos los ojos siguen puestos sobre nosotros, la cafetería parece haberse vuelto un escenario donde solo existimos él y yo, y entonces decido salir corriendo.

46

No estás sola



Alexandra

Los fríos azulejos del baño de las chicas me son familiares. No es la primera vez que me escondo aquí para llorar. Estoy en los de la segunda planta, donde pasa menos gente y puedo estar sola. Me dejo caer contra la pared con las rodillas dobladas y los brazos rodeando mi cuerpo en un intento de contener el temblor de mis manos.

Respiro hondo en un intento inútil por tranquilizarme, pero sé que es demasiado tarde: enseguida las lágrimas comienzan a caer sin parar. Me paso la manga de la camiseta por la cara con frustración. El pecho me arde, el aire no me llega bien y los dedos me tiemblan tanto que apenas puedo agarrarme las rodillas. Odio la facilidad con la que me derrumbo últimamente.

El sonido de la puerta del baño abriéndose me sobresalta. Contengo la respiración, esperando que quienquiera que sea se marche rápido. Pero, en lugar de eso, unos pasos se detienen frente a mi puerta, seguidos de un par de toques suaves.

—Lexi, sé que estás ahí. Ábreme. —La voz de Lincoln me pilla desprevenida.

Aprieto los ojos con fuerza y recuesto la cabeza contra la pared, agotada. No puedo lidiar con él ahora mismo.

—Este es el baño de chicas. Vete.

—Ábreme, por favor —insiste.

No sé si es porque me lo pide por favor o porque simplemente ya no tengo fuerzas para discutir, pero estiro la mano y deslizo el pestillo.

Lincoln empuja la puerta con cautela antes de dirigir la mirada al suelo, donde sigo acurrucada. No dice nada. Solo se queda ahí, mirándome durante unos segundos, como si estuviera decidiendo qué hacer. Luego, sin dudarlo más, entra y se deja caer al suelo, sentándose frente a mí. Cierra la puerta tras de sí con un leve empujón y apoya los brazos en sus rodillas.

—¿Qué haces aquí, Lincoln? —murmuro, sin rodeos.

—Te he visto salir corriendo de la cafetería.

Un nudo en la garganta me impide articular algo que no sea mentira, aunque lo intento.

—Pues... ya lo has visto... No pasa nada, todo está bien. —Mi voz se quiebra, y la ironía se me atraganta.

Él suspira y, en lugar de reprocharme cualquier cosa, se inclina un poco hacia mí, con cuidado, como si temiera romperme del todo.

—No, Lexi... no lo está.

No sé cómo reaccionar. Me tapo la cara con ambas manos, el pecho ardiendo, el aire imposible de retener. Los hombros me tiemblan sin control y me siento atrapada dentro de mi propio cuerpo, inútil, frágil.

Lincoln no dice ni una palabra, se limita a quedarse ahí, en el suelo frente a mí, con una calma que, de algún modo, me ayuda a

sentir que no estoy sola.

Unos segundos —que parecen horas— pasan mientras el mundo se reduce a mis respiraciones entrecortadas y al sonido de mis propios sollozos.

—Está bien. Respira. Solo respira. Estoy aquí contigo —me consuela Lincoln inclinándose un poco más, con suavidad, sin presionarme—. Lexi... Mira, lo siento. De verdad. Todo esto es culpa mía. Sé que Blake me va a matar por decirte esto, me había prohibido tratar este tema contigo, pero no aguanto más. No tendría que haber empezado con ese plan de mierda. Fue una estupidez mía, ya me conoces. El primer día de curso vi a King mirándote con esa cara de enamorado que pone siempre y sentí el impulso de intentar ayudarlo... King siempre dice que me precede el caos, siempre la estoy cagando. El caso es que le dije que lo ayudaría a conquistarte este año y le puse un estúpido nombre a nuestra estúpida operación. Lo siento, ya sabes cómo soy.

Las palabras me golpean, aunque en el fondo ya sabía que aquello no cuadraba. Aun así, el dolor sigue ahí, agazapado en mi pecho.

—Lincoln..., yo... —Las lágrimas me ahogan—. No es culpa tuya. Esto es algo nuestro. Creí que todo había sido una mentira. Que él..., que Blake solo estaba jugando conmigo. Me volví a dejar llevar por las palabras de Cher. Y me da miedo no poder parar nunca. Quiero estar con Blake, pero ¿y si siempre dejo que el miedo me supere? ¿Y si ya lo he perdido? La frialdad con la que me ha hablado antes...

—Él te quiere, ¿sabes? No sé si en algún momento dejará de esperarte. La otra noche... Yo iba muy borracho. Dios, ni siquiera recuerdo bien qué dijimos. Pero él nunca haría nada para hacerte daño; de hecho, tiene ese impulso de protegerte de todo. Está loco

por ti desde el principio, y eso lo sé porque lo he visto con mis propios ojos.

Trago saliva, incapaz de responder.

—Me acuerdo de cuando empezó todo como si fuera ayer. Era nuestro primer año, la temporada acababa de comenzar y ni siquiera nos conocíamos entre todos los alumnos. Estábamos en el entrenamiento y tú también estabas allí. Supongo que eras demasiado pequeña como para quedarte sola en casa todavía. El caso es que nadie se dio cuenta de tu presencia hasta que tu padre de repente te llamó con un grito tan fuerte que lo oyó todo el instituto. Fue entonces cuando todos giramos la cabeza instintivamente hacia ti. Y uno de nosotros se quedó mirando de más... Blake se fijó en ti desde el primer momento, estaba tan desesperado que necesitaba saber quién eras o cualquier cosa sobre ti, pero sabía que no debía preguntar al entrenador. Se marchó a casa con la esperanza de que volvieses al día siguiente. Imagínate su sorpresa cuando te vio sentada varias mesas más allá en clase. —Hace una pausa y en su rostro aparece una media sonrisa—. Baxter siempre nos reñía en los entrenamientos. Al final éramos unos críos distraídos. Pero Blake se pasaba todo el rato pendiente de ti. Perdía la concentración en busca del balón cada vez que tú reías o decías algo. Y cuando no estabas... preguntaba. Disimulaba fatal, buscaba excusas para nombrarte, para que pareciera que no le importaba, pero era evidente. Lo notaba en su cara, en la forma en que se ponía nervioso solo con oír tu nombre. —Lincoln suspira y se encoge de hombros, como si aquellos recuerdos lo enternecieran—. Blake estaba pillado desde el minuto uno, Lexi.

Las lágrimas vuelven a deslizarse por mis mejillas. Me duele, pero a la vez me llena de algo que no sentía desde hace semanas: nostalgia, ternura, esa punzada de felicidad que creía perdida.

—Entonces..., ¿todo este tiempo...? —pregunto con voz rota.

—Todo este tiempo. —Asiente con seriedad—. No es culpa tuya que no lo notaras, él siempre iba con esa mierda suya de la amistad. Además, le costó meses ser capaz de dirigirte la palabra. Aún me acuerdo del temblor de su voz.

Lincoln deja entrever una sonrisa melancólica y yo río un poco también, recordando nuestros primeros años.

—Me acuerdo de que te acercaste a nosotras.

—Alguien tenía que ayudarlo... Creo que no dejó de temblar al acercarse a ti hasta cumplir los dieciséis.

Me aprieto las rodillas contra el pecho.

—No es culpa tuya. —Sacudo la cabeza con fuerza, aunque mi voz sigue temblando—. Fui yo la que no confió. Fui yo la que se dejó llevar por lo que parecía más fácil creer. Yo le fallé a Blake... y a ti.

Lincoln me observa en silencio unos segundos, y después deja escapar una risa apagada, sin alegría.

—Eres demasiado dura contigo misma.

—Es que lo he arruinado todo, Lincoln. —Las palabras salen en un susurro, cargadas de remordimiento—. Lo tuve delante y lo dejé escapar.

Él alarga una mano y me da un leve apretón en el hombro, fraternal, tranquilizador.

—No todo está perdido. Solo... dale tiempo. Date tiempo a ti también. No hables con él ahora, no así. Estás demasiado herida. Descansa, piensa con calma. Y cuando lo hagas, dile lo que sientes. Ahora tenemos el viaje del equipo, el torneo... Aprovecha esos días de distancia, de paz sin nosotros, para ordenar lo que quieres decir. Blake no es tonto, Lexi. Sabrá entenderte.

Cierro los ojos, dejando que sus palabras me calen. Por primera vez en semanas, siento que no estoy completamente rota, que

todavía queda algo que puedo reparar.

Asiento despacio, limpiándome las lágrimas con torpeza.

—Gracias, Lincoln... —susurro.

Él me dedica una sonrisa cálida, con esa mirada tranquila que me recuerda que, aunque no sea Blake, también está aquí para sostenerme.

—Ve a casa, todo se va a solucionar.

Y yo sé que tiene razón.

Una vez ha sonado el timbre que indica la vuelta a clase, Lincoln se despide de mí y se marcha. Espero a dejar de oír el murmullo en los pasillos para salir del baño. Aún quedan algunos alumnos, pero no miro a nadie. Solo quiero irme de aquí.

La señora Kelly no pone impedimentos para que me vaya; supongo que mi cara habla por sí sola.



Cuando por fin diviso mi casa, siento que me derrumbo de nuevo. Subo los escalones del porche a trompicones y, al ver lo lejos que me parece mi habitación, me dejo caer en el sofá. No tengo fuerzas para subir.

No miro el teléfono, no enciendo la televisión, solo me encojo bajo una manta y me quedo con la vista perdida en un punto cualquiera. El tiempo deja de importar: minutos, horas, no lo sé.

El ruido de unas llaves al chocar con la puerta me sobresalta. Me incorporo de golpe y, antes de poder reaccionar, veo a mi padre entrando en el pasillo. No debería estar en casa a estas horas, pero aquí está, con el gesto crispado y la respiración agitada, como si hubiera venido corriendo.

—¿Lexi...?

Siento cómo se me rompe algo por dentro y corro a sus brazos, igual que cuando era niña y me escondía detrás de él por miedo al perro de los vecinos. Ahora soy más alta, más pesada, pero él me sostiene al igual que lo ha hecho siempre.

Deja caer las llaves y la chaqueta al suelo, y me acompaña hasta el sofá. Me toma de los hombros, buscándome los ojos.

Respiro hondo, temblando, con la garganta cerrada.

—Papá..., necesito contarte algo. Lo siento, te vas a enfadar, y tienes motivos, yo... solo... lo siento.

Él me aprieta un poco los hombros e intenta calmarme.

—Eh, tranquila. Respira. Lexi, sea lo que sea, puedes decírmelo.

Sacudo la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada.

—Te he mentido. Solo tenía una cosa que cumplir este año: no meterme en líos y centrarme en estudiar. Y fallé, papá. No te hice caso. Me dijiste que no me complicara la vida con chicos y yo... lo hice igual.

Lo noto tensarse de golpe y me mira alarmado.

—¿Se están metiendo otra vez contigo? ¿Mason ha vuelto a hacer algo? Vamos al instituto ahora mismo a...

—¡No, no! —lo corto rápido mientras le agarro las manos—. Escúchame, papá. No es nada de eso. Yo... me he enamorado. —Trago saliva, temblorosa—. De Blake King.

Sus ojos se agrandan, pero no dice nada. Yo aprovecho ese silencio para soltarlo todo de un tirón, como si me fuera la vida en ello.

—Pero no te preocupes, porque ya lo he estropeado todo, papá. —Me abrazo a mí misma, con un nudo en la garganta—. Y te juro que él no ha hecho nada malo, al contrario... Siempre me ha cuidado, siempre me ha tratado bien. Al principio de curso empezamos a pasar más tiempo juntos y, sin darme cuenta, me fui

enamorando de él. No lo vi venir, y tampoco intenté luchar contra ello. —Una lágrima se me escapa—. Lo siento muchísimo por habértelo ocultado. Sentía que te estaba fallando, porque te prometí que me centraría en mí misma, pero... era feliz, papá. Te lo juro, era feliz. Y si tuviera que hacerlo mil veces más, lo haría.

Espero la bronca. El reproche. El «te lo advertí». Sin embargo, lo único que recibo es su mano acariciando mi pelo y un abrazo.

—Lexi... —suspira, bajando un poco la cabeza—. No estoy enfadado contigo. Ni lo estaré. Al contrario..., soy yo el que lo siente.

Parpadeo, desconcertada.

—¿Tú...?

—Sí. Yo puse esa barrera, yo te dije que no quería complicaciones, que los chicos solo iban a distraerte. Y lo único que conseguí fue que no confiaras en mí. —Me mira con tristeza—. Tendrías que haber podido contarme todo esto desde el principio.

—Papá, no... no digas eso. —Aprieto su mano, temblando—. No es culpa tuya. Yo... tenía miedo de decepcionarte.

Él niega despacio, con una sonrisa triste.

—Lo único que quería era protegerte. Tenía miedo de que alguien te hiciera daño otra vez. Pero en estos meses... estabas distinta. Más alegre, más segura de ti misma. Volvías a brillar, Lexi. Y si eso fue gracias a estar con un chico que te hacía feliz... ¿cómo voy a enfadarme contigo?

Un sollozo me rompe la voz, y me aferro a su pecho. Él me abraza fuerte, como si intentara sostenerme entera.

—Además... —susurra, acariciándome el pelo—, King es un buen chico. Lo respeto, lo aprecio. —Hace una mueca al recordar algo—. Dios..., hasta le pedí que te cuidara durante este curso. Es el único en el que confiaría para algo tan importante como cuidar a mi hija. Sí, tiene sus cosas, como todos; a veces se desconcentra..., pero

pensaba que eran cosas de su edad, no que estuviera enamorado de ti... Aunque ahora todo encaja, y no sé cómo no lo vi antes.

Me aparto un poco, con la cara empapada.

—Pero lo he perdido, papá. Y no sé cómo arreglarlo.

Él me mira serio, aunque con ternura.

—Entonces pregúntate una cosa, Lexi: ¿quieres de verdad recuperarlo?

Trago saliva y contesto sin dudar.

—Sí.

—Pues no lo dejes escapar. Cuando algo importa tanto, no puedes quedarte esperando.

Sus palabras me calan hondo. Pienso en mi conversación con Lincoln, en esos días de «reflexión» que me ha recomendado mientras ellos están fuera, pero de pronto me parecen inútiles. No necesito tiempo. Lo único que necesito es a él.

Miro a mi padre fijamente, con el corazón desbocado.

—Papá... ¿me podrías hacer un favor?

47

Su apellido es King



Blake

No sé cuántas veces me he levantado del sofá, nervioso, bajo la mirada paciente —y cada vez más cansada— de mi mejor amigo. Es tarde, casi medianoche, y hemos aprovechado que su casa estaba vacía para quedarnos aquí. En menos de dos días nos vamos al torneo, y sus padres se han ido a recoger e instalar en un hotel a las tías de Canadá que no querían perdérselo.

—Ni de puta coña, Foster. —Me paseo por el salón, irritado, incapaz de quedarme quieto—. Semanas sin hablarnos y Baxter aparece de repente como si nada, como si no hubiera pasado el tiempo, como si yo no tuviera sentimientos, ¿y para qué? ¿Para quedarse callada al final? ¿Para irse otra vez? ¿Para qué coño se acerca si no puede decirme nada?

Lincoln no responde. Solo me observa desde el sofá, con esa calma que me saca de quicio.

—Es increíble —añado, sin poder parar—. ¿A ti no te parece increíble?

Él suspira.

—Sí, King, me lo parece.

—Es que no lo entiendo —continúo, frenético—. Me tiene delante, y no dice nada. ¿Tan difícil es? ¿Tan jodidamente difícil es abrir la boca y soltar lo que siente, aunque sea un reproche?

—No lo es —responde Lincoln, tranquilo.

Me detengo un segundo, apretando la mandíbula.

—Entonces deja de repetir todo lo que digo y vuelve a contarme qué hablasteis en el baño.

—Lo mismo que te he dicho las últimas veces que me has preguntado —contesta con cansancio—. Le pedí perdón, hablamos un poco. Está destrozada, está confundida, y te quiere.

A pesar de que me lo ha repetido varias veces, ese último comentario sigue doliéndome demasiado. Lo miro fijamente, sintiendo ese nudo que me revienta por dentro.

—Lo sé, joder. Yo también la quiero. ¿Y crees que eso lo hace más fácil? —Sueno más roto de lo que quisiera—. ¿Tú sabes lo que es verla pasarlo mal y no poder acercarme? ¿Saber que huye de clase con lágrimas en los ojos y no poder seguirla? ¿Tragarme la rabia cada vez que no toca un plato en el comedor? Quiero estar ahí, quiero gritarle que no se esconda más, que me deje cuidarla..., pero no puedo ser siempre yo el que corra detrás.

Mis palabras caen pesadas en el silencio, y Lincoln baja la mirada, pensativo.

—¿Tú crees que vendrá a por mí cuando esté lista? —planteo en voz baja, con el miedo de que la respuesta pudiera romperme del todo.

—Sí —afirma sin titubear.

—¿Y si nunca lo está? —El aire se me escapa en un suspiro frustrado—. ¿Y si se pasa la vida huyendo? No sé cuánto tiempo podré esperar sin volverme loco.

Lincoln me observa, con esa mirada que nunca juzga pero siempre ve demasiado.

—Entonces tendrás que decidir si lo que sientes pesa más que el tiempo perdido esperando.

Me paso una mano por la cara, agotado. No es que no quiera ir tras ella; es que, si lo hago ahora, solo conseguiremos repetir la misma historia. Ella se esconde, yo la busco, volvemos a chocar, y al final nada cambia. Necesito que tome las riendas, que deje de huir, que venga a mí sin miedo.

Pero la espera me está matando.

—Estoy harto —murmuro—. Hartísimo. Y, aun así, la quiero.

Lincoln se queda callado y no dice nada más. Simplemente se inclina hacia atrás, como si supiera que lo único que necesito es desahogarme.

El silencio se rompe cuando el timbre suena. No hace falta preguntar quién es. A estas alturas ya me sé de memoria los malos hábitos de mis amigos; el de Zachary es rastrear la ubicación de mi teléfono.

Y, efectivamente, aparece en el salón con su sudadera del equipo, unos pantalones cortos y esa cara de «a mí no me afecta nada». Me choca la mano antes de dejarse caer a mi lado y, sin avisar, me quita la cerveza.

—Deja de beber esa mierda, es patético —me recrimina, como si me estuviera salvando la vida.

—¿Qué cojones...? —alcanzo a decir, mirándolo con incredulidad.

Pero Zach ya está levantando una bolsa que no había visto antes.

—El club de los rechazados no se emborracha con dos cervezas. Traigo vodka.

Resoplo.

—Primero, deja de llamarnos «el club de los rechazados», no me hace especial ilusión. Segundo, Lincoln no forma parte del grupo.

—¡Eh! —protesta este desde el otro lado del sofá.

Zach lo señala con el dedo.

—Créeme, para entrar en el club tienes que perder al amor de tu vida. Quédate fuera. Consejo de amigo.

Dejo de mirar a Lincoln para volver a girarme hacia Zachary.

—Y tercero, o sacas ya el vodka o me devuelves mi cerveza.

Lincoln suspira con dramatismo antes de rendirse y traer tres vasos de la cocina.

—Espero que estéis listos para ahogar vuestras penas como verdaderos desgraciados —comenta Zach, sirviendo la primera ronda.

—No tengo penas que ahogar —gruño, aunque no hago el amago de rechazar el vaso cuando me lo tiende.

—Claro, claro.

El vodka baja demasiado rápido. Cuando me quiero dar cuenta, ya me he bebido dos copas. Niego con la cabeza cuando Lincoln me ofrece volver a llenarla. No parece importarle, porque se limita a encogerse de hombros y terminarse la suya con Zachary. Un rato más tarde, el reloj marca pasada la medianoche. Zach, como siempre, aguanta mejor y desaparece en el baño entre risas. Lincoln lleva un buen rato roncando en el sofá, y yo... yo estoy con la cabeza dándome vueltas y el pecho cargado.

Necesito verla. Más que nada. Que me mire, aunque sea para gritarme. Solo quiero que reaccione, que vuelva a ser ella, aunque sea por un instante.

Me levanto de golpe. Lincoln ni se inmuta; su cuerpo se desliza del sofá al suelo con un golpe sordo. Me echo a reír y lo esquivo, agarrando mis llaves sin pensarlo demasiado.

La noche es fresca y silenciosa cuando salgo. El motor ruge, mis manos tiemblan en el volante, y mi cordura se quedó atrás hace rato. Paso semáforos y, cuando quiero darme cuenta, ya estoy en su calle. Podría no recordar ni mi propio camino a casa ahora mismo, pero el suyo... lo tengo grabado a fuego.

—Eres patético, King —murmuro, con una risa amarga, antes de apagar el motor.

Camino tambaleante hacia el lateral de la casa. Sé perfectamente lo que voy a hacer, aunque no debería. Pero el sentido común no existe esta noche. Doblo los dedos, suspiro... y empiezo a trepar. Mi cuerpo se mueve solo, sabiendo dónde apoyar cada mano, dónde dar cada impulso, dónde poner cada pie.

Un recuerdo tras otro me golpea: el lago, las clases, mi Jeep convertido en cine improvisado, las noches durmiendo junto a ella, Ginger, todo lo que hemos sido, todo lo que podríamos ser si tan solo...

Estoy distraído y tropiezo con un saliente, soltando una risita torpe. El sonido, amortiguado por la noche, parece ser suficiente para llamar su atención. La ventana se abre de repente y me encuentro con sus ojos mirándome, incrédula.

—Hola, princesa —balbuceo, forzando una sonrisa que se me tuerce más de lo que imagino.

—¿Blake? —Su voz es un temblor entre sorpresa y reproche—. ¿Qué haces aquí?

Me impulso y me cuelo dentro sin pedir permiso, con el corazón retumbando y las manos algo torpes. Me apoyo contra la pared, intentando aparentar más equilibrio del que realmente tengo.

—Necesitaba verte —confieso, y las palabras me salen arrastradas, como si me pesaran en la lengua.

Ella frunce el ceño, cruza los brazos y da un paso hacia mí, vacilante, sin saber si echarme o quedarse quieta.

—¿Has bebido?

—Un poco... —Me río sin ganas, sacudiendo la cabeza—. O mucho. ¿Qué más da? Lo importante es que estoy aquí.

La observo en silencio, como un idiota. El pijama, el pelo revuelto, los ojos hinchados. Joder, me parece perfecta incluso así.

—Te echo de menos, Alex. —Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, sinceras.

Ella se queda helada, con los brazos aún cruzados, como si esa barrera pudiera protegerla de lo que acaba de oír. Yo doy un paso hacia ella; me tambaleo un poco, pero sin apartar la mirada.

—No sabes... —Me interrumpo con un suspiro, buscando aire que no encuentro—. No sabes lo que es intentar olvidarte y fallar cada maldita vez.

—Blake... —Su voz es suave, apenas un temblor—. No estás en condiciones de hablar de esto.

—Claro que sí. —Me río sin humor, llevándome una mano al pecho —. Estoy mejor que nunca. Estoy... estoy aquí, contigo. Eso es lo único que necesito.

Ella niega despacio, con los ojos brillantes, aunque no sé si de rabia o de miedo a derrumbarse.

—Has bebido demasiado. No quiero que mañana te arrepientas de lo que estás diciendo.

—¿Arrepentirme? —repito, como si la palabra me quemara la lengua—. Lo único de lo que me arrepiento es de estar pasando tanto tiempo sin ti.

Mis palabras caen pesadas entre los dos, y noto cómo a ella le falta un segundo para romperse. Se pasa una mano por la cara, cierra los ojos un instante y luego vuelve a mirarme con firmeza.

—Escúchame —dice, con la voz más seria que le he oído nunca—. Yo también quiero hablar de todo esto, pero no así. No ahora.

—¿Por qué no? —pregunto, con una mezcla de desesperación y torpeza—. ¿Qué más da si es ahora o mañana?

—Porque mañana podrás mirarme a los ojos y recordar cada palabra. —Su respuesta me corta en seco, dejándome sin argumentos.

Me quedo callado, respirando hondo, con la cabeza dando vueltas y el corazón desbocado. Quiero seguir insistiendo, pero sé que tiene razón.

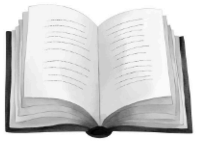
Aparto la mirada cuando las ganas de besarla me superan. Huele a ella, a vainilla. Me pican las manos por la necesidad de tocarla, así que me las guardo en los bolsillos con la esperanza de que eso me contenga. Esto va a ser más complicado de lo que creía.

Cuando vuelvo a mirarla, sigue ahí, inmóvil, con los labios apretados y los ojos brillantes, como si también estuviera resistiéndose.

Y en ese silencio, en esa batalla de miradas que ninguno de los dos gana, entiendo que esta noche no habrá más, aunque daría cualquier cosa para que sí lo hubiera.

48

La promesa rota



Alexandra

No me puedo creer que Blake esté aquí, en mi habitación, a pocos pasos de mí. Al principio pensaba que el ruido que se oía fuera era la lluvia golpeando la ventana. Pero no. Era distinto, más torpe, más insistente. Cuando me he asomado, lo he visto a él.

Y por un segundo he dudado de mi propia cordura.

Ahora está frente a mí, con los ojos brillantes y el paso inestable. Me da rabia ver cómo se tambalea. Rabia, porque tengo tantas cosas que decirle, porque esta sería la oportunidad perfecta para sacarlo todo..., pero no. No es el momento. No puedo hacerlo mientras él apenas puede mantenerse en pie.

En el instante en que empieza a marearse, todo mi enfado se disuelve. Instinto, costumbre, necesidad, no lo sé. Simplemente corro a ayudarlo. Le ofrezco la mano y, durante un segundo, sus ojos se clavan en los míos antes de descender a mi palma extendida. Duda, pero al final la agarra con fuerza, como si esa simple unión fuera lo único que lo mantuviera en pie.

Su tacto me enciende de inmediato. Es un contacto mínimo, torpe, fugaz, pero me recorre como un incendio. No sé si de verdad ha apretado un poco mi mano o lo he imaginado porque lo necesitaba.

Lo guío hasta la cama y él se deja llevar. Se sienta en el borde, derrotado, con la respiración algo acelerada. Yo me quedo frente a él, observándolo, incapaz de decidir si quiero gritarle por aparecer así o abrazarlo hasta que desaparezca toda esa angustia que veo en sus ojos.

—Gracias. —Su voz suena distinta, más baja, más avergonzada. Se pasa una mano por la nuca y baja la mirada—. Alexandra, sé lo que parece esto, sé que estoy borracho..., pero no me voy a arrepentir de haber venido. Jamás podría arrepentirme de estar cerca de ti.

Levanta los ojos hacia mí y me atraviesa.

—Cada vez que te veo en clase, cada vez que coincidimos en los pasillos..., joder, sé que debería pasar página, pero en esos momentos me siento el tipo más afortunado del mundo. Porque, aunque ya no puedo tenerte, todavía puedo verte de cerca.

Mi pecho se encoge con un dolor que casi me deja sin aire. Sé que mañana no recordará estas palabras. Sé que dirá cosas que hoy parecen sinceras, pero que mañana tal vez quiera olvidar. Y, aun así, verlo de este modo, tan vulnerable, me destroza. Siento la necesidad de calmarlo, aunque solo sea por unas pocas horas.

—Quiero estar contigo, Blake.

Él asiente despacio, con una tristeza que pocas veces le he visto.

—Lo sé, princesa. No tienes ni idea de lo jodido que es todo esto sin ti.

Su confesión me provoca ganas de llorar. Se deja caer hacia atrás sobre las sábanas, agotado. Suelta un suspiro frustrado y se

revuelve, pasándose las manos por el pelo, arrastrando palabras que no entiendo.

—Creo... creo que no estoy en condiciones de volver a casa.

—Lo sé. No te preocupes. —Miro sus manos, su postura cansada, su mirada perdida.

Me obligo a desviar la vista antes de apartarme del todo. Me acerco al armario, saco unas mantas y almohadas de repuesto. Por suerte, las alfombras de pelo que rodean la cama hacen más llevadero dormir en el suelo. Me agacho para prepararlo todo cuando oigo su voz.

—¿Qué estás haciendo, Baxter?

—¿Dormir? —respondo con ironía, sin girarme.

—No, ni de broma. —Lo oigo incorporarse sobre los codos—. No vas a dormir en el suelo en tu propia habitación.

—Blake...

—He dicho que no. Yo dormiré en el suelo.

Intenta levantarse, pero se tambalea y tiene que apoyarse de nuevo. Sus fuerzas lo traicionan y lo sabe, pero aun así aprieta la mandíbula, terco, como siempre.

—¡Blake, estate quieto ya! —suelto, cansada de verlo esforzarse—. No puedes ni moverte. No te preocupes, estaré bien.

—Esto es ridículo, Alexandra —gruñe, y sus ojos se clavan en los míos—. Tu cama es enorme. Cabemos los dos.

—No creo que sea lo mejor.

—No pasa nada, de verdad. Si quieres... podemos poner una barrera entre los dos. —Esboza una sonrisa torcida, convencido de que lo que ha propuesto es una buena idea.

Me quedo callada, sopesándola. Lo lógico sería negarme, pero, cuando vuelve a proponerlo, me rindo. Me acerco despacio, con una

almohada en las manos, y él se aparta hacia el lado contrario para dejarme hueco.

Cuando hago el amago de poner la almohada entre nosotros, gruñe, molesto, pero lo ignoro y la coloco. Nos quedamos boca arriba, mirando al techo en un silencio que parece gritar más que cualquier discusión.

Pronto noto que su respiración cambia. Giro un poco la cabeza y confirmo lo que temía: ha cerrado los ojos. Y entonces, con un gesto rápido, tira la almohada que nos separaba al suelo. No digo nada, solo lo miro de reojo. Tiene una sonrisa leve que poco a poco se desvanece mientras el sueño se lo lleva.

—Oye, Blake.

—Dime, Alex. —Su voz suena pastosa, arrastrada, y no abre los ojos.

—¿Me prometes que seguirás aquí cuando despierte?

—No pienso moverme.

—¿Seguro? Tengo tantas cosas que decirte..., pero no puedo hacerlo ahora. Necesito que lo recuerdes.

—Seguro —murmura, casi dormido—. Ahora descansa.

El silencio envuelve de nuevo la habitación, pero entonces siento algo cálido en mi mano. Sus dedos rozan los míos, dubitativos al principio, hasta que se entrelazan con decisión.

—Alex... —susurra, ronco, arrastrando las palabras.

Lo espero, conteniendo el aire, pero no dice nada más. Su respiración se vuelve más profunda y su mano se relaja entre la mía. Está dormido.

No aparto la mano. No puedo.

Me quedo ahí, dejándome envolver por su calor. Y aunque quiero decirle que mañana no voy a huir, que esta vez no pienso callarme

cuando me pregunte qué quiero, las palabras se quedan atrapadas en mi garganta.

Solo cierro los ojos, con la promesa de que, al amanecer, no volveré a esconderme.



Me despierto con la sensación cálida de haber pasado la noche abrazada a alguien. El colchón todavía conserva el hundimiento, como si un cuerpo estuviera recostado a mi lado. Sonrío levemente, aún medio dormida, y estiro la mano buscando ese calor, esperando encontrar el roce de su piel, la seguridad de que anoche no fue un sueño.

Pero lo que toco es... nada. Solo sábanas frías.

Abro los ojos de golpe, parpadeando varias veces, intentando convencerme de que estoy equivocada. Miro hacia el lado derecho de la cama y el hueco está vacío. Vacío. Como si nunca hubiera habido nadie ahí.

Un nudo me aprieta la garganta. No, no puede ser. Blake estuvo aquí. Yo lo vi entrar tambaleándose, lo ayudé, hablamos... Lo sentí. No me lo he imaginado.

—No me lo puedo creer... —susurro, y mi voz suena quebrada incluso para mí misma.

Entonces lo veo: un pequeño papel doblado que reposa sobre la almohada en la que él ha apoyado la cabeza mientras dormía. La simple visión me hace erguirme de repente, con el corazón golpeando contra mi pecho. Lo tomo con manos temblorosas, con miedo a lo que pueda leer, y lo desdoblo despacio, como si el hecho de prolongar el momento pudiera cambiar lo que dice.

Lo siento, Alexandra. No sé en qué estaba pensando anoche cuando decidí venir hasta aquí. Recuerdo lo que te dije, sé que te prometí que hablaríamos hoy, pero no puedo. Simplemente no puedo.

No creo que sea capaz de volver a perderte. No estoy preparado para que me vuelvas a decir que no.

Te voy a querer siempre, princesa. Y ojalá en un futuro podamos volver a ser amigos, porque la verdad es que no me imagino una vida sin tenerte cerca.

Pero ahora mismo no puedo.

Trago saliva, sintiendo cómo cada palabra me corta por dentro.

La nota tiembla entre mis dedos. Sus frases están impregnadas de él, de su miedo, de su forma de quererme incluso cuando intenta alejarse. Y, aun así..., me duelen. Porque son una despedida. Una forma de decirme que debo seguir adelante.

La rabia y la tristeza me hacen levantarme de la cama de un salto. Camino de un lado a otro, tratando de escapar de esas palabras escritas con tinta, deseando que ignorarlas las borre de mi mente. Me cruzo de brazos, apretando los puños contra mi piel, intentando contener un torbellino que amenaza con arrasarme.

Blake King se ha ido.

Se ha ido sin darme la oportunidad de decirle que no quiero volver a pasar un día separada de él; que lo siento; que no pienso huir nunca más; que apostaré por nosotros para siempre.

El enfado me dura apenas unos segundos, porque, cuando la realidad me alcanza, lo que siento es un vacío imposible de disimular. Se ha marchado. Después de mirarme anoche como si yo fuera lo único que importara en el mundo, después de entrelazar su mano con la mía como si nunca fuera a dejarla..., simplemente se ha ido.

¿Por qué?

Prometió que se quedaría. Prometió escucharme. Y ahora lo único que tengo es un trozo de papel arrugado y los sentimientos atascados en el corazón, presionando por salir.

Empiezo a dar vueltas por mi cuarto como un animal enjaulado, me maldigo por no haberle hablado antes de que fuera demasiado tarde y lo maldigo a él por irse sin darme opción. No me doy cuenta del tiempo que paso así hasta que la puerta de mi habitación se abre y aparece mi hermana pequeña, abrazando a Ginger contra el pecho.

—¿Estás... bien? —pregunta alzando una ceja al verme con el ceño fruncido.

—Sí, sí. Claro que sí. ¿Qué pasa? —respondo demasiado rápido, acercándome a ella e intentando suavizar mi voz. Le beso la frente y acaricio al gato, que ronronea en cuanto roza mis manos.

—Este pequeñín y yo tenemos hambre —dice Mai con una media sonrisa—. Voy a intentar que mamá me deje hacer tortitas. ¿Te apuntas?

Por primera vez en la mañana, sonrío. Es tan lista que a veces olvido que solo tiene trece años. Creo que intuye que no estoy del todo bien, pero no insiste. Y se lo agradezco.

—Sí, claro que sí. Aunque no sé si mamá nos dejará... Ve bajando tú. Tengo una cosa que hacer antes.

—Vale —asiente alegremente y sale corriendo; sus pasos resuenan en las escaleras de madera.

Cuando la puerta se cierra, inspiro hondo, aferrando todavía la nota en mi mano.

Blake puede haberse marchado, pero va a escucharme. Todos van a hacerlo. Esta situación termina aquí.

Es hora de poner en marcha mi plan. Voy a recuperar a Blake King. Cueste lo que cueste.

Con determinación, desenchufo el móvil del cargador y marco el número de Emma, quien responde al tercer tono.

—¿Recibiste mis mensajes ayer?

—Sí, Lexi... —Su voz suena indecisa—. Pero ¿estás segura de esto?

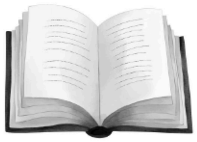
—No he estado tan segura en mi vida. Avisa a Cassidy. Nos vemos mañana.

Cuelgo y me sorprendo sonriendo. Una sonrisa distinta. No de alivio, ni de tristeza, sino de algo parecido a la esperanza.

Supongo que ha llegado la hora de hacer un viaje.

49

Río que vuelve, luna que guía



Alexandra

El volante tiembla un poco bajo mis manos mientras el coche devora kilómetros de carretera costera. El sol empieza a caer y tiñe el cielo de tonos anaranjados, como un presagio de que la noche no será una cualquiera. Emma canta bajito en el asiento del copiloto, moviendo la cabeza al ritmo de la música que sale de los altavoces, mientras que Cassidy se ha apropiado de toda la parte trasera y no deja de quejarse de lo incómoda que es su postura.

—No vamos tan tarde —dice Emma, como si pudiera leer mi mente.

—Nos hemos perdido la primera fase —respondo, con una mueca.

—Da igual, Lexi. —Cassidy se incorpora lo justo para apoyarse en mi asiento—. El torneo dura tres días, ¿para qué verlos jugar al baloncesto hoy si lo haremos mañana? Además, lo realmente importante hoy es la fiesta.

Intento responder, pero lo único que hago es apretar el volante con más fuerza. Ellas están tan tranquilas y yo siento que me arde el pecho. Todo lo que podría salir mal me pasa en bucle por la cabeza.

¿Y si Blake no quiere escucharme? ¿Y si me escucha, pero no lo convenzo? ¿Y si...?

—Alexandra. —Emma estira la mano y me toca el brazo suavemente—. Estás conduciendo como si el coche fuera a despegar. Respira.

—No puedo respirar. ¿Qué pasa si ya es demasiado tarde? ¿Y si todo lo que estoy a punto de hacer no sirve para nada?

Cassidy suelta una carcajada.

—Por favor, ¿puedes escucharte? Pareces una actriz de Hollywood con ese vestido de satén rosa. Estás espectacular y encima tienes un plan. Si alguien aquí está preparado para la gran escena romántica, eres tú. De hecho, espero que alguien grabe el momento.

—Esto no es una película —respondo, aunque en el fondo sé que sí, que justamente es lo que parece.

Los faros iluminan un cartel que anuncia la entrada al recinto del torneo. Mi estómago da un vuelco. Al instante me doy cuenta de que no tenemos ni idea de dónde aparcar, ni de cómo llegar hasta la playa.

—Genial —murmuro frenando en seco en un cruce lleno de vehículos—. Vamos a perder más tiempo. ¡Vamos a perdérnoslo todo!

—Vale, vale, respira, *drama queen*. —Cassidy ya tiene el móvil en la mano y teclea sin parar—. Voy a llamar a tu padre.

—¿Qué? ¡No! —Me pongo tan nerviosa que casi doy un volantazo —. No puedes llamarlo, se va a enfadar conmigo, estará ocupado.

—Lexi, tranquila. —Emma coloca su mano sobre la mía en un intento de que no me ponga más nerviosa—. No se va a enfadar.

En cuestión de segundos, mi padre coge el teléfono. Cassidy pone el altavoz con el volumen al máximo y la voz grave de mi padre retumba en el coche.

—¿Ya habéis llegado?

—Estamos a punto. —Cassidy sonríe, ya acostumbrada a lidiar con mis crisis—. Pero necesitamos tu ayuda.

Me quiero hundir en el asiento.

—Papá, lo siento, sé que debes de estar con el equipo y todo eso, pero...

—Alexandra —me corta, firme—, ¿dónde estáis?

—He parado el coche en la entrada del hotel.

—Bien, relájate. Yo me encargo.

No pasan ni dos minutos cuando mi padre aparece. Las tres bajamos del coche a toda prisa. No podemos llegar más tarde.

—¿Lo tenéis todo en el maletero?

—Sí, debemos hacer el *check-in* y dejar nuestro equipaje en la habitación. Espero que no haya mucha gente... Creo que hemos traído demasiadas cosas y...

Me callo en seco cuando Emma me sujeta por los hombros y me mira fijamente.

—Nosotras nos encargamos. Tú corre.

—¿Qué? —parpadeo, confundida.

—Lexi, no te quedes aquí. Lo tenemos todo controlado. Tú tienes algo más importante que hacer. Luego te vemos.

—¿Qué? No, no puedo. —Niego rápido, como si no hubiera otra opción—. No os voy a dejar solas con todo esto.

—Nosotras podemos. —Cassidy da un paso al frente y me señala con el dedo—. Tú tienes que irte.

—Pero...

—No hay peros. —Emma me arrebata las maletas que ya había cogido con un movimiento firme—. Ve a por él.

Las palabras me golpean de lleno. «Ve a por él».

Siento cómo todo el nerviosismo acumulado sube hasta mi garganta y, por un segundo, ni siquiera sé si puedo moverme. Pero Cassidy chasca los dedos y luego me da un empujón suave hacia el camino.

—Corre. Ahora. Antes de que se haga todavía más tarde.

No me lo tienen que repetir más veces. Les lanzo una última mirada y los tres me observan con determinación, entregándome la fuerza que necesito. Entonces me remango el vestido de satén y corro lo más rápido que me permiten los tacones. La playa está justo enfrente del hotel, pero aun así el camino se me hace eterno.

El sendero está decorado con farolillos encendidos que iluminan cada paso, como si la noche hubiera decidido guiarme. El murmullo de la música crece con cada zancada, latiendo al mismo ritmo frenético que mi corazón.

Los tacones me están frenando, así que me los quito en cuanto llego a la playa y los hundo en la arena antes de lanzarme hacia la pérgola que se alza a varios metros de la orilla. No importa. Volveré a por ellos más tarde. Ahora lo único que me importa es él.

De cerca la pérgola es enorme, de madera blanca, adornada con telas suaves que se mecen con la brisa marina. Farolillos y guirnaldas de luces cálidas lo iluminan todo, como cientos de luciérnagas atrapadas en el aire. A lo lejos, los barcos se balancean bajo un cielo estrellado. Es un escenario perfecto, casi irreal.

Y la gente... hay más de la que esperaba. Casi todos los del equipo están aquí, junto a sus familias y algunos compañeros del instituto, vestidos de etiqueta, brillando bajo las luces. Pero yo no pienso en ellos. Yo solo pienso en encontrarlo a él.

Siento miradas curiosas cuando atravieso la fiesta corriendo, pero no me importa. Me subo a la tarima del DJ, que me observa con

extrañeza desde su cabina. Estoy sin aliento, las mejillas me arden, y, aun así, hablo firme.

—Necesito que pongas una canción.

Él arquea una ceja, sorprendido; por suerte para mí, no pregunta nada. Solo asiente. Y, entonces, las primeras notas de «Hold Back the River» se derraman sobre la playa, envolviendo cada rincón con el sonido de guitarra que me sacude el pecho.

Me giro hacia la multitud, el corazón me golpea tan fuerte que apenas oigo otra cosa.

—Vamos, Blake... —susurro.

Vuelvo a correr, esquivando a los grupos que charlan, apartando con el hombro a una pareja que baila demasiado cerca de mí. Mis ojos recorren con desesperación cada rostro, cada silueta. Para muchos será solo una canción más, música de fondo. Pero Blake... Blake lo entenderá.

La voz de James Bay llena el ambiente, y con cada palabra siento las piernas más inestables, el aire más escaso. Me abro paso entre dos columnas de luces, y entonces lo veo.

Está allí.

Blake King.

Traje oscuro, el pelo negro como la noche, un poco desordenado como siempre, los ojos verdes recorriendo la multitud con una ansiedad que jamás le había visto antes. No está en calma, no mantiene su habitual pose segura. Me busca.

Y en ese instante el mundo entero se derrumba a mi alrededor.

Corro hacia él y, cuando nuestras miradas se cruzan, todo se detiene: las luces, la música, el murmullo de la fiesta. Solo quedamos él y yo, corriendo el uno hacia el otro como si nuestra vida dependiera de ello.

Avanza rápido, atropellado, desesperado por alcanzarme antes de que desaparezca. Y yo... yo no pienso frenar.

Cuando por fin estamos lo suficientemente cerca, no dudo. Me lanzo a sus brazos, y sus manos me atrapan con la urgencia de quien teme perderlo todo. Me aferro a él con la misma desesperación, respirando contra su hombro, temblando de puro miedo y alivio.

—No huyas de mí, por favor. —Mi voz sale entrecortada, trémula, pero clara. Me separo de él para poder mirarlo—. Tengo tantas cosas que confesarte que no sé ni por dónde empezar.

Él me sostiene, inmóvil, y me mira fijamente, como si no pudiera creer que estoy aquí. Sus labios tiemblan ligeramente cuando susurra:

—¿Qué... qué haces aquí?

Trago saliva con fuerza, el pecho a punto de estallar.

—Déjame hablar. —Me aferro con más ganas a la tela de su chaqueta, intentando anclarlo a mí—. No sé si me va a dar tiempo.

Él frunce el ceño, confundido, y siento que apenas respira.

—Tiempo ¿a qué?

Alzo la mirada. El corazón me martillea tan fuerte que me duele, pero no aparto los ojos de los suyos.

—A decirte todo lo que siento por ti antes de que termine la canción y me superen las ganas de besarte.

La música sigue, la voz de James Bay llenando cada silencio, y entonces lo suelto todo, con el alma en la garganta.

—Blake..., da igual si piensas que es demasiado tarde. —Las lágrimas me arden en los ojos, pero no dejo de hablar—. No me voy a rendir. Voy a luchar por ti con la misma intensidad con la que tú me has querido siempre. Me equivoqué al dejarte, pero esta vez no pienso hacerlo. Solo te pido una última oportunidad. Solo una.

Aunque, si por mí fuera, serían todas las que hicieran falta, porque no dejaré de intentarlo jamás.

Siento que me falta el aire, que las palabras me desgarran por dentro, pero sigo.

—Te quiero. —La confesión me sale como un grito contenido, liberando todo lo que tenía guardado—. Te quiero con cada parte de mí; con cada recuerdo, con cada mirada, con cada silencio. Y ya no pienso callármelo nunca más.

Trago saliva, temblando.

—Y también lo siento. Siento haberle dado más importancia a los actos y palabras de personas que realmente no deberían importar. Siento haber permitido que Mason, Cher y todo lo que nos rodeaba se metiera entre nosotros. No deberían importar en nuestra historia. Aquí solo somos tú y yo.

Blake abre la boca para decir algo, buscando las palabras adecuadas.

—No es necesario que hablemos de eso ahora.

—Sí, quiero que lo entiendas. Que tengo aún muchas batallas que luchar, que todavía hay cosas de las que tengo que salir y miedos de los que tengo que desprenderme. Pero quiero hacerlo contigo a mi lado. Tú me das fuerza. Me complementas, y ahora lo veo, Blake. Yo también te complemento a ti. Y, si tú me dejas, quiero hacerlo para siempre.

El corazón me late tan fuerte que creo que voy a romperme en sus brazos. Blake me mira fijamente, y sigo sin descifrar qué hay en sus ojos: si dolor, alivio o incredulidad. Lo único que sé es que, por primera vez en mucho tiempo, he dicho todo lo que tenía que decir.

Y ahora, mi mundo entero gira alrededor de su respuesta.

Blake no dice nada durante un rato que se me hace eterno, y yo necesito que me responda, lo que sea.

—Vamos, dime algo.

Blake sigue sin pronunciar palabra. Solo me sostiene, los ojos clavados en los míos, y algo en su expresión me descoloca.

—¿... qué pasa? —pregunto, con la voz temblorosa, sin apartar la vista de él.

Él inclina apenas la cabeza y, con una calma que me desarma, susurra:

—La canción ha terminado.

Lo miro, confundida. ¿Eso es todo? ¿Nada más? ¿Esa es su respuesta?

—¡¿Y eso qué significa?! —Mi voz se quiebra un poco, y siento cómo la ansiedad se cuela en mi pecho—. Blake, sé que te he dicho que no me voy a rendir y que voy a intentarlo todas las veces que haga falta, pero... ¿puedes responderme al menos? Ya sé que te he hecho daño, pero ignorarme es muy cruel.

Blake sonríe, y en ese mismo instante decido que su sonrisa va a ser mi perdición. Se acerca un poco más, bajando el volumen de su voz y hablándome solo a mí.

—Significa que me has prometido un beso cuando la canción terminara.

Creo que esta vez soy yo la que se queda sin respiración. Sé que le hace gracia porque me mira con curiosidad y... amor. Es amor lo que hay en su mirada. Sonrío y me pongo de puntillas para besarlo. Pero, cuando estoy a punto de juntar nuestros labios, él se adelanta, me pasa una mano por la cintura con fuerza y me besa.

Su boca es cálida, familiar y a la vez nueva. Sabe a la desesperación de semanas sin tocarnos, a todas las palabras que no le dije a tiempo. Sabe a echarnos de menos.

Reacciono de inmediato y le rodeo la nuca con mis manos, temiendo que, si lo suelto, vaya a desaparecer. Como si no pudiera

creer que está aquí conmigo, que esto está pasando de verdad.

No hay espacio entre nosotros. Su chaqueta se arruga bajo mis dedos, mis uñas se clavan en su nuca y siento su respiración acelerada mezclándose con la mía. Cuando inclina la cabeza para profundizar el beso, se me escapa un pequeño jadeo y él aprovecha para apretarme más contra su cuerpo.

No sé cuánto tiempo pasamos así, si son segundos o minutos. Solo sé que cuando nos separamos es porque el aire nos falta, no porque queramos detenernos.

Mi frente se apoya contra la suya. Mis manos siguen aferradas a su chaqueta. Su respiración es errática, la mía también.

—Dime que esto es real —murmura, con la voz ronca.

Le acaricio la mejilla, sintiendo el temblor de su mandíbula bajo mis dedos.

—Es real, Blake —susurro—. Quererte es lo más verdadero que he hecho jamás. Me hace sentir viva.

Cierra los ojos un segundo, como si estuviera absorbiendo mis palabras, grabándolas a fuego en su interior.

—Dímelo otra vez.

—Te quiero.

Me mira, con la certeza de que acabo de decir la única verdad que importa en el mundo.

Y entonces me besa de nuevo.

Esta vez es más lento, más profundo, como si quisiera memorizar cada rincón de mi boca. Sus labios se mueven sobre los míos con ternura, con devoción, con una intensidad que me hace sentir que no hay nada más en este universo que nosotros dos.

Me olvido de la música, de la gente que nos rodea, de todo lo que no sea Blake y yo.

—Nunca dejes de correr hacia mí así —susurra, con la voz ronca, descansando su frente en la mía—. Nunca.

Y yo... juro que no lo haré.

—Nunca, Blake..., porque tú eres mi luna. Siempre ahí, iluminando el camino, aunque me pierda, aunque tropiece, aunque las piedras me detengan un momento. Yo... yo soy el río que se deja guiar, que sigue avanzando hasta donde la luz me indica. Y esa luz... eres tú.

Sus ojos verdes me recorren de arriba abajo, llenos de sorpresa y ternura mezclada con asombro. Luego sus labios se curvan en esa sonrisa que me hace temblar por dentro.

—Te quiero, Alex.

50

El mismo error una y otra vez



Blake

Está preciosa. Más que nunca. Los ojos le brillan de felicidad y me sonríe como si solo existiera yo. Creo que soy un egoísta porque ahora mismo no quiero compartirla con nadie. Tiro de ella y comienzo a correr por la orilla, buscando el rincón más apartado, lo más lejos posible de la multitud y las luces.

Alexandra se deja arrastrar al principio, riendo con fuerza, pero pronto empieza a darme manotazos en el brazo.

—¡Blake, para! —grita entre carcajadas—. No puedo seguirte el ritmo.

—Eres una floja, Baxter. —La suelto y me giro para mirarla, fingiendo decepción.

—¿Perdona? —Se queda boquiabierta y, antes de que pueda responder, me lanza agua con el pie y me empapa la pierna del pantalón.

Me río, removiendo el agua.

—¿De verdad quieres empezar una guerra conmigo?

—¿Guerra? No estarás pensando tirarme al agua, ¿no? Hace demasiado frío para eso.

—Pues claro que no. —Levanto las manos en gesto inocente.

Eso le hace calmarse un poco y bajar la guardia. Yo niego con la cabeza. Esta chica no aprende. Aprovecho que está distraída para cogerla en brazos y lanzarla lo más lejos de la orilla que puedo. Una risotada me brota del pecho al verla chapotear.

—¡Te odio, Blake King! ¡Te lo juro! —grita Alexandra en cuanto asoma la cabeza entre las olas, con el pelo empapado pegado a su rostro.

Yo me echo a reír; disfruto demasiado de su expresión indignada.

—No aprendes nunca, Baxter —respondo, recordándole la última vez que cayó en mi trampa, cuando le prometí que no la tiraría al lago. Y ahora, aquí estamos otra vez.

—Eres un crío odioso y creído.

—Me ofendería si hace cinco minutos no me hubieses dicho lo enamorada que estás de mí.

Ella me saca el dedo medio antes de lanzar un manotazo, pero lo único que consigue es salpicarse a sí misma y toser por todo el líquido que traga. Me río aún más fuerte, sentado en la arena.

Le lanzo un beso al aire, acompañado de un guiño descarado, y noto cómo le tiembla la comisura de los labios, conteniendo una sonrisa. Aunque intente aparentar lo contrario, le encanta que la provoque.

Todavía no puedo creer que haya venido hasta aquí solo por mí.

La fiesta sigue en pleno apogeo a lo lejos, con la música filtrándose entre el murmullo de las olas. La arena aún conserva el calor del día, y las luces en la distancia crean un reflejo dorado sobre el agua. Todo parece tan irreal, como si estuviéramos solos en nuestro propio universo.

Mi pulso se dispara cuando, sin apartar los ojos de los míos, baja la mano hasta la cremallera de su vestido y empieza a deslizarla con exasperante lentitud.

Mi garganta se seca.

—¿Qué haces? —pregunto, sintiendo que la voz me falla.

—¿A ti qué te parece? Por tu culpa tengo la ropa empapada, así que me la tengo que quitar si no quiero coger un resfriado —murmura, y su tono es pura seducción. Pura venganza.

La tela cae a sus pies. Yo debería mirar hacia otro lado. Debería. Pero no lo hago. No puedo.

Ella avanza un paso más, con esa sonrisa triunfal pintada en los labios. Es peligrosa. Sabe exactamente el efecto que tiene sobre mí. Se está vengando, intenta dejarme claro que esto es su revancha por haberla empujado al agua.

Y lo peor es que lo está disfrutando.

Aunque si este es mi castigo... Me anoto mentalmente volver a tirarla al lago cuando regresemos a Floramont.

Me esfuerzo por no reaccionar, por fingir que no me está afectando, pero es imposible. Mi mandíbula se tensa mientras la observo avanzar con ese andar lento y seguro, como si estuviera midiendo cada uno de mis movimientos, disfrutando de mi lucha interna.

—Alex... —No sé qué quiero pedirle, creo que estoy a punto de rogarle.

—¿Qué pasa? ¿Ahora te has quedado sin palabras?

Cuando por fin me alcanza, no me toca de inmediato. Solo se inclina lo suficiente para que su aliento roce mi mandíbula.

—Dime, ¿aún sigues sin palabras? —susurra.

No aguanto más. La atraigo hacia mí de un tirón y mis labios encuentran los suyos con urgencia y necesidad. Ella responde al

instante, primero suave, luego de manera más profunda, enredando sus dedos en mi cabello como si temiera que me fuera a apartar. No pienso hacerlo. No pienso soltarla nunca.

El beso se alarga, se intensifica, hasta que ambos nos quedamos sin aliento. Nos tumbamos en la arena, entrelazados, con el murmullo del mar como única música. El frío de la brisa se mezcla con la sal en la piel, y no sé si es la adrenalina, la ternura o las dos cosas, pero siento que este instante es intocable.

Después, cuando la agitación empieza a calmarse, ella apoya la cabeza sobre mi pecho. Sus dedos trazan formas distraídas sobre mi cuerpo, dibujando un mapa secreto que solo yo pudiera descifrar. Cierro los ojos y dejo que su respiración acompasada marque el ritmo de la mía.

Por primera vez en mucho tiempo, todo tiene sentido. Como si hubiéramos corrido, tropezado y peleado solo para llegar hasta aquí.

—Alex... —susurro mientras apoyo mi frente en su cabello—. Te quiero. No lo olvides nunca.

Alexandra Baxter es mi hogar. Mi para siempre.

Ella no responde con palabras, solo se acurruca un poco más contra mí, y en ese silencio no necesito nada más.

Aunque, claro, es Alex. Y no debería sorprenderme cuando, menos de cinco minutos después, rompe el momento íntimo con su característico dramatismo.

—Vale, esto ha sido muy bonito, pero me estoy congelando.

Abro un ojo y la miro con diversión, incorporándome un poco sobre los codos.

—Tú sí que sabes cómo ser romántica, Baxter. ¿Quieres que te envuelva en algas o algo?

Me fulmina con la mirada.

—Dame tu ropa.

—¿Perdón?

—Me diste ropa la vez que me tiraste al lago. Es lo mínimo que puedes hacer ahora.

Suelto una carcajada, pero, cuando noto que lo dice en serio, suspiro con resignación y me quito la americana y la camisa.

—No sé por qué siento que esto es chantaje emocional, pero aquí tienes, princesa.

Extiende la americana sobre sus piernas y se pone mi camisa, que le queda enorme; después se abraza a sí misma para darse algo de calor. La escena me arranca una sonrisa: Alex cubierta con mi ropa, el pelo mojado que le cae en ondas desordenadas, las mejillas sonrojadas por el frío. Sinceramente, me gusta mucho más cómo le sienta a ella que a mí. Por suerte, es lo bastante considerada como para que no me quede sin pantalones.

—¿Vas a dejarme aquí congelándome? —bromeo, con una sonrisa pícara.

Ella levanta la vista, arqueando una ceja.

—Eso mismo planeaba. —Se cruza de brazos, disfrutando de la situación—. Pero, como soy considerada, te propongo un trato: acompáñame a mi habitación, tengo una muda y así te devuelvo tu ropa.

Ah, no. Ni de broma. No pienso dejar que se escape ahora. Esta noche es mía.

Aprovechando que está distraída, la cojo en brazos de golpe y me la cargo al hombro. Ella se sobresalta y patalea, pero no aflojo. Sigue envuelta en mi camisa y la tapo mejor con la americana.

—¡Blake! —grita, entre indignada y divertida.

Ignoro su protesta, más pendiente de sus carcajadas que de sus amenazas.

—Tú te quedas conmigo esta noche.

Recojo su vestido de la arena y camino con paso firme de vuelta al hotel mientras Alexandra sigue pataleando y protestando.

—¡Pero he venido con mis amigas, he prometido dormir con ellas!

—Ya las verás mañana.

—Será posible... —murmura de repente.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin dejar de avanzar.

—Esa señora te acaba de comer con la mirada.

Levanto la vista justo a tiempo para ver a una mujer mayor que nos observa con descaro. Alex chasquea la lengua con indignación.

—La culpa es tuya. No puedes ir por ahí enseñando esos abdominales de infarto.

—Pues devuélveme la camisa. —No pienso dejar pasar que ha dicho, literalmente, «abdominales de infarto».

—Ni en sueños.

Sonrío, divertido, y le doy una palmada suave en el muslo antes de seguir caminando.

Dios, amo a esta chica. Tanto que a veces parece irreal.

Alexandra sigue quejándose mientras subimos hacia mi habitación.

—¡Blake, bájame de una vez!

—¿Y arriesgarme a que huyas? Me temo que no. Además, vas descalza, podrías cortarte con algo. Así que lo siento, pero te quedas sobre mi hombro.

Al parecer no le importa porque sigue intentando forcejear, pero, cuando entiende que no pienso soltarla, suspira con dramatismo y se rinde, dejándose llevar.

—Eres un cavernícola, Blake.

—Un cavernícola con abdominales de infarto —le recuerdo, repitiendo sus palabras de hace un momento.

Ella resopla, aunque no consigue esconder la sonrisa.

—Un cavernícola al que le queda poco para recibir un codazo en las costillas.

—Qué agresiva, Baxter. Y pensar que hace una hora me estabas diciendo cosas bonitas...

Sonrío de lado, disfrutando de cada segundo. Aún no puedo creer que esté aquí, conmigo, en este lugar que hasta hace unas horas no era más que un escenario increíble, pero que ahora, con ella aquí, se siente como un jodido paraíso.

No tardamos mucho más en llegar a mi habitación, ella sigue protestando, pero ya ni me inmuto. Está demasiado ocupada inventándose insultos creativos como para darse cuenta de que, en el fondo, sonríe cada vez que me mira de reojo. Cuando por fin cruzamos la puerta, suelto la americana y el vestido, y la dejo suavemente sobre la cama, todavía cubierta con mi camisa.

—Muy caballeroso de tu parte —dice, arqueando una ceja, aunque no hace ni el intento de levantarse.

—Lo sé. Soy irresistible.

—Pesado. —Pone los ojos en blanco, pero se acurruca sobre las sábanas como si llevara horas soñando con este momento.

Se incorpora despacio, apartándose un mechón del rostro y deslizándose la camisa mojada por los hombros. Yo busco una toalla en el armario y vuelvo junto a ella. La envuelvo con cuidado, cubriéndole los brazos y el torso, y comienzo a secarle el cabello para que no coja frío. Su mirada me sigue todo el tiempo, curiosa, expectante, y hay algo en su expresión que me golpea más fuerte que cualquier carcajada o piropo: la tranquilidad. Alexandra, la misma que últimamente parecía estar rodeada de nervios y caos, ahora parece cómoda, casi aliviada, por fin capaz de bajar la guardia.

—Eres un mandón, ¿lo sabías? —murmura, cerrando los ojos mientras sigo secándole el pelo.

—Y tú, una desobediente profesional. Supongo que estamos empatados.

Ella sonríe un poco, como si no quisiera darme la razón, y yo la observo. Me limito a contemplarla, a grabar en mi memoria la forma en que las gotas resbalan por su cuello y desaparecen bajo la tela de mi camisa.

—Entonces..., ¿piensas secuestrarme toda la noche?

—No pienso dejarte ir. —Me inclino hacia ella, despacio, sin darle oportunidad de escapar—. Esta vez no.

El silencio se estira entre nosotros. No hay música, ni risas de fondo, solo el eco distante del mar que se filtra por la ventana.

—A veces olvido lo insistente que puedes ser —susurra, y sus labios rozan los míos con apenas un movimiento.

Cuando nos separamos, sus mejillas están sonrojadas y yo casi no puedo respirar, pero rompo la magia del momento levantándome para rebuscar entre mis cosas una camiseta lo suficientemente larga como para que le cubra hasta los muslos. Debe de estar congelándose.

Se la lanzo y ella me dedica una amplia sonrisa. Desaparece corriendo en el baño y cierra la puerta tras de sí. Aprovecho para cambiarme de ropa yo también y me pongo un chándal. Cuando vuelve de nuevo a la cama me tumbo a su lado, dejando que se acomode contra mi pecho otra vez.

—¿Sabes qué es lo peor? —dice de repente, jugando con el dobladillo de la camiseta.

—Que no puedes resistirte a mí.

Ella suelta una carcajada suave.

—Eso ya lo sabía. Lo peor es que... contigo todo es demasiado fácil. Y me da miedo.

Me quedo quieto mientras siento cómo esas palabras atraviesan mis defensas. Quiero decirle tantas cosas..., pero lo único que sale de mi boca es la verdad más simple:

—Contigo también es todo ridículamente sencillo.

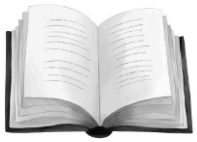
Alexandra me mira en silencio unos segundos, evaluando si creerme o no. Luego apoya la frente contra mi pecho y se encoge entre mis brazos, como si esa fuera la única respuesta que necesita darme.

La rodeo con fuerza, incapaz de soltarla.

La habitación se queda en calma, iluminada solo por la tenue luz que entra desde la terraza. Fuera, la fiesta continúa, pero aquí dentro no existe nada más que nosotros dos, respirando al mismo compás.

51

Alex y Blake



Alexandra

La brisa nocturna me golpea la piel como un susurro helado. No logro dormir, así que me he escapado a la terraza en busca de aire, como si el mar pudiera ayudarme.

—Eh, ¿estás bien? —La voz de Blake me alcanza desde el ventanal.

Me giro. Está descalzo, vestido solo con unos pantalones cortos de chándal, apoyado en la puerta que separa la habitación de la terraza.

—¿Te he despertado? —pregunto en un murmullo.

Él niega despacio y se acerca hasta dejarse caer en la tumbona a mi lado.

—Me he girado para abrazarte y no estabas —confiesa—. ¿No podías dormir?

Niego con un gesto pequeño.

—No. Supongo que mi cabeza sabe que aún no está todo en paz. Todavía quedan cosas por hablar..., como Cher.

—Alex, tenemos todo el tiempo del mundo para hablar de eso. No tiene que ser ahora si no te sientes cómoda —dice, con voz dulce pero firme.

Sacudo la cabeza.

—Sí. Sí, tenemos que hacerlo. Porque, si no, nunca la dejaré atrás.

Blake guarda silencio, respetando mis tiempos, aunque siento su cercanía como un ancla. No me toca de inmediato, no invade, solo espera. Creo que nota que las palabras se quedan atascadas en mi garganta, porque su voz rompe la calma.

—Siempre te veía derrumbarte cuando ella estaba cerca —dice despacio, midiendo cada palabra—. Cada vez que Cher te miraba, era como si tu luz se apagara un poco. Joder, Alex, me revolvía el estómago verte así. No quiero que vuelvas a sentir eso nunca más.

Trago saliva. Esa confesión me obliga a enfrentar lo que tanto temo.

—Desde lo del baño, desde cada intento de humillación, pensé que había logrado soltarla; que ya no me importaba. Pero verla... verla todavía me duele. Su belleza, su seguridad, esa forma de mirarme como si yo fuera menos, como si tú... como si tú debieses elegirla a ella. Y yo... yo me derrumbo.

Blake me escucha en absoluto silencio. Solo sus ojos, fijos en mí, arden con algo entre dolor y furia contenida.

—No podía soportarlo —continúo, con un nudo en la garganta—. No podía mirarla sin sentir que era mejor que yo, que tenía algo que yo jamás tendría.

Él frunce el ceño, y en su rostro veo incredulidad, como si acabara de decir la mayor locura.

—¿Mejor que tú? —Su voz es un golpe seco en la noche.

No sé qué responder. Me encojo de hombros; me siento ridícula, rota, pequeña. Pero Blake no me lo permite.

—Alexandra —pronuncia mi nombre despacio, como si lo esculpiera—, nunca has competido contra Cher. Nunca. Ella no juega en tu liga; ni siquiera está en el mismo campo.

—Pero... —parpadeo, confusa, aunque él no me deja perderme en mis dudas.

—No hay peros —continúa, con esa mezcla de suavidad y firmeza que solo él posee—. Nadie podría compararte con ella. No hay comparación posible. Nunca la ha habido.

Su mano se desliza hasta encontrar la mía. Entre sus dedos, mi mano parece frágil, pero él la sostiene con una fuerza que me sacude.

—Ella podrá intentarlo todo lo que quiera, pero jamás será tú —añade, bajando la voz—. Nunca podrá hacer que yo la vea como te veo a ti. Ni ella ni nadie.

—No sé cómo dejar de sentir todo esto —admito al fin, con un hilo de voz rota.

Blake aprieta mi mano.

—Lo sé. Pero no tienes que hacerlo sola. Nunca vas a estar sola, Baxter. Te lo prometo.

Mis ojos arden, y justo cuando creo que no puede decir nada más, su siguiente frase me desarma.

—Además —murmura—, todo lo que sientes por ella... es exactamente lo que ella siente por ti.

Lo miro, confundida.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que Cher te odia tanto? —Sus ojos se clavan en los míos—. ¿Por qué crees que siempre ha intentado que te quedes a su sombra? Te tiene miedo, Alex. Porque ella, al igual que yo, sabe lo que vales. Y le aterra que alguien la supere.

Mi pecho se encoge.

—Blake...

—Necesito que lo veas —insiste—. Sabía cómo te miraba yo. Ella nunca me ha interesado, Alex. Ni un poco. Y yo a ella posiblemente tampoco, solo quería tener todo lo que debía ser tuyo. Solo se obsesionó porque no podía tenerme, porque yo ya estaba perdido en alguien.

—En mí... —susurro.

—En ti —confirma sin dudar—. Siempre en ti.

Dejo que sus palabras se hundan en mí como las olas en la arena. Y, por primera vez, me pregunto si he estado luchando contra un fantasma que nunca mereció tanto poder.

—Alexandra... —susurra Blake, su voz más baja, casi insegura—, te prometo que no fui yo quien pegó a Dalton. No sé por qué llevaba el labio partido esa noche..., pero no fui yo. No te mentí.

Mi mente se llena de recuerdos de esa noche. Una parte de mí siempre lo había sabido, y la otra se siente mal por dejar que alguien como Mason me hiciera desconfiar de Blake.

—Lo sé —le aseguro y él asiente.

Me apoyo en su hombro, agotada, pero aliviada. Noto su brazo rodearme, fuerte y seguro, y cierro los ojos un instante.

—Gracias —murmuro.

Él me besa en la coronilla.

—No me des las gracias. Solo quédate.

Permanecemos en silencio, escuchando las olas y el sonido de los fuegos artificiales que han empezado a iluminar el cielo. Este silencio es diferente, se siente como un descanso. Como el principio de algo nuevo.

Y, mientras me acurruco más contra él, pienso que quizá esta sea la forma perfecta de cerrar heridas: no con promesas imposibles, sino con verdades que, al fin, pesan más que los fantasmas.



La mañana me despierta con un sol radiante que se cuela a raudales por la ventana. Me giro, medio sonriendo, pero el otro lado de la cama está vacío. Aun así, su olor sigue ahí, mezclado con las sábanas. Sobre la mesita encuentro una nota doblada, por suerte muy diferente de la que encontré la otra mañana.

Me he tenido que ir temprano al entrenamiento y no he querido despertarte. Siempre has sido muy adorable mientras duermes. Te veo en el torneo. Te quiero.

Blake

Leo y releo las palabras hasta que podría recitarlas de memoria. Una sonrisa enorme se me escapa antes de volver a tumbarme en la cama. No quiero que este sueño termine nunca.

Con esa energía, le robo algo de ropa a Blake y salgo corriendo hacia la habitación que, en teoría, debería haber sido la mía anoche. Toco la puerta con los nudillos y, apenas se abre, una mano me arrastra dentro.

—¡Alexandra Baxter, queremos todos los detalles de tu noche! —Emma me señala desde la cama con una sonrisa traviesa mientras Cass prácticamente me empuja hacia ella.

—Y no escatimes —añade Cassidy riendo—. Por cierto, encontramos tus tacones tirados en la arena.

Me sonrojo al recordar el momento en el que corrí como si la vida me fuera en ello, aunque no puedo evitar reírme también.

Entre bromas, me van sonsacando la historia, aunque me guardo algunos detalles que son solo míos. Luego ellas empiezan a

contarme sus anécdotas de la noche: que Lincoln casi pierde la chaqueta porque alguien se la robó en la playa, que Zach acabó dormido en una hamaca y tuvieron que despertarlo con cubetazos de agua, y que Emma juraba haber visto a Cher irse sola antes de los fuegos. La mañana se nos pasa volando entre risas y cotilleos hasta que tenemos que cambiarnos para ir al torneo.

Es increíble cómo sigue sorprendiéndome ver a Blake en el campo, tan concentrado y distinto a la persona que yo conozco en la intimidad.

El partido es intenso, pero terminan perdiendo. Yo esperaba desánimo, quejas, incluso caras largas, y lo que veo es lo contrario: todos se abrazan, se ríen y se felicitan como si hubieran ganado. Blake, sudado y con la camiseta pegada al cuerpo, levanta la vista hacia las gradas y me busca. Cuando me encuentra, sonríe y alza la mano para transmitirme que todo está bien. Y lo entiendo. Para ellos, el resultado es lo de menos. Lo importante es haberlo vivido juntos, compartir este último torneo como una familia.

Cuando todo acaba, bajo con Emma y Cassidy hacia el campo. Entre la multitud, siento una mano en mi hombro. Me giro y me encuentro con mi padre. Tiene esa expresión seria, pero con los ojos llenos de ternura.

—Alexandra..., me alegra mucho verte así.

—Gracias, papá. —Lo abrazo, sorprendida por sus palabras.

Blake se acerca en ese momento, y el gesto de mi padre cambia. Se cruza de brazos, recuperando su papel de entrenador.

—King, tenemos que hablar.

—Hablar ¿de qué, entrenador? —Blake arquea una ceja, desconcertado. Yo me tenso, sorprendida.

—Papá, tú me dijiste que te parecía bien.

—Y me parece bien. —Su voz es firme, aunque esconde una sonrisa—. Pero eso no quita que me lo ocultarais durante meses. Y, como entrenador, puedo tolerarlo. Pero, como padre, me toca leerte la cartilla.

—¿En serio? —pregunta Blake mientras me mira pidiendo auxilio.

—Muy en serio —remata mi padre, dándole una palmada en el hombro que casi lo hace tambalearse—. Anda, déjanos solos un momento, Alexandra. Tengo que hablar con este chico.

Yo me tapo la cara, riéndome.

—Papá, por favor...

—Reglas de padre, hija. —Guiña un ojo, aunque sigue con su pose severa.

Blake me lanza una mirada de súplica mientras se lo lleva a un lado, y yo no puedo hacer más que sonreír.



Unas horas después, Blake y yo vamos subidos en su Jeep rumbo a Floramont. El fin de semana se siente como una montaña rusa de emociones, y, sin embargo, aquí estamos, riéndonos como si el mundo fuera solo nuestro. Le robo las gafas de sol que lleva sobre la cabeza y me las pongo, y él me roba un beso.

—Solo porque estoy feliz de hacer el camino de vuelta contigo —dice con una sonrisa— te voy a conceder el honor de elegir la música. Pero no te acostumbres.

Voy a conectar mi móvil al Bluetooth, pero, antes de que pueda hacerlo, el de Blake se enlaza solo. Y, entonces, una canción empieza. Lenta, triste, íntima. Yo me quedo helada.

Blake se pone rojo. No la conozco, pero la letra es de lo más profundo que he escuchado jamás. Yo abro tanto la boca que

podrían entrarme moscas. Miro la pantalla, luego a él, luego de nuevo la pantalla.

Al parecer, ambos reaccionamos al mismo tiempo, porque nos lanzamos a la vez a coger su móvil. Por suerte, y por primera vez en la vida, soy más rápida. Y por si no lo había dejado lo suficientemente claro, Blake es el hombre más cursi del mundo. Su contraseña es su número de jugador más los de Lincoln y Zach: 21, 15, 5.

—Alex, suelta eso.

—Ni de broma. —Esquivo sus manos cuando intenta arrebatármelo—. Esto es...

—Es una tontería. Olvídalo. Debería borrarla.

Lo fulmino con la mirada.

—No, me encanta.

Es una lista de reproducción. Con mi maldito nombre. Y una foto mía de portada. Salgo despeinada, abrazando a Ginger y sonriendo como una tonta a la cámara. La lista es interminable.

—Son canciones que me recuerdan a ti. A nosotros. A nuestros momentos, buenos y malos... —Blake se pasa una mano por el pelo, incómodo—. Joder, no se lo digas a mis amigos. Tengo una reputación.

Sonrío, con el corazón latiéndome en la garganta.

Hay muchas canciones. Desde algunas de Taylor Swift que solía dedicarle yo hasta «You’re So Vain», la que cantamos y bailamos en el *homecoming*. Por supuesto, también está «Hold Back the River». Pero hay muchas otras que no conozco.

—¿Y estas? —pregunto.

Él suspira, incómodo.

—Son mi forma de decirte «Te quiero».

Mi corazón late tan fuerte que siento que voy a explotar. Sin pensarlo, le doy a reproducir una de forma aleatoria.

«What Have I Done», de Dermot Kennedy.

—Esa es mi favorita de todas.

Solo por su comentario presto más atención a la canción y su significado. La letra me golpea en el pecho con cada frase. Antes de darme cuenta, estoy llorando en silencio. Blake me toma la mano, entrelazando sus dedos con los míos sobre la palanca de cambios. Cuando la canción termina, me giro hacia él, empapada en lágrimas.

—Te quiero con todo mi corazón, Blake. Nunca pensé que podría llegar a sentir algo así. Jamás.

Él me mira de reojo, con los ojos también brillando.

—Siempre dices que yo te he hecho mejor persona, pero tú también a mí. Desde que estás en mi vida, los colores brillan más.

Sonrío entre lágrimas y, sin pensarlo, renombro la lista.

Ahora ya no se llama solo «Alex». Ahora es «Alex y Blake». Nuestra lista.

52

Aceptada... o no



Blake

Los últimos días se han escapado sin que me diera cuenta. Todo parece haber vuelto a la normalidad, y a la vez nada es como antes. Alexandra está distinta. No sé si más fuerte, más libre o simplemente más feliz, pero lo cierto es que nunca la había visto tan radiante.

No tardó en correrse la voz de nuestro momento en la fiesta y de que volvemos a estar juntos. Todo el instituto parece saberlo y, para mi sorpresa, la mayoría lo ha aceptado. Ya no hay tantas miradas curiosas en los pasillos. Lo que sí implica es que, al poder besarla sin importarme quién hay alrededor, en menos de tres días el director me ha llamado la atención tres veces. Y, la verdad, me ha dado absolutamente igual.

—Como tardes un segundo más en mirarlo, lo haré yo —insiste Lincoln, cruzado de brazos.

Lo fulmino con la mirada. ¿Por qué no puede callarse? Solo consigue ponerla más nerviosa. En serio, ¿por qué lo he dejado venir?

Estamos todos en la habitación de Alex. Bueno, casi todos. Si Zach estuviera aquí, Cassy ya lo habría tirado por la ventana. Ella, sin embargo, sigue acariciando a Ginger con total tranquilidad, ignorando el caos a su alrededor.

Mientras tanto, yo intento mantener la calma, aunque es una batalla perdida con Emma y Lincoln presionando a Alex, que sigue bloqueada frente a la pantalla del portátil.

—No me creo que no lo hayas mirado todavía —suelta Emma, que la observa como si fuera un alienígena.

Ese comentario solo le da más cuerda a Lincoln.

—¡Es que es absurdo! ¿Cómo has podido pasar días sin querer saberlo?

Alex ni se inmuta. Su mano descansa sobre el ratón, pero no se mueve. La tensión en el ambiente es tan densa que casi podría cortarse con un cuchillo.

La verdad es que yo tampoco entiendo cómo ha aguantado sin abrirlo, aunque tampoco lo digo en voz alta. Estoy tan aterrado como ella. No porque dude de sus notas, sino porque la Floramont University es de las más exigentes y, si no la aceptan, tendrá que irse a otra universidad. Tal vez lejos.

Las respuestas comenzaron a llegar esta semana. Poco a poco todos fuimos recibiéndolas y abriéndolas. Menos ella, que ha seguido aplazando el momento como si no mirar fuese lo mismo que no enfrentarlo. Hoy decidimos que no podía retrasarlo más.

—Bien, Lexi —empieza a decir Emma, esta vez con un tono más suave, apoyándose en el escritorio—. Si te aceptan en la FU, estudiarás con Cassy, podréis compartir habitación y todo. Y, si no..., da igual, buscaremos alternativas. Con tus notas, te aceptarán en cualquier otra. Y, si no, siempre puedes venirte conmigo.

Aunque eso último ha sido una broma, Alex hace una mueca. Sí, está encantada con la posibilidad de estudiar con Cass, pero el hecho de que su mejor amiga no estará aquí el próximo semestre sigue siendo duro para ella.

Por ahora, Cassy ya está dentro con sus notas perfectas, y Zach y yo tenemos becas deportivas. Lincoln aún está en lista de espera. Igualmente, por si acaso, Zach y yo ya empezamos a buscar piso para tres. Lo gracioso es que la universidad está a quince minutos en coche, pero todos queremos vivir la experiencia completa.

—Se acabó, esto es absurdo —anuncia Cassy soltando a Ginger de golpe. Le arrebata el portátil a Alex con total naturalidad.

—¡Cassy! —protesta ella, poniéndose de pie tan rápido que su silla se tambalea.

Emma grita, Lincoln y yo nos tensamos. Yo, porque estoy a punto de infartarme, y Lincoln, porque parece que disfruta de la escena como si fuera un *reality*.

Cassy sonríe de oreja a oreja mientras desliza el dedo por el panel táctil.

—Ya está. No era tan difícil.

—¡PERO ¿ME VAS A DECIR QUÉ PONE O NO?! —explota Alex, y, joder..., yo que pensaba que me había quedado con la más tranquila del grupo.

Cassy levanta la vista, triunfal.

—¡ACEPTADA!

Y el caos estalla.

Emma grita de emoción. Lincoln la zarandea. Alex se lleva las manos a la cara y suelta una risa nerviosa, medio incrédula. Cassy le planta un abrazo antes de que tenga tiempo de procesarlo. Y Ginger, asustado, sale disparado de la cama.

Yo no digo nada. Solo la miro. Veo cómo sus ojos se iluminan, cómo se cubre la boca, todavía incrédula, cómo busca mis ojos en medio del alboroto. Y, sin pensarlo, se lanza a mis brazos.

La sostengo fuerte, con el corazón a mil. Estoy tan jodidamente orgulloso de ella que apenas puedo respirar.

—¡Te han aceptado! —chilla Emma, saltando como si la plaza fuera suya.

—¡Sabía que lo lograrías, Lexi! —Lincoln le revuelve el pelo, ignorando la mirada de advertencia que Alex le lanza—. Ahora podremos sufrir juntos en la universidad.

—Si te aceptan a ti también, claro —se burla Cassy.

Lincoln le dedica una mirada herida.

—Eres cruel, Cassandra. —Puedo ver la rabia en los ojos de Cassidy al oír ese estúpido mote, pero trata de controlarla.

—Solo realista.

Emma ignora la discusión en la que se enzarzan esos dos y sonríe a su mejor amiga.

—¿Cómo te sientes?

—No lo sé. A pesar del grito que acabo de soltar, estoy... tranquila. Ahora me parece un poco absurda la preocupación que hemos tenido durante estos meses.

—¡Deberíamos celebrarlo! —Ese es Lincoln.

Emma asiente con entusiasmo.

—¡Sí! Vamos a cenar o algo.

—Mañana —interrumpe Cassy alzando una mano—. Necesito un respiro antes de aguantaros a todos en un sitio público.

—Oye, qué ofensivo —se queja Lincoln.

—Además —añade ella, cruzándose de brazos—, ya es tarde y tengo que llegar a casa antes de que mi abuela piense que me han secuestrado.

Emma pone los ojos en blanco, pero acaba asintiendo.

—Vale, pues lo celebramos mañana.

—Perfecto. Yo elijo el sitio —dice Lincoln.

—En tus sueños —replica Cassidy.

Empiezan a discutir sobre quién tiene mejor criterio gastronómico y yo aprovecho para volver a mirar a Alex. Ya no está en shock. Ahora simplemente parece feliz.

—Nos vemos mañana, entonces —dice Emma, y se despide con un abrazo rápido antes de salir arrastrando a Cassidy.

Lincoln se queda el último.

—Tranquilos, tortolitos, os dejo un poco de privacidad —bromea con una sonrisa de suficiencia.

Alex le lanza un cojín.

—¡Fuera de mi casa!

Lincoln ríe y se marcha antes de que pueda lanzarle otro. Y, finalmente, nos quedamos solos. El silencio se instala en la habitación, pero no es incómodo. Alex se deja caer en la cama con un suspiro y se queda mirando al techo. Ahora que todos se han ido, puede procesarlo de verdad.

Me acerco y me siento a su lado.

—¿Puedes respirar ya o necesitas que te repita que te han aceptado?

Ella ladea la cabeza y me mira con una sonrisa.

—Es que... ahora todo es real. La universidad. El futuro. Todo.

Asiento. Sé exactamente a lo que se refiere.

—Estarás bien —le aseguro entrelazando mis dedos con los suyos —. Y yo también estaré aquí.

Ella me aprieta la mano y se gira hacia mí con una mirada divertida.

—Hablando de estar aquí... ¿Desde cuándo mi padre te deja dormir en mi habitación sin amenazarte de muerte? Creo que, cuando se lo propuse el otro día, casi le dio un infarto.

Me río, porque, sí, eso también sigue pareciéndome surrealista.

—Tu madre tuvo algo que ver. Creo que le dio una charla sobre ser más permisivos contigo. Y, bueno, eso y que le ha prohibido ponerme a hacer flexiones extra. Así que supongo que puedo considerarlo una victoria.

Alex resopla divertida.

—Siempre he dicho que mi madre es la verdadera jefa de esta familia.

—Sin duda.

Nos quedamos en silencio, disfrutando del momento. Fuera, la noche cae sobre la ciudad. El futuro nos espera a la vuelta de la esquina.



Al día siguiente, cumpliendo con lo prometido, nos reunimos todos para cenar en la que, según Lincoln —porque, sí, al final ha decidido él—, es la mejor hamburguesería de la ciudad. Y cuando digo «todos», es todos. No falta ni un alma.

En los veinte minutos que llevamos sentados, han pasado ante mi cara cuatro patatas, dos hielos y un sobre de kétchup que por poco no acaba en mi camisa. Y eso que solo nos han traído los aperitivos. Supongo que esto es lo que ocurre cuando metes a todo el grupo en un espacio reducido y les das acceso libre a la comida.

He optado por mantenerme al margen de la guerra que se ha desatado al otro lado de la mesa, esquivando proyectiles con la precisión de un veterano de guerra. Cassy y Zach han convertido la

cena en una especie de campo de batalla donde las patatas vuelan con la misma intensidad que las indirectas. Y lo peor es que, después de meses de peleas como un matrimonio amargado, siguen sin llamarse por sus nombres.

Pero, a pesar del caos, parece que todo el mundo se lo está pasando en grande. Y yo también. Echaba de menos esto. Estar todos juntos, sin tensiones raras, sin tener que esquivar miradas incómodas, sin ver a Baxter con esa expresión apagada que me partía el alma.

Así que, si para mantener esta paz tengo que aguantar a Cassidy y Zach en su eterna guerra fría, lo haré. Porque nada volverá a apagar el brillo en los ojos de Alexandra.

—Sois unos críos —masculla Lincoln, con el tono de un adulto cansado de la vida.

Resoplo. Resulta irónico viniendo de él.

—A mí no me digas nada. Eso díselo a tu queridísima Adams —replica Zachary.

Y entonces ocurre. Veo la patata volar a cámara lenta, como si el tiempo se hubiera ralentizado solo para darme la oportunidad de evitar la tragedia. Sin embargo, antes de que pueda hacer algo, aterriza de lleno en la cara de Alexandra.

Parpadeo. Me giro, listo para fulminar a Cassy o Zach con la mirada, pero me sorprende ver que el culpable no es ninguno de los dos. Es Lincoln.

—Pero ¿tú por qué coño tiras nada?

Alex se echa a reír como si acabara de escuchar el mejor chiste del siglo. Lincoln, con la cara más seria del mundo, se encoge de hombros.

—No sé. Me sentía fuera de la conversación y yo también quería participar.

Lo miro, incrédulo.

—Y has decidido tirarle una patata a mi novia.

Lincoln asiente, orgulloso de su lógica absurda. Definitivamente, este va a ser otro de los bares de los que nos echen.

Alex sigue riéndose; se lleva una mano a la cara mientras intenta recomponerse. Pero es inútil. Cuanto más intenta parar, peor se pone. Me mira, con los ojos brillantes y los labios apretados, como si intentara contener la risa solo por respeto a mi indignación, y eso me cabrea más.

—No le veo la gracia —murmuro, cruzándome de brazos.

—Eso es porque no tienes sentido del humor, Blake —dice Lincoln mientras coge otra patata con la idea de lanzarla.

Se la arrebato antes de que cometa otro acto de estupidez.

—Ni se te ocurra.

Malcolm, que hasta ahora solo ha sido un espectador divertido, decide meterse en la conversación.

—A ver, para ser justos, no ha sido un mal tiro. Buena puntería, Foster.

Lincoln asiente con orgullo, como si acabara de recibir un trofeo en lugar de una mirada asesina por mi parte.

—Gracias.

Cassidy niega con la cabeza y resopla.

—Increíble. Le tiran una patata a Alex y de repente es un deporte olímpico. La tiro yo y es una falta de respeto.

—Porque a Alex le ha hecho gracia —le recuerda Emma, sin levantar la vista de su batido—. Lo tuyo es una declaración de guerra contra Zachary.

Cassidy no puede rebatir eso. Se cruza de brazos y se hunde en su asiento, claramente ofendida.

Mientras tanto, Alex sigue riéndose y, para mi horror, coge una patata de su plato y me la lanza a mí. No con violencia, sino con la delicadeza de alguien que solo quiere ver el mundo arder.

—¿De verdad? —le suelto, mirándola como si acabara de traicionarme de la peor manera posible.

—Venga, Blake. No seas aguafiestas.

Emma, que hasta ahora se había quedado al margen, levanta la vista con una ceja arqueada.

—Eh, si le vais a tirar comida a alguien, que sea a Lincoln. Se lo merece por haber empezado esto.

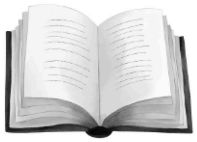
—¡Eh! —protesta este—. Han empezado Cassy y Zach. Yo solo quería participar.

Zach le da una palmadita en la espalda, condescendiente.

—Y lo has hecho, amigo. Lo has hecho.

53

Un final necesario



Alexandra

El día después de la cena soy un fantasma. Apenas he dormido unas horas y la falta de sueño se nota en mis ojeras y en cada bostezo que intento esconder detrás de la mano. No soy la única. Todos caminamos por los pasillos como zombis: Emma, arrastrando la mochila como si pesara cien kilos; Lincoln, con los ojos medio cerrados, y Blake, aunque intente disimular, parece que también se está arrepintiendo de haberse ido tan tarde.

Las horas pasan lentas, parece que el tiempo se hubiera estirado para castigarnos por habernos olvidado de la existencia de las clases.

Estoy recogiendo mis cosas cuando veo que Cher se acerca a mi mesa. La tensión me atraviesa al instante, como un reflejo automático. Puedo sentir a todos mis amigos ponerse en alerta, como un ejército silencioso listo para saltar si es necesario.

Ella se inclina sobre mi pupitre.

—Hola, Lexi... ¿Podemos hablar un momento? A solas, por favor.

Emma resopla con tanta fuerza que casi me despeina. Sopeso mis opciones, podría decir que no, girarme, ignorarla y repetir la misma historia de siempre. Pero ya no soy la misma. No voy a huir. No voy a dejar que ella controle el terreno.

Me levanto despacio, recojo mis cosas y asiento. La sigo fuera del aula, aunque, antes de que pueda abrir la boca, soy yo quien lo hace.

—Te recomiendo que nos ahorres el tiempo a ambas, Cher. No estoy para tonterías.

Ella parpadea, sorprendida. Por un momento creo que va a soltar otra de sus frases envenenadas, pero lo que sale de su boca me deja descolocada.

—No es eso. Yo... lo siento, Lex.

Me cruzo de brazos, todavía con la guardia alta.

—Sí, claro. Ese discurso ya me lo conozco.

—Esta vez lo digo de verdad. —Sus ojos buscan los míos, intentando que la crea—. No espero que me perdones. Cuando terminemos el instituto me iré lejos, a la universidad, y sé que no puedo borrar todo lo que ha pasado estos años. Pero puedo decidir no repetirlo. No espero que volvamos a ser amigas, solo quiero que sepas que no pienso volver a meterme en tu camino.

No sé qué me desconcierta más: sus palabras o el tono con el que las dice. No parece que lo haga con ironía.

—¿Y por qué ahora? —pregunto.

Cher baja la mirada un instante.

—Porque no me gusta en lo que me he convertido. Todo esto se me ha ido de las manos y no puedo seguir así.

Trago saliva. Estoy a punto de responder, pero ella continúa.

—Hay algo más que tengo que decirte. Lo que pasó en el cumpleaños de Lincoln... no ocurrió como Mason y yo te contamos.

Un frío incómodo me recorre la espalda.

—Lo que le ocurrió no fue culpa de Blake —afirmo, segura.

—No. —Niega con la cabeza, nerviosa—. No lo fue. Él se metió en una pelea con los de su nuevo instituto esa mañana. Lo que sí pasó es que Mason estaba allí, que los oyó hablar de ti y me escribió, pero lo sacamos de contexto. Lo usamos a nuestro favor.

Aprieto la mandíbula.

—Puede parecer que entre Mason y yo había algo más. —Respira hondo—. No quiero que te quedes con esa idea, porque no es verdad. Nunca tuve nada con él cuando salía contigo. Sí que hubo más chicas, pero yo no fui una de ellas. Nunca. Lo que sí es cierto es que nos llevábamos bien porque, en el fondo, somos demasiado parecidos. Y eso no es precisamente algo bueno.

Su voz tiembla un poco al añadir:

—Mason quería recuperarte, pero creo que lo que más le molestaba era perder contra Blake King. Ahora da igual. Se acabó. Y, por si quieres saberlo, Mason también se va. Por culpa de su reputación no lo quieren en las universidades de por aquí.

Guardo silencio, intentando procesarlo todo. Una parte de mí quiere desconfiar, otra quiere soltar todo el rencor acumulado de estos años. Pero la voz que me hace responder no es ninguna de esas, sino la que me recuerda que aferrarme a este odio también me frena.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Te lo prometo —responde con firmeza.

Exhalo despacio, como si soltara un peso que llevaba demasiado tiempo cargando.

—Entonces te perdono. Pero no lo hago por ti. Lo hago por mí. No quiero seguir guardándote rencor, Cher. No te voy a recordar como la chica que me lo hizo pasar mal. Prefiero quedarme con otra

imagen: la de la chica que se acercó a hablarme cuando un día me vio sola en medio de la cafetería. Me merezco este final.

Ella asiente, mordiéndose el labio.

—No sé si volveremos a hablar en el futuro..., pero espero que todo te vaya bien, Lexi.

Sonrío, una sonrisa tranquila, sin veneno ni nostalgia.

—Lo mismo te digo, Cher.

Nos quedamos así unos segundos, mirándonos, como si las dos entendiéramos que esta conversación es un punto final. Ella se da la vuelta y se aleja por el pasillo. Yo me quedo quieta, con la sensación de que, por primera vez, respiro ligera después de hablar con Cher Larsen.

Cuando vuelvo al aula, Emma, Lincoln y Blake me miran con curiosidad. Emma parece lista para soltar un discurso, Lincoln quiere un informe detallado y Blake... solo me mira, preocupado.

—¿Todo bien? —pregunta él, en voz baja.

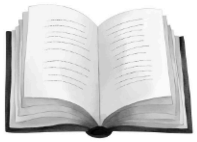
Lo miro, lo miro de verdad, y asiento con una calma que hasta yo me sorprendo de sentir.

—Sí. Todo bien.

Y es cierto. Por fin.

54

Ahora o nunca



Alexandra

DOS MESES MÁS TARDE…

—¡Sí, sí, sí! —chillo, incapaz de contener la emoción.

Blake me dedica una media sonrisa, ladeando la cabeza.

—Alex..., baja la voz. Cualquiera podría oírte y no quiero que se lleven una mala imagen de mí.

Lo miro sin entender a qué se refiere, hasta que caigo en el doble sentido. En cuanto lo hago, mi cara se calienta y le suelto un manotazo en el brazo.

—¡No seas idiota!

Él se ríe, atrapando mi mano antes de que intente golpearlo de nuevo.

—Era broma. Pero, por los gritos que has dado, supongo que ha ido bien.

—¡Ha ido genial! —respondo, todavía eufórica.

No exagero. Ha sido mi último examen del curso. El último examen de toda mi vida como estudiante de secundaria. Blake ha

hecho el suyo esta mañana, pero aun así ha decidido esperarme a que saliera del aula para ir juntos al partido. Su último partido aquí. Y aunque jamás lo admitiría en voz alta, ese detalle me ha hecho ilusión. Él sabe que, por mucho que deseara terminar, también me pesa. Soy de las que se aferran a las etapas, y, aunque el instituto me ha hecho pasar malos momentos, también ha sido toda mi vida durante años. Ahora todo va a cambiar... y a mí nunca me han gustado mucho los cambios.

Caminamos por los pasillos casi vacíos, el eco de nuestras pisadas rompe el silencio. La mayoría de la gente ya está en el gimnasio o sigue en clase, así que tenemos el espacio para nosotros.

—Sabía que lo harías bien —dice Blake mientras yo me acomodo la mochila en el hombro. Él no tarda en quitármela con un solo movimiento y colgársela en el suyo.

—Oye, podrías fingir un poco de sorpresa al menos.

—No. Si lo hiciera, parecería que no confiaba en ti.

Pongo los ojos en blanco, aunque sonrío inevitablemente. Salimos y el aire fresco me arranca un suspiro. Siento que por fin puedo respirar tras semanas de estrés y repasos de última hora.

—¿Y ahora qué? —pregunto, nerviosa. No tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida a partir de este momento. No me siento lista para dejar el instituto atrás.

Blake se encoge de hombros.

—Ahora toca disfrutar.

Lo miro de reojo, pero guardo silencio. El verano, la graduación..., todo lo que parecía lejano está de repente aquí. Y aunque me asuste, Blake me coge de la mano con naturalidad y empezamos a caminar como si el tiempo no importara. Por una vez, yo tampoco tengo prisa.

Cuando llegamos al gimnasio, lo llamo por su nombre. Sé que lo que voy a decir no le va a gustar.

—Dime —responde distraído mientras busca a los demás con la mirada.

—Que hayamos terminado los exámenes no significa que vayamos a saltarnos la semana de clases que queda hasta la graduación.

Blake se queda paralizado. Gira la cabeza lentamente; parece que acabe de decirle que lo dejo y que no quiero verlo nunca más. Tengo que contener la risa ante su exageración.

—¿Perdón?

—Que vamos a ir a clase esta semana.

Sigue mirándome en completo silencio, a la espera de que le diga que es una broma.

—Pero ¿para qué? —pregunta al fin, gesticulando con las manos —. ¡Ya hemos terminado! ¿Qué sentido tiene ir si no hay más exámenes?

—No lo sé, Blake. Tal vez porque todavía somos alumnos y la graduación es en una semana.

Él resopla, incómodo con la idea de volver a pisar el edificio cuando ya no es estrictamente necesario.

—A ver si lo entiendo... —dice tras unos segundos—. ¿Tienes la oportunidad de despertarte tarde, vaguear todo el día y no hacer absolutamente nada y, aun así, prefieres ir a clase?

—No es que lo prefiera, pero las notas definitivas aún no están cerradas. No quiero arriesgarme justo ahora.

Blake me mira de reojo con una mezcla de incredulidad y horror.

—Lo de que mi novia fuese una empollona que no falta a clase no estaba en el contrato. Te aseguro que no habría aceptado.

—Es solo una semana —replico, poniendo los ojos en blanco—. Y seguro que los profesores hacen actividades...

—Sí, seguro que en Matemáticas nos dejan jugar con ábacos.

—Siempre tan dramático.

Suspira con toda la teatralidad posible, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Bien. Lo haré por ti. Pero que quede claro que es en contra de mi voluntad y que mi dignidad quedará por los suelos. Eso sí, si vamos, tendrás que recogerme y llevarme a clase todos los días que dure esta tortura.

—Lo sé. Lloraré por ti todas las noches. Y acepto. Pero ahora corre al vestuario antes de que mi padre se vuelva loco.

Cuando llego a las gradas, todo está lleno. El instituto entero parece haberse reunido aquí. La grada es una mezcla de camisetas grises y rojas, salpicadas por los colores del equipo rival. Las luces iluminan la cancha con un resplandor casi cinematográfico y el murmullo de la multitud vibra en el aire como electricidad contenida.

Desde la banda, veo a los chicos calentar. Blake está serio, concentrado. Lincoln le dice algo y él asiente sin apartar la vista del campo. Zach estira los brazos y Malcolm camina de un lado a otro, incapaz de quedarse quieto.

—¿Por qué siento que estoy a punto de ver una guerra en lugar de un partido? —murmura Maisie a mi lado. Le ha pedido a mi padre una de sus antiguas camisetas del equipo y ahora la lleva puesta para apoyarlos.

Cassidy, sentada con nosotras, se inclina hacia delante con los codos en las rodillas.

—Porque básicamente lo es.

Y no exagera. Si ganan, se llevarán el último trofeo que pueden ganar en el instituto. Su último torneo, su última oportunidad de ganar algo después de la victoria de la temporada. Si pierden, se irán con las manos vacías. Y lo peor es que el rival es bueno. Muy

bueno. Al menos, eso es lo que los chicos no han dejado de repetir estos días.

Mi padre camina de un lado a otro con los brazos cruzados y el ceño fruncido, completamente concentrado. Nadie se atreve a hablarle: está en modo estratega, y cualquiera que lo interrumpa se ganará una de sus miradas de advertencia.

—¿Cuánto crees que tardará en empezar a gritar? —pregunta Maisie en voz baja.

—Cinco minutos como mucho —respondo.

—Yo digo tres.

—Dos —añade Cassidy.

No llegamos a comprobar quién tenía razón porque, justo en ese momento, el árbitro da el pitido inicial y la grada estalla en vítores.

El partido comienza.

Los primeros minutos son rápidos, intensos. Los dos equipos se mueven con una agilidad y precisión feroces, pasando el balón con velocidad, buscando huecos en la defensa contraria.

Cada pase parece una jugada de vida o muerte. La tensión es insoportable. Siento los músculos del cuello agarrotarse cada vez que el equipo rival consigue un rebote o se acerca demasiado al aro.

Blake recibe un pase largo, esquiva a su defensor con un regate rápido y pasa el balón a Zach, que corre hacia la canasta. La defensa del otro equipo se cierra sobre él, pero Lincoln, con una jugada magistral, se mueve justo a tiempo para recibir el pase y lanzar a canasta.

—¡VAMOS! —grita Maisie, poniéndose de pie de un salto.

El balón vuela hacia el aro. Silencio. Toca el aro y rebota fuera.

—¡No me jodas! —exclama Cassidy mientras se lleva las manos a la cabeza.

Papá se cubre el rostro durante un segundo, cerrando los ojos para asumir la frustración, pero en un parpadeo se recompone y grita una nueva jugada, señalando y mirando a los jugadores con intensidad. Los chicos se ajustan a la estrategia y vuelven a sus posiciones.

Quedan pocos minutos de partido y el marcador sigue igualado.

55

Una última oportunidad de ganar



Blake

Las luces del gimnasio parpadean mientras corro de un lado a otro, el sudor me recorre la frente y la respiración me resuena en los oídos. El marcador sigue igual, el equipo rival no cede y nosotros tampoco. Cada segundo que pasa, la tensión crece. Siento que todo lo que he hecho en los últimos meses, cada entrenamiento, cada sacrificio, me ha traído a este momento. No puedo permitirme fallar.

Miro a mi alrededor, y el equipo está igual que yo. Lincoln corre con energía, pero también con el agotamiento evidente en su rostro. Malcolm se mueve inquieto, con rapidez, aunque sin esa misma calma que normalmente tiene. Zach guarda silencio, su mirada fija en el juego, pero sé que también está al límite.

Nuestro adversario no da tregua. Cada pase, cada jugada, es una lucha. El entrenador grita instrucciones, su voz cortante se pierde entre el bullicio de la grada. Siento el peso de su mirada en mi espalda, exigiendo lo mejor de nosotros.

Recibo el balón. Lincoln se abre para el pase. El equipo rival se acerca, pero tengo una oportunidad. Puedo hacerlo. Paso el balón

hacia Lincoln, quien lo recibe y lanza con fuerza.

El balón da en el aro y rebota hacia fuera.

—¡No me jodas! —murmuro, frustrado.

Quedan pocos segundos. El marcador sigue sin moverse.

Entonces la miro. Entre la multitud, la veo. Alexandra. Su rostro tenso, pero con los ojos fijos en mí. En ese instante, todo se ralentiza. Esa mirada me da una motivación que no sabía que necesitaba. Con ella en mi cabeza, me concentro de nuevo en el juego.

Recibo el balón una vez más. Mi mente está clara. Puedo hacerlo. Paso hacia delante y lanzo el balón. Silencio absoluto.

Golpea el aro y, al fin, entra.

La multitud estalla.

Hemos ganado. El pitido final corta la tensión. Me dejo caer al suelo, agotado. Necesito un segundo para calmar toda la energía que me corre por las venas.

Mis compañeros se agrupan a mi alrededor para celebrarlo, pero yo solo tengo un objetivo. Cuando me recompongo, la busco entre la multitud y corro hacia ella, sin que me importe nada más.

La abrazo sin pensarlo. Ella se ríe, y me mira a los ojos.

—¿Lo logramos? —me pregunta.

«Logramos», juntos, porque somos un equipo, ella y yo.

Alexandra y Blake.

—Sí, lo logramos —respondo, sonriendo. Y, en este momento, todo tiene sentido.

Mi pulso se acelera cuando, sin pensarlo demasiado, la acerco hacia mí. Siento el calor de su cuerpo contra el mío y, aunque hay mucha gente celebrándolo a nuestro alrededor, como siempre, solo existe ella. Me inclino, mis labios a escasos centímetros de los suyos,

y durante un segundo el aire entre nosotros se vuelve espeso, cargado de esa tensión que ni siquiera los vítores pueden romper.

—Blake... —susurra, y no es una advertencia ni una queja; es un suspiro que me enciende por completo.

No puedo resistirlo más. La beso, primero con suavidad, pero, en cuanto noto su respuesta, todo se intensifica, como si el mundo entero se redujera a este instante. Cuando por fin nos separamos, ambos estamos respirando con dificultad, con las mejillas enrojecidas, sin querer soltar ese hilo invisible que nos une.

Le guiño un ojo, incapaz de borrar la sonrisa de mi cara. Alexandra me mira sorprendida y divertida a la vez, y sé que lo siente igual que yo. El aire sigue cargado, pero ya no es tensión: es una promesa. Una certeza de que lo que viene después no es un final, sino solo el comienzo.

Ella me da un empujón juguetón en el pecho, intentando disimular el temblor de lo que acabamos de compartir.

—Vamos a celebrarlo, campeón —dice, con una sonrisa burlona.

El rugido de la multitud vuelve a colarse en mis oídos, recordándome dónde estamos. Alexandra se aleja un poco, aunque nuestras manos se rozan todavía, como si ninguno de los dos quisiera romper del todo este momento.

No me da tiempo a pensar en nada más porque, de repente, Lincoln y Zachary aparecen de la nada y prácticamente me asfixian con un abrazo grupal.

—¡¿Cómo coño lo has metido?! —grita Lincoln, zarandeándome con tanta fuerza que casi me tumba.

—Magia —respondo con una sonrisa ladeada, todavía con el subidón de adrenalina recorriéndome el cuerpo.

—Magia, mis cojones —interviene Zach mientras me pasa un brazo por los hombros—. Lo hemos hecho, tíos. ¡Somos campeones!

Las risas, los gritos y los empujones se multiplican cuando el resto del equipo se une. El entrenador Baxter nos observa desde un lado con una mezcla de orgullo y agotamiento, como si aún no terminara de creerse lo que hemos conseguido.

—¡Que alguien traiga agua para el entrenador antes de que le dé algo! —grita Malcolm, lo que provoca una carcajada general.

—O un whisky —añade Jacob con una sonrisa cómplice.

—Callaos antes de que algún padre os oiga —replica Baxter, aunque en sus ojos brilla esa chispa contenida de alguien que en el fondo quiere gritar de alegría con nosotros.

Me río, llevándome una mano al pelo empapado de sudor, pero, antes de poder decir nada, un líquido helado me recorre la cabeza.

—¡Malcolm, joder! —exclamo, temblando cuando el agua me empapa entero.

—Un clásico —responde él, con una sonrisa de pura diversión—. No podíamos dejarlo pasar.

El equipo entero estalla en carcajadas y, aunque estoy chorreando, no puedo dejar de reír con ellos.

—Esto significa la guerra —les advierto, sacudiendo la cabeza para mojar a Lincoln y a Zachary.

El caos se desata. Botellas abiertas, empujones, gritos, agua cayendo por todas partes. En medio del descontrol, entre carcajadas y choques de hombros, siento cómo este instante se graba en mi memoria. No como una victoria más, sino como el cierre perfecto de una etapa.

Porque este ha sido nuestro último partido juntos. Y aunque nos reencontremos en la universidad o en cualquier otro lugar, el baloncesto nunca será lo mismo.

Ahora hemos crecido. Este deporte ya no es toda nuestra vida; ya no es solo la cancha lo que me importa. Es ella. Es saber que, pase

lo que pase después, no estoy cerrando un capítulo solo; estoy empezando otro con ella a mi lado.

56

El baile de máscaras



Blake

Tengo un *déjà vu* del baile de *homecoming* cuando mi madre vuelve a perseguirme por toda la casa con las manos llenas de gomina.

—¡Mamá, déjame en paz! —le ruego, esquivándola hasta refugiarme detrás de la isla de la cocina. Uso a mi padre como escudo, pero él simplemente resopla sin decir nada.

—¡Es que no entiendo esa manía de llevar el pelo despeinado y tapándote la cara!

—Sí, mamá, lo de siempre. Todos los adolescentes somos unos criminales por no peinarnos —replico con dramatismo, cruzándome de brazos—. ¿Puedo irme ya?

—Esa es otra cosa que no entiendo... ¿Cómo que ya te vas? ¡No me has dejado hacerte ni una sola foto! Con lo guapo que estás con el traje y lo preciosa que debe de estar Lexi..., y ni siquiera la traes a casa para que os haga una foto de recuerdo.

—No hace falta que nos hagas nada —digo, intentando zanjar el tema—. Habla con su madre y que te pase las del *homecoming*, y listo.

Mi madre se queda pensativa, sopesando mi sugerencia. Luego asiente con aire decidido.

—Sí..., esa es una buena idea. Supongo que puedo enviarle un mensaje a Lexi para que me pase el número de su madre.

Mi padre suelta una carcajada justo cuando a mí me invade el horror.

—¡¿Qué?! No, mamá, ni se te ocurra. Deja a mi novia en paz. Y ni se te ocurra pedirle las fotos. Lo que me faltaba es que te alíes con mi suegra.

Esta vez, mi padre decide intervenir.

—Mary, deja al chaval. Seguro que allí se hace alguna foto con su novia. Y si lleva esos pelos, será porque a ella le gusta.

—Exacto, gracias —murmuro, aunque luego lo pienso mejor y añado, con menos seguridad—: O eso creo.

Echo un vistazo al reloj y me apresuro hacia la puerta.

—Me tengo que ir, Zach ya está fuera esperándome.

Mi madre suspira con resignación, pero aún me lanza una última mirada inquisitiva antes de dejarme marchar.

—Vale, vale, vete... Pero, por favor, arréglate un poco el pelo en el coche.

—Sí, mamá, lo que tú digas —respondo sin convicción mientras abro la puerta.

Nada más salir, la brisa nocturna me golpea la cara. Zachary está apoyado en su coche con los brazos cruzados y una expresión de hastío.

—Tío, ¿en serio tardas tanto en huir de tu propia casa? —bromea en cuanto me ve.

—Cállate. Mi madre quería hacerme una sesión de fotos antes de salir.

Zach suelta una carcajada.

—Qué ternura. ¿Te ha peinado al final o has logrado escapar con dignidad?

—Con lo que me queda de dignidad.

Doy la vuelta al coche y me meto en el asiento del copiloto, abrochándome el cinturón mientras él arranca. La música suena a bajo volumen, pero lo suficiente para llenar el silencio mientras nos incorporamos a la carretera.

—¿Va Cassidy en el coche con Emma y Alex? —pregunto, más por curiosidad que por otra cosa.

—Sí. Y antes de que digas nada, no, no es mi problema.

Sonrío de lado, divertido.

—No he dicho nada.

Zachary me lanza una mirada fulminante antes de concentrarse en la conducción.

—¿Y tú? —pregunta, cambiando de tema—. ¿Estás listo para verte con tu novia después de dos horas sin contacto?

Pongo los ojos en blanco.

—Eres imbécil.

Él suelta una carcajada y pisa el acelerador.

El trayecto transcurre sin contratiempos. Sin embargo, conforme nos acercamos al lugar, noto una expectación extraña en el pecho. Sé que Alexandra estará allí. Ella, por su parte, tiene muy claro que no la voy a encontrar. Y, honestamente, me parece un insulto.

Si cree que podría confundir su figura con la de cualquier otra, está muy equivocada.

No me doy cuenta de que ya hemos aparcado hasta que Zach, que parece haber leído mis pensamientos, rompe el silencio con su tono despreocupado.

—No tardéis mucho, ¿vale? Aunque sois la pareja más pastelosa que conozco, también sois los únicos capaces de mantener la paz en

el grupo.

Me habla de Alexandra, claro. Y de la dinámica de la noche.

Con la temática de disfraces, las parejas deben seguir un simple juego: encontrar a su acompañante entre la multitud enmascarada. Ella está segura de que no la voy a reconocer. Cree que un vestido nuevo y una máscara son suficientes para hacerme dudar.

—No te preocupes —contesto mientras abro la puerta del coche—. Dame cinco minutos.

El ambiente en el recinto es una mezcla de luces suaves, música envolvente y un murmullo constante de voces animadas. Aún no ha llegado todo el mundo, pero el lugar ya está lleno de detalles que refuerzan la temática: lámparas doradas proyectando sombras elegantes en las paredes, terciopelo en cada rincón y una sensación de misterio flotando en el aire. Hay algo casi hipnótico en la forma en que la luz baila sobre las máscaras de los asistentes, reflejando destellos dorados cada vez que alguien se mueve.

En la entrada, una chica vestida con un conjunto negro elegante nos recuerda que debemos ponernos las máscaras antes de acceder al interior. Zachary resopla a mi lado, claramente poco ilusionado con la idea, pero aun así se la coloca. Aunque, a diferencia de mí, él no va a encontrar a nadie esta noche.

—Sigo pensando que este juego es una excusa para ver cuántas parejas se equivocan de persona —comenta, examinando su máscara.

—Puede ser —respondo, distraído, mientras me ajusto la mía.

Y, en cuanto aparto la mirada de Zach, la veo.

Es instantáneo. Un golpe seco en el pecho, una punzada de reconocimiento que me deja sin aire por un segundo. Y, joder..., decir que está espectacular se queda corto.

El vestido abraza su figura con una elegancia que casi duele. Negro, cubierto de lentejuelas que capturan la luz y la devuelven en destellos sutiles. Es abierto en la espalda, como el que llevó en el *homecoming*, un vestido que le hacía verse preciosa. Este le aporta seguridad, le da una presencia poderosa, parece la reina de este sitio. Su pelo, recogido en un moño bajo, deja su cuello y su espalda al descubierto, lo que me permite recorrerla con la mirada sin obstáculos.

Trago saliva, con un calor inesperado en la boca del estómago.

—Joder —murmuramos Zach y yo al unísono.

Sé que él no está mirando a Alexandra, sino a la pelinegra que la acompaña: Cassidy. Están juntas, hablando con Emma y un par de chicas más que no tengo ni idea de quiénes son, completamente ajenas a nuestra presencia.

No es muy inteligente por su parte pretender que no la voy a encontrar mientras está rodeada de sus amigas.

—¿Vas a ir a por ella? —pregunta Zach con un tono que delata su propio interés en la situación.

Me humedezco los labios, sin apartar la vista.

—Aún no. Le voy a dar un par de minutos para que piense que ha ganado.

Zach suelta una carcajada baja.

La observo mientras se mueve con naturalidad, convencida de que ha conseguido perderme entre los presentes. Veo cómo sus labios se curvan en una sonrisa fugaz cuando Cassidy le dice algo al oído y cómo deja escapar una carcajada breve antes de alisar la tela de su vestido con un gesto distraído.

Y entonces lo sé. Sé que es el momento.

Me separo de Zach sin decir nada y me adentro en la multitud, deslizándome entre la gente con calma. No voy directo hacia ella. En

lugar de eso, rodeo la sala con pasos medidos, dejando que la música y las conversaciones me envuelvan mientras me acerco desde un ángulo distinto.

Ella sigue sin notar mi presencia.

Cuando estoy lo suficientemente cerca, me detengo detrás de ella, a escasos centímetros de distancia. La luz proyecta nuestras sombras en el suelo, una junto a la otra.

Y, entonces, inclino la cabeza, le doy un suave beso en la curva expuesta de su cuello y susurro:

—Te he encontrado.

Alexandra se estremece.

No de miedo ni de sorpresa, sino con esa reacción instintiva que nace cuando alguien te toca en el punto exacto, cuando el aliento de la persona correcta roza tu piel en el momento preciso.

La oigo jadear suavemente. Su espalda se tensa por una fracción de segundo, pero no se aparta. No me rechaza.

Sonrío contra su piel.

—Sabía que estabas ahí —musita, su voz apenas audible.

Sus palabras me provocan algo oscuro y placentero en el pecho.

—¿Sí? —Mi mano se desliza lenta y deliberadamente por su brazo desnudo hasta encontrar su cintura. La aprieto con suavidad, atrayéndola un poco más hacia mí—. No parecías tan tensa hace un rato.

Ella deja escapar una exhalación entrecortada. Sé que está luchando consigo misma. Con la necesidad de mantener la compostura, de no ceder demasiado rápido. Pero su cuerpo la traiciona.

Puedo sentirlo.

La ligera inclinación de su espalda contra mi pecho. La forma en que su respiración se agita cuando mis dedos dibujan un círculo

sobre la curva de su cadera. La tensión eléctrica que vibra entre nosotros, tangible, innegable.

Pero, por supuesto, alguien tenía que romper el momento.

Cassidy nos observa a ambos con curiosidad antes de soltar una risa burlona.

—Qué conveniente. ¿Ya os habéis encontrado? Vaya suerte la vuestra.

Alexandra se encoge de hombros.

—No ha sido suerte —admite, dándome la razón.

—Está bien, está bien —interviene Emma, con una sonrisa pícara —. Nos vamos con el grupo. No tardéis.

En cuanto ellas desaparecen, aprovecho para besarla. Ella sonríe contra mis labios.

—Estás demasiado guapo en traje, Blake King.

—Y tú, demasiado irresistible con vestido, Alexandra Baxter.

La música cambia a un ritmo más lento y, casi sin darnos cuenta, nos dejamos llevar. Mis manos descansan en su cintura, sus brazos se enredan en mi cuello y bailamos. Una canción. Dos. En la tercera, mi atención se desvía.

—¿Qué miras? —pregunta, acariciando mi nuca.

Le indico hacia la derecha: Cassidy y Zachary. No están juntos, pero no podrían parecer más conectados. Ella finge escuchar a Lincoln, aunque su mirada se desliza cada pocos segundos hacia Zach, que intenta aparentar indiferencia mientras no aparta los ojos de ella.

—¿Crees que pasará algo entre ellos esta noche? —susurra Alexandra.

—No. Me temo que todavía no. —Sonrío socarrón—. Están demasiado ocupados intentando ignorar lo obvio.

Ella ríe, resignada.

—Entonces nos esperan unos meses llenos de discusiones interminables en la universidad.

—No me lo recuerdes. Te advierto que, a la primera que empiecen a pelear, los encierro en una habitación hasta que solucionen sus problemas.

Apoya la cabeza en mi pecho, soltando una carcajada.

—Son idiotas.

—Totalmente.

Nos quedamos observándolos en silencio, siendo testigos de un juego de miradas que solo confirma lo inevitable. Y, por un segundo, pienso en cómo empezó lo nuestro: en miradas robadas y palabras no dichas. Tal vez ellos también estén escribiendo su propia historia de nuevo, aunque aún no lo sepan.

Vuelvo a mirarla a ella. Alex. Todo lo demás se difumina.

La canción termina y empieza otra, lenta, envolvente. Sus ojos se alzan hacia los míos con esa mezcla de dulzura y fuerza que siempre consigue dejarme sin defensas. Me acerco y beso su frente, saboreando la calma de tenerla en mis brazos.

—Seguramente tenga que llevar al borracho de Lincoln a su casa —susurro contra su piel, provocándole una sonrisa. Me separo lo justo para mirarla bien—. Pero prométeme que dejarás la ventana abierta.

Ella arquea una ceja, divertida.

—Blake, ya puedes entrar por la puerta. Mi padre no dirá nada.

Sonrío, negando despacio.

—Lo sé. Pero no pienso dejar de hacerlo nunca.

Quizá el mundo cambie, quizá nosotros también lo hagamos. Tal vez lleguen días difíciles, discusiones y silencios incómodos, porque así es la vida. Pero mientras ella me mire como ahora, mientras me

dé motivos para escalar cada noche hasta su ventana, sé que nada podrá derribarnos.

La miro y recuerdo al crío que era, ese que la observaba en silencio creyendo que jamás podría tenerla; que la quería sin esperanzas, como quien quiere lo inalcanzable. Y ahora la tengo entre mis brazos, sonriéndome como si yo hubiera sido el único desde el principio.

Alexandra fue siempre mi imposible, mi secreto mejor guardado, el amor que nunca me atreví a confesar hasta que el tiempo jugó en mi contra. Y, aun así, aquí estamos. Contra todo, contra todos.

La beso de nuevo, con la intensidad de quien sabe que ha desafiado al destino y ha ganado. Y mientras lo hago, comprendo que mi obsesión adolescente no ha desaparecido, solo se ha transformado: ha dejado de ser un sueño roto para convertirse en la razón por la que hoy ella y yo estamos aquí, juntos.

Epílogo



Blake

Vuelvo a limpiarle las lágrimas a mi novia. No sé cuántas veces lo he hecho en los últimos veinte minutos. Seguro que luego me riñe por dejar que se le arruine el maquillaje, pero no hay manera de conseguir que pare. Le agarro la mano en un intento de consolarla, aunque solo consigo que solloce más fuerte.

—Baxter...

—Lo sé, lo sé. Lo siento, no puedo parar —susurra, y sus ojos castaños se clavan en los míos. A través de esas lágrimas juraría que nunca la había visto tan guapa.

Una ola de orgullo me recorre entero. Aquí está, con la toga roja cubriéndole el cuerpo, la beca perfectamente colocada y el birrete un poco torcido que le despeina su pelo rubio. No hay foto ni recuerdo que pueda hacerle justicia a este momento.

—Antes de que te nombren, quiero que sepas que estoy muy orgulloso de ti, Alex. Lo has logrado. Todo es mérito tuyo, y me siento el tío más afortunado del mundo por permitirme que lo viva contigo.

—Blake... —Su voz se rompe, pero sus labios se curvan en una sonrisa.

—Ahora sal ahí y cómete el mundo.

Como si lo hubiera predicho, el director pronuncia su nombre. Es la siguiente en subir al escenario. Alex me aprieta la mano con fuerza antes de inclinarse y darme un beso rápido, lleno de promesas.

—Te espero en nuestra siguiente etapa, Blake King.

La veo alejarse con la cabeza alta, la toga ondeando a cada paso, y siento que el corazón se me desborda. Se planta en el centro del escenario, se coloca frente al micrófono y, aunque la noto un poco nerviosa, cuando abre la boca su voz suena clara, firme.

—Bien, supongo que este discurso se hará un poco aburrido y que no será muy diferente al de mis compañeros... —Hace una pausa, respira hondo y sonríe—. Desde pequeña, supe que quería estudiar Escritura Creativa. Mis objetivos eran claros: quería ir a la Floramont University y seguir teniendo a mi mejor amiga a mi lado. Un plan simple. Y aunque eso se ha cumplido, este año he descubierto cosas mucho más importantes.

Su familia la observa emocionada, y yo, desde bastidores, siento el pecho llenarse de algo tan cálido que casi me duele.

—Empecé el año con miedo, queriendo ser invisible. Pero alguien apareció en mi vida para darme una lección, para enseñarme que me estaba perdiendo mucho más de lo que pensaba. Gracias a esa persona he descubierto lo maravilloso que puede llegar a ser un primer amor, el valor de una verdadera amistad y la importancia de rodearte de quienes te hacen sentir bien. He aprendido que se cometen errores, que se pide perdón y que se sigue adelante... juntos. También he descubierto que puede ser divertido que tu padre sea el entrenador del equipo de baloncesto. —El auditorio

estalla en risas, y el entrenador Baxter sacude la cabeza, incapaz de ocultar la sonrisa—. Y, lo más importante, me he descubierto a mí misma. Gracias a todos ellos ahora sé que estoy lista para el futuro, para lo que venga. Porque tengo claro que no estoy sola. Y, pase lo que pase, sé que podré con todo.

Los asistentes se ponen en pie entre aplausos, su familia la ovaciona, Emma se seca las lágrimas con la manga y yo no puedo apartar la vista de ella. La veo cambiar de lado la borla del birrete y entonces, en medio de la multitud, me busca. Nuestros ojos se encuentran y el mundo se detiene.

Se ha superado a sí misma.

Su sonrisa es pura luz: orgullo, emoción y felicidad, todo mezclado al mismo tiempo. Le guiño un ojo justo antes de que tenga que reunirse con el resto de sus compañeros.

No mucho después, oigo mi propio nombre.

—Continuamos con un alumno muy especial: el capitán del equipo de baloncesto, Blake King.

Respiro hondo y subo al escenario. La toga me pesa, no por el tejido, sino por lo que representa: años de esfuerzo, de tropiezos, de victorias, de amigos que se han convertido en familia, de una historia que empezó en una cancha y que termina aquí, frente a todos.

Sé exactamente lo que quiero decir.

Porque hoy no solo me despido de una etapa. Hoy por fin comprendo que he encontrado lo que nunca supe que necesitaba...

A ella.

Y, mientras estrecho el diploma entre las manos, levanto la mirada y la encuentro otra vez, sonriéndome entre la multitud. Y sé, sin una sola duda, que este final no es un adiós.

Es apenas el comienzo.

Al menos, el de nuestra historia.

Manual de los mejores amigos

1. Nunca dejaremos de ser mejores amigos.
2. Algún día jugaremos juntos en el mismo equipo.
3. Siempre comeremos tarta de chocolate cuando sea nuestro cumpleaños.
4. Nunca nos chivaremos de las travesuras del otro, aunque nos enfademos.
5. Veremos todos los musicales juntos.
6. Nunca le contarás a nadie que vemos musicales.
7. Jamás confesaremos que fuimos nosotros los que rompimos aquel jarrón antiguo de tu salón.
8. Nos animaremos cuando el otro esté triste.
9. Siempre que no quieras más, me dejarás acabarme tu plato.
10. Siempre defenderemos al otro en una pelea.

Agradecimientos

Es un tanto irónico que, después de escribir toda una historia, dar las gracias sea precisamente lo que más me cuesta. Supongo que es porque, de algún modo, hacerlo significa despedirme de los personajes que me han acompañado durante tanto tiempo.

Empecé a escribir esta novela con dieciocho años, cumpliendo el sueño de la Carla más joven: no solo el de escribir y publicar un libro, sino también el de vivir, a través de mis páginas, un romance digno de película. Una historia que hiciera suspirar, sonreír, emocionarse. He crecido con esta novela, he madurado con cada escena y cada capítulo; y ahora quería que fuerais vosotras quienes pudierais vivir vuestro propio romance adolescente americano perfecto, ese que te marca sin que te des cuenta.

Quiero empezar agradeciendo a todas vosotras, lectoras que habéis confiado en mí y en esta primera novela. Gracias por entregaros a cada capítulo, por acompañarme en los momentos de inseguridad, por celebrar conmigo cada avance y cada locura creativa. Vosotras habéis sido el motor que me ha traído hasta aquí.

A Esther, por ver en mí un potencial que a veces yo misma ponía en duda y ayudarme a exprimirlo al máximo. A Valentina, por ser guía, apoyo y, sobre todo, la solución a todos mis agobios semanales. Mis dos editoras: nada de esto habría sido posible sin vosotras. Gracias por convertirme, con seguridad y sin titubeos, en escritora. Gracias por hacer que lo que un día parecía surrealista hoy sea mi verdad.

A mis lectoras cero, Andrea y Claudia, que estuvieron desde las primeras palabras. Que aguantaron mis agobios, mis lloros, mis cambios repentinos y mis arranques de inseguridad.

A Arlet, con quien siempre acababa discutiendo porque yo le pedía una opinión con argumentos y ella solo respondía: «Es perfecto, no sé qué más quieres que te diga». Aunque me enfadara, fuiste la primera que me hizo confiar en Blake King, la primera en ver lo especial que era incluso cuando yo dudaba de él. Gracias por ello.

A todas las chicas del club, mis anclas, las que siempre estáis ahí para sostenerme cuando siento que el mundo se me cae encima. María, Sara, Mar, Daniela, Martina, Sua..., todas, absolutamente todas. Somos tan diferentes que eso es lo que nos hace especiales. Ojalá nunca dudéis de lo mucho que me importáis. Gracias por recordarme quién soy cuando intento autosabotear mi trabajo, por apoyarme en cada paso y por creer en mí incluso cuando yo no podía. Crear este club de lectura fue una de las mejores decisiones que he tomado, y siempre os lo voy a agradecer.

A mi familia, por confiar siempre en mí y por no intentar jamás que renunciara a un sueño tan complicado como este.

Y, por supuesto, a mi otra familia, la que se elige: mis mejores amigas. Sois parte de mí, estáis en cada cosa que hago y en cada historia que escribo. Gracias por crecer conmigo, por sostenerme y por quererme tanto. Nunca lo dudéis. Ninguna.

Y, por último, a los protagonistas de esta novela: Alexandra y Blake. Gracias por haberme permitido vivir a través de vosotros todas esas emociones que una vez soñé. Gracias por enseñarme que incluso los personajes que nacen de la nada pueden convertirse en hogar. Me cuesta despedirme, pero os dejo en manos de quienes ahora también os quieren: las lectoras que han reído, llorado y suspirado con vuestra historia.

Ojalá este libro sea para vosotras lo que Alexandra y Blake han sido para mí: un refugio, un suspiro, un recuerdo bonito al que volver.

Gracias por darme la oportunidad de contar esta historia. Gracias por quererla.

Pero, sobre todo, gracias por convertirme en lo que siempre soñé ser.

Banda sonora

«Hold Back the River». ℗ 2014 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por James Bay.

«Lovers», ℗ 2017 Honeymoon / +1 Records, interpretada por Anna of the North.

«If You Love Her», ℗ 2020 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Forest Blakk.

«Paper Rings», ℗ 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

«What Have I Done», ℗ 2019 Riggins Recording Limited, bajo licencia exclusiva de Island Records, una división de Universal Music Operations Limited e Interscope Records, una división de UMG Recordings Inc., interpretada por Dermot Kennedy.

«Fearless», ℗ 2008 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

«You’re So Vain», ℗ 1972 Elektra Entertainment. Comercializado por Rhino Entertainment, una compañía de Warner Music Group, interpretada por Carly Simon.

«Personal», ℗ 2017 Universal Music Operations Limited, interpretada por HRVY.

«Moon River», ℗ Blonded, interpretada por Frank Ocean.

«You Are in Love», ℗ 2014 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

«Play It Again», ℗ 2013 Capitol Records Nashville, interpretada por Luke Bryan.

«Back to Friends», ℗ 2024 SMB Music LLC, bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Sombr.

«Our Song», ℗ 2008 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

«Rude», ℗ 2014 Sony Music Entertainment International Limited, interpretada por MAGIC!

«You Belong With Me», ℗ 2008 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

«Isn’t She Lovely», ℗ 1976 Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Stevie Wonder.

«How You Get the Girl», ℗ 2014 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Una última oportunidad
Carla Traver

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Laia Tinaut

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Carla Traver, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31558-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta